



UNO DE LOS NUESTROS

TRADUCCIÓN DE DAVID LEÓN

ROBERT DUGONI

**UNO
DE LOS
NUESTROS**

UNO DE LOS NUESTROS

TRADUCCIÓN DE DAVID LEÓN

**ROBERT
DUGONI**

amazoncrossing 

Título original: *Close To Home*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2017

Edición en español publicada por:

Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl

38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg

Octubre, 2019

Copyright © Edición original 2017 por Robert Dugoni

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por David León

Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © WanRu Chen © HadelProductions © Chris Stein / Getty Images

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919805075

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Robert Dugoni nació en Idaho y creció en el norte de California. Aunque estudió comunicación, periodismo y escritura creativa en la Universidad de Stanford dedicó su vida profesional a la abogacía. Hasta 1999, cuando se despertó un día decidido a dedicarse a escribir. Tras apartarse de la jurisprudencia, pudo completar tres primeras novelas con las que ganó el premio literario de la Pacific Northwest Writer's Conference. Desde entonces sus obras han encabezado las listas de éxitos editoriales de *The New York Times*, *The Wall Street Journal* y Amazon. Es autor de la serie de Tracy Crosswhite: *La tumba de Sarah*, *Su último suspiro*, *El claro más oscuro*, *La chica que atraparon* y *Uno de los nuestros*; así como de la saga de David Sloane, que ha gozado de una acogida excelente por parte de la crítica: *The Jury Master*, *Wrongful Death*, *Bodily Harm*, *Murder One* y *The Conviction*. Ha figurado en dos ocasiones entre los aspirantes al Premio Harper Lee de ficción jurídica, fue finalista de los International Thriller Writers Awards de 2015 y ganador, ese mismo año, del Premio Nancy Pearl de novela. Sus libros se venden en más de veinte países y se han traducido a una docena de idiomas, incluidos el francés, el alemán, el italiano y el español.

Para más información sobre Robert Dugoni y sus novelas, véase www.robertdugoni.com.

A Meg Ruley, Rebecca Scherer y el equipo de la Jane Rotrosen Agency, los mejores agentes literarios del ramo. No tengo palabras para expresar lo que agradezco el consejo y el apoyo que me habéis brindado durante todos estos años, desde que tuve la suerte de cruzar el umbral de vuestra oficina. Me habéis hecho parte de la familia de la JRA, toda una bendición. ¡Hurra por vosotros!

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

D'Andre Miller abrió las puertas de cristal del Rainier Beach Community Center y salió al frío hiriente de la noche. La temperatura había descendido considerablemente y contrastaba de manera marcada con la del aire húmedo e impregnado en sudor de la cancha de baloncesto. El aliento le quemaba en la garganta y el vello se le erizó bajo la sudadera con capucha mientras arrastraba las sandalias de goma por los escalones de cemento. Llevaba las botas de baloncesto colgadas del hombro derecho, unidas entre sí por los cordones, y la pelota asida con firmeza bajo el codo. No pensaba dejar que aquellas preciadas posesiones tocasen nada que no fuera el suelo de la pista.

—¡Eh, Baby D!

D'Andre se dio la vuelta, pero, aun de espaldas, no dejó de caminar por el patio de cemento. No tenía tiempo que perder. Terry O'Neil había abierto también las puertas del centro comunitario.

—¡Un tiro en suspensión guapísimo, chaval! —gritó.

El joven sonrió ante el halago y en ese instante recordó la salida cruzada, el salto y la canasta de tres con los que había dado la victoria a su equipo en el último partido.

—Hoy lo has bordado, Baby D. —aseveró Terry, el encargado de abrir tres veces a la semana el gimnasio del centro y de supervisar los partidos de baloncesto.

—Gracias, Terry —dijo él.

Sí que lo había bordado. Canastas de tres y bandejas como Stephen Curry, botes hacia canasta como Kevin Durant... Los había dejado a todos con dos palmos de narices y eso que había jugado contra chicos tres años mayores que él. D'Andre era el jugador más joven al que habían dejado participar los mayores, aunque aquella noche había sido solo porque les faltaba gente para completar el mínimo. En adelante, nadie lo cuestionaría por su edad. Y menos si tenían intenciones de ganar.

—¿Volverás mañana? —preguntó Terry a voz en cuello desde el escalón de arriba. El vaho que exhalaba parecía humo de tabaco.

—No puedo —contestó él sin dejar de caminar de espaldas—. El jueves tengo un examen de mates y tengo que estudiar.

—Lo primero es lo primero. Pero cuando hagas el examen tienes que volver. Cuando quieras, Baby D. Hoy has demostrado lo que vales.

A D'Andre le gustó cómo sonaba aquello. Era el que mejor había jugado de todo el centro y tenía intenciones de ser mejor que todos. Llevaba dando vueltas por aquel gimnasio desde que tenía nueve años, imitando los movimientos de los grandes —sus salidas cruzadas, sus pasos europeos, sus botes con pausa..., lo mejor que podía ofrecer cada uno de ellos— y aquella noche había dejado claro que estaba a su altura... Aunque quizá no debería haber jugado tantos partidos: iba a tener que sudar la gota gorda. Debería haber pedido que lo dejaran fuera del último partido,

pero ¿cómo iba a hacer algo así? Ahora que le habían dado la ocasión que tanto había ansiado, ¿cómo iba a decirles que su madre le iba a dejar el trasero como un tomate si llegaba tarde a casa?

¡Vaya, si se la jugaba! Le había dicho que volviese a las nueve y que más le valía tener hechos los deberes cuando entrase por la puerta. Si no los hacía, se quedaba sin baloncesto. Si sacaba menos de un notable en alguna asignatura, se quedaba sin baloncesto. Si no hacía las tareas de casa, contestaba o volvía tarde de la calle, se quedaba sin baloncesto. Su madre no bromeaba. Se lo había dejado bien clarito:

—Si tú juegas conmigo, a ti se te acaba el juego.

Su madre tampoco tenía tiempo para tonterías, ya le bastaba con criar sola a tres hijos. Así que D'Andre hacía lo que le decía y punto.

Fin del cuento.

D'Andre era el mayor de sus hermanos y ya tenía edad para saber que su madre no lo tenía nada fácil. Se pasaba el día trabajando y nunca llegaba a casa antes de las seis. Entonces se ponía a repasar con sus hijos los deberes del colegio mientras la abuela hacía la cena. D'Andre sabía que cuando se acostaba estaba agotada.

—No quiero que tú tengas esta vida —le dijo una noche mientras lo ayudaba con las matemáticas en la mesa de la cocina—. Esfuérzate en el colegio, sácate el título y hazte médico o abogado.

Lo primero eran los estudios. Ya lo había castigado una vez sin salir por llegar tarde a casa y no dudaría en hacerlo otra vez.

—No pienso criar a un memo. Tienes una probabilidad de uno entre un millón de jugar al baloncesto profesional, pero si estudias y te esfuerzas en el colegio, podrás ser lo que tú quieras.

A diferencia de los mentecatos de su escuela que se conformaban con llevar a casa aprobados, D'Andre sacaba sobresaliente en todo, menos en matemáticas. Tenía que hacer perfecto el examen del jueves y no porque así fuese a conseguir nada a cambio, su madre no le daba ningún premio por sus sobresalientes.

—¿Por qué voy a recompensarte por hacer lo que tienes que hacer? —le había dicho.

Abrazó la pelota de baloncesto y comprobó su teléfono. Le quedaban diez minutos para llegar a casa. Podía lograrlo, pero para eso tenía que mover el trasero. Se colocó los auriculares Beats en las orejas para escuchar a Lil Wayne. Su madre tenía prohibida en casa la música de ese «delincuente cabeza de chorlito, con más tatuajes que piel en el cuerpo», cosa que a él le resultaba divertida. Se cubrió los auriculares con la capucha de la sudadera y echó a correr, marcando el aire con una vaharada blanca con cada espiración. Hacía frío suficiente para que nevase, aunque él nunca había visto caer nieve en Seattle. Decían que en 2008 había nevado mucho, aunque él era demasiado pequeño entonces para acordarse. Alzó la vista al cielo sin estar muy seguro de lo que esperaba ver. Las nubes parecían pelotas de algodón recortadas en un cielo negro como la tinta china por los bordes plateados por la luz de la luna llena.

D'Andre corrió por la Rainier Avenue con la letra de *Tha Block is Hot* martilleándole los oídos. En su imaginación, esquivó a un jugador que pretendía defender la canasta contraria y cambió de dirección para poner rumbo al oeste en Henderson. Aquel era su mejor talento: el cambiar de trayectoria sin reducir la velocidad. Lo había aprendido de Terrell, que iba a entrar en la Universidad de Washington, al menos durante un año, para después hacerse profesional. Él no pensaba hacer lo mismo: primero se sacaría el título.

—No me empieces con tonterías de hacerte profesional —le diría su madre—. Un día vas y te destrozas la rodilla en un partido. ¿Qué vas a hacer entonces?

D'Andre apretó el paso al llegar a Henderson para sincronizarlo con la letra de Lil Wayne. Cruzaría Renton Avenue, tomaría la Chief Sealth Trail, saltaría la valla trasera y entraría por la puerta de la cocina minutos antes de la hora. Su madre le echaría esa mirada tan suya para dejarle claro que tenía un ojo puesto en el reloj y a continuación le calentaría un plato de espaguetis y se sentaría a hablar con su hijo mientras él cenaba. Le gustaban aquellos momentos en los que sus hermanos estaban ya en la cama y podía compartir la mesa con su madre.

—Algún día te compraré una casa grande —le prometería—, tanto que vas a necesitar una escúter de esas para ir de un lado a otro.

—¿Y para qué quiero yo una casa así? ¡Como si no tuviera bastante con limpiar esta!

—Es que también te contrataré a una criada.

Su madre sonreiría.

—Mejor la casa grande te la quedas tú.

—Pues entonces os vendréis a vivir conmigo la abuela y tú.

—Puede que a tu mujer le haga menos gracia que a ti esa idea.

—¿Qué mujer?

Y sonreiría.

Su madre le pondría otro vaso de leche y le besaría la coronilla.

—Acábate los espaguetis y vete a dormir, que se crece más antes de la medianoche.

Volvió a recordar la salida cruzada y el tiro con suspensión que les habían dado la victoria. Marvin se había pasado la noche hablando pestes de él para sacarlo de quicio y hacerlo reaccionar. Él, sin embargo, no se había dejado importunar por sus pullas. Su madre le había dejado claro una vez:

—El día que pierdas los estribos en la cancha, bajo de las gradas y te saco de allí de una oreja.

Corrió hasta la esquina y cruzó la 46th Avenue South. Ya estaba cerca de casa. La salida cruzada le había salido perfecta. ¡Cómo había subido por la cancha! ¡Qué manera de driblar bajo con la izquierda! Luego, un acelerón para dejar a Marvin por la cadera derecha. Al acercarse a la línea de tres puntos, había dejado caer el hombro como si pretendiese botar hacia canasta. Marvin había picado y también se había agachado y, en ese instante, D'Andre había plantado el pie izquierdo en el suelo con firmeza. El otro no había podido frenar y lo había rebasado, trastabillando ya cuando él se pasó la pelota de la izquierda a la derecha.

D'Andre saltó desde el bordillo en Renton Avenue South con la pelota naranja flotando desde las puntas de sus dedos y describiendo un arco hacia la canasta imaginaria. En su cabeza la observó pasar por el aro y comprimir la red blanca con un dulce oleaje.

En ese momento le llamó la atención una forma imprecisa y oscura que percibió con el rabillo del ojo. Volvió la cabeza. Demasiado tarde. La pelota de baloncesto se escapó de sus manos y dio la impresión de quedar pendiente en el aire un instante, suspendida sobre la capota del vehículo. Golpeó con violencia el parabrisas y salió disparada hacia la calzada, donde botó primero a gran altura para después ir rebotando cada vez con menos inercia, una y otra vez, hasta rodar hacia la acera, golpear con suavidad el bordillo y encontrar allí su último descanso.

Completamente inmóvil.

CAPÍTULO 2

Tracy Crosswhite había leído en una revista, no recordaba en cuál, que la Smith Tower de la Pioneer Square había sido en otra época el edificio más alto al oeste del Misisipi. A esas alturas, sin embargo, no se contaba ni siquiera entre los treinta más altos de Seattle y apenas tenía más importancia que la histórica. La ciudad no dejaba de cambiar a la carrera y no siempre para bien.

De hecho, iba camino de batir su récord de homicidios anuales.

Ella y los otros quince inspectores de la Sección de Crímenes Violentos del cuerpo de policía de Seattle investigaban treinta al año, pero, como la altura de los edificios del centro, aquella cantidad no había dejado de crecer de forma continua. Otra de las desventajas de ser una de las ciudades de crecimiento más rápido de Estados Unidos. Aquello comportaba una cantidad de trabajo añadido al que todos ellos habrían renunciado con mucho gusto.

Tracy se quitó la chaqueta de pana y la dejó al lado del abrigo de piel de Kinsington Rowe en una percha del Shawn O'Donnell's American Grill and Irish Pub. Kins hizo ademán de sentarse y, en ese instante, hizo una mueca de dolor y se detuvo de pronto.

—¿Otra vez te está doliendo la cadera? —preguntó ella.

—Últimamente se me encaja mucho. Cuando llega el frío se me pone peor. —La hizo rotar hasta liberarla con un leve chasquido que hizo encogerse a Tracy. Una lesión de fútbol americano que se había hecho degenerativa.

—¿Cuándo te operan?

—No me lo recuerdes —dijo él sentándose frente a ella.

—¿Estás preocupado?

—Pues ¡claro que sí! ¿No te he contado la historia de la mujer que sufrió un derrame cerebral cuando le estaban haciendo lo mismo que a mí?

—Sí, pero me dijiste que tenía ochenta años.

—Ochenta y tres, pero, de todos modos, también dicen que Bill Paxton, el actor, murió así, por un derrame después de salir del quirófano.

—Paxton tenía problemas de corazón. ¿A qué te dedicas últimamente? ¿A leer obituarios de gente que ha muerto de un derrame?

Aunque acababa de cumplir los cuarenta, Kins llevaba años aplazando la operación a golpe de ibuprofeno. Decía que no quería ponerse en manos del cirujano más de una vez en la vida y que la garantía de las prótesis de cadera era solo de treinta años, pero desde hacía unos meses el dolor era recurrente e intenso.

—El médico me dijo que le avisara... cuando empeorase.

—Entonces está a la vuelta de la esquina.

—Dos semanas. ¡Qué ganas tengo de que pase! Es como si me estuvieran clavando un cuchillo caliente en la articulación. El dolor me irradia hasta la rodilla. —Tomó la carta, la

estudió y la dejó a un lado—. ¿Con qué número juegas en la porra?

Los inspectores y oficiales de la policía de Seattle pagaban veinte dólares para participar en una apuesta que ganaba quien fuese capaz de predecir el número total de asesinatos que se cometerían durante el año. En aquellos momentos, la porra se había convertido en un tema candente. La calavera pendía del cubículo de Tracy como un macabro recordatorio de que Kins y ella eran el equipo de inspectores que se encargaría del siguiente homicidio, a pesar de que todavía tenían dos investigaciones entre manos. Tenía la esperanza de acabar la semana sin que se diera ninguno más, pero, a juzgar por cómo se habían dado los primeros meses del año, las probabilidades de lograrlo eran muy escasas. La Sección de Crímenes Violentos seguía recuperándose de la semana anterior, cuando un joven celoso había matado a tres estudiantes de secundaria en una fiesta con un fusil de asalto AK-47 que había comprado por Internet. Aquellas muertes elevaban el total de asesinatos cometidos en Seattle —cuando apenas habían transcurrido dos meses y medio de aquel año— a veintidós.

—Treinta y ocho —respondió ella mientras leía detenidamente la carta—. Pensaba que había exagerado, pero ahora empiezo a temer que me he quedado corta.

Muchos atribuían el aumento de la criminalidad, incluidos los asesinatos, al aumento de la población y el uso de drogas duras como la metanfetamina o la heroína, que había alcanzado la condición de epidemia en Seattle y la estaba alcanzando en casi todas las demás ciudades de los Estados Unidos.

—Pues si tú te quedas corta, yo estoy jodido. —Kins lanzó a la mesa un trozo de papel con el número treinta y seis—. A este paso nos han dejado atrás para el mes de junio.

Hacía calor dentro del establecimiento, que se había convertido en uno de los lugares favoritos de ambos cuando tenían turno de noche, aunque Tracy no descartaba que se debiera al contraste de temperatura con el frío de la calle. Lo normal era que el mes de marzo entrase acompañado de viento y lluvia, pero aquel año había sido una excepción: los termómetros rondaban los cinco grados bajo cero y hasta podía ser que nevase. Desde luego, habían pasado frío durante el trayecto a pie desde la comisaría, situada entre la Quinta y Cherry Street. Le gustaba el ambiente de aquel *pub*. En el extremo opuesto de la sala había un reloj digital de color verde que contaba los días, las horas y los minutos que faltaban para el Día de San Patricio. Acababa de bajar de las dos semanas, pues marcaba ya trece días, dos horas y treinta y seis minutos, lo que explicaba la clara presencia de U2 en la lista de reproducción musical y el verde de la decoración, más predominante aún que de costumbre. Del techo pendían banderines con inscripciones como «Bésame, soy irlandés» y las paredes estaban plagadas de anuncios de Guinness con forma de trébol. A un palmo de la cabeza de Kins había un cartel con marco de madera que decía: «Si me pierdo alguna vez, para que mis amigos se enteren de mi desaparición, que pongan mi foto en una botella de cerveza en vez de en un cartón de leche».

Tracy comprobó su teléfono, pero no había recibido ninguna llamada. Había dado su número a la centralita al salir de la comisaría.

—¿Te pasa algo? —preguntó su compañero—. Cualquiera que te vea pensaría que eres tú la que está viendo venir el bistrú.

Llevaban años trabajando juntos y habían aprendido a interpretar el estado de ánimo del otro. Sabían cuándo se habían peleado con su pareja, cuándo había tenido Kins problemas con sus hijos y cuándo habían mantenido relaciones.

—Estoy bien —repuso ella, aunque no era cierto.

Había estado pensando en la cita que tenía al día siguiente por la tarde con el especialista en fertilidad. En los seis meses que habían transcurrido desde su boda, había tenido más sexo que

en toda su vida, pero nunca se había sentido tan frustrada. A los cuarenta y tres años, estaba descubriendo que para quedarse embarazada no bastaba con decidir tener un hijo.

Ni por asomo.

Kins volvió a tomar la carta.

—Debería perder peso antes de la operación. Así tendré menos probabilidades de sufrir un derrame.

—¿Quieres dejar de preocuparte por eso? Aquello fue un caso aislado y la mujer te doblaba en edad.

—Debería pedir ensalada. Es lo que digo siempre, ¿verdad? —Sí, eso era lo que decía siempre—. Y al final me pido una hamburguesa. Tengo la fuerza de voluntad de una salchicha.

Tracy no le hizo caso. Kins recurría a aquel embutido para describir todo lo que le resultaba fastidioso, persona, animal o cosa. Cualquiera que condujera de pena por la autopista, salchicha. El cajero lento del supermercado, salchicha. El testigo mentiroso, salchicha. Le había contado a Tracy que había adquirido esa costumbre siendo un crío, cuando se le había escapado un *joder* delante de su madre. Después de una buena bofetada, su madre le había dicho que se buscara otra palabra y a él se le había ocurrido *salchicha*.

La inspectora volvió a mirar la carta. Aunque la hamburguesa que había mencionado Kins resultaba tentadora, se decidió por una ensalada. Con su metro setenta y ocho, no era una mujer menuda y, si bien el ejercicio que hacía resultaba beneficioso para su salud cardiovascular, cada año le costaba más mantener la línea. Todo lo que le entraba por la boca acababa emigrando a las caderas y los muslos.

Kins dejó la carta sobre la mesa con un golpe decidido mientras anunciaba:

—Ensalada. Voy a pedir una ensalada. —En ese momento le vibró el teléfono. Lo comprobó y lo puso a un lado—. Faz y Del vienen para acá.

Vic Fazio y Delmo Castigliano conformaban la otra mitad del equipo A de la Sección de Crímenes Violentos. Aunque se trataba de una denominación convencional, a los cuatro les gustaba afirmar ante los otros tres equipos que les habían asignado dicha letra como signo de excelencia.

—¿Ha vuelto Del al trabajo? —preguntó ella.

—Se ha incorporado esta noche. Faz y él han estado buscando al testigo del White Center. Faz quiere que pregunte si siguen teniendo bocadillos de ternera en lata con pan de centeno. —Meneando la cabeza, añadió—: Esto es un *pub* irlandés y él no va a dejar nunca de ser Faz.

—¿Te ha dicho cómo lo lleva Del?

Kins se puso a jugar a doblarle las esquinas a un sobre de azúcar.

—Ayer hablé con él de eso. Dice que sigue bastante deprimido y, yo, la verdad, en su lugar, también lo estaría.

El sábado pasado, Tracy y Kins habían asistido con Faz al funeral de la sobrina de Del, quien, a sus diecisiete añitos, había muerto de una sobredosis de heroína. Había empezado con la marihuana a los quince; de ahí había pasado a los medicamentos con receta y, al final, se había enganchado a la heroína. Su tío la había metido en un programa de desintoxicación en Yakima del que, según él, había vuelto cambiada. Poco después, se la llevó a la tumba una sobredosis.

—Faz dice que la que acabó con ella era ya la cuarta. ¿Tú lo sabías?

—Sí, me lo había contado —respondió Tracy.

Kins movió la cabeza de un lado a otro. Él tenía tres varones adolescentes en casa.

—¿Cuatro sobredosis? A mí me mataría enterarme siquiera de que uno de mis hijos se está metiendo esa mierda.

En ese momento llegó Liam, el propietario, que cuando el local se animaba, atendía tras la barra y ayudaba con las mesas.

—¿Otra vez estáis de turno de noche?

—Nosotros y las prostitutas, Liam —contestó Kins—. Lo que pasa es que ellas ganan mucho más dinero y, encima, no lo declaran.

—¡A Noé le vas a hablar de lluvia! Las ordenanzas municipales me piden que les pague quince a la hora a mis empleados y uno de los ayudantes va y me dice el otro día que le reduzca las horas para poder seguir cobrando la ayuda del Gobierno. A veces me pregunto si los del ayuntamiento piensan de verdad lo que hacen. —Lanzó un gruñido—. ¿Qué vais a beber?

—Si no estuviera de servicio, te pediría el consomé del día —aseveró Kins, refiriéndose al cartel que, en la entrada, anunciaba que dicho plato no era otra cosa que *whisky* con hielo.

—Y que lo digas. —Liam miró por la ventana—. Hoy hay luna llena. Estarán preparándose para salir todos los locos de la ciudad. Normalmente esto está vacío los lunes por la noche.

En la Sección de Crímenes Violentos tenían locos a diario, como la mujer que había llamado asegurando que sabía quién había matado a Kurt Cobain o el viudo que decía que su difunta esposa lo estaba amenazando con descuartizarlo y repartir por la ciudad los pedazos de su cadáver metidos en maletas. De soltera, a Tracy le había gustado aquel turno, que empezaba a las tres de la tarde y acababa a medianoche. Por lo menos, los chiflados resultaban divertidos y podía aprovechar la soledad para ponerse al día con el papeleo. Sin embargo, desde su boda con Dan, prefería pasar aquel tiempo en casa.

—Té con hielo —pidió Kins.

—El mío, con un poco de limón —dijo su compañera.

—Imagino que estaréis esperando a los dos espaguetis.

—Vienen de camino —reconoció Kins—. Faz me ha pedido que te pregunte si tienes bocadillos de ternera en conserva.

—¿Qué *pub* irlandés que se precie no tiene ternera en lata con el Día de San Patricio a la vuelta de la esquina? —Liam se santiguó, se besó el pulgar y se alejó.

Kins miró en dirección a la entrada por encima del hombro de Tracy.

—Ahí los tienes.

Tracy se volvió. La llegada de Del y Faz a un restaurante tenía un efecto similar al de dos lunas eclipsando el sol. Los dos medían algo más de un metro noventa y superaban los ciento diez kilos y los dos llevaban traje sin corbata. Seattle podía estar cambiando, pero aquellos cambios no iban con ninguno de los dos. Para ellos, vestir informal era no llevar corbata.

Del se quitó el chubasquero y lo colgó en la percha. Tracy lo notó cansado. Tenía ojeras y se movía como si le costase. Según Faz, llevaba varias noches durmiendo en el sofá de su hermana para cuidar a sus sobrinos gemelos de nueve años.

Del se introdujo en el asiento corrido que ocupaba Kins y Faz hizo otro tanto en el de Tracy. El segundo alargó el cuello hacia Kins como un labrador que hubiese cobrado el pato abatido.

—¿Has preguntado lo del bocadillo?

Kins hizo una mueca de fastidio.

—¡Mierda, Faz! Se me ha olvidado.

—Pero ¿cómo se te va a olvidar si te acabo de enviar un mensaje? —Buscó en el teléfono y lo sostuvo delante de sus ojos.

Faz se encogió de hombros.

—Se ve que me he distraído. Lo siento.

Mientras él se volvía en su asiento para buscar a Liam con la mirada, Tracy preguntó a su compañero:

—¿Cómo lo llevas, Del?

—Lo mejor que puedo —repuso él con voz suave.

—¿Dónde coño se ha metido Liam? —preguntó Faz con la cabeza vuelta.

Del levantó la mano para llamar al dueño, que estaba tras la barra y llegó enseguida.

—Café —dijo—. Solo.

—¿Te queda ternera? —preguntó Faz.

Liam hizo una mueca.

—Kins ha pedido la última, Faz, pero tenemos unas salchichas polacas con chucrut que están de muerte.

Faz lo miró con gesto compungido.

—Polacas... Te estarás quedando conmigo. —Y mirando a Kins insistió—: Se está quedando conmigo, ¿verdad?

Kins y Liam se echaron a reír.

—¿Por quién me tomas? ¿Por italiano? Un *pub* irlandés sin ternera en conserva a dos semanas mal contadas de San Patricio... ¡Eso es un crimen!

—¿Tú qué quieres, que me dé un infarto? —dijo Faz a Kins—. No vuelvas a hacerme una cosa así.

—¿Y para beber...?

—Café. A ver si entro en calor, que estoy más tieso que mis Nets en los diez últimos partidos. —Como natural de Nueva Jersey, Faz seguía siendo fiel a los equipos de su ciudad natal.

Tracy pidió una ensalada César de salmón.

—Para mí, unos macarrones con queso al *whisky* irlandés. —Kins miró a su compañera mientras devolvía la carta—. ¿No te he dicho que tengo la fuerza de voluntad de una salchicha?

Liam miró a Del.

—Solo el café. —Aquello no era habitual en él, tan aficionado a la comida como Faz.

Tracy le preguntó tras marcharse el propietario:

—¿Cómo está tu hermana?

—No muy bien. Necesitará un tiempo para recobrase.

—Para que lo sepas —dijo Faz a Tracy—, estamos buscando al camello que se la vendió.

—¿Quiénes? —quiso saber ella.

—Pues nosotros —insistió Faz sin pasar por alto la mirada de preocupación de Tracy—, pero Del no tiene nada que ver oficialmente.

Del no podía, ni por asomo, investigar un homicidio que tuviera que ver con su sobrina.

—¿Lo habéis consultado con Nolasco? —Tracy se refería al capitán de la Sección de Crímenes Violentos.

Faz respondió indicándole con un gesto que le ampliaría la noticia cuando fuera posible:

—Nos ha dado el visto bueno siempre que sea yo quien lo dirija todo.

Tracy se preguntó si la capitulación de Nolasco, que en condiciones normales le habría asignado el caso a otro equipo, no tendría nada que ver con el aumento extraordinario del número de asesinatos que se había dado en los últimos meses y que tenía a todos los inspectores, fuera cual fuese su equipo, lidiando con la situación.

—¿Tiene alguna pista tu hermana? —preguntó Kins.

—Todavía no está en condiciones de hablar de eso. Vamos a darle unos días más. Creo que mi sobrina compraba por teléfono y tenía por ahí un novio metido en el ajo. Si es así, ese... el

novio nos dará el nombre del camello.

Tracy volvió a mirar a Faz, que le indicó con una ligera inclinación de cabeza que lo tenían todo bajo control.

—La madre necesita solo un poco de tiempo —dijo.

Del estudio el rostro de Tracy.

—No dejo de pensar en el dicho, ¿sabes? No dejo de acordarme de ti.

—¿De mí?

—Ya sabes lo que dicen, que ningún padre tendría que enterrar a sus hijos. Creo que nunca había llegado a hacerme una idea de lo que significaba de veras. No sabes lo mucho que siento ahora lo de tu hermana, lo que me duele lo de tus padres. Ahora entiendo lo que tuvieron que sufrir y lo que tuvo que pasar tu padre.

Dos años después de desaparecer Sarah, el padre de Tracy, abrumado por la pena, la depresión y probablemente los medicamentos, se había quitado la vida.

Aquel recuerdo la llevó a pensar otra vez en sus empeños en quedarse embarazada. Por grande que fuera su deseo de tener un hijo, no quería imaginar el dolor, la agonía que podía suponer la pérdida de un hijo. La devastación que le habían supuesto el secuestro y la desaparición de su hermana no era nada comparado con el infierno por el que habían tenido que pasar sus padres.

Uno de los teléfonos de la mesa se puso a vibrar. Tracy y Kins recogieron a la vez los suyos. La luz del de Tracy se encendió.

—Centralita —anunció su propietaria meneando la cabeza.

Kins soltó un gruñido.

—Ese dichoso número de homicidios no deja de crecer, ¿verdad?

CAPÍTULO 3

Una pelota de baloncesto descansaba inmóvil contra el bordillo al lado de la sábana blanca que cubría un cadáver. Tracy y Kins habían hecho conjeturas durante el trayecto sobre lo que podía haber motivado la presencia del equipo A en un atropello, que por lo común era trabajo de la TCI, la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico de la policía de Seattle. En esos casos, no era normal que se llamase a los de homicidios.

Kins dejó el coche pegado al bordillo de South Henderson Street y Del y Faz aparcaron detrás de él y de Tracy. Quien la había llamado al móvil había sido Billy Williams, el sargento del equipo, que a su vez había recibido una llamada del sargento de los de tráfico, Joe Jensen.

—¿Ha dicho Billy qué pintamos nosotros aquí? —quiso saber Kins.

Tracy negó con la cabeza.

—Creen que el conductor se ha dado a la fuga. Es lo único que me han dicho.

Salieron del vehículo y esperaron a Del y Faz en el frío de la acera. Las luces azules y rojas teñían las fachadas enlucidas y las puertas y escaparates protegidas con rejas metálicas de los comercios de la zona. Había numerosos coches patrulla estacionados en ángulo para impedir el paso a Renton Avenue South y una serie de agentes de uniforme con guantes y chaquetas gruesas redirigiendo el tráfico. También formaban parte del conjunto un camión de bomberos y una ambulancia, aunque los profesionales del uno y de la otra se encontraban de pie inmóviles, como congelados.

—¿Qué opinas —preguntó Tracy— de que Nolasco haya dejado a Del que investigue el caso de su sobrina?

Kins la miró antes de seguir supervisando la escena.

—Faz se encargará de contener a Del.

—Pero no debería estar en el caso.

El otro fue a clavar de nuevo la mirada en ella.

—¿Y se lo vas a decir?

—Ese no es mi trabajo, sino el de Nolasco.

—¿No crees que te estás dejando influir por tus sentimientos?

Nolasco y ella habían tenido una relación larga y escabrosa que se remontaba a los tiempos de la academia.

—Esto no tiene nada que ver con mis sentimientos. Son las normas de la sección.

—Faz dice que lo tiene dominado y yo creo que nosotros deberíamos dejarlos. —Kins se volvió para mirar calle abajo a la sábana blanca—. ¿A cuánto crees que está el cadáver del cruce?

Tracy sabía que estaba cambiando de tema, pero se dejó llevar y respondió tras meditarlo:

—A poco menos de ocho metros, ¿no?

—Prepárate, porque esto no va a ser fácil.

Del y Faz se unieron a ellos en ese momento y los cuatro echaron a andar hacia Williams.

El sonido estaba apagado por una capa nubosa baja que parecía anunciar nieve. El sargento estaba hablando con dos hombres con chalecos amarillos fluorescentes dotados de cinta reflectante gris y con las palabras *Seattle Police* grabadas en la espalda. Williams, que guardaba un parecido asombroso con Samuel L. Jackson, ofrecía un aspecto muy elegante con la gorra de cuadros rojos y negros y la bufanda a juego que llevaba en torno al cuello y metida bajo el abrigo.

—No tenía ni idea de que fueses escocés —dijo Faz—. ¿Quién te ha dado el gorrito y la bufanda? ¿Sean Connery?

Williams respondió con una sonrisa sarcástica:

—Según Ancestry.com, soy un montón de cosas que ni se te habrán pasado nunca por la cabeza. Y todo gracias a tu gente.

—Yo soy cien por cien italiano. Agradéceme más bien la buena cocina y *El padrino*.

Tracy se dirigió a Joe Jensen, el más alto de los otros dos, que llevaba una gorra negra de esquiador bien calada.

—¿Nos has llamado tú, Joe?

Jensen llevaba casi tres décadas de servicio en la TCI. Cuando Tracy había estado patrullando las calles y el ascenso a homicidios parecía una quimera, había pensado en dicha sección como medio para ampliar conocimientos y experiencia. Los requisitos para entrar incluían una burrada de matemáticas y de física (teorías como la del momento lineal y cosas por el estilo) y a ella siempre se le había dado bien la química, asignatura de la que había sido tres años profesora de instituto. Sin embargo, tras la desaparición de su hermana y su decisión de hacerse policía, había dejado atrás las mates para siempre.

—¿Cuándo te vamos a ver por la Sección de Crímenes Violentos? —le preguntó Kins.

—Cuando me jubile. —Aquella era la respuesta que daba siempre Jensen.

Le habían pedido muchas veces que se pasara a homicidios, pero, según había explicado a Tracy, él consideraba que los casos que llevaban ellos eran demasiado genéricos. «El sospechoso de esta semana será la víctima la semana que viene», le había dicho. Además, estaba orgulloso de ser todo un calculín. Ajustándose la gorra, anunció:

—Lo de esta noche es una tragedia. —Miró hacia la sábana blanca de Renton Avenue—. Era un chiquillo de doce años.

—No —dijeron al unísono Tracy y Kins.

Del se apartó.

—Un muchacho afroamericano que volvía a casa después de jugar al baloncesto —confirmó Jensen.

—Los peces gordos están empeñados en que, dado el clima de estos tiempos, se trate el caso con sensibilidad —dijo Williams.

—¿Por lo del Black Lives Matter? —preguntó Faz. Como en el resto de los Estados Unidos, el movimiento contra la violencia de la que estaba siendo víctima la población negra había tenido una gran repercusión en Seattle y ninguno necesitaba que le recordasen que estaban en una comunidad predominantemente afroamericana.

Williams asintió.

—Los jefazos querían que se ocupase de esto un equipo de homicidios. —Y mirando a Jensen añadió—: Sin ánimo de ofender.

—Tranquilo.

—Cosas de políticos —dijo Williams—. Trabajaremos con vuestra unidad.

—¿Te parece bien? —le preguntó Tracy.

—No es que sea mi terreno, pero, por lo que a mí respecta, cuantos más seamos, mejor nos lo pasaremos. De todos modos, este caso tiene poco de divertido.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber la inspectora.

—El coche lo sacó de sus chanclas. Las botas de baloncesto están tiradas unos tres metros más allá.

—Doy por hecho que no llevaba ningún documento que lo identificara —dijo ella.

Jensen señaló con la barbilla a un grupo de personas que había de pie en la esquina de la calle.

—No, pero uno de los testigos dice que la víctima es D'Andre Miller.

—¿Vio el accidente?

Jensen negó con la cabeza.

—No. Iba por South Henderson cuando oyó el golpe. Ya sabes cómo va esto.

Tracy lo sabía de sobra. La inmensa mayoría de los testigos de un accidente de tráfico no resultaba de ninguna ayuda. Lo más probable es que quisieran ayudar, pero por lo general no aportaban nada: solo habían oído el golpe y presenciado después el resultado. Su imaginación rellenaba entonces las lagunas, que en muchas ocasiones no encajaban con las pruebas y eso hacía que su testimonio hiciera más mal que bien en caso de que el asunto acabase en los tribunales.

Jensen señaló a otro de los congregados.

—Ese hombre volvía en coche del trabajo y paró al ver a la policía. Dice que el crío estaba jugando al baloncesto en el centro comunitario y tenía prisa por llegar a su casa. —Hizo un gesto calle abajo—. Dice que la víctima ataja por Chief Sealth Trail.

—Eso está en el otro sentido —dijo Kins, refiriéndose al punto en el que se encontraba el cadáver.

—Ya lo sé —confirmó Jensen—. Si venía por la acera al llegar al cruce, han tenido que golpearlo a mucha velocidad.

—¿Los padres lo saben ya? —preguntó Tracy.

—Por nosotros, no, pero es probable que se lo hayan contado otros.

La inspectora alzó la vista al despliegue de semáforos pendientes y cables negros que había tendidos entre los postes del teléfono. El de Renton Avenue cambió de rojo a verde.

—¿Funcionan bien?

—Sí, que yo sepa —respondió Jensen—, pero lo están mirando para confirmarlo. —Al ver que Tracy miraba al sur, a la empinada cuesta en que se convertía Renton Avenue antes de volver a nivelarse en el cruce, añadió—: Y no, no hemos encontrado huellas de frenada.

—O sea, que el conductor no hizo nada por detenerse.

—Parece que no. De entrada, yo diría que fue un envolvimiento o una proyección.

Tracy sabía que en el primero de los casos la víctima golpeaba el coche y caía sobre el capó. En el segundo, como cabía esperar, se veía proyectada hacia delante.

—Teniendo en cuenta la distancia del cruce a la que está el cadáver, yo diría que es muy probable que la delantera del vehículo esté dañada —siguió diciendo Jensen—. Haremos correr la voz.

—¿Sabéis si hay cámaras? —Faz miró los negocios que había en las cuatro esquinas. Había un taller de chapa y pintura con la puerta y el escaparate protegidos por rejas negras, que también salvaguardaban las ventanas de la planta baja de un bloque de viviendas de tres alturas de la esquina del sureste. En una de las otras dos se erigía un edificio comercial de color mostaza con una tintorería. Frente a esta, había un restaurante con un toldo rojo desvaído. Las malas hierbas que poblaban las ventanas de la fachada indicaban que llevaba un tiempo cerrado.

—Todavía no.

Williams sacó las manos de los bolsillos y anunció:

—Vamos a empezar a movernos. Del y Faz, averigüen si han visto algo los vecinos de por aquí y si en el taller de chapa y pintura hay una cámara que haya grabado algo.

Cuando se fueron los dos, se acercó al resto una agente.

—¿Inspectores? Siento interrumpir, pero creo que hemos encontrado algo.

El grupo la siguió hasta llegar a unos tres metros del cruce.

—Al principio no lo vimos porque es transparente —les explicó la agente antes de dirigir el haz de luz de su linterna al suelo e iluminar con él un trocito de cristal de forma triangular.

Tracy tuvo claro que debía de ser un fragmento de los que cubren los faros delanteros.

—Bien hecho —dijo Jensen—. Ya solo necesitamos encontrar un coche en el que encaje.

En ese momento oyeron rechinar en el pavimento unas ruedas que llamaron la atención de todos. Un Honda blanco no muy moderno se detuvo de forma brusca en la intersección. La puerta del conductor se abrió y bajó de un salto una mujer afroamericana agitada que dejó el motor en marcha, las luces encendidas y la puerta abierta.

—Mi niño —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Dónde está mi niño?

Los agentes corrieron a sujetarla, pero ella les apartó las manos dando palmadas.

—Quiero ver a mi niño. ¿Dónde está D'Andre?

Las personas congregadas en las esquinas comenzaron a hacer patente su inquietud. El hombre al que se había referido Jensen se acercó y la mujer se volvió hacia él para preguntarle:

—Terry, ¿dónde está? ¿Dónde está D'Andre?

Él, llorando, señaló la sábana blanca del otro lado de la calle.

La madre se llevó una mano a la boca, pero por lo demás quedó petrificada. Entonces se vino abajo, le fallaron las rodillas y se desplomó sobre la calzada, donde quedó llorando y gimiendo. Tracy caminó hasta ella. El hombre estaba de pie a su lado, sin saber bien qué hacer. La inspectora se arrodilló y la mujer alzó los ojos. Tracy vio en ellos el mismo dolor abrumador que había visto en el rostro de su padre y de su madre la noche de la desaparición de Sarah.

—Lo siento —susurró pensando una vez más en lo que había dicho Del en el restaurante.

Ningún padre tendría que enterrar a sus hijos.

Ninguno de los dos perros había salido ladrando del dormitorio al oírla entrar por la puerta principal. Al parecer, se habían habituado a su turno de noche. Dejó los zapatos en el banco de la entrada, colgó la chaqueta en una de las perchas y se dirigió a la cocina.

Dan había reformado el interior de aquella casa de campo de piedra y argamasa de una sola planta, ensanchando la misma y restaurando los oscuros suelos de roble, que presentaban cuantos arañazos y demás desperfectos que cabría esperar en una granja. El tejado estaba dispuesto a dos aguas con grandes vigas de madera y el salón estaba dominado por un hogar de piedra. Dan había encontrado una empresa que había colocado una chimenea encastrada con turbina para que la lumbre pudiera calentar la casa durante horas. La sala de estar estaba delimitada por un sofá de piel roja de dos plazas y varias alfombras, en tanto que una mesa antigua de roble con sus sillas se encargaba de definir el espacio del comedor. En un ángulo había un sillón cómodo con su lámpara como rincón de lectura. En la parte de atrás del edificio se encontraba el único dormitorio, en el que apenas cabía la cama de matrimonio de la pareja. En la cocina, contigua a esta última pieza, no había sitio para un lavavajillas ni, de hecho, para que coincidieran allí más de dos personas a la vez.

Tracy sacó un vaso de uno de los armarios de la cocina y lo llenó en el fregadero mientras

miraba por la ventana trasera recordando, una vez más, a aquella madre de la calle y a su propia madre. La luna llena brillaba sobre el pasto caballar y teñía la hierba de un triste azul pálido. El planeta entero lloraba esa noche.

Dan había comprado aquella granja de dos hectáreas porque estaba aislada, igual que su casa de Cedar Grove, pero ella había estado años viviendo en el centro de Seattle y, después, en un barrio del oeste de la ciudad. Y no le estaba resultando tan fácil habituarse a lo tranquila y lo remota que podía parecer aquella vivienda, sobre todo en noches así, en las que necesitaba una distracción, algo que le apartara la mente de la imagen de la sábana blanca y la madre rota por una herida que jamás sanaría del todo.

Sherlock salió del dormitorio seguido por Roger, el gato de Tracy. Cerró el grifo, el agua había rebotado del vaso. Roger saltó a la encimera de la cocina, por donde se paseó emitiendo un maullido grave. Aunque habían hecho falta meses, parecía que, al fin, los perros de Dan, Rex y Sherlock, dos cruces de rodesiano y mastín de casi sesenta y cinco kilos de peso, habían perdido su interés en el felino.

—No hacía falta que te levantas —susurró a Sherlock, el más caballeroso de los dos perros, que la miró con gesto inquisitivo—. Sí, si ya sé lo que quieres—. Abrió de nuevo el armario y buscó una galleta para perros.

El animal no la tomó de inmediato, sino que la miró con ojos tristes, como si percibiera su dolor.

—No pasa nada, come. —Él se metió lentamente la golosina en la boca y ella le dio un beso en la frente—. No se lo digas a tu hermano.

Entró con cuidado en el dormitorio y se desvistió a oscuras para ponerse un camisón y meterse bajo la colcha. Frotó la nariz en la bolsa de calor que había creado el cuerpo cálido de Dan.

—Buenas noches —dijo él con la voz empañada por el sueño antes de envolverla con los brazos—. ¡Qué tarde has llegado! He intentado esperarte despierto.

El aliento de él olía aún a pasta de dientes de hierbabuena. Rex soltó un bostezo agudo como para hacerlos callar y Roger se subió de un salto a la cama ronroneando.

—Siento haberte despertado —aseveró ella.

Dan había estado ocupado en el bufete que tenía en el centro de Redmond, donde lo habían seguido desde Cedar Grove su reputación y buena parte de su clientela. Desde que Tracy hacía el turno de noche, no se veían mucho a plena luz del día.

—Nos han llamado por otro homicidio.

—Me lo he imaginado. ¿Mal asunto?

Tracy volvió a pensar en el cadáver de debajo de la sábana. No era más que un niño. Un chiquillo.

—Han atropellado a un crío de doce años y se han dado a la fuga.

Dan le besó la coronilla y le acarició el pelo con dulzura.

—¿Estás bien?

Durante los muchos años que, al llegar a casa, la había esperado un apartamento vacío, siempre se había dicho que estaba bien, aun cuando no fuera cierto. No tenía muchas más opciones, no contaba con nadie que la consolara y, por tanto, tampoco había aprendido a dejarse reconfortar. En ese momento estaba empezando a intentarlo.

—No mucho —respondió.

—Lo siento —dijo Dan mientras la estrechaba contra sí.

Tracy sintió el aliento de él en el cabello y el movimiento leve de su pecho, que subía y

bajaba acompasado.

—¿Quieres que hablemos? —añadió él.

Tracy sonrió. Habría podido pasar días hablando de lo ocurrido y años pensando al respecto, pero esa noche Dan estaba cansado. Ella también.

—Duérmete.

—¿A qué hora tienes mañana la cita con el médico?

Se había olvidado por completo del doctor Kramer y la clínica de fertilidad.

—A las dos.

—Puedo organizarme y quedar contigo allí.

—Si lo único que voy a hacer es recoger los resultados de la prueba. Ya decidiremos después lo que hacemos.

Dan adoptó una cadencia militar para decir marcando bien cada palabra:

—Por mi parte, yo sigo dispuesto a entregarme en cuerpo y alma a la labor. Te aseguro que ni el frío ni la lluvia ni la noche más oscura me apartarán de mi objetivo.

—Que estamos intentando tener un hijo —susurró—, no repartir el correo.

Dan no abrigaba preocupación alguna. Ya se había hecho las pruebas después de que le practicaran una reversión de la vasectomía. Ya había entrado en la vivienda que compartían en Redmond proclamando a voz en cuello que estaba «cargado, amartillado y disparando munición real».

Dicho de otro modo: fuera cual pudiese ser el problema, no era él. Conque, si bien en parte Tracy habría querido que Dan fuese al médico con ella, en el fondo prefería no tenerlo a su lado y que oyese con ella lo que sospechaba que iban a ser los resultados de la prueba. El problema, fuera cual fuese, era ella.

Dan la soltó y giró sobre sí mismo. Aún no había transcurrido un minuto cuando lo oyó respirar plácidamente. Volvió a pensar en Shaniqua Miller y en cómo se había derrumbado en medio de la calle consumida por la muerte de su hijo. Pensó también en Maggie, la hermana de Del, y en cómo tenía que haberse sentido al entrar en el cuarto de su hija y encontrársela muerta. Pensó en la agonía total e inconsolable de su propia madre, semejante a un corte profundo destinado a no sanar jamás.

Aquello la llevó a reflexionar de nuevo sobre su deseo de tener un bebé y a preguntarse si, tal vez, el hecho de no quedarse embarazada no sería una suerte en lugar de una maldición.

CAPÍTULO 4

La mañana del martes, antes de que las ruedas de la justicia hubiesen empezado a escupir veredictos y condenas, Delmo Castigliano recorrió los pasillos de los juzgados del condado de King. Los suelos de mármol bien iluminados seguían emanando el ligero olor a limón de la fregona del conserje y aún no se habían convertido en un hervidero de abogados, personal de los tribunales y ciudadanos con asuntos que resolver en las diversas salas.

Para él, aquellos lugares eran representaciones fascinadoras de una ciudad y de su población. Dentro de aquellas salas se hacían votos matrimoniales, se validaban testamentos de vidas vividas y cambiaban de mano títulos de propiedad de tierras y edificios. Se ganaban y perdían fortunas en pleitos civiles. Se condenaban vidas en casos de pena capital. Las familias quedaban alteradas de forma irrevocable. Aquel edificio encerraba muchas alegrías y muchas penas.

Y ese día Del tenía cosas que hacer allí.

Había perdido a su sobrina. Su hermana había perdido a su hija. No había argumento que pudiera hacerse ni apelación que presentar para cambiar ese hecho. Nadie podía cambiar lo que había ocurrido: Allie no volvería jamás, pero él podía llevar ante la justicia a los responsables y estaba resuelto a hacerlo.

Había pedido un favor que le debían, aunque su capitán, Johnny Nolasco, que había dado a regañadientes luz verde a Faz para encontrar al tipo que vendía la droga a la sobrina de su compañero, no sabía nada. Del se había avenido a mantenerse en segundo plano en aquella investigación, aunque no pensaba hacerlo cuando se trataba de conseguir que su hermana superase su duelo. Eran cosas de familia, luego era cosa de Del.

Dejó el pasillo para entrar en el despacho del fiscal del condado de King e hizo saber en recepción que tenía una cita con Rick Cerrabone.

—Está en un juicio —fue la respuesta que le dieron.

—Me está esperando.

Momentos después de que mediase una llamada telefónica, apareció Cerrabone tras una puerta interior y le indicó con un gesto que lo siguiera. Faz había comentado en cierta ocasión que las ojeras y los mofletes de sabueso del fiscal mayor del condado le conferían un parecido sorprendente con Joe Torre, el antiguo entrenador de los Yankees, y aquella comparación se le había quedado grabada en la memoria.

Del lo siguió por una antesala estrecha hasta su despacho, plagado de cosas. En todo su escritorio no había un ápice que no estuviera ocupado con archivadores y rimeros de papel. Cerrabone era la mano derecha del fiscal jefe Kevin Dunleavy y se hacía cargo de la mayor parte de las causas de asesinato en primer grado, incluidas las que se pagaban con la pena capital, y se encontraba metido de lleno en una más.

—Siento el desorden. Estamos en medio del proceso a Westerberg. —Cerrabone cerró la

puerta, con lo que hizo que su despacho pareciera aún más pequeño.

Del detectó café y vio una taza sobre el escritorio del fiscal.

—Eso he oído. Espero no estar interrumpiéndote demasiado —dijo.

Cerrabone le indicó con un gesto que no tenía por qué preocuparse.

—El juez nos ha dado la mañana libre. Por lo visto ha llamado una mujer del jurado para decir que la niñera se estaba retrasando. —Tomó asiento en el sillón ergonómico que tenía tras su escritorio, pues tenía la espalda un tanto perjudicada, y Del ocupó una de las sillas tapizadas.

El único signo de que Cerrabone tenía una vida fuera de aquellos muros era una fotografía de doce por veinte enmarcada de su mujer, fiscal también, que había decidido mantener su apellido de soltera. Cuando uno se dedicaba a mandar a asesinos a la cárcel se volvía celoso de su intimidad. Las imágenes que adornaban las paredes no eran más que las clásicas instantáneas en blanco y negro de Seattle a lo largo de las décadas.

—Siento lo de tu sobrina, Del.

—Gracias. —Debía de ser la vez número mil que daba esa respuesta—. Gracias por ofrecerte a echar una mano.

—Pareces cansado. ¿Has dormido últimamente?

—Anoche nos llamaron por un atropello con fuga. Mataron a un crío de doce años.

—Lo he oído. De hecho, quizá el caso acabe en mi mesa.

Aquel comentario tomó a Del por sorpresa. Lo normal era que Cerrabone se encargara de los casos del MDOP, el Plan para Delincuentes de Gran Peligrosidad.

—¿Y eso?

—Por lo mismo por lo que os llamaron a vosotros: los jefazos están preocupados por la reacción de la opinión pública.

El inspector dejó escapar un suspiro.

—No sabes lo que agradezco que vayas a ayudarme —aseveró con cierto sentimiento de culpa por haber acudido a él para un favor personal pese a lo atareado que estaba el fiscal.

Cerrabone volvió a restarle importancia con un gesto de la mano.

—No pasa nada. Eso sí, me he permitido pedir a uno de mis asociados que se encargue de la investigación mientras estoy de juicio. —Removió los papeles que poblaban su escritorio y, al dar con el memorando que buscaba, lo tendió a su interlocutor—. ¿He hecho mal?

—No, qué va.

El otro descolgó el teléfono de su escritorio, pulsó un botón y dijo:

—¿Puedes venir?

Un minuto después abrió la puerta tras llamar con los nudillos una mujer negra bastante atractiva.

—Pasa. Celia McDaniel, te presento a Del Castigliano, la persona para la que te pedí que investigaras el caso de sobredosis.

McDaniel cerró la puerta y se dirigió a Del, que se había puesto en pie para recibirla.

—El inspector —dijo ella con el brazo extendido.

Del le estrechó la mano con firmeza. Era la primera vez que veía a aquella mujer, de quien calculó que debía de estar entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Ella se ajustó la chaqueta azul marino que llevaba sobre la blusa color crema. Tenía las trenzas, largas y de color castaño claro, recogidas con una horquilla y, si llevaba maquillaje, debía de ser muy poco.

—Eres nueva, ¿no? —dijo Del.

Celia McDaniel se sentó en la silla que había a su lado.

—No mucho —respondió sonriendo—. Aquí sí soy nueva.

—Celia se encargaba de juicios sobre drogas en Georgia —dijo Cerrabone—. Se mudó aquí hace unos seis meses y lleva solo dos con nosotros.

—¿Y por qué tan lejos?

—Quería cambiar de aires.

—Pues mejor no lo podías haber hecho. Aquí, cuando no va a llover es porque está lloviendo.

—A mí me gusta la lluvia —dijo ella.

—He pensado —intervino Cerrabone— que sería más rápido que le contases tú a Del lo que has averiguado, por si tiene alguna pregunta.

—Claro. —McDaniel se volvió para quedar mirando a Del y cruzó las piernas—. Antes de nada, siento mucho lo de tu sobrina.

—Gracias. —Mil y una.

—Por lo que entiendo, ella, o un amigo suyo, compró heroína por la noche y a la mañana siguiente estaba muerta.

—Eso es lo que creemos. Mi hermana no está todavía en condiciones de ser de mucha ayuda, pero, por lo que sé, Allie se ahogó con su propio vómito. —Las últimas palabras se atascaron en la garganta de Del, que corrió a aclarársela.

—¿Podemos demostrar entonces de un modo más o menos fiable que la heroína que la mató fue la que consumió esa noche? —preguntó McDaniel con voz dulce.

—Por supuesto. Llevaba más de dos meses sin meterse nada —repuso Del tras recobrase—. La enviamos a un centro de rehabilitación de Yakima.

—Eso pasa a veces —dijo ella, casi como hablando para sí—. Si conseguimos identificar a quien le proporcionó la heroína que le provocó la muerte y lo demostramos, podríamos acusarlo, o acusarla, porque todavía no sabemos quién puede ser el camello, de homicidio con una sustancia ilegal en virtud del artículo RCW 69.50.401 de la legislación permanente de Washington.

—¿De homicidio? —Del miró a Cerrabone.

—En efecto —confirmó McDaniel.

—¿Y si se limitó a distribuir la heroína y no la cocinó?

—Las disposiciones legales son relativamente nuevas y tienen un alcance bastante amplio. Consideran punible elaborar o distribuir sustancias prohibidas, además de poseerlas con intenciones de elaborarlas o distribuir las.

Del no conocía bien aquella legislación, pero estaba encantado con lo que estaba oyendo.

—¿Y cuál es el castigo?

—Se trata de un delito de clase B. En caso de que lo condenen, podrían caerle diez años de cárcel, una multa máxima de veinticinco mil dólares o una combinación de las dos si estamos hablando de menos de dos kilos, que supongo que es el caso.

Diez años.

—¿Y cuándo —preguntó él escéptico— fue la última vez que condenaron a alguien por esa ley?

—La proliferación de heroína y metanfetaminas que se ha dado recientemente ha hecho que se recurra con más frecuencia a esa pena —aseveró Cerrabone mirándolo por encima de las bifocales y con un escrito de conclusiones en la mano.

—Pero es verdad que yo solo he visto unos cuantos casos en los que se llegasen a presentar cargos —reconoció McDaniel—. Y ninguno de ellos fue a juicio. Todos se declararon culpables a fin de obtener algún beneficio.

—¿Y qué condenas les impusieron?

—Entre dos y cuatro años y entre tres mil y cinco mil dólares.

—Poca cosa a cambio de una vida.

—Estoy de acuerdo, pero es mejor que lo que había. Además, en este caso hay otros factores en juego.

—¿Como cuáles?

En ese momento sonó el teléfono del escritorio y Cerrabone alargó el brazo para contestar. Después de escuchar unos instantes a su interlocutor, preguntó:

—¿Qué clase de cuestión? Pero ¡eso es ridículo! Sí, dile al juez que bajo ahora mismo. — Colgó, se puso en pie y se bajó las mangas de la camisa para abotonarse los gemelos—. Tengo que ir a rebatir una inhibitoria presentada contra uno de los jurados. Usad mi despacho si queréis.

—¿Bebes café? —preguntó McDaniel al inspector mientras Cerrabone se hacía con su chaqueta.

—Demasiado —fue la respuesta de Del.

Tracy entró en la sala de reuniones de la séptima planta de la comisaría general sin haber dormido apenas. Kins y Faz estaban sentados ya a un lado de la mesa y hablaban de partidos de la NBA.

—¿Dónde está Del? —preguntó al segundo.

Él dio un sorbo a una gran taza de café en la que se leía por un lado: «Los italianos son los mejores amantes» y, por el otro: «¡De la comida!». Con el aroma de aquel líquido agrisado se le hizo la boca agua, pero sabía que iba a tener que soportar un día entero de ardores si bebía con el estómago vacío.

—Tenía una reunión esta mañana y me ha pedido que empecemos sin él.

—¿Y cómo le va de verdad? —Tracy apartó una silla del lado opuesto de la mesa y tomó asiento. Al otro lado de las ventanas altas y angostas caía la lluvia sobre el patio de cemento.

—Bien. —Faz se encogió de hombros—. Está cabreado, ¿sabes? Quiere ver rodar cabezas.

—Pero no hará ninguna estupidez, ¿no?

—Lo voy a tener vigilado —aseveró él haciendo más marcado su acento de Nueva Jersey—. Ya verás como no le pasa nada.

—No debería estar investigando el caso de su sobrina —dijo la inspectora.

Faz volvió a subir los hombros.

—En la comisaría están todos hasta el cuello de trabajo y Del está intentando hacer lo correcto por su hermana. El marido lleva años sin dar señales de vida. Tranquila, que no le voy a quitar el ojo de encima.

—¿Va a venir Joe?

—Ha llamado para decir que ha estado trabajando hasta las tantas y que va a intentar tener algo para nosotros esta mañana.

—Todos estamos igual. —Faz arqueó los hombros y estiró el cuello. Tenía los ojos rojos de haber madrugado después de trasnochar.

Tracy se sentía como si le hubieran dado un golpe en la nuca. No había dormido mucho.

—¿Averiguasteis algo Del y tú en los edificios de alrededor?

Faz negó con la cabeza.

—Nadie vio ni oyó nada. Redactaré un informe para que quede archivado.

—Eso viene a confirmar lo que dijo Jensen —señaló Kins—: El conductor no frenó en ningún momento.

En ese momento entró en la sala el capitán, Johnny Nolasco. Tracy no lo esperaba. Los dos se llevaban tan bien como una construcción de palos y un tornado.

—He oído que tuvisteis un atropello con fuga anoche.

—A un niño de doce años —respondió Faz.

—¿Murió?

—Por desgracia —dijo Tracy.

—Voy a presionar para que se encargue la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico.

—Ha sido un homicidio —contestó la inspectora—. Billy dice que los jefazos se han empeñado en que lo llevemos nosotros o, al menos, colaboremos con los de tráfico.

—Eso ya lo sé, pero el homicidio múltiple de la semana pasada se está poniendo muy animado y los inspectores que lo llevan necesitan ayuda con los interrogatorios. Lo vuestro no deja de ser un atropello con fuga en el que ha habido una víctima mortal, que es precisamente a lo que se dedican los de tráfico.

—¿Y si ha sido un asesinato?

—Entonces tendremos que hacernos cargo, pero solo si llega el momento.

En ese instante se presentó Jensen en el umbral y Nolasco, lanzándole una mirada, salió por el pasillo. El recién llegado retiró el cierre de la funda de ordenador que llevaba al hombro y que colocó sobre una silla.

—Siento llegar tan tarde, pero acabo de dar con algo que creo que os va a ser útil.

Sin la gorra de esquiador de punto y la chaqueta abultada tenía un aspecto muy distinto. Aquel hombre de complexión fornida y cabello pelirrojo y bien poblado llevaba pantalones vaqueros, calzado bajo de senderismo, un polo y un anorak que se quitó de inmediato para dejarlo sobre una silla vacía.

—¿Has dormido algo? —preguntó Kins.

Jensen sacó el portátil de la bolsa y lo abrió.

—Sí —repuso mientras esperaba a que se encendiese—. Estoy perfectamente, cargado de adrenalina.

—Pues échame un poco en el café —dijo Faz.

Jensen sacó varias hojas de papel y se las tendió a Tracy antes de mirar el reloj.

—Podríamos hacer una sesión informativa matutina.

—¿Llamamos al sargento? —preguntó Tracy.

—Echa un vistazo.

La inspectora leyó el papel.

—¿Un Subaru Outback? —Miró a Jensen—. ¿Tenéis la marca y el modelo del coche? ¿Tan pronto? ¿Había una cámara?

—Sí, pero estaba demasiado lejos como para ofrecer una imagen clara.

—Entonces, ¿cómo sabemos que era un Subaru? —quiso saber Kins.

—He llevado a primera hora de la mañana la pieza que encontramos en la calzada al laboratorio criminalístico de la policía estatal de Washington. Allí me han dado un número de serie y me han dicho que pertenecía a un Subaru. El Walker's Renton Subaru es de un amigo mío, así que he ido a hacerle una visita al concesionario y él, basándose en el número, me ha dicho que pertenece al faro del asiento del copiloto de un Subaru Outback de 2003. Negro, además.

Tracy miró enseguida a su reloj y, a continuación, a su compañero.

—Faz...

—Ya voy. —Él retiró la silla con la hoja en una mano y la taza de café en la otra.

Si conseguían hacer llegar a su sargento aquel dato antes de la sesión informativa de la mañana, podrían hacer que los agentes del primer turno de patrulla estuvieran atentos por si veían el vehículo. Luego, Faz podría distribuir la información entre el resto de cuerpos de policía del estado, incluido el de agentes de carreteras, y entre los talleres de reparación de automóviles.

—Has dicho que tenemos una grabación de vídeo, ¿no? —preguntó Tracy después de que marchara Faz.

—Hay una cámara de tráfico calle abajo. No es gran cosa, pero, sabiendo el modelo del coche y la hora aproximada del accidente, hemos podido buscarlo en la cinta. —Tecleó algo en el portátil y dijo a Kins—: ¿Seguro que no quieres venirte a este lado de la mesa?

Kins se unió a ellos y miró por encima del hombro de Jensen.

—Hay una cámara de tráfico dedicada al carril del autobús sobre el semáforo de South Henderson, a unos cien metros al oeste del cruce. Es buena, pero, a esa distancia y con esa iluminación, no cabe esperar una gran calidad. Además, como el coche iba de sur a norte, tampoco hay posibilidades de ver la matrícula. —Jensen volvió a teclear y, segundos después, apareció en la pantalla unas imágenes de vídeo en blanco y negro, con mucho grano y un tinte ligeramente amarillento—. Las luces distorsionan los colores —advirtió. Pulsó algunas teclas para acelerar la grabación mientras consultaba una serie de notas que tenía apuntadas en una hoja de papel. Señaló con el dedo—. Aquí, si os fijáis bien, veréis que por la acera de la izquierda viene alguien caminando.

Tracy apenas lograba distinguir una mancha un poco más clara.

—Mucho no se distingue.

—Encaja con la hora a la que dice el testigo que salió D'Andre Miller del centro comunitario. Además, da la impresión de estar corriendo. Ahora, mirad aquí. —Jensen usó el teclado para reducir la velocidad de las imágenes—. El coche entra aquí en el cuadro, en lo alto de la pendiente de la calle. Al acercarse al cruce se ve un poco mejor.

Tracy observó el vehículo de tonos oscuros que, cuesta abajo, cruzó la intersección sin disminuir la marcha.

—El edificio de la esquina no deja ver al crío bajando de la acera —comentó.

—Como he dicho, no es gran cosa, pero el momento, el coche y la imagen del chaval corriendo por la acera confirman lo que sabemos por la pieza del automóvil: que lo atropelló un Subaru oscuro.

—¿Es posible ampliar más la imagen? —preguntó la inspectora.

—Sí, pero aumentaríamos también el grano. No vamos a conseguir la matrícula a no ser que demos con otra cámara en la que quedase grabado el vehículo.

Tracy se irguió.

—¿Habéis puesto a alguien a buscar? A lo mejor tenemos suerte y conseguimos ver aunque sea parte de la matrícula.

—Lo estamos intentando —aseveró él y, sonriendo, añadió—: Ya te había dicho yo que esto iba a ser más interesante que los homicidios que investigáis a diario.

CAPÍTULO 5

Celia McDaniel había salido de los juzgados del condado de King con un objetivo claro. Del, por su parte, se había limitado a tratar de no quedarse atrás. Ella había pasado de largo un Starbucks y un Seattle's Best Coffee para seguir caminando sin vacilar hasta llegar al Top Pot Doughnuts de la Quinta Avenida, un par de manzanas al norte del edificio del que habían salido. Mientras abría la puerta, hizo saber al inspector:

—Nunca tomo café si no es con donuts.

El olor a café recién hecho y a rosquillas recién horneadas que inundaba el interior resultaba a un tiempo una delicia y una tortura. Lo último que necesitaba Del era un donut. Había tenido la revisión médica anual la víspera y tenía la tensión alta. Aunque aquello, teniendo en cuenta las últimas semanas, no había sido ninguna sorpresa, el doctor también lo había estado mortificando con su peso.

Así que pidió un café solo y se abstuvo de acompañarlo con bollo alguno. McDaniel pidió un café con leche y dos donuts, uno clásico y otro glaseado. Tras elegir una mesa separada del resto, ella se sentó en el banco y él en una de las sillas que había delante. McDaniel envolvió su taza con las manos como quien protege el fuego de una cellisca.

—Lo que sí llevo muy mal es el frío —dijo—. Por suerte, al menos, aquí no es frecuente que nieve.

—Este año podría ser una excepción. Suele nevar en diciembre y en enero. No recuerdo un mes de marzo tan frío.

—Solo intentaba ser optimista.

McDaniel sonrió, un gesto que parecía habitual en ella. Emanaba una energía positiva que, en opinión de Del, debía de serle de gran utilidad frente a un jurado. Del no pudo menos de envidiarla. Él no había sonreído de veras desde la mañana que lo había llamado su hermana para comunicarle la muerte de Allie.

—¿Seguro que no quieres un donut? —preguntó ella.

—Mi médico cree que ya he tomado unos cuantos más de los que necesito. —Del se había quitado la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla contigua.

—Y el café —añadió ella señalando con la barbilla la taza de él—, sin leche ni azúcar. Eres un hombre sin vicios.

—La báscula de mi cuarto de baño no opina lo mismo.

—Pues este es uno de los míos. Sin mis donuts, estaría perdida. Desde luego, si me los quitan, sería incapaz de tomar café.

—¿Y por qué no dejas el café?

—¿Qué quieres, que renuncie a mis donuts?

—Parece la pescadilla que se muerde la cola.

—Yo lo llamo racionalizar.

—¿Y comes lo mismo todas las mañanas?

—¡No, por Dios! —Lo miró con una sonrisa azorada—. Solo un par de veces a la semana.

—¿Y cómo mantienes...? —Del se detuvo y dio un sorbo a su café.

—¿La línea?

—Que conste que yo no he dicho eso —dijo él con una mano alzada—. Ya me han hecho bastantes visitas los de la Oficina de Responsabilidad Profesional.

—¿Dices muchas cosas inapropiadas? —preguntó McDaniel.

—Me estoy acercando a los cincuenta, conque todo yo soy una cosa inapropiada.

—Pues, para responder a tu pregunta, y gracias por el cumplido, el ejercicio me obsesiona tanto como los donuts.

—Ojalá pudiera decir yo lo mismo de mi amor por la lasaña.

—Yo hago pilates todos los días a las cinco de la mañana para poder luego comer así. —Mojó el donut en el café y se llevó el extremo a la boca.

—Yo también me levanto a esa hora —repuso Del—, voy al baño y me vuelvo a la cama.

Ella soltó una carcajada y se llevó una mano a la boca, justo debajo de la nariz. Por un momento dio la impresión de que iba a escupir el café. Entonces tendió la mano y, agitándola, volvió la cabeza para secarse los labios con una servilleta. Después de un instante dijo:

—La próxima vez, avísame.

A Del le gustaba aquella mujer, tan real y sin pretensiones. No pasó por alto que no llevaba alianza en la mano izquierda. Se reclinó contra el respaldo de la silla. Le pesaban las piernas y sentía el cuerpo cansado por la falta de sueño, pero la ansiedad que lo había abrumado la semana anterior parecía haberse evaporado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondió McDaniel.

—En el despacho has dicho que lo que le ocurrió a mi sobrina no era habitual. ¿A qué te referías?

Ella dejó la taza en la mesa y se secó las puntas de los dedos con una servilleta.

—Dices que llevaba un tiempo limpia antes de la sobredosis, ¿no?

—Un día llegó y le dijo a mi hermana que quería quitarse, que no pensaba seguir así. Estaba harta de las drogas y de lo que le estaban haciendo. Mi hermana me llamó y yo moví unos hilos para que la ingresaran en una clínica de desintoxicación del este de Washington. Llevaba casi tres meses limpia. Iba a las reuniones de Narcóticos Anónimos y estaba viendo a un terapeuta. Le conseguí un trabajo en Starbucks y parecía estar pasando página de verdad. Por lo menos eso pensábamos todos. Nadie esperaba que pasase eso. —La emoción lo dejó mudo.

McDaniel dejó su taza.

—Lo normal es que, cuando un heroinómano recae, vuelva a consumir la misma cantidad de heroína... o un material igual de fuerte que el que usaba antes de dejarlo. Sus cuerpos no están preparados para una dosis así y, por desgracia, caen sin querer en la sobredosis.

—Cerrabone dice que en Georgia llevabas casos de narcóticos.

—Estuve encausando a delincuentes relacionados con las drogas y, después, trabajando en la legislación destinada a buscar alternativas judiciales para los adictos.

—¿Y qué te llevó a este mundillo?

McDaniel desvió la mirada para clavarla en las cristaleras que daban a la calle.

—Necesitaba cambiar de aires después de mi divorcio.

—Yo necesité cambiar de planeta tras el mío.

—¿Tan malo fue?

—Digamos que no fue bueno.

—¿Tienes hijos? —preguntó Celia.

—No, gracias a Dios. ¿Y tú?

—Un varón. —Se detuvo antes de añadir—: Quería ejercer la abogacía y había leído que el condado de King tenía un equipo dedicado a buscar modos de combatir el aumento del consumo de heroína y ahora formo parte de él.

—He leído algo. —Del se abstuvo de decir que no estaba de acuerdo con aquello, porque no quería ofenderla.

—El aumento del uso de la heroína ha alcanzado cotas de epidemia en casi todo el país y el número de fallecimientos accidentales por sobredosis de opiáceos supera ya el de muertes en la carretera.

Del meneó la cabeza.

—En mis tiempos, los únicos que tomaban heroína eran los drogatas de verdad.

—Las cosas cambiaron al legalizarse la marihuana. Los cárteles mexicanos de la droga vieron peligrar sus ingresos y arrancaron sus campos de cáñamo para plantar amapolas. La gente no pensó en eso cuando hacía presión para legalizar la marihuana. Los medios tampoco dijeron nada.

—Aumentar la producción y disminuir el coste. Nuestro querido capitalismo.

—A lo grande —dijo ella—. Ahora es posible conseguir heroína por menos de lo que cuesta un paquete de cigarrillos. Y no ha sido solo la legalización de la marihuana. Los investigadores también achacan el aumento espectacular de la adicción al cambio de actitud de la asistencia médica, que empezó a centrarse más en el tratamiento del dolor del paciente que en las dolencias subyacentes y propició así un incremento del uso de opiáceos.

—También he leído algo sobre eso.

—Esas sustancias, que antes se restringían al tratamiento de enfermedades graves como el cáncer o al dolor causado por determinados traumatismos, estuvieron de pronto disponibles para problemas de definición más amplia, como el dolor crónico. No cabe sorprenderse de que las farmacéuticas introdujesen y promoviesen a bombo y platillo ciertos opiáceos como la oxicodona.

—A mí me dieron cuando me operaron del hombro.

—Los adictos averiguaron enseguida cómo eludir el proceso de liberación prolongada de esos analgésicos machacando o disolviendo la pastilla para después metérsela por la nariz o por vena.

—¿Y cómo pasan de ahí a la heroína?

—Por disponibilidad y por coste. Cuando salió a la luz el problema de las adicciones, los cuerpos legislativos de los estados aprobaron leyes que dificultaban la obtención de opiáceos prescritos y los fabricantes reformularon la oxicodona para que no pudiera machacarse ni disolverse. Parecían medidas sensatas, pero las dos obviaban el hecho de que dejaban a un montón de adictos sin posibilidades de obtener su droga ni permitírsela. Eso allanó el terreno a los cárteles mexicanos de la droga.

—Que se pasaron a la heroína y encontraron un mercado seguro.

—Lo inundaron de heroína barata, asequible, que convirtieron así en la droga más usada por los jóvenes de entre dieciocho y veintinueve años. No es de extrañar que los estudios demográficos hayan detectado el mayor aumento de la historia en muertes por sobredosis.

—Por eso metemos entre rejas a los traficantes con condenas tan gordas como diez años —dijo Del pensando en la nueva legislación.

—Pero siempre hay diez más dispuestos a cubrir la vacante que dejamos cada vez que

encarcelamos a uno.

—Si aumentamos la pena, no. Si empezamos a asegurarnos de que cumplan íntegros esos diez años, muchos camellos se lo pensarán dos veces.

McDaniel hizo un movimiento de negación con la cabeza.

—Puede que los camellos se lo piensen, pero no podemos regular las costumbres que se han ido adquiriendo durante la última década. Siempre que haya consumidores, habrá vendedores, Del. Un adicto es un adicto. Tu sobrina lo era. Lo único que conseguimos criminalizándolos es alejarlos todavía más de las personas que los quieren y pueden ayudarlos y acercarlos a quienes se aprovechan de ellos.

Del sintió que volvía a invadirlo la ansiedad.

—Ya. De todos modos, yo no persigo a los consumidores, sino a los traficantes. Lo que digo es que si aumentáramos de diez a entre veinticinco y perpetua la pena por vender, nos libraríamos de todos.

—¿Y dónde los metemos? Si ya tenemos las cárceles atestadas. Además, ¿qué hacemos con los adictos?

El inspector no fue capaz de dar con una respuesta inmediata.

—Por desgracia, estás analizando el problema desde un punto de vista que no conocías y, además, te sientes dolido y muy enfadado. Quieres que alguien pague por la muerte de tu sobrina.

—No voy a negártelo.

—Es una reacción muy natural, pero la clave no está en condenar a los delincuentes, sino en liberar a los adictos de sus adicciones. Necesitamos a gente como tú, Del, que hayan conocido la peor cara del problema.

Él contuvo una sonrisa.

—Espero que no me hayas traído aquí para hacerme una encerrona.

—No seas tan injusto conmigo. He investigado y te he contado lo que dice la ley al respecto, eso fue lo que se me pidió.

Del no estaba de humor para discutir. Estaba demasiado cansado. Retiró su silla y se puso en pie diciendo:

—Tienes razón. Gracias. Te lo agradezco de veras.

—Escúchame. Sé por lo que estás pasando.

Del levantó una mano.

—¿Sabes? Me encantaría dejar de oír a todo el mundo decirme lo mismo, porque, con el debido respeto, ni siquiera puedes imaginarte por lo que estoy pasando, ni tampoco por lo que está pasando mi hermana. La gente dice: «Lo sé». Yo, de hecho, lo decía también, le decía a la gente que sentía su pérdida, pero, hasta que lo vives, hasta que te toca sufrirlo, no tienes la menor idea. —Con esto tomó su abrigo y se lo echó sobre el antebrazo—. Gracias por el memorando.

—¿Qué habrías sido capaz de hacer por salvarle la vida a tu sobrina? —preguntó McDaniel—. ¿Qué habría hecho tu hermana?

—Cualquier cosa —repuso él sin vacilar—. Yo habría dado cualquier cosa, y mi hermana, también, pero eso ya no importa, porque Allie no va a volver y no hay nada que pueda cambiarlo.

—En eso último tienes razón. Le pagaste la rehabilitación y aun así ella murió.

Del se mostró picado.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que me equivoqué?

—Claro que no. Admiro lo que hiciste y la admiro a ella por haber ido. Lo que estoy diciendo es que ser adicto significa estar buscando siempre, sin descanso, la dosis siguiente. Ese objetivo se convierte en una obsesión que anula todo lo demás.

—Si empezamos a librnos de los traficantes, a meterlos en la cárcel con condenas de aúpa, y hacemos que comprar heroína resulte cada vez más difícil y más caro, puede que esos adictos tengan por lo menos una oportunidad.

—No te lo discuto, pero ¿qué haces con ellos mientras tanto? —Al ver que Del no respondía, añadió—: Precisamente para ofrecerles esa oportunidad se ha propuesto crear dos lugares seguros para que se pinchen aquí, en Seattle. Serían los primeros de toda la nación.

Del resopló con gesto burlón.

—Sí, lo he leído por ahí. ¿Y sabes qué te digo? Que me parece una mierda. Hacer que les llenen la jeringuilla, que se la inyecten, que los dejen colocarse... ¿Cómo les vamos a dar así una oportunidad para que se desenganchen? Lo único que hacemos es alimentar su adicción.

—En Vancouver lo llevan haciendo desde 2003 y han reducido el número de quienes se pinchan en público y ha aumentado la participación en tratamientos contra la adicción.

—¿Y cómo resuelve eso el problema fundamental? Siguen teniendo adictos, ¿no?

—Pero no ha muerto nadie, Del, que es lo que más hubieseis deseado tu hermana y tú.

El inspector se sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho.

—Han tenido más de mil quinientos casos de sobredosis, pero ni una sola muerte. Allie podría seguir aún con vida. Mi hijo también podría seguir vivo y, en ese caso, yo tendría al menos la oportunidad de hacer que siguiera un tratamiento. —McDaniel apartó la mirada y vació los pulmones antes de arrugar la servilleta y lanzarla a la mesa al lado de los donuts, que no había acabado.

Del se había quedado de piedra y sin palabras.

—Lo siento, no sabía que...

—No, no lo sabías. —Tomó su abrigo—. Sé muy bien por lo que estás pasando, Del. Hice todo lo que pude por que condenasen a los que le vendieron la droga a mi hijo y lo conseguí, pero habría dado muchísimo más por que alguien lo hubiese salvado, porque alguien me hubiera dado a mí una oportunidad más de desengancharlo.

CAPÍTULO 6

Tracy estaba sentada en una incómoda silla de plástico en la espartana antesala de una consulta de la Seattle Fertility Clinic, esperando a saber si la ciencia podría triunfar allí donde, a todas luces, había fracasado la naturaleza. Los tubos fluorescentes que tenía por encima de su cabeza emitían un zumbido desagradable e iluminaban la sala con tanta intensidad que las paredes blancas y el suelo de linóleo casi destellaban. Quería levantarse y ponerse a pasear para liberar tensiones, pero la sala no era mucho más espaciosa que las de interrogatorio de la policía de Seattle.

Ignoraba si debía sentirse deprimida, indignada, frustrada o avergonzada. Había hecho cuanto le había dicho su ginecólogo, medir su ciclo menstrual, orinar religiosamente cada mañana en palitos de plástico para precisar la fase de la ovulación en que se encontraba y acosar a Dan como un marinero de permiso en tierra después de un año en el mar. Nada de eso había funcionado.

Cuando se abrió la puerta de la consulta, Tracy sintió que aumentaba su angustia. Se pasaba los días y, al menos aquel mes, las noches dando caza a asesinos y a otros criminales violentos, pero nunca había estado tan nerviosa como en aquel instante. Sabía que no tenía la sartén por el mango y detestaba no poder hacer nada para alterar los resultados.

El doctor Scott Kramer entró en la antesala con una bata blanca que llevaba su nombre bordado en letras azules sobre el bolsillo del pecho. La recibió con la sonrisa cálida de costumbre y se detuvo en cuanto cruzó la puerta para señalar el arma que llevaba ella al cinturón, al lado de la placa.

—Espero que sea porque tiene que trabajar después de salir de aquí.

Tracy sonrió.

—Es lo que tiene el turno de noche.

El médico arrastró una banqueta con ruedas y se sentó al lado del monitor con teclado que tenía en un escritorio móvil. Tracy percibió el suave aroma de su colonia mientras él giraba el soporte de metal a fin de dejar que viese ella también la pantalla. Estaba a punto de empezar cuando apartó las manos de las teclas para preguntar, casi como si se le hubiera olvidado:

—¿Cómo está?

—Supongo que me lo va a decir usted —respondió ella.

Él asintió. Su sonrisa se había vuelto un tanto menos pronunciada. Mediada la cincuentena y calvo, el doctor Kramer tenía ojos llenos de ternura que parecían estar siempre entornados y una esbeltez y un bronceado de tenista. Su apariencia física no desdecía su conducta apacible.

—Lo primero que tenemos que tener en cuenta es que estas pruebas son relativas. No ofrecen verdades absolutas.

—Entiendo —repuso ella. No, no iba a darle una buena noticia.

Mientras tecleaba, Kramer siguió diciendo con voz suave:

—Lo que es relativo es el descenso de la fertilidad con el envejecimiento de la mujer. — En la pantalla apareció una gráfica y él la fue siguiendo con el índice—. El declive es gradual hasta los treinta y cinco años, más o menos, y después se hace mucho más marcado. —La gráfica parecía la caída de alguien por un precipicio—. A los cuarenta y tres años, la probabilidad de quedarse embarazada se ha reducido al treinta por ciento aproximadamente.

—Y ha aumentado la de sufrir un aborto en caso de que lo consiga —añadió ella, que había estado leyendo los artículos que había podido encontrar en línea, aunque era consciente de que las dosis de saber que ofrecía Internet eran, casi siempre, peligrosas.

—Sí, ronda el treinta y cinco por ciento.

—¿Y qué nos dicen las pruebas?

El médico había mandado varias pruebas en el tercer día del ciclo menstrual de Tracy a fin de evaluar su reserva ovárica. Le había explicado que por los análisis de sangre podía determinarse cuántos óvulos poseía y en qué grado podían responder a la ovulación.

—Francamente, tiene usted una reserva muy limitada —anunció sin ambages el doctor Kramer. A continuación, entrelazó los dedos de ambas manos—. Sin embargo, como ya le he dicho, aunque la información sea negativa, tampoco es absoluta.

—Pero hace pensar que es muy poco probable que me quede embarazada con mis propios óvulos. —Es decir, que, después del turno de noche, no iba a poder entrar en su casa gritando que estaba «cargada, amartillada y disparando munición real».

—Las probabilidades, desde luego, se nos han reducido de forma considerable. ¿Cuánto tiempo llevan intentado concebir su marido y usted?

—Unos seis meses, después de que le practicaran la reversión de la vasectomía. —¿Tenía que hablarle también de la frecuencia? ¡A saber!

El doctor Kramer se cruzó de piernas y se inclinó hacia delante. Sus ademanes pausados podían ser exasperantes en situaciones como aquella. Tracy ya sabía por diversos artículos que aquel era el tiempo aproximado que recomendaban a las parejas antes de plantearse una intervención. Dan y ella habían traspasado aquel jalón.

—Ese es el periodo que aconsejamos esperar normalmente.

—¿Y qué alternativas tengo ahora?

—Podríamos intentar aumentar la fertilidad con medicación.

Tracy señaló con una sonrisa triste:

—No lo dice con mucho optimismo.

Kramer se encogió de hombros.

—Dados su edad, los resultados de la prueba de su reserva ovárica y el tiempo que lleva intentando concebir, yo diría que tiene una probabilidad muy limitada de quedarse embarazada.

—Con *limitada* quiere decir...

—Escasa.

Tracy consideró la información.

—¿Qué clase de medicamento tendría que tomar?

Él la miró como si la pregunta hubiera roto el hilo de sus pensamientos. Posiblemente estaba a punto de proponerle el uso de una donación de óvulos, pero ella no quería un hijo que fuese mitad de Dan y mitad de alguien a quien ni siquiera conocía. No quería un hijo concebido en una placa de Petri. Quería un hijo suyo.

—Si se decidiera por esa opción, empezaríamos con un tratamiento con clomifeno y le haríamos ecografías para ver si está ovulando y cuándo. De lo demás se encargarían su marido y usted. Después de eso, esperaríamos entre diez días y dos semanas para hacer una prueba de

embarazo. Sin embargo, dadas las circunstancias...

—¿Qué probabilidades tendría?

La expresión de Kramer hacía pensar que estuviera haciendo números en su cabeza.

—No es fácil cuantificarlo, pero, en su situación... —Se detuvo—. Seamos realistas. Es verdad que podemos estimular la ovulación con medicamentos, pero eso no quiere decir que sus óvulos vayan a fertilizarse. Además, en caso de que tengamos suerte, no debe olvidar la alta tasa de abortos y de anomalías genéticas como el síndrome de Down. ¿Está segura de que podrá hacer frente a todo eso?

—Pero me ha dicho que la prueba de reserva ovárica no es concluyente.

—No, desde luego, pero sí que es informativa. En su caso, existen, a lo sumo, muy pocas probabilidades de que se quede embarazada, pero hay otras opciones.

—Una donación de óvulos.

—Sí.

Tracy soltó un suspiro. Si iba a tener que recurrir a una donante, también podía adoptar y dar un buen hogar a un chiquillo que lo necesitara. Dan y ella habían acordado que tomarían juntos esas decisiones, que discutirían si era conveniente que se sometiera a un tratamiento de fertilidad, que podía tener efectos secundarios negativos. Además, los dos coincidían en que tendrían que evaluar juntos y con detenimiento la decisión de adoptar. Sin embargo, todo eso lo habían hablado antes de que Tracy supiese, sin lugar a duda, que era ella, y no Dan, la que tenía el problema.

—Me gustaría intentarlo con el clomifeno —respondió—. Por lo menos, probar.

CAPÍTULO 7

Joe Jensen llamó a Tracy cuando esta se dirigía al centro después de salir de la consulta del doctor Kramer.

—¿Cuál quieres primero, la noticia buena o la mala?

Pensó en la conversación que acababa de mantener con el especialista y decidió que ya había tenido suficientes malas noticias.

—Prueba con la buena.

—Al equipo que ha estado buscando los vídeos le ha sido imposible dar con el Subaru después de que saliera del cruce, posiblemente porque casi todo son urbanizaciones sin cámaras.

—Si esa es la buena, prefiero que te guardes la mala.

—La buena es que los agentes han recibido una llamada de una vecina de los alrededores.

—¿Han encontrado el coche?

—Un Subaru negro con daños en el capó y un faro delantero.

—¿Dónde?

—En un solar vacío de detrás de la casa de la mujer, bastante cerca del cruce.

Media hora después, Tracy y Kins se hallaban de camino a la dirección de Renton Avenue South. Estaban haciendo obras y la calle estaba plagada de conos naranja y operarios con chalecos amarillos y cascos blancos. Kins se aproximó al bordillo y aparcó tras un coche patrulla en un camino de acceso en pendiente. Cuando salió del vehículo, enseñó la placa a un obrero entusiasta que le indicó que no podía estacionar allí.

—¿Policía? ¿Y qué hace montado en un Prius?

Lo habían tomado del parque móvil de la comisaría. Kins lo llamaba «la máquina de coser de marca Toyota».

—Es nuestro granito de arena para salvar el medio ambiente.

Tracy se puso los guantes y se ajustó bien la chaqueta para mantener el frío a raya mientras subía los escalones de cemento. Un camino agrietado los llevó a la puerta principal de una casita de listones de una sola planta típica de aquella zona. Al llegar arriba y reparar en que Kins no estaba a su lado, se dio la vuelta y lo vio al pie de la escalera.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Dame un segundo. Llevo un rato sentado y hace frío: muy mala combinación. —Hizo una mueca de dolor y empezó a subir.

Tracy lo esperó. Juntos se acercaron a un agente de uniforme que se encontraba ante la puerta. Parecía congelado. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta azul, la barbilla escondida tras el cuello y la gorra de béisbol de la policía de Seattle encasquetada en la cabeza. Kins rodeó una bicicleta infantil que yacía sobre la hierba.

—Mi compañero está atrás, hablando con la propietaria —anunció el agente emitiendo

bocanadas blancas como si exhalara humo de cigarro. Los llevó por el camino de adoquines de cemento hasta un portón de madera situado en la parte trasera de la propiedad—. Cuando llegamos aquí, me acordé de lo que nos habían dicho en la sesión informativa esta mañana. Un Subaru oscuro, ¿verdad? Y parece que ha tenido un accidente.

Tiró de una cuerda y la base de la puerta se arrastró sobre el umbral de piedra mientras cedía. El césped estaba cortado alrededor de los vehículos abandonados que había en el descampado: dos coches viejos que parecían llevar años sin usarse, una caravana y varios remolques oxidados. Al fondo, difícil de distinguir por la maleza y los árboles, había un Subaru negro.

Joe Jensen estaba hablando con una mujer que vestía vaqueros negros metidos en la caña de las botas y un abrigo que le llegaba a las rodillas. El primero se había vuelto a cubrir la cabeza con un gorro negro de esquiador.

Tracy y Kins se presentaron.

—Lo vi esta mañana y supuse que sería de uno de los vecinos —dijo la mujer, que parecía a un tiempo molesta y emocionada por la atención que le estaban prestando—. Mi marido cobra cincuenta dólares mensuales por cada coche o remolque que aparcan aquí y cien por la caravana. Esta mañana, después de llevar a la niña al colegio, fui de puerta en puerta preguntando de quién era, pero, al ver que nadie de por aquí sabía nada, llamé a la grúa y me dijeron que tenía que pagar por adelantado. —Lo dijo como si le acabasen de pedir que donara un riñón—. Pero ¡si el coche no es mío! Por suerte, alguien denunció que lo habían robado.

«Por suerte», pensó Tracy.

Jensen hizo a los inspectores un sutil gesto de poner los ojos en blanco. Al parecer ya había oído antes todo el discurso de la señora, quizá más de una vez. Los tres se excusaron y se dirigieron al vehículo.

—¿Sabemos cuándo denunciaron el robo? —preguntó Tracy. El frío le cortaba las mejillas.

—Esta mañana, a las siete. El dueño dice que cuando fue a por él había desaparecido. — Jensen comparó el fragmento que habían encontrado en el lugar del siniestro, metido en una bolsa de pruebas, con los daños que presentaba el automóvil en el faro delantero izquierdo—. Encaja —sentenció—. Es este. —El parabrisas estaba resquebrajado como una tela de araña por el lado del copiloto y el capó se encontraba hundido—. De entrada, da la impresión de que el conductor embistió al crío y este cayó sobre el capó y golpeó el parabrisas antes de salir despedido hacia delante. Por eso estaba tan lejos del cruce.

Tracy miró por las ventanillas sin tocarlas.

—Tiene fuera el *airbag*.

—Mejor —señaló Jensen—. Si podemos encontrar ADN, sabremos quién lo conducía en el momento del choque, siempre que figure en nuestras bases de datos. He llamado para que lo confisquen y lo lleven a la VPR y estamos esperando a que nos expidan la orden judicial que nos permita registrarlo. —La VPR era la sala de examen de vehículos de la policía de Seattle, situada en unas instalaciones cercanas al laboratorio criminal de la policía estatal de Washington—. ¿Quieres que llame a la científica?

Eso era lo habitual en caso de homicidio. Sin embargo, recordando la renuencia de que había dado muestras Nolasco aquella mañana, Tracy optó por no recurrir a ellos.

—No. Encargaos vosotros, pero avisadnos cuando tengáis la orden de registro.

—Por supuesto.

—¿Vive cerca el dueño? —Tracy supuso que el conductor tenía que conocer la existencia de aquel solar.

Jensen negó con la cabeza.

—Según el Departamento de Tráfico, tiene un piso en Bremerton.

—¿Bremerton? —repitió Kins—. ¿Y qué coño hace aquí el coche?

—Supongo que eso tiene algo que ver con que lo hayan robado —contestó Jensen.

A dicha ciudad, situada al oeste de Seattle, se accedía mediante transbordador a través del estrecho de Puget o, por carretera, tomando la ruta hacia el sur y el puente del estrecho de Tacoma. El primer trayecto suponía una hora de viaje y el segundo, una hora y media.

—¿Y qué hace allí el propietario? —preguntó Tracy.

—Es militar.

—Estupendo —dijo ella meneando la cabeza.

Bremerton también era la sede de uno de los astilleros navales de los Estados Unidos.

Tracy y Kins estuvieron a punto de perder el transbordador, porque el Departamento de Transportes había cortado varias de las calles que daban a la terminal, cosa que exasperaba como pocas a Kins. Seattle llevaba un tiempo sumida en el proceso de instalar un paso subterráneo para eliminar el viaducto elevado. Al menos ese era el plan, porque, como tantos otros proyectos de tráfico de la ciudad, la obra se había visto plagada de retrasos, pleitos y gastos crecientes casi desde su comienzo.

—Al contribuyente no le importa pagar el doble si con eso lo van a tener mucho más tarde de lo previsto —decía siempre.

Dejaron el coche en el transbordador y subieron a acomodarse para la hora de viaje.

—Yo voy a tomarme un café. ¿Quieres algo? —preguntó Kins.

Tracy declinó la oferta y buscó una mesa vacía. Por la ventana observó el paisaje urbano de Seattle difuminarse tras ellos a medida que avanzaba la embarcación por las aguas de color gris pizarra del estrecho de Puget y los motores emitían su sordo traqueteo. Estudió en su portátil la información que había encontrado al introducir en las bases de datos militares, criminales y de tráfico el nombre del propietario del vehículo, Laszlo Gutierrez Trejo. Tenía dos multas de velocidad, pero ningún antecedente penal. Llevaba cinco años alistado en la Armada y había alcanzado el grado de especialista en intendencia. Tracy no sabía bien lo que significaba esta denominación, así que la había buscado en Google. Por lo que había podido averiguar, se trataba de alguien que trabajaba en las bodegas de los barcos y los almacenes de las bases militares.

A continuación, había llamado a Trejo y le había dicho que estaban reuniendo información a fin de dar con su vehículo. Dado que a él le era imposible ir a verlos, pues, según aseguró, sólo tenía el coche que le habían robado, se dirigía con Kins a Jackson Park, una zona de Bremerton situada a unos seis kilómetros de la base naval de Kitsap en la que la Armada tenía varios bloques de apartamentos.

Su compañero volvió a la mesa con café y un perrito caliente cargado de pepinillos y cebolla.

—Pensaba que te habías puesto a dieta.

—Este es mi almuerzo.

—Ajá —respondió ella—. Y tenías que ponerle cebolla, ¿verdad?

—Me encanta la cebolla en el perrito caliente.

—Pues ella no te corresponde. Espero que lleves caramelos de menta para el aliento.

—Podrías ser más compasiva con un hombre al que le espera el patíbulo.

—¡Por el amor de Dios, que solo van a operarte la cadera! En serio, ¿te preocupa de verdad o es solo una excusa para darme la lata?

—Claro que me preocupa. Me quieren dejar fuera de combate.

—Lo han hecho miles de veces, Kins.

—Eso es lo que me dijo el médico. ¿Sabes? Me dan igual los miles de veces que todo fue sobre ruedas. Las que me preocupan son las dos o tres veces que no fue así.

—Eres un tío joven y fuerte. ¿Quieres dejar de darle vueltas?

Kins dejó el perrito.

—Tengo tres hijos que todavía tienen que acabar la universidad, Tracy. Cuando el último se gradúe tendré cincuenta y tres años, suponiendo que ninguno de ellos quiera hacer un posgrado. ¿Tú sabes lo que cuesta ya la matrícula universitaria? Se me va a poner la cosa en un par de cientos de los grandes.

Tracy hizo números. Si Dan y ella tenían un hijo, ella habría cumplido ya los sesenta cuando se graduara. ¡A saber por cuánto podía estar la matrícula a esas alturas!

Kins dio un bocado al perrito y se limpió con una servilleta la mostaza que se le había quedado en la comisura de los labios antes de preguntar:

—¿Qué opinas de ese tal Lazarus?

—¿Laszlo? —dijo ella, convencida de haber oído mal lo que le había dicho el otro con la boca llena de perrito.

—Eso. ¿Qué opinas de él?

—Que es mucho viaje de vuelta para que pueda hacerlo de noche.

—O sea, que crees que dice la verdad y le han robado el coche.

—Lo único que digo es que estoy dispuesta a oír lo que tenga que contarnos.

—¿No tendrá la base un registro de quien entra y sale?

—Él no vive en la base, sino en un bloque de apartamentos.

—Pero ¿no me habías dicho que era una vivienda de la Armada?

—Sí, pero fuera de la base. Por eso vamos a poder hablar con él sin tener que hacer quinientas instancias. ¿Has tenido que trabajar alguna vez con los de las fuerzas navales?

—No —repuso Kins dando otro bocado a su perrito—. ¿Y tú?

—Una vez, por un allanamiento con robo. Un militar le robó a su ex y se metieron los NCIS. —Los de los Servicios de Investigación Criminal de la Armada pertenecían a la población civil y eran el equivalente naval de los inspectores—. Se encargaron de que las pasáramos canutas solo para hablar con aquel fulano, aunque al final decidieron no insistir en reivindicaciones de jurisdicción y cedieron.

—Sí, tenía entendido que no es fácil tratar con ellos.

—Por lo visto, después del 11-S sacaron a los mejores investigadores de la división criminal y los trasladaron a antiterrorismo. Los que se quedaron no son precisamente los mejores ni los más dispuestos a colaborar. Los apartamentos en los que vive Laszlo pertenecen a la jurisdicción federal y civil, lo que significa que podemos hablar con él sin pasar por los NCIS.

El transbordador atracó con una ligera sacudida una hora y quince minutos después de haber zarpado. El sol había perdido fuerza y el ocaso y la capa nubosa baja lo volvían todo casi tan gris como el agua. La temperatura había descendido también por debajo de los cinco grados. Kins y Tracy habían vuelto al coche y estaban esperando a desembarcar.

—¿Cómo te va viviendo en los confines del mundo? —preguntó él.

—No te me pongas pedante. —Kins vivía en Madison Park, cerca de la universidad—. Redmond no es ningún andurrial.

—¿Echas de menos West Seattle?

—Echo de menos estar cerca del trabajo y también las vistas. —Su casa de Seattle estaba a

quince o veinte minutos de la comisaría y la terraza ofrecía un panorama impagable de la bahía de Elliott y el horizonte urbano de la ciudad—. Hay mañanas que tarde una hora en llegar, pero la casa es muy acogedora y cuando estamos allí el trabajo parece quedar a años luz.

Uno de los operarios del transbordador estaba regulando la salida de los vehículos.

—¿Habéis hablado Dan y tú de tener hijos?

Kins formuló la pregunta sin previo aviso y Tracy se hizo la distraída.

—A veces, ¿por qué?

Él se encogió de hombros.

—Como decías que querías ser madre.

—Sí que me gustaría.

—Pero ¿lo estáis intentando?

Ella se echó a reír.

—¿No te parece que es una pregunta demasiado personal?

—Igual que tener que conocer a un compañero nuevo, cosa que no me hace ninguna gracia con la cadera como la tengo.

—Yo no voy a ninguna parte, Kins. Eres tú el que se va a dar de baja.

—Claro. Mi mujer tampoco iba a dejar de trabajar cuando nos casamos, pero las cosas cambian mucho cuando tienes hijos.

Tracy meneó la cabeza. Sabía que se debía solo a la tensión que le suponía a su compañero pensar en la operación y en el periodo de descanso posterior.

—Por lo menos puedes contar con los nueve meses del plazo de entrega.

—Ahora mismo no estas embarazada, ¿verdad?

—No, tranquilo. —El vehículo de delante avanzó—. ¿Quieres estar atento? Si queremos salir de aquí en algún momento, más nos vale espabilar.

—¡A darles de comer a las ardillas! —dijo Kins burlándose de la escasa potencia del Prius.

A primera vista, Jackson Park no parecía un mal sitio para vivir. Al este lindaba con la bahía de Ostrich y, al oeste, con el club de campo y de golf de Kitsap. Como la mayoría de las bases militares, parecía incluir todo lo que podían necesitar el personal naval y sus familias: guardería, hospital, un pequeño supermercado unido a una gasolinera y pistas de tenis y de baloncesto al aire libre. Mientras recorrían el laberinto de calles, Tracy no vio un solo papel tirado por el suelo. Las extensiones de césped estaban cuidadísimas y las fachadas de madera de los edificios parecían recién pintadas aun a la luz del atardecer. Se trataba de construcciones de una y dos plantas cortadas por el mismo patrón. Había señales que marcaban zonas de aparcamiento bajo marquesinas o en casetas situadas al fondo de largos prados de hierba, lo que, según dedujo Tracy, facilitaba la labor de robar un automóvil sin ser visto.

—Esto recuerda a aquella película de Jim Carrey —aseveró Kins contemplando aquel mundo immaculado—. Esa es la que todos vivían en un plató.

—*El Show de Truman*.

—¡Esa! Da hasta repelús lo perfecto que es todo.

Y lo desierto. Tracy supuso que tenía que deberse a lo gélido de la temperatura. Aun así, resultaba raro recorrer un barrio sin ver un alma paseando, en coche o sacando al perro para que hiciese sus necesidades. Quizá fuera cierto que habían robado por allí el Subaru. Si había sido una noche como aquella, desde luego, no habría tenido que temer la presencia de ningún testigo.

Laszlo Trejo vivía en la planta baja de un edificio contiguo a una cancha de baloncesto

cercada. Kins aparcó en la zona reservada para los visitantes. Las farolas iluminaban un camino delimitado por árboles. Al llegar al bloque, bajaron los escalones que daban a la puerta del apartamento. Un instante después de que hubiera llamado Kins, se abrió la puerta y los recibió con una sonrisa una muchacha hispana de unos veinte años.

—Son ustedes lo policías de Seattle, ¿verdad? —dijo con apenas un atisbo de acento mexicano. Los invitó a pasar y cerró la puerta tras ellos—. Laz acaba de llegar. —Los llevó a una sala de estar limpia, aunque escasamente amueblada, con sillas pintadas de blanco y un sofá que debía de venir con el piso—. Voy a llamarlo.

Al lado de la sala había una pieza de dos por dos con una mesa de cocina sobre suelo de linóleo. Tracy se acercó a la repisa de la chimenea y estudió las fotografías enmarcadas de la boda de los Trejo, ella con traje blanco de novia y él con el uniforme naval de un blanco radiante. El apartamento estaba caldeado y olía igual que el de Tracy cuando pasaba unos días fuera y no podía limpiar el cajón de Roger.

—¿Son ustedes los policías de Seattle?

Laszlo Trejo entró en la sala procedente del pasillo. Llevaba puestos el pantalón y la camisa de camuflaje azul y gris de la Armada, con las perneras metidas bajo las botas negras. Medía menos de un metro setenta y no era mucho más alto que su esposa. Tenía el pelo negro y poblado y sostenía una bebida energética que Tracy había confundido en un primer momento con una cerveza.

—¿Han encontrado mi coche? —quiso saber. Tenía el acento más marcado que ella. No parecía intimidado en absoluto, tampoco daba la menor impresión de tener nada que ocultar.

—Queríamos hacerle unas preguntas, señor Trejo —anunció Kins.

—Ya le dije a la agente con la que hablé todo lo que sabía —respondió él, con aire no hostil, pero tampoco amistoso.

—¿Una agente de Bremerton?

—Sí.

—Pues hemos encontrado su coche en Seattle —dijo Kins.

—Eso me ha dicho su compañera —repuso Trejo señalando a Tracy.

—¿Cuándo fue la última vez que vio su coche? —preguntó ella, yendo de inmediato al grano para evitar que fuera Trejo quien se hiciese con las riendas de la conversación.

Él, percatándose quizá de que no habían ido a verlo para darle las llaves del vehículo robado, se sentó en uno de los sillones reclinables.

—El lunes por la noche. Llegué a casa del trabajo y lo dejé bajo la marquesina. —Cuando no estaba dando un sorbo a la bebida energética, se dedicaba a estrujar la lata de aluminio.

Tracy y Kins se sentaron en el sofá que había frente a una mesita baja. Cuanto más hablaba Trejo, más se convencía la inspectora de que había ensayado la conversación, lo que explicaba la actitud resuelta con que los había recibido. A medida que lo interrogaban y lo sacaban del guion, parecía sentirse cada vez más incómodo. Tenía la costumbre de mirar al suelo cuando hablaba en lugar de a los ojos de su interlocutor y en ningún momento dejó de estrujar la lata que tenía en la mano.

—¿A qué hora llegó a casa de trabajar?

—Creo que a las seis más o menos.

—¿Y bajo qué marquesina aparcó? —preguntó Tracy.

—Bajo la que hay justo aquí arriba —respondió con un gesto vago.

—¿Se ve desde aquí?

Negó con la cabeza.

—No.

—¿Y no volvió a salir después de eso?

—Esa noche, no.

—¿Su mujer tampoco volvió a usarlo?

Volvió a negar con la cabeza.

—No.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—A la mañana siguiente, cuando salí para ir a trabajar y no lo encontré. —Se encogió de hombros—. Se lo dije a la mujer que me tomó declaración. —Parecía un actor declamando su parte.

—Es que todavía no hemos leído ese informe —intervino Kins.

—¿Y cómo se lo robaron? —preguntó la inspectora—. Las llaves las tenía usted, ¿verdad?

—Sí, pero tengo una cajita de esas magnéticas por debajo del parachoques trasero para esconder la de repuesto. Puede que la encontraran.

—¿Quién más sabe eso? —Tracy hizo cuanto pudo por ocultar su escepticismo.

—Ni idea. Puede que alguien me viese.

—¿Qué hizo al ver que le había desaparecido el coche?

—Volví y le pregunté a mi mujer dónde estaba —contestó él, de nuevo recitando—. Ella me dijo que no lo sabía, así que llamé a la policía y denuncié que me lo habían robado.

—¿Qué hizo la policía?

Él frunció el ceño. Empezaba a sentirse frustrado, que era lo que pretendía la inspectora.

—Me enviaron a una agente que me hizo las mismas preguntas y me dijo que iba a hacer un informe y se mantendría en contacto conmigo. No tenía modo de ir al trabajo.

—¿Solo tienen un coche? —preguntó Tracy.

—Ya se lo he dicho por teléfono. —Dejó la bebida en la mesa y se inclinó hacia Kins—. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Han encontrado mi coche?

—¿Conoce a alguien en Seattle, señor Trejo? —quiso saber Tracy.

Él la miró.

—¿Qué quiere decir con que si conozco a alguien?

—¿Tiene parientes o amigos que vivan allí?

—No. —Tomó un sorbo, gesto que Tracy volvió a considerar deliberado, destinado a distanciarlo de ella y de la pregunta.

—¿De dónde es usted?

—De aquí.

—Quiero decir que dónde se crio.

—En San Diego. ¿Eso a qué...?

—¿Lleva usted cinco años en el ejército?

—Casi seis.

—¿Y no ha vivido nunca en Seattle?

—Le acabo de decir que no.

—¿A qué se dedica en Bremerton?

—Trabajo de especialista de intendencia en el FLC.

—¿Qué es el FLC?

—El Centro de Intendencia de la Flota.

—¿Y qué hace? ¿En qué consiste su trabajo?

—Cuando estoy sirviendo a bordo, trabajo en la bodega y, cuando estamos en tierra, en el

almacén. ¿Qué tiene eso que ver con mi coche?

—Pide repuestos, hace inventario y cosas así, ¿no? —insistió ella.

—Eso es.

—¿Ha estado en el extranjero?

Él asintió.

—Serví en Kuwait y en Irak.

—¿En almacenes de suministro?

—Exacto. ¡Ah! Y en Afganistán también.

—¿En qué barco?

—En el *Stennis*.

—¿Qué clase de embarcación es?

—Un portaaviones. Un portaaviones nuclear.

—¿Cuándo estuvo en Afganistán?

—¿La última vez? En 2013, pero ¿qué tiene que ver eso con mi coche?

Tracy perseveró, con la esperanza de sacar a Trejo de su guion.

—¿Y cuándo fue la última vez que estuvo en Oriente Próximo?

—En 2012.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, en la base de Bremerton?

—Cuatro meses.

—Y antes de eso, ¿dónde estaba el barco?

—En Tailandia. —Miró de nuevo a Kins—. Pero ¿han encontrado mi coche? ¿Puedo ir a recogerlo?

—Lo hemos encontrado en Seattle, señor Trejo —respondió el inspector.

—Me lo imaginaba —dijo con la voz teñida de sarcasmo—. ¿Puedo recogerlo?

—¿No tiene ni idea de cómo llegó a Seattle? —insistió Tracy.

—Ya se lo he dicho. Me lo tuvo que robar alguien.

—¿Ha habido más casos de coches robados en la urbanización?

Trejo se encogió de hombros.

—No lo sé. Deberían preguntarle a la policía. ¿Cuándo voy a poder recuperar mi coche?

—Todavía va a tardar.

—¿Por qué? —preguntó en tono ahora irritado—. Lo necesito para ir a trabajar.

—Su coche se ha visto envuelto en un accidente y quien lo conducía se ha dado a la fuga, señor Trejo. —La inspectora observó cualquier signo que pudiera indicarle que él conocía ya aquella información, pero su rostro permanecía impasible.

—¿Lo han estrellado? ¡No, por Dios! ¿Y tiene muchos daños?

—Ha atropellado a un transeúnte, un niño de doce años, y lo ha matado.

Trejo clavó la mirada en la alfombra y quedó mudo unos instantes. Tracy consideró aquella una reacción lógica.

—¿Qué putada! —Dio un sorbo a la bebida.

—Una pregunta más, señor Trejo —dijo ella.

Él bajó la lata y Tracy esperó a que la mirase a los ojos.

—¿Cómo se ha hecho ese corte en la frente?

CAPÍTULO 8

Desde el exterior, la modesta casa de ladrillo de una sola planta de Loyal Heights parecía casi idéntica a las demás del barrio. El césped en pendiente, aletargado durante el invierno, no mostraba signo alguno de que la primavera estuviese a la vuelta de la esquina, tampoco los parterres de flores anunciaban la llegada de la siguiente estación. A Del aquella estampa le pareció desoladora, como si la vivienda estuviese también de luto por la muerte de Allie.

Un automóvil hizo sonar la bocina con un solo toque prudente. Del miró por el retrovisor y pidió disculpas con un gesto de la mano. Como la mayoría de las casas no tenía camino de entrada ni cochera, había vehículos estacionados a ambos lados de la calle y en el espacio que restaba en la calzada apenas cabía uno más. Metió como pudo su Impala verde botella de 1965 en un hueco que quedaba en el bordillo. Había conseguido no perderlo en el divorcio, aunque su exmujer, Norma, le había hecho pagar un precio nada desdeñable por él. Había pertenecido al padre del inspector, que le había dado las llaves después de que en tráfico se negaran a renovarle el permiso de conducir tras su tercer infarto y, desde entonces, él lo había llevado a trabajar a diario, con lo que llevaba encima casi quinientos mil kilómetros. El motor original aún ronroneaba y la pintura brillaba a la luz de las farolas. Le cambiaba con regularidad el aceite y el filtro, las bujías y los frenos cuando era necesario y, una vez al año, renovaba el resto de los líquidos. Decía a todos que lo cuidaba más que a sí mismo y no era broma. Cuando sus sobrinos jugaban en la liga infantil de béisbol y se lo pedían, lo había llevado a los desfiles de celebración. A ellos les encantaba.

Volvió a mirar la casa de su hermana, enmarcada por las ramas de dos ciruelos añosos que surgían de sendos alcorques abiertos en la acera. La luz que había sobre la puerta principal emitía un fulgor enfermizo, como si la casa sufriese algún género de plaga bíblica. La noche llegaba pronto y se alargaba durante los inviernos de Seattle, aunque la oscuridad que envolvía la vivienda no tenía nada que ver con la estación ni con la hora.

Del había ayudado a Maggie, su hermana, a comprar aquella casa con los ahorros que tenía en aquel momento, que no eran muchos. Tampoco la casa era gran cosa: ciento cincuenta metros cuadrados escasos con dos dormitorios en la planta principal. Él había convertido la planta inferior, que se internaba en la pendiente, en el dormitorio de los dos gemelos. Dudaba que ninguno de ellos fuera a mudarse al de Allie. Maggie ni siquiera lo había tocado desde la mañana en que la encontró muerta.

Tomó la bolsa de papel estraza del asiento y subió el camino de cemento. La hierba y las hojas de los rododendros estaban cubiertas de escarcha. El estor que cubría la ventana de delante dejaba pasar una luz gris y azulada en los bordes. El televisor se apagaría de pronto si llamaba a la puerta, pero esto último no iba a ser necesario, pues su hermana no cerraba con llave sino cuando se iba a la cama. Últimamente, de hecho, había abandonado también esa costumbre pese a las advertencias de Del.

Abrió la puerta y sus dos sobrinos, arrellanados en el sofá, se incorporaron como ardillas

asustadas. Uno de ellos corrió a hacerse con el mando a distancia. Demasiado tarde: los había sorprendido en medio de la reposición de un capítulo de *Seinfeld*. La culpa era de Del, que los había enganchado a las historias de Jerry, George, Elaine y Kramer la semana que se había quedado con ellos para que su madre pudiera viajar para asistir a la boda de una amiga.

—¿Habéis hecho todos los deberes? —preguntó al entrar.

—Estábamos descansando un momento —repuso Stevie con gesto azorado.

El correo estaba esparcido por el suelo, donde había ido a caer después de que el cartero lo introdujese por el buzón de la puerta, al lado de un surtido de zapatos y calcetines. En la mesilla del sofá, entre cuencos y tazas, aguardaban periódicos sin abrir. Del había estado pasándose por allí antes de hacer el turno de noche, pero, dado el número de asesinatos que habían tenido que investigar ese año, cada vez le resultaba más difícil hacerlo.

—Ajá. —Observó el paquete de patatas fritas vacío y el bote de salsa mexicana que había en medio de los diarios y las revistas de la mesilla—. ¿Habéis cenado?

—No —dijo Mark—. Mi madre está durmiendo, creo.

Su tío miró al pasillo en penumbra.

—¿Habéis hablado hoy con vuestro padre?

—No —respondieron por turnos.

Del no se extrañó. Su excuñado trabajaba en una compañía de seguros de Los Ángeles, que era donde había conocido a la jovencita con la que se había casado no hacía mucho. Había asistido al funeral de Allie y, después de culpar a Maggie de su muerte, se había vuelto al día siguiente. Si no lo hubiese hecho, él mismo se habría encargado de acompañarlo de vuelta a California con un mocasín del cuarenta y seis metido en un lugar bastante incómodo.

Se agachó para quitar de en medio las cartas y las revistas.

—¿Ni siquiera podéis recoger el correo?

—No lo habíamos visto —aseveró Mark. Era normal que hablase uno en nombre de los dos.

—A lo mejor necesitáis gafas —repuso Del antes de mirar las dos mochilas que habían dejado tiradas al lado de la puerta, junto con las zapatillas de deporte y las chaquetas que se habían quitado al llegar—, porque parece que tampoco veis vuestras carteras ni vuestra ropa.

Ninguno de los dos respondió, lo que a los nueve años equivalía siempre a una admisión de culpabilidad. Sobre todo cuando, por lo común, eran capaces de improvisar excusas a una velocidad increíble. Del fue pasando los sobres y vio el nombre de Allie Marcello en la ventanilla de uno. Parecía un cheque, conque imaginó que sería la última paga que habían enviado a su sobrina de la cafetería en la que había trabajado. Ni su hermana ni él necesitaban ver aquel documento en ese instante. Sintiendo que se le empañaban los ojos, dijo:

—A la cocina los dos, que he traído burritos.

Los críos bajaron enseguida del sofá y lo siguieron como dos perrillos hambrientos. Del encendió la luz de la cocina. La encimera y el fregadero estaban llenos de cacharros, platos y vasos llenos de cubiertos. Las puertas de los armarios estaban abiertas y tirado en el suelo había un paño de cocina. Dejó el correo sobre la pila de cartas que había colocado él en la encimera de azulejos la víspera y que seguía sin abrir. También seguía intacta la lista de la compra.

—Trae platos limpios, Stevie.

Del abrió la nevera y vio que en el interior no había más que unos cuantos condimentos y sobras de los espaguetis que había preparado hacía dos noches. Si no conseguía hacer salir a su hermana de su dormitorio, tendría que ir a comprar de nuevo.

—No queda ninguno —respondió el niño mirando el armario vacío.

Del abrió el lavavajillas.

—Pero ¿no os pedí que los fregaseis anoche?

—Se nos olvidó —dijo Mark.

—Puede ser que tantos deberes de clase os estén haciendo mella en el cerebro.

—¿Mella? ¿El cerebro tiene dientes? —repuso el chiquillo con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, para que puedas comerte el coco —contestó él mientras sacaba platos limpios del lavavajillas y se los tendía—. ¿Hacen falta cubiertos?

—¿Para qué? —quiso saber Stevie.

—Es igual.

Los dos pequeños llevaron los platos a la mesa de la cocina. Las patas de sus sillas se echaron a temblar cuando las arrastraron por el suelo de linóleo. Mark fue a abrir una botella de Coca-Cola sin azúcar medio llena.

—Para cenar no —dijo Del.

El niño lo miró para contestar como si lo estuvieran privando de uno de los derechos fundamentales garantizados por la Constitución:

—¿Y qué vamos a beber entonces?

—Leche.

—No queda.

Del dejó la bolsa en la encimera y sacó un cartón. Tenía que haber comprado dos o, teniendo en cuenta lo poco que les duraba la leche, una vaca entera.

—¡Ese es mi tío! —exclamó Stevie levantando una mano—. Pero ¡no me dejes aquí esperando, tío Del!

El inspector se la chocó y Mark, que no iba a ser menos que su hermano, alzó el puño mientras decía:

—¡A ver esos nudillos, tío D!

Él correspondió al saludo antes de llenar los vasos. Los dos se los bebieron casi de un sorbo. Mark eructó y Stevie intentó superarlo.

—¿No habría que pedir perdón? —preguntó su tío.

—¿Por qué? ¿Te has tirado un pedo? —repuso Mark y los dos chiquillos estallaron en carcajadas.

—¡Menudo par de cómicos estáis hechos!

Del les tendió sendos burritos de pollo y ellos retiraron el papel de plata que los envolvía y los atacaron como si no hubiesen comido en todo el día.

—¿Habéis pagado hoy el almuerzo con el dinero que os di?

—Claro —aseguró Stevie con la boca llena de arroz y frijoles.

—¿Y qué había hoy?

—Pizza.

—¿Cuándo fue la última vez que comisteis algo de verdura?

—No lo sé —dijo Mark.

—A mí me han dado un trozo de manzana en el cole —aseveró su hermano.

—Menos da una piedra. Después de comer, quiero ver vuestras agendas, a ver qué deberes teníais.

—No tenemos —aseguró Stevie.

—Pero si me habéis dicho que estabais haciendo un descanso —dijo Del arqueando las cejas.

Stevie miró por encima de su burrito a Mark, quien abrió los ojos como platos haciendo el gesto universal con el que se indica: «¡Calla la boca, imbécil!».

—A un inspector de policía no se le engaña —les advirtió él antes de frotarles la cabeza y salir de la cocina. Encendió la luz del pasillo, pasó ante la puerta del cuarto de Allie, todavía cerrada, y llamó dos veces a la que había al fondo. Por la rendija que se abría entre esta y la madera del suelo se veían destellos de luz de color procedentes de la televisión. Acto seguido abrió la puerta.

Maggie estaba sentada sobre las mantas, vestida con la parte de abajo del pijama y un albornoz. Tenía las luces apagadas y la luz gris azulona procedente del televisor parpadeaba por el dormitorio.

—No te había oído entrar. —Su hermana recogió los pies descalzos e intentó en vano componerse el pelo. Daba la impresión de llevar una semana con gripe y no haberse duchado en todo ese tiempo.

—¿Has salido hoy de la cama, Maggie?

—Sí —respondió ella con demasiada rapidez—. He... He estado fuera. Llevo solo una hora acostada.

—¿Adónde has ido?

—A hacer unos recados.

—¿Has ido a hacer la compra como te pedí?

—Sí, he traído algo.

Del fue hasta la ventana y la abrió. El cuarto olía a rancio, como el armario de una persona mayor. Encendió el aplique que había al otro lado de la cama.

—La lista que hice sigue estando en la encimera.

—Porque me la olvidé aquí.

—Y tienes el coche aparcado en el mismo sitio de ayer.

—Es que volvía a estar libre cuando llegué a casa, así que lo dejé allí.

Del había marcado con una tiza la noche anterior el lugar en que se encontraba la rueda delantera y sabía que su hermana no lo había movido. A un inspector de policía no se le engaña.

—¿Has llamado al teléfono del terapeuta que te dije? —preguntó señalando un trozo de papel que descansaba en la mesilla de noche cargada de objetos.

Maggie se volvió y lo miró como si lo viese por primera vez.

—¡Ay, no! Me lie y se me olvidó.

—Si no llamas mañana, te pediré yo una cita.

—No necesito que me pidas cita.

—Pues llama mañana.

Su hermana soltó un suspiro y apartó la mirada.

Del recogió la ropa que había en el suelo y la lanzó al asiento del rincón.

—Maggie, sigues teniendo ahí a dos críos que necesitan a su madre. No hay comida en toda la casa, llevan puesta la misma ropa de ayer y no están haciendo los deberes.

Maggie se limpió las lágrimas con la sábana antes de llevársela al pecho.

—Es que me duele mucho, Del. Me duele a todas horas.

Del contuvo las lágrimas.

—Lo sé, Maggie, pero los críos necesitan a su madre. Ahora más que nunca.

—Igual que Allie, Del, y no me tuvo a su lado. —Su llanto se intensificó.

—Hiciste cuanto pudiste por ella. La culpa no fue tuya.

—Yo era su madre —susurró. El llanto le sacudió todo el cuerpo y salió de ella con

grandes gemidos de dolor.

Del se acercó a Maggie y la envolvió con un brazo.

—Fue la heroína la que la mató, la heroína y quienes se la vendieron. Tú no. —Se sentó en el borde de la cama y permaneció un largo minuto en silencio. Entonces, sintiendo que lo acometía la ira, se puso en pie—. Te he traído un burrito. Ven a comértelo con los niños y conmigo.

—No tengo hambre.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

—Esta mañana. Café.

—Tomar café no es comer. Tienes que alimentarte.

—No puedo. La comida me da náuseas.

—Entonces ven a sentarte con ellos.

—Mañana. Mañana, de verdad.

Del prefirió no insistir.

—¿Y cuándo irás a trabajar?

—Estoy de baja por defunción de un familiar. Todavía me quedan dos semanas más.

—¿Y, después, qué?

—Después me incorporaré.

—¿Y crees que vas a poder incorporarte en estas condiciones?

Maggie suspiró antes de contestar:

—No lo sé.

—Ninguno de los dos quiere pensar en el futuro, Maggie, pero no tenemos otra opción. Yo tengo que trabajar. Faz no puede seguir cubriéndome.

Entre más sollozos, su hermana preguntó:

—¿Qué más podía haber hecho, Del? ¿Qué más tenía que haber hecho?

Llevaba más de una semana haciéndole aquellas mismas preguntas y él siempre le había contestado lo mismo:

—Hiciste todo lo que pudiste, Maggie.

—Entonces, ¿por qué no sigue viva?

Del pensó en la conversación que había mantenido con Celia McDaniel. ¿Qué habría dado Maggie por mantener con vida a su hija? Todo y un poco más.

La familia había buscado orientación profesional al enterarse de que Allie había empezado a drogarse, pero ella había dejado de ir. Habían intentado que consintiese en ingresar en el pabellón psiquiátrico de un hospital, pero ella se había negado en redondo. Cuando insistieron, supieron que no podían internarla si ella no quería, que en el estado de Washington los adolescentes podían rechazar someterse a tratamiento, a no ser que un experto en salud mental considerase que representaban una amenaza para sí mismos o para otros. Al parecer, una sobredosis por heroína no se tenía por una amenaza suficientemente grave. Allie tuvo dos y luego una tercera. El personal sanitario que la recogió la llevó a casa y la dejó en su cuarto después de estabilizarla. No había ningún lugar en el que ingresarla. Los establecimientos en los que podrían haberla tratado estaban desbordados y tenían una lista de espera interminable. Maggie llamó a Del y le suplicó que la arrestase, pero la legislación del estado lo prohibía. Además, si lo hubiera hecho, la habrían tenido que soltar pocas horas después.

—De este problema no se puede salir por la vía policial —había dicho McDaniel.

Entonces, una mañana, sin previo aviso, Allie se presentó en casa tras tres días desaparecida. Según Maggie, se hallaba en un estado deplorable, como muerta. Tan delgada que su ropa parecía colgada en una percha. Tenía ojeras oscuras y los brazos tan llenos de cardenales

que parecían acericos. Le dijo a su madre que no podía seguir consumiendo, que no quería morir. Imploró ayuda. Maggie y Del reunieron hasta el último centavo que tenían para llevarla a un centro de desintoxicación del este de Washington que no era precisamente barato. Él pidió un préstamo usando su pensión como aval y tuvo que repetir varias veces la misma operación. Aquel recuerdo lo llevó a pensar de nuevo en lo que había dicho McDaniel.

Apartaron a Allie de los amigos y conocidos que consumían, así como de los lugares en los que sabían que podía comprar droga. A pesar de los medicamentos destinados a mitigar el síndrome de abstinencia, su sobrina conoció un verdadero infierno físico y psicológico. El día que le dieron el alta, los terapeutas habían dicho a Del y a Maggie:

—La pérdida de la esperanza es casi tan peligrosa como la propia droga. Los adictos se profesan un gran desprecio por sí mismos. Están convencidos de no valer nada. Allie tiene mucho miedo de volver a recaer y eso puede ser muy debilitante.

Cuando la llevaron a casa, parecía encontrarse mejor, aunque se mostraba tímida. Había engordado y ya no tenía ojeras. Hasta parecía la Allie de antes, la niña feliz y divertida e ingeniosa que siempre había sido. Le brillaban los ojos cuando hablaba de acabar la secundaria y matricularse en otoño en la escuela superior Gonzaga. Del le buscó trabajo en un café. Empezó a acudir a las reuniones de Narcóticos Anónimos. Maggie la acompañaba mientras Del cuidaba a los gemelos. Una vez fue él con su sobrina y confirmó lo que ya sabía: Allie, una chica buena de buena familia, estaba luchando por su vida, entablaba a diario un combate a vida o muerte consigo misma para estar allí. Un combate a vida o muerte que al final perdió. Dios mío. ¿Cómo puede verse metida en semejante calvario una cría tan joven?

Allie no pudo con aquello. La recaída acechaba siempre al filo de la oscuridad, como un demonio que buscara cualquier resquicio diminuto para colarse y tentarla. Se presentaba de formas muy distintas, como la de sus amigos adictos o la de los camellos que querían embolsarse unos dólares sin importarles a quién podían matar en el intento.

A Del sí le importaba.

Habían matado a quien no debían.

—Si quiero averiguar lo que le pasó a Allie, necesito entrar en su cuarto.

Maggie se secó con la sábana las lágrimas que corrían por sus mejillas. Había dejado el dormitorio tal como se lo había encontrado, con la jeringuilla en el suelo en medio de la ropa tirada, una lata de Coca-Cola a medias en la cómoda, los pósteres de las paredes y los deberes sin acabar abiertos sobre el escritorio de Allie.

—Tengo que llevarme su móvil y su ordenador para saber con quién estaba hablando y averiguar lo que ocurrió. Solo así podré encontrar a quienes lo hicieron. Ha llegado el momento, Maggie.

—Yo soy incapaz de entrar ahí, Del.

—Ni falta que hace. Yo lo haré por ti. Mirar hacia delante no significa olvidar el pasado, sino precisamente hacer algo con ese pasado. Déjame mirar hacia delante, Maggie. Deja que haga mi trabajo.

CAPÍTULO 9

Tracy y Kins perdieron el transbordador de vuelta a Seattle que zarpaba a las ocho menos cinco de la tarde y estaban aguardando en una fila no muy larga para tomar el de las nueve y cinco. En realidad, el que esperaba en la fila era el coche. Hacía demasiado frío para estar sentados en un vehículo estacionado, aunque no había sido eso lo que había llevado a Tracy a entrar en el bar de temática deportiva que había en la acera de en frente de la terminal. Tenía el estómago revuelto y había estado sufriendo sofocos desde que habían vuelto al coche después de entrevistar a Trejo. El doctor Kramer le había dicho que ambos eran posibles efectos secundarios del clomifeno. Fue al baño y se echó agua en la cara, tomando inspiraciones breves y rápidas y con la fugaz sensación de que iba vomitar de un momento a otro.

Cuando dejó de sentir náuseas, volvió al restaurante. Las paredes y el techo estaban adornadas con los colores azul y verde de Seahawks y con toda clase de objetos de los Mariners y los Seattle Sounders. Al ser martes por la noche, no había muchos clientes y estaba todo muy tranquilo. Kins había elegido una mesa de las que miraban a los televisores de pantalla plana y daba la impresión de no ser consciente de que con el tiempo que llevaba Tracy en el lavabo se habría podido escribir *Guerra y paz* o quizá fuese solo que no quería sacar el tema por miedo a que su prolongada ausencia estuviera relacionada con un «asunto femenino». En el local tenían sintonizada la ESPN, que emitía en diferido un partido de béisbol de pretemporada de los Mariners, pero lo cierto era que lo que estuvieran echando era lo de menos. A Dan le pasaba lo mismo: aunque supiera de antemano el resultado, veía cualquier deporte.

Cuando la inspectora se sentó, le preguntó su compañero:

—¿Te apuntas a compartir unas patatas fritas?

Tracy tuvo que reprimir un eructo.

—¿No estabas intentando adelgazar para tu operación?

—He decidido que, si me tengo que ir, va a ser a lo grande.

—Tú eres tonto. Espero que no se te ocurra decir cosas así cuando estás con Shannah.

Kins pidió café y ella, que esperaba tomar *ginger ale*, tuvo que conformarse con Sprite. Entonces se pusieron a hablar de Trejo.

—Está mintiendo —dijo él por tercera vez al menos desde que habían salido del apartamento. Dio un sorbo a su café—. Y sabe que lo sabemos.

—Y nosotros sabemos que sabe que sabemos que miente —añadió ella alzando la voz para hacerse oír por encima de la conversación de dos parroquianos del bar.

—Esto parece una escena de Abbott y Costello.

—Lo que no tengo muy claro es sobre qué miente —aseveró Tracy.

—¿Y cómo lo demostramos?

—Los transbordadores tienen cámaras de vídeo en los terminales y graban a los coches que embarcan y desembarcan. Si tomó uno ayer, el Subaru aparecerá en las grabaciones. —Dio un

trago a su bebida y cruzó los brazos delante de su estómago.

—Puede que no usara el transbordador —dijo él—. A lo mejor tomó el puente del estrecho de Tacoma y vino por ahí.

—Si lo hizo así, desde luego, también nos estaría diciendo algo.

—¿Que quería evitar la cámara del barco?

—Podría ser.

—Pero el puente también tiene cámaras. A mí me multaron una vez porque no me di cuenta de que estaba en un carril para vehículos con más de un ocupante. Un par de días después, me enviaron la sanción con una foto de mi matrícula.

Tracy limpió la mesa con su servilleta.

—Eso son cámaras de tráfico.

Kins dejó su café.

—La policía estatal de Washington tiene acceso a esas grabaciones.

—¿Qué habrán recogido? ¿La matrícula? ¿El coche completo? —se preguntó ella pensando en voz alta—. ¿Se verá también el conductor? Trejo sostiene que le robaron el coche y dirá que el vídeo lo demuestra.

—Puede ser, pero deberíamos hacer que los especialistas en vídeo se pusieran en contacto con la policía estatal para ver qué pueden averiguar. A lo mejor dan con la grabación del coche. Trejo dice que ese día trabajó y salió a las cinco, de modo que podemos concretar un poco más la hora en la que estuvo aparcado aquí, en la terminal, o pasando el puente.

Tracy se quitó el abrigo.

—Vamos a intentarlo. De todos modos, hay que tener en cuenta que, aun cuando encontrásemos el vehículo, lo único que vamos a poder demostrar es que era el suyo. Hay que situarlo a él detrás del volante.

—Eso lo podemos hacer con una prueba de ADN.

—Su ADN tiene que estar por todo el coche, porque era suyo. La prueba definitiva sería que estuviese en el *airbag* —aseveró.

—Puede que encontremos sangre dentro del coche —señaló Kins—. En ese caso, le va a resultar mucho más difícil explicar cómo ha llegado allí si de verdad se cortó la frente con un armario de la cocina como asegura. —Acto seguido preguntó—: ¿No toman muestras de ADN cuando entra uno en el ejército?

—Sí, pero solo por si hay que identificar a un soldado muerto en combate. No puede usarse en un caso penal.

—¿Eso lo sabes de buena tinta? —insistió Kins.

—Lo sufrí en propia carne con los NCIS mientras investigaba el caso aquel del que te hablé. No sirve para demostrar la culpabilidad de nadie en un caso penal. Si quieres confirmar una muestra de ADN, tienes que pedir otra prueba.

—Cosa a la que Trejo no va a prestarse.

—Puede ser que no haga falta. Por lo que recuerdo, la Armada tiene un procedimiento voluntario y otro forzoso. Si tenemos pruebas suficientes, creo que pueden obligarlo a darnos una muestra. —Tracy comprobó la hora en su teléfono. Todavía les quedaban otros treinta minutos de espera. Sintió que la asaltaba otro sofoco—. Deberíamos hablar también con Jensen para que compruebe que el parachoques trasero tiene un escondite magnético para la llave.

—A lo mejor no lo ha tenido nunca.

—No me extrañaría. De todos modos, si conducía él, ¿cómo volvió a Bremerton sin su coche?

—¿Y cómo lo escondió sin ayuda? —añadió Kins—. El descampado en el que lo encontramos no está precisamente a la vista y él dice ser de San Diego. Deberíamos averiguar de dónde es su mujer. Puede que ella sí conozca la zona y lo ayudase a ocultarlo.

—Pero ¿cómo volvieron a su casa? Solo tienen un vehículo.

—Puede que ella pidiese uno prestado.

—Quizá sí, pero eso requeriría la participación de otro testigo y de otro coche. —Volvió a mirar la hora en el móvil.

—Por lo menos deberíamos preguntarlo.

—Estoy de acuerdo. —En ese momento sonó su teléfono y Tracy miró quién era—. Es Jensen —anunció antes de responder—. Me llamas para contarme buenas noticias, ¿verdad? —Escuchó un instante—. Está bien. Allí estaremos. —Colgó—. No tardaremos mucho en saber algo del ADN. Han conseguido la orden para registrar el interior del vehículo mañana a primera hora.

CAPÍTULO 10

Del tomó una taza de café del dispensador y la llevó al asiento que ocupaba en la sala de espera del médico forense del condado de King, en Jefferson Street.

—¿A qué hora te acostaste anoche? —le preguntó Faz.

Era miércoles por la mañana y Del acusaba los efectos de otra noche más sin dormir apenas. Después de salir de trabajar, había vuelto a casa de su hermana poco después de las doce y media. Cuando concilió el sueño eran más de las dos menos cuarto, la hora que marcaba el reloj digital de su teléfono la última vez que lo había mirado en el móvil. Se había levantado a las seis de la mañana para levantar a sus sobrinos, darles el desayuno y llevarlos en coche al colegio. Entonces había echado a correr para llegar al centro. La noche anterior habían llamado de la oficina del forense para informar de que habían recibido el informe toxicológico de Allie.

La falta de sueño le nublabla la mente. Se sentía como cuando, de joven, había sufrido mal de altura escalando el monte Rainier: mareado y falto de equilibrio. La fatiga se había instalado en sus articulaciones y parecía estar resuelta a quedarse allí a vivir.

—Me fui a dormir muy tarde y me he levantado muy temprano —respondió.

Agitó la muñeca para soltar la cadena de oro que le había regalado su exmujer en uno de los momentos más felices de su matrimonio. Con el aumento de los precios de dicho metal, era frecuente que tuviera más dinero en la muñeca que en su cuenta corriente.

—Les he dado de desayunar a los gemelos y los he llevado al cole, pero la casa es una leonera y tiene la despensa vacía. Mi hermana está muy mal. —Suspiró—. No sé qué hacer con ella.

—¿Le diste las señas del terapeuta?

—Y le he pedido una cita, pero que vaya es otro cantar. Los dos sabemos que no puedo obligarla.

—¿Cómo lo están llevando los críos?

Del se encogió de hombros.

—Llegan del colegio y se sientan en el sofá a mojar patatas fritas en salsa mexicana y ver la tele. Ni siquiera están haciendo los deberes.

—Por lo menos no están faltando a clase.

—Porque me encargo yo de dejarlos allí, pero, a partir de las tres de la tarde, no tengo ni idea de quién se ocupa de ellos. Pronto empezará la liga infantil de béisbol. Voy a apuntarlos y a llevarlos a que les hagan la prueba el fin de semana que viene.

—Deberías prepararlos un poco.

Del soltó un bufido burlón ante semejante idea.

—Es verdad. Va a ser todo un espectáculo verme a mí con pantalones de béisbol.

—Antes eras muy bueno. Y Dios sabe que serías mejor que los padres de veintitantos que piensan que su niño, de nueve, está destinado a jugar en las ligas mayores.

Del había sido muy bueno, un receptor con brazo de acero, y nunca había tenido un hijo al que entrenar.

—Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza. —Dio un sorbo a su café, que sabía agrio—. Estoy pensando en mudarme allí. Puedo seguir durmiendo en el sofá.

—¿Tú, en un sofá? Eso suena más ridículo que imaginarte con pantalones de béisbol.

—Será solo un par de semanas, hasta que mi hermana se recupere un poco.

—¿Por qué no descansas un poco, Del? Estás forzando demasiado la maquinaria. Encárgate tú de que tu hermana vaya a terapia y de enderezarlo todo allí, que yo me ocupo de esto.

Su compañero se puso en pie.

—Me cunde más cuando trabajo y lo sabes. Además, si no hago algo, me volveré majareta.

—Se supone que tú no puedes llevar este caso, pero yo sí. Tú solo estás de acompañante, ¿te acuerdas? Ese era el trato.

—Te he dicho que estoy bien. Y entiendo perfectamente las normas. —Volvió a beber café—. Anoche convencí a mi hermana para que me dejase entrar en el cuarto de Allie.

Faz arqueó las cejas.

—¿Tienes el móvil de tu sobrina?

Del asintió con un movimiento de cabeza.

—Y su ordenador, pero nadie sabía las contraseñas. Esta mañana los he dejado en la TESU. —Se refería a la Unidad de Apoyo Técnico y Electrónico—. He rellenado la solicitud a tu nombre, así que no hay problema. Van a sacar la información y se la enviarán a Mike. —Se trataba de Mike Melton, del laboratorio criminalístico de la policía estatal de Washington.

—¿Por qué?

—Porque confío en él.

—Quieres ser tú quien inspeccione el contenido, ¿verdad?

—Era mi sobrina.

Faz hizo una mueca de dolor.

—Por eso mismo no deberías hacerlo. Déjame que lo estudie yo.

Del miró el reloj en lugar de responder y su compañero dejó escapar un suspiro.

—¿Tienes una orden de registro para el registro de llamadas del móvil?

—Estoy en ello.

—¿Había algo más en la habitación?

Del volvió a pensar en el momento en que su hermana había abierto la puerta del dormitorio de Allie. Maggie no había querido entrar. De hecho, ni siquiera había abierto: se había limitado a quitar el cerrojo antes de volver a su cuarto. Del había tenido la sensación de estar entrando en una cápsula del tiempo, como le ocurría cada vez que entraba en una sala con un cadáver. Todo estaba como lo había dejado su sobrina: la jeringuilla y la cucharilla que había usado para diluir la heroína que la había matado, el encendedor Bic, la bolsa de plástico. Lo había recogido todo para enviarlo al departamento de toxicología del laboratorio criminal de la policía estatal para que lo analizaran. La Unidad de Huellas Latentes de la policía de Seattle examinaría la bolsa en busca de huellas dactilares. Sin embargo, en la habitación había más cosas, efectos personales: ropa interior y camisas de Allie tiradas por el suelo, ositos de peluche y pósteres. El inspector se había sentado en el borde de la cama y se había echado a llorar.

Del meneó la cabeza.

—Me partió el corazón entrar en ese dormitorio sabiendo que se ha ido para no volver. Yo tuve a esa niña en la palma de mi mano cuando nació. Todos sus cumpleaños, sus vacaciones... —Sacudió la cabeza como para desterrar de ella sus emociones—. Tenía tanta vida por

delante... Podría haber hecho cualquier cosa que hubiese querido.

Faz le habló con dulzura.

—Estaba enganchada, Del, y la droga no distingue ni atiende a razones.

—Es verdad. Y ella tenía esa mierda allí mismo, sobre la cómoda, delante de los pósteres de Shania Twain y Justin Bieber. —Se mordió el labio inferior y al instante se dejó invadir por la ira—. No lo entiendo, Faz. ¿Cómo puede pasar una cría de ser tan inocente a meterse esa mierda por las venas? Es una pesadilla. Eso es lo que dijo su terapeuta: una verdadera pesadilla.

—No lo sé, Del. No tengo ni idea.

Stuart Funk llegó a la sala de espera como un padre que buscase a su hijo perdido: agotado y con prisas. Aquello era muy propio de él. Igual que su atuendo: el médico forense del condado de King llevaba siempre una camisa de manga larga, pantalones chinos y zapatos de gruesa suela convexa que Faz comparaba con el calzado de Frankenstein.

—Siento el retraso —dijo—. Anoche tuvimos dos sobredosis.

—¿Juntas? —quiso saber Del—. ¿En el mismo lugar de los hechos?

Funk asintió.

—En el mismo.

Tal circunstancia apuntaba a una droga muy potente o cortada con algo tóxico que la hacía letal.

—¿De heroína? —El cerebro extenuado del inspector cobró vida de pronto.

—Sí —respondió el otro agitando la cabeza—. Con estas van diez esta semana. Solo ha salido vivo de urgencias uno.

—¿Dónde? ¿Dónde estaban los dos que encontrasteis anoche?

—En North Seattle.

Del miró a su compañero antes de preguntar a Funk:

—¿Qué edad tenían las víctimas?

—Veintitantos. —El forense miró el reloj—. Venid.

Con esto, los llevó por el pasillo a su despacho, lleno de trastos. Sobre la mesa había un montón de papeles desparramados junto a media taza de café y una bolsa marrón en la que debía de estar su almuerzo. Aquel lugar describía a la perfección a su ocupante, que también presentaba siempre un aspecto un tanto desaliñado, con el pelo sin peinar del todo, los cristales de sus gafas enormes manchados, los faldones de la camisa entre dentro y fuera de los pantalones... Con todo, no cabía dudar que era un fenómeno en su terreno. Tomó una hoja de papel de su escritorio sin vacilar, a pesar del desorden, y tendió una copia a Del.

—Estos son los resultados de los análisis de toxicología.

—Gracias por hacer que estuvieran tan pronto —dijo Del. Aquellas pruebas procedían del laboratorio de toxicología de Washington, unidad del laboratorio criminalístico que se encargaba de los análisis de todo el estado, lo que explicaba que, de ordinario, tardasen entre seis y ocho semanas. El rosario de muertes recientes habría dilatado aún más el tiempo de espera si Funk no hubiese tirado de algunos hilos para darle prioridad por consideración hacia Del.

El forense fue a decir algo cuando, reparando quizá en que aquel no era otro cadáver más, se detuvo y preguntó:

—¿De verdad quieres oírlo?

—Sí —repuso él sin pasar por alto la mirada de Faz—. Estoy bien, estoy bien.

Funk respiró hondo.

—Son análisis de sangre, hígado y orina. Avísame si repito algo que ya sabéis.

—Hasta ahora, perfecto —aseveró Del, aunque el estómago le ardía como si albergara un

incendio.

Funk se ajustó las gafas.

—Bien. La heroína inyectada se convierte con rapidez en 06-monoacetilmorfina, conocida también como 6-MAM, y su compuesto original, la morfina. La 6-MAM es mucho más potente que esta y, como va por vía intravenosa, produce un impacto inmediato en el cerebro. El problema es que no es fácil de detectar. En sangre, solo es posible durante unos dos minutos después de la inyección. Después de diez o quince minutos no quedan más que trazas residuales de menos de diez nanogramos por milímetro.

—Pero aquí dice «veintidós nanogramos» —señaló Faz leyendo el informe.

—Lo que puede significar dos cosas —dijo Funk mirando a Del—: que la dosis que consumió tu sobrina era potente en extremo y el 6-MAM, por tanto, aumentó los niveles latentes, o que tu sobrina murió enseguida después de pincharse, lo que habría ralentizado y, por último, detenido los procesos metabólicos que descomponen el 6-MAM.

—No sé si murió rápido o no —repuso Del—. Mi hermana se la encontró por la mañana. Eso es lo único que sé. El otro día me dijeron en la fiscalía que pudo haberse inyectado una dosis equivalente a la que había estado consumiendo antes de desintoxicarse.

—Es muy probable —dijo Funk.

—Pero tú me estás diciendo que también es posible que tomase una heroína potente en extremo.

—Dado el número reciente de sobredosis que nos ha llegado, incluidas las dos de anoche, yo diría que hay muchas probabilidades de que así sea.

—¿En qué parte de North Seattle encontraron a las últimas víctimas? —preguntó Del.

—En Green Lake.

Del miró a su compañero.

—Cerca de Loyal Heights.

—A pocos minutos de allí —confirmó Faz.

—¿Y a las demás? —preguntó Del a Funk.

—Lo tendría que mirar. Sé que una estaba en Capitol Hill y otra en el distrito Central. Las dos eran mayores que ella: estaban a punto de cumplir los treinta.

—¿Les hicisteis la autopsia?

—Sí, pero los informes de toxicología van a tardar.

—¿Y qué me dices de los dos de anoche?

—Lo mismo. Por la espuma que tenían en la boca, yo diría que hay un noventa por ciento de probabilidades de que fuese por heroína.

Del sabía que la heroína era un depresor respiratorio que repercutía en la oxigenación del cerebro. La espuma que se formaba en torno a la nariz y la boca del paciente procedía de la mezcla del fluido producido por el edema pulmonar y el aire de los pulmones a medida que descendía su ritmo cardíaco y respiratorio.

Funk dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

—Con los cadáveres del tiroteo del otro día estamos hasta las cejas de trabajo... Podría tardar un poco.

Del metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete diminuto con algo semejante al azúcar.

—Sé que estás muy liado y te agradezco todo lo que estás haciendo. No debería, pero tengo que pedirte otro favor. ¿Puedes hacer que le echen un vistazo a esto y me cuenten lo que averigüen?

—¿De dónde has sacado eso? —quiso saber Faz.

—Del cuarto de Allie.

—Creí que se lo habías enviado todo al laboratorio criminal.

—Sí, esto es solo porquería que he recogido de allí.

—¡Coño, Del!

—Tranquilo. Esto estaba en la mesa, no en la bolsa. Son solo restos.

Funk tomó el paquete y estudió el contenido.

—Goma no es, desde luego.

Del sabía que los cárteles mexicanos de la droga tenían mercado en la Costa Oeste y vendían goma, variante de la heroína llamada también *black tar* por su semejanza con el asfalto negro de revestir tejados y por ir a menudo envuelta en papel de plástico. Del Sureste Asiático llegaba una conocida como *china blanca*, que parecía cocaína y se vendía bien en la Costa Este y en Vancouver, ciudad de la provincia canadiense de Columbia Británica.

—Parece china blanca —resolvió Funk examinando el contenido de la bolsa transparente—, pero aquí no la he visto nunca. Si estaba en el dormitorio de tu sobrina, sería algo muy fuera de lo común y que puede suponernos un gran problema.

—¿Por qué? —preguntó Faz.

Funk dejó la bolsa. Los engranajes de su cerebro daban la impresión de haberse puesto en marcha.

—Nueva York tuvo un problema el año pasado con la china blanca. Tuvieron un número de muertes por sobredosis muy seguidas y en una zona relativamente reducida. Las salas de urgencias lo detectaron e hicieron que se corriera la voz en la calle. Al final, determinaron que se trataba de una heroína muy pura cortada con fentanilo.

—¿Qué es el fentanilo? —quiso saber Faz.

—Un analgésico muy potente que se usa a veces para cortar la heroína. La combinación puede proporcionar un colocón tremendo y también puede resultar mortal. La goma, por su consistencia, es muy difícil de cortar con nada. —Funk sostuvo la bolsa en alto—. Esto de aquí no lo hemos visto en la calle.

Del trató de asimilar la información y se preguntó cómo era posible que algo como la china blanca hubiese acabado en manos de Allie.

—¿Es posible averiguar por la autopsia si se usó una cosa o la otra?

—No —respondió Funk—. Las dos se presentan como morfina en los análisis toxicológicos. El mejor modo de averiguarlo es estudiando el producto. Si esto estaba en el cuarto de tu sobrina, yo diría que fue lo que la mató.

—¿Ha llamado ya la prensa por las sobredosis de anoche? —preguntó Faz.

—Que yo sepa, no.

—Tenemos que correr la voz en la calle —dijo Faz a Del.

—Creo que eso es lo último que necesitamos en este momento —advirtió Funk.

—¿Por qué? Si está muriendo gente...

—Si decimos que se está vendiendo una heroína potentísima, acudirán como moscas a la mierda. Los heroinómanos van a buscarla como locos. Las sobredosis son la mejor publicidad de la calidad del producto. Podríamos tener muchos más cadáveres.

—Pero para el negocio, para quienes la venden, no es bueno que mueran los clientes —insistió Faz.

—Eso cabría pensar, pero, según las estadísticas, sus clientes terminarán muriendo de todos modos. Además, por desgracia, no les faltan clientes nuevos.

CAPÍTULO 11

Tracy llegó a la sala de análisis de vehículos del laboratorio criminal del estado de Washington, situada en Airport Way, a primera hora del miércoles después de haber pasado otra noche sin apenas descansar. Al acabar el turno a medianoche y llegar a casa pasada la una, había dormido unas horas y se había levantado temprano para reunirse con Joe Jensen. Había llegado antes que Kins, que también estaba trabajando como un condenado y la había llamado por teléfono para decirle que iba a dejar a sus hijos en el colegio. Los dos estaban percibiendo más dinero en concepto de horas extras por hacer turno doble, pero por más que aquello le había parecido muy bien cuando era joven y estaba soltera, en ese momento no le habría importado renunciar a aquel complemento por un poco más de sueño y sabía que Kins opinaba lo mismo.

La TCI estaba examinando el automóvil cuando entró Tracy. Jensen fue a recibirla, aunque se ahorró la sonrisa. Agitó la cabeza con el ceño fruncido y anunció:

—Alguien se encargó de limpiar el coche por dentro y por fuera.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no habéis encontrado ni una sola huella?

—Sí, pero no donde esperábamos encontrarlas. —La acompañó hasta el vehículo—. Por ejemplo, la manecilla del lado del conductor está limpia.

—¿Y el *airbag*? —preguntó la inspectora.

Jensen negó con un movimiento lento de cabeza.

—Nada.

—¿Me estás diciendo que lo han limpiado o que no recibió ADN del conductor?

—Que lo han limpiado. Hemos detectado alcohol isopropílico, que es la sustancia que llevan casi todas las toallitas con alcohol del mercado.

Tracy exhaló.

—¿Y habéis encontrado toallitas dentro?

—No.

—De manera que sabemos que fue deliberado.

—Y a conciencia. Por eso voy a hacer que analicen de todos modos el *airbag* y la sangre del asiento delantero, pero eso podría tardar un par de semanas.

—¿Había sangre dentro? —preguntó la inspectora.

—En el lado del conductor. La tapicería es de tela y quien la limpió no pudo quitarla toda.

Tracy fue hasta la puerta del conductor, que estaba abierta, y observó el asiento.

—Kins y yo hablamos con el dueño anoche. Tenía un corte en la frente, justo donde le empieza el pelo.

—¿Y os ha dicho cómo se lo hizo?

—Dice que se dio un golpe con la esquina de un mueble de cocina. El problema —pensó en voz alta— es que este es su coche y, por tanto, puede inventar cualquier excusa para justificar que haya sangre en él.

—Puede que sí —repuso Jensen antes de añadir sonriente—. Pero a lo mejor le cuesta un poco más explicar esto. —Sostuvo en alto un recibo metido dentro de una bolsa sellada para pruebas. Daba la impresión de que lo hubieran alisado después de arrugarlo como una pelota—. Lo encontramos en la parte de atrás, entre el asiento y una de las puertas. Es de un veinticuatro horas de Renton. —Se lo tendió a Tracy y anunció—: Quien sea compró dos latas de Red Bull el lunes por la noche a las ocho y treinta y ocho.

—Casi todas esas tiendas tienen ya cámaras.

—Pues, si esta tiene una, puede ser que encontremos al dueño en una de las grabaciones...

Tracy acabó de formular lo que estaba pensando Jensen:

—... Y si aparece en una, la sangre del coche puede cobrar mucha más importancia.

Tracy recogió a Kins en la comisaría y se dirigió con él al veinticuatro horas, que se encontraba en Renton, al lado de la salida hacia la interestatal número cinco. La fachada de ladrillos de hormigón que daba al estacionamiento estaba cubierta de pintadas y de carteles de conciertos desvaídos y a medio arrancar. De los miles de vehículos que transitaban por la autopista, el enlucido del paño principal y el marco de aluminio de las puertas y las ventanas estaba manchado de hollín.

Sobre el edificio se cernía una valla publicitaria verde con una flecha blanca que dirigía a los conductores hacia un dispensario de marihuana situado en la esquina de en frente.

—Con una parada te basta —comentó Kins al ver el anuncio—: compras hierba y cruzas la calle para hacerte con unos Cheetos, unos burritos congelados y una Coca-Cola gigante.

—O unas latas de bebida energética —añadió ella.

—Sí, unas latas de bebida energética.

Kins abrió la puerta de cristal. Los dos se volvieron al oír un timbre y Tracy reparó en la cinta métrica llena de desconchones y arañazos impresa en el interior del marco y se dijo que le valdría para medir la altura de los clientes. Miró a los rincones del local y vio una sola cámara instalada en el techo que apuntaba al mostrador del dependiente y a la entrada.

El interior olía a ambientador de vainilla de los que se cuelgan en los retrovisores de los vehículos. Los estantes estaban atestados de productos y había cajas sin abrir al final de los pasillos. En las cámaras frigoríficas verticales del fondo se veían alimentos congelados, refrescos y bebidas alcohólicas. Los recién llegados bordearon las cajas de camino al mostrador y Kins enseñó su placa a un joven de piel oscura vestido con un guardapolvo azul y un turbante, rodeado de bastante variedad de paquetes de tabaco y de revistas.

—¿Tú eres Archie? —preguntó el inspector.

No necesitaban ninguna orden judicial para acceder a la grabación de la cámara de seguridad a no ser que el propietario del establecimiento se negara, cosa que no le había ocurrido a Tracy en todo el tiempo que llevaba trabajando en la Sección de Crímenes Violentos. Lo que sí podía ocurrir era que hubiesen borrado sin querer la cinta, que solía volver al principio cada veinticuatro horas. Tracy había llamado después de despedirse de Jensen para preguntar si tenía cámaras. El propietario le había dicho que tenía un circuito cerrado, aunque antiguo, y se había comprometido a buscar la cinta para ver si se había grabado encima del tramo horario que estaban buscando. Tracy le había dado la hora que aparecía en el recibo a fin de agilizar el trámite.

—No, Archie está ahí atrás. —El joven señaló a una puerta batiente situada al fondo y con un letrero en el que podía leerse: «Uso exclusivo del personal»—. Me ha dicho que iban a venir. Está en su despacho. Detrás de esa puerta hay un cuarto a la izquierda. No tiene pérdida.

Tracy siguió a Kins hasta un almacén más abarrotado aún que la tienda en el que se

apreciaba el leve olor a comida en descomposición. En la pieza que se abría a la izquierda había un hombre con el mismo guardapolvo azul claro del muchacho y también con turbante sentado frente a un televisor de escasas dimensiones. Kins llamó a la puerta y él se volvió para mirarlos por debajo de unas gafas de lectura de media montura. Tenía el teléfono móvil pegado a la oreja, pero les indicó con la mano que entrasen.

—Aquí están —dijo—. Sí, de acuerdo. Te llamaré. —Colgó y agitó las manos.

—¿Es usted Archie? —pregunto Kins.

El hombre se atusó la barba espesa con vetas blancas.

—Estaba hablando con mi abogado.

—¿Hay algún problema? —quiso saber Tracy.

—No, no. Solo quería asegurarme de que no necesitaban una orden judicial. No quiero meterme en ningún lío. —Hablaba con acento cerrado—. Me ha dicho que no hace falta.

—¿Tiene la grabación? —dijo Kins.

Archie señaló el televisor con la barbilla.

—Estaba buscando la cinta. La hora del recibo me ha ahorrado un montón de trabajo.

—¿Lo tiene en su disco duro? —preguntó la inspectora.

—No —repuso él mientras se dirigía a la pantalla portátil con reproductor de vídeo que tenía sobre la mesa—, me temo que no somos tan modernos.

—¿No lo tiene digitalizado? —intervino Kins.

—¿Digi... qué?

—¿Es esa? —Tracy señaló la cinta de vídeo que sobresalía del aparato.

—Sí.

—¿Nos la pone?

—Claro.

Archie se sentó y giró su asiento para colocarse delante del televisor. Acabó de meter la cinta y levantó la barbilla para mirar a través de las gafas y presionar un par de botones del mando a distancia. Satisfecho, echó hacia atrás el sillón, se puso en pie y se colocó al lado de los inspectores para ver la pantalla con ellos. La grabación era en blanco y negro y a todas luces mejorable en cuanto a calidad. El único sonido que les llegaba era el del zumbido y los chirridos de aquel trasto viejo, que daba la impresión de no poder arrastrar la cinta o de que esta fuera a partirse en cualquier momento. En las imágenes vieron a un hombre con camisa blanca y gorra de béisbol que entraba en la tienda y se dirigía de inmediato a la vitrina del fondo. Tracy no se molestó en detener la imagen para medir su altura con la cinta métrica colocada en el interior de la puerta, pues sabía que lo podía hacer más tarde. Le fue imposible determinar si se trataba de Trejo.

El cliente abrió una de las puertas de cristal, se detuvo, la cerró y abrió la de al lado. Sacó dos latas y echó a andar por el pasillo. Al dirigirse al mostrador, se acercó también a la cámara y dejó ver mejor su rostro, no del todo, aunque sí lo suficiente como para despejar cualquier duda que pudiesen albergar Tracy y Kins.

CAPÍTULO 12

Tracy llamó a Laszlo Trejo para decirle que el laboratorio había acabado de examinar su coche y que podía ir a recogerlo a la comisaría. Él no dudó en aceptar la invitación. No veía la hora de recuperar el vehículo y dijo que tomaría el transbordador aquella misma tarde cuando saliese de trabajar. Ella le ofreció las indicaciones necesarias para llegar a pie desde la terminal hasta la sede de la policía, que se encontraba cerca de allí, en la Quinta Avenida.

El agente que se encontraba de servicio en la recepción del edificio llamó a la inspectora poco después de las siete de la tarde para anunciarle que había llegado Trejo y ella le pidió que lo acompañase a la planta séptima. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, ya estaba esperándolos. Trejo llevaba ropa de paisano —vaqueros y calzado deportivo— y las manos metidas en los bolsillos de lo que parecía una chaqueta de universitario sin los parches que suelen llevar estas. Sin el uniforme parecía más joven aún, poco más que un crío, en realidad, y más bajito. No debía de llegar al metro setenta. De hecho, era diez centímetros más bajo que Tracy.

Ella le tendió la mano y él la estrechó con desgana con la suya, pequeña y caliente.

—Venga por aquí. —Lo condujo por el pasillo—. ¿Quiere una taza de café del malo?

—No, gracias —respondió él—. He venido por el coche solamente.

La inspectora entró en la sala de reuniones y retiró una silla mientras hacía a Trejo una señal para que hiciera lo mismo. Ante sí, sobre la mesa, tenía un televisor portátil con reproductor de vídeo que habían conseguido encontrar Kins y ella aquella misma tarde.

—Siéntese.

Trejo seguía mostrándose receloso. Aún no había sacado las manos de los bolsillos de la chaqueta, como un adolescente hosco al que hubieran llevado al despacho del director para sentarle las costuras. Recorría la sala con la vista y evitaba fijarla más de un instante en los ojos de ella.

Kins entró con un puñado de papeles, treta que empleaban cuando querían parecer ocupados.

—Lo ha conseguido.

—¿Han acabado con mi coche? —preguntó Trejo poniéndose en pie y con tono de no ver la hora de salir de allí.

—Lo están trayendo del depósito policial.

Trejo sacó el teléfono de la chaqueta y miró la hora.

—¿Tiene prisa? —preguntó Kins.

—Quiero llegar a tiempo al transbordador de las ocho menos cinco.

El inspector retiró una silla y se sentó.

—¿Y qué pasa si lo pierde?

—Hay otros —respondió él, aún de pie.

—Además no lo necesita —dijo Tracy. En las grabaciones de las terminales de Bremerton

y Seattle que guardaba el Departamento de Transportes no aparecía el Subaru negro. Miró a Kins —. ¿Qué puente hay que tomar para ir por Tacoma?

Su compañero puso gesto de no estar seguro.

—El del estrecho de Tacoma. —Trejo relleno el silencio mientras volvía a sentarse.

Tracy lo miró y dijo:

—Ese. ¿Ha ido por ahí alguna vez?

Trejo negó con la cabeza.

—Ya les dije que no vengo mucho por aquí.

Todos guardaron un silencio incómodo.

—¿Tiene —dijo Kins— alguna información la policía de Bremerton sobre lo que pudo pasarle a su coche? ¿Sobre quién se lo robó?

—Ni idea.

—¿No le han dicho nada?

Trejo negó con la cabeza sin dejar de moverse en su silla. Tal vez empezaba a sospechar que había cometido un error acudiendo a la comisaría.

—¿No tiene curiosidad —preguntó Tracy— por saber lo que han averiguado en el depósito?

—¡Ah! Eh... Claro. Entonces, ¿han encontrado huellas?

—Sí —respondió ella—. Las estamos comprobando. Las pruebas de ADN tardarán más.

—¿De ADN?

—El *airbag* había saltado, de modo que el ADN que hemos tomado de la bolsa nos dirá quién conducía en el momento del choque.

Trejo no respondió.

—También han encontrado sangre en el asiento del conductor —añadió mientras dejaba que sus ojos se posaran en la frente de él.

—También les dije que lo manché al cortarme.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo recuerdo. —La inspectora miró a su compañero—. ¿Dijo eso?

Kins se encogió de hombros. No lo había dicho. De hecho, no encajaba con el orden cronológico de lo que les había contado.

—¿Nos puede decir otra vez cómo se hizo el corte? —preguntó Tracy con la intención de hacer que se delatara.

—Les dije que estaba en la cocina, me levanté demasiado rápido y me di con la puerta de uno de los armarios.

—¿Cuándo?

—No me acuerdo —repuso enseguida—. ¿Tienen ya mi coche?

—Eso duele una barbaridad —comentó Kins—. A mí me pasó lo mismo una vez en la cochera. Casi me caigo al suelo del golpe. Además, sale una cantidad de sangre exagerada, ¿verdad?

Trejo encogió los hombros.

—Parece que intentó limpiarlo —dijo Tracy—. El coche, quiero decir. ¿Con qué le dio?

—No lo sé. Con un pañuelo o algo así.

Tracy hizo un gesto de asentimiento como si lo comprendiese antes de añadir:

—Los del laboratorio dicen que usaron una toallita antiséptica.

Trejo no respondió.

—¿Cuándo fue la última vez que vino aquí? —quiso saber Kins.

Trejo volvió a mirar su teléfono.

—¿Saben cuánto voy a tener que esperar?

—Seguro que poco —contestó Kins—. ¿Qué hora es? —Se volvió e hizo girar la silla para mirar el reloj de la pared—. ¿Tienen planes su mujer y usted?

La pregunta pareció confundir a Trejo.

—¿Cómo?

—Pensaba que quizá quiere volver pronto a casa porque tienen planes.

—No, lo que pasa es que me gustaría tomar el transbordador.

—No tienen hijos, ¿verdad?

—No.

—Yo tengo tres. Varones. Dos de ellos están en el instituto y el mayor irá pronto a la universidad. Está en esa edad en la que la gente hace cosas estúpidas, ¿sabe? No debería decir *estúpidas*. —Kins se pellizó el labio inferior. Tracy lo había visto actuar así en otras ocasiones. De hecho, ella misma había usado a veces esa táctica—. Pero, cuando comete un error, siempre intenta ocultarlo. ¿Me entiende? Yo no dejo de decirle que sea sincero, que puede que se meta en un lío por lo que ha hecho, pero que es todavía peor no decirlo y que lo pillen. —Sin apartar en ningún momento la mirada de Trejo, bajó la voz y añadió—: Nadie quiere que le mientan.

Trejo apartó su silla y se puso en pie. Se dirigió a Tracy.

—¿Puede preguntar si traen ya el coche? Me gustaría irme.

Kins dijo entonces:

—¿Por qué no nos cuenta lo que ocurrió esa noche, señor Trejo?

Los ojos del interpelado fueron con rapidez de un inspector a otro. Soltó una risa nerviosa y preguntó:

—¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está mi coche?

—Sabemos lo del veinticuatro horas de Renton, señor Trejo —dijo Tracy.

Trejo los miró como un adolescente arrestado. Se mojó los labios. No se lo esperaba y lo único que pudo decir fue:

—¿Qué?

—La noche de la desaparición dejó usted un recibo en el coche y tiene la fecha y la hora.

—Eso es mentira. Ya les he dicho que estaba trabajando y que luego me fui a casa. —De pronto recibió un golpe de inspiración y señaló—: Será de quien me robó el coche.

—Compró usted dos latas de Red Bull —siguió diciendo Tracy—, la misma bebida energética que estaba bebiendo la noche que fuimos a hablar con usted.

—Les he dicho que estaba en mi casa —insistió él con tono más firme—. Mi mujer puede decirles que es verdad. Eso lo tuvo que comprar el que me robó el coche.

—La tienda tiene cámaras de vídeo.

Trejo se detuvo y miró al televisor, advirtiendo quizá por fin qué hacía allí. Su labio superior se perló de sudor. Tracy pulsó un botón y en la pantalla se vio a Trejo entrando en la tienda y dirigiéndose al refrigerador. Aun a pesar de la gorra, al llegar al mostrador quedó fuera de toda duda que era él.

—El vídeo tiene la fecha y la hora, señor Trejo —aseveró ella—. Esto se grabó una media hora antes de que su coche atropellara a D'Andre Miller. ¿Por qué no nos dice qué estaba haciendo en Seattle?

Trejo se mordió el labio inferior. El apósito de la cabeza había adquirido un tono de sangre más oscuro.

—Ese no soy yo. No sé quién es.

—¿Cuánto mide usted, señor Trejo? —preguntó Tracy, que, al ver que no respondía,

prosiguió—: Vamos a poner esto en conocimiento del fiscal, que va a acusarlo de un delito grave. Las penas están determinadas por directrices para la imposición de condena, si es que llegamos a ese extremo. Eso quiere decir que el juez no tiene elección: un atropello con fuga en el que ha habido una muerte constituye un delito de clase B, punible con diez años de cárcel.

—La familia de D’Andre Miller exigirá responsabilidades, señor Trejo —añadió Kins reanudando su perorata—. La sociedad exigirá responsabilidades. Querrán que hagamos a alguien responsable de la muerte de D’Andre. Mentir no le será de ninguna ayuda.

Trejo había dejado de enfocar nada en particular con la mirada, como si estuviera contemplando el futuro y la celda que iba a convertirse en su hogar por muchos años.

CAPÍTULO 13

Leah Battles agachó la cabeza para quedar por debajo del cañón de la pistola, alzó los brazos y agarró el arma con las dos manos mientras dirigía la rodilla a la entrepierna de su atacante. Dio un paso atrás con rapidez y llevó con violencia las muñecas del hombre contra su cuerpo, le quitó la pistola de un tirón y le apuntó a la frente con ella.

—Muy bien —dijo el instructor con un claro acento británico—, pero has dudado.

Battles se mordió la lengua. Aquel tipo siempre tenía un pero.

—Podéis estar seguros —añadió él dirigiéndose a toda la clase— de que, cuando os mováis para atacar, vuestro agresor va a disparar su arma. Por tanto, si vaciláis, si no os agacháis de inmediato para quedar por debajo del cañón, estáis muertos. —Dio una palmada para subrayar esto último—. Así que moveos como si la cosa fuese en serio. ¿Me has entendido, Lee? —preguntó usando el apodo de ella.

Battles asintió. Después de tres años de *krav magá* y de haber llegado al nivel cuatro, no debería haber dudado. No era ninguna principiante.

—Lo he entendido —respondió.

Podía achacar la culpa al día de perros que había tenido en el trabajo (un cliente al que habían formado un consejo de guerra por estupideces de niños), pero no sería más que una excusa y ella ni ponía ni aceptaba excusas. La ley, había oído decir, es una amante celosa. ¡Y una mierda! La ley era una zorra exigente, pero Leah ya lo sabía antes de decidir hacerse abogada procesal. Por más tiempo que le exigiese su trabajo —que era mucho—, había días en el que la práctica del derecho agotaba más aún su energía mental. Algunas noches pensaba en cambiar de profesión para dedicarse a algo que le permitiera dejar el trabajo en el cajón de su escritorio bajo llave al final de la jornada e irse sin más a casa. Sin embargo, aunque idealizara aquel estilo de vida, sabía que no tardaría en aburrirse. Le encantaban las tácticas legales y su estrategia y no podía evitar ver similitudes entre dicha práctica y el ajedrez, actividad en la que descollaba. Tú mueves y yo contraataco. Si yo contraataco y tú no haces nada, yo gano. Esto se verificaba sobre todo durante un juicio, que era la parte que más le gustaba de su trabajo. No podía ser de otro modo. ¿Para qué hacerse abogada sino era para tratar de ganar juicios? Ciertamente era que podía ser un verdadero coñazo cuando intentaba centrarse en otra cosa, como sus entrenamientos o una maldita relación, pero al menos la ley era una cosa estable, que era más de lo que podía decir de los hombres con los que había estado saliendo últimamente.

La tensión mental diaria a la que la sometía la práctica del derecho era uno de los motivos por los que disfrutaba del esfuerzo físico que exigía el *krav magá* y por los que se afanaba en encajar las clases en su horario. No les tenía mucho aprecio a los fiscales que la obligaban a perderse su entrenamiento. Al final, rodarían cabezas. Y ella sería el verdugo.

Había topado con el *krav magá* cuando estudiaba en la Escuela de Derecho Naval de Newport (Rhode Island), donde se había matriculado después de tres años de ejercicio. Quería

servir a su país y ejercer la defensa en causas reales, penales, y no esa mierda de demandas por compensaciones económicas. El cuerpo jurídico de la Armada le permitía hacer las dos cosas en una: servir a la nación en cuanto abogada militar y ejercer en los tribunales. Es verdad que algunas de las causas eran chorradas, pero, de todos modos, trabajaba ante un jurado, exponiendo sus argumentos e interrogando a los testigos. Eso no lo daban los grandes bufetes de abogados, que prometían carretadas de dinero, pero muy poca experiencia.

Eso era también lo que la había llevado al *krav magá*: no eran las clásicas sesiones de gimnasia, sino un entrenamiento serio y práctico sobre cómo subsistir a fuerza de puñetazos en la garganta, patadas en la entepierna y agarres. Lo habían desarrollado las fuerzas armadas de Israel y se aconsejaba evitar el enfrentamiento. También se aconsejaba, en caso de ser este inevitable, acabar la pelea. Dicho de otro modo, hacer la paz. Y cuando la paz no era posible, patear traseros.

Con aquello conseguía no pensar en su actividad legal.

—Otra vez —le dijo el instructor.

Retomó su posición y su compañero volvió a levantar la pistola falsa. Cuando estaba a punto de atacar oyó sonar su teléfono por encima de los gruñidos y los jadeos de los demás alumnos. No era su móvil personal, que nunca llevaba a clase, sino el que usaba cuando estaba de guardia. Sus monitores reconocían lo extraordinario de tal situación, que la obligaba a estar disponible las veinticuatro horas. Pidió disculpas y corrió a sacar el aparato de la bolsa de gimnasia que había guardado en los vestuarios situados al fondo de la sala.

—Teniente Battles, dígame.

Escuchó lo que le decían y se vio en un dilema. Por supuesto que quería acabar la clase, pero tampoco era de las que eludiese nunca un buen enfrentamiento y el que le estaban exponiendo por teléfono tenía pinta de ir a convertirse en una refriega de los mil demonios.

Tracy aparcó en una zona de gravilla y césped que lindaba con una valla de tela metálica situada a escasa distancia del cruce en el que habían embestido a D'Andre Miller. No podía evitar pensar en lo cerca de casa que había estado el crío cuando lo habían atropellado. Lo cerca de la seguridad y de la posibilidad de permanecer con vida que le ofrecía su hogar.

Salió del coche y abrió la puerta de la valla para tomar el camino de cemento que cruzaba un patio de hierba limpio pero infecundo. Tras salvar dos escalones llegó ante un porche y una puerta de color granate situada tras una mosquitera. Tiró de esta y vio que estaba cerrada con llave. Al no ver ningún timbre, llamó con los nudillos y esperó. Le respondió una mujer que no era Shaniqua Miller ni abrió la mosquitera.

—Buenas tardes —dijo ella—. Estoy buscando a Shaniqua Miller. ¿Está en casa?

—¿Para qué la busca?

La camiseta y el vaquero que llevaba puestos le daban un aire juvenil. Por el parecido que guardaba con Shaniqua Miller supuso que debía de ser su hermana o su madre. Miró a Tracy a través de unas gafas redondas de montura metálica. El pelo alisado enmarcaba su rostro y su barbilla.

—Me llamo Tracy Crosswhite. Soy uno de los inspectores a los que han asignado el caso de D'Andre Miller. ¿Es usted su tía?

—No, su abuela. —La mujer irguió la espalda, pero siguió hablando con voz dulce—. ¿Es importante? Es que Shaniqua está preparando a los niños para que se acuesten.

—Sí que lo es. No le robaré mucho tiempo.

La mujer arrugó el sobrecejo con gesto poco convencido antes de darse la vuelta y alejarse sin invitarla a entrar ni abrir la mosquitera. Tracy la oyó llamar a su hija.

—¡Shaniqua! —Lo demás no logró oírlo.

Sandy Clarridge, el jefe de la policía de Seattle, había dicho a las autoridades que quería ver participar a sus hombres en aquel caso y no solo a través de la Unidad de Asistencia a las Víctimas. Quería que hubiera siempre un inspector informando a la familia de cuanto ocurriese, a ser posible en persona. Había expresado su deseo a Johnny Nolasco, el capitán de Tracy, que a su vez se lo había transmitido a ella. Por eso Tracy estaba en ese momento en la casa.

—¿Quién? —oyó preguntar.

—Uno de los inspectores.

—¿Un inspector? ¿Qué quiere?

—Una inspectora. Quiere hablar contigo.

A esto siguió una pausa.

—¿Ha dicho de qué?

—No, solo que quiere hablar contigo y que es importante.

—Un momento.

La mujer regresó a la puerta.

—Va a tardar un minuto.

Permanecieron de pie, una frente a la otra y sin saber qué decirse.

Shaniqua Miller llegó procedente de la parte de atrás de la casa y vestida también con vaqueros y una camiseta. Quitó el cerrojo de la mosquitera y la abrió. Al cuello llevaba una cadena de oro con una cruz. Parecía extenuada física y mentalmente y tenía los ojos hinchados. Se había recogido el pelo, también alisado, lo que hacía más visibles sus pómulos pronunciados y sus ojos expresivos.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Señora Miller, nos conocimos la otra noche.

Shaniqua no respondió de inmediato, como si tratase de recordar sin quererlo.

—Soy la inspectora Tracy Crosswhite. Investigo el caso de su hijo.

—Sí —dijo Miller con voz suave—, me acuerdo. Estaba usted en la calle en la que lo arrollaron.

—Sí. Quería que supiese que esta noche hemos detenido al hombre que conducía el coche que lo atropelló.

Miller la miró sin decir ni revelar nada. No manifestó rabia, tristeza, alegría ni entusiasmo. Poco a poco, levantó la mano y sus dedos encontraron la cruz que llevaba al cuello.

—¿Seguro?

—Hemos identificado fuera de toda duda su vehículo como el que lo golpeó —aseveró Tracy— y tenemos una grabación de vídeo en la que aparece el propietario en un veinticuatro horas relativamente cercano al cruce poco antes del accidente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la madre sin dejar de acariciar la cruz con los dedos.

—Al principio aseguró que le habían robado el coche y que no había estado en Seattle, pero hoy, al ver las pruebas que teníamos contra él, ha preferido no decir nada y ha pedido un abogado.

Pese a que todo indicaba lo contrario, Trejo había mantenido que el hombre del vídeo no era él antes de guardar silencio. A Tracy y Kins se les daba bien hacer que hablaran los sospechosos, sobre todo si, como entonces, tenían pruebas que contradecían su versión. El sospechoso no siempre contaba la verdad, pero, por lo general, intentaba dar una explicación a lo que tenían contra él. Tal vez Trejo había reconocido que era incapaz de explicar su presencia en la grabación y que valía más no decir nada.

—¿Quién es? —quiso saber Miller.

—Un militar.

—¿Del Ejército de Tierra?

—De la Armada. Sirve en la base naval de Kitsap, en Bremerton.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Tracy iba a volver a la comisaría, donde retenían a Trejo antes de meterlo en prisión.

—Lo llevarán a la cárcel del condado de King. Mañana por la tarde tendrá su primera vista. Nos gustaría que estuviera presente... si puede.

Miller no respondió de inmediato. Dejó la mirada perdida en el espacio que tenía Tracy a sus espaldas y, tras unos instantes, volvió al presente para preguntar:

—¿A qué hora?

—A las dos.

Shaniqua soltó un suspiro.

—Tengo que trabajar. No tengo más remedio, me quedan otros dos hijos.

—La vista se celebra para que el tribunal determine si hay motivos para tener al sospechoso en prisión preventiva. No se declarará culpable ni inocente hasta la lectura de cargos, para lo que quedan todavía otras dos semanas. —Se detuvo, convencida de que Shaniqua Miller no tenía ningún interés por el proceso penal—. ¿Quiere que le exponga la situación a su jefe?

—Haga lo que haga, si faltó, no me va a pagar.

La inspectora asintió.

—¿A qué hora ha dicho? —preguntó Miller.

—A las dos. —Tracy le dio la dirección del juzgado de distrito, situado en la primera planta de la prisión, y a continuación le tendió una tarjeta de visita con su teléfono y otra de la Unidad de Asistencia a las Víctimas—. Puede llamarme a mí o a este número. Allí hay un agente encargado de aconsejarla y de explicarle el proceso a medida que vaya avanzando. También pueden responder cualquier duda que tenga sobre la vista o la lectura de cargos.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Shaniqua antes de dar un paso atrás y cerrar la puerta lentamente y en silencio.

Leah Battles ajustó su calzado a los pedales automáticos, pedaleó en dirección sur por Westlake Avenue y cruzó hasta la Quinta. Vivía en un apartamento de Pioneer Square, en el extremo meridional —la otra punta— de la ciudad. El hecho de no tener que residir en la base naval era una de las ventajas de ser oficial. Aquella noche, su posición le brindó una más: Laszlo Trejo le había dicho por teléfono que lo tenían en una celda de la comisaría en espera de su traslado a la cárcel del condado de King. Ambos edificios se encontraban entre el lugar en el que practicaba *krav magá* y su apartamento, de modo que no tenía que desviarse para hacer una parada, hablar con él y recabar información.

Sabía que no era probable que su superior le asignara la defensa de Trejo si estaba de guardia. Su función consistía en brindar asesoramiento legal inmediato al soldado al que habían detenido. El abogado defensor no intervenía en los arrestos de personal de la Armada, sobre todo cuando el presunto delito se producía fuera de la base, y no se asignaba hasta que habían transcurrido entre diez días y dos semanas de la detención. Era la policía de la ciudad la que debía encargarse de su entrada en prisión. El acusado notificaba al oficial de guardia, que informaba al mando naval de los detalles del arresto a fin de que se llevase el asunto por los canales apropiados. De considerarse necesario, entraban a investigar los NCIS y, si la Armada asumía la jurisdicción, se entablaba un pleito. Solo entonces participaría ella en calidad de

abogada de la defensa, siempre que se le asignara la causa. Esto último se estaba haciendo cada vez más frecuente desde la emisión del documental *La guerra invisible*, que denunciaba los abusos sexuales sufridos por varias integrantes de las fuerzas armadas. Las protestas populares habían sometido a los oficiales de las bases militares a una intensa presión por parte del Congreso para que limpiasen la reputación de los militares y cada una de las fuerzas del ejército había puesto a trabajar a los tribunales como si no hubiera un mañana. La Armada, por supuesto, no era ninguna excepción.

Aunque en aquel caso no se trataba de ningún delito sexual, parecía serio y había muchas probabilidades de que sacara los colores a las fuerzas marítimas de la nación. El atropello con fuga de un muchacho de doce años era una tragedia y, en caso de que se demostrara, un acto de cobardía. Battles sabía también que la oficina de abogados militares no iba sobrada de personal, sobre todo en el clima reinante, y ella era la abogada defensora de más categoría. Por tanto, aun estando en aquel momento de simple oficial de guardia, sus probabilidades de que la nombrasen para representar a Trejo podían aumentar si participaba, de forma limitada, en el proceso, cosa que no le resultaría difícil conseguir.

Y ella quería aquel caso.

Mucho.

A las ocho y media de la noche, el tráfico de las calles de Seattle no era excesivo. Sin embargo, seguía haciendo un frío de narices y el tener la camiseta empañada en sudor no hacía sino empeorar la situación. Cuando llegó a la comisaría, tenía la cara adormecida y estaba tiritando bajo la ropa deportiva. Se bajó de la bici y la dejó atada en un patio situado frente al edificio. Como si aquello fuese a dejarla más tranquila. La primera semana que había pasado en Seattle, la había asegurado al soporte para bicicletas que había en el exterior de su bloque y a la mañana siguiente había encontrado solo la cadena y el candado en su lugar. Desde entonces, la subía al piso en el ascensor. Si alguien se quejaba, siempre podía tomar las escaleras.

Se cambió el calzado de ciclismo por un par de chanclas... sin quitarse los calcetines, lo que suponía incurrir en un error de vestuario colosal aun en aquella ciudad tan liberal.

Dentro del vestíbulo de la comisaría, se acercó al agente de uniforme que había tras una ventanilla de plexiglás reforzado. Parecía haber cumplido los treinta hacía bien poco, como ella, y llevaba un peinado militar y el pecho hinchado por el chaleco antibalas que vestía bajo el uniforme. Levantó la mirada al verla acercarse y le recorrió el cuerpo con la vista.

—Buenas noches. He venido a ver a Laszlo Trejo —anunció—. Tengo entendido que lo han detenido esta tarde y que está retenido aquí.

—No lo sé —respondió él—. Si es así, tendrá que esperar a que lo ingresen en prisión. De todos modos, el horario de visita ha pasado. —Sonrió como un pubescente ante su primera fotografía de una mujer desnuda—. Hasta mañana por la mañana no podrá verlo.

Leah Battles puso su identificación contra el cristal.

—Pese a mi apariencia, no he venido a charlar con él de la temporada del salmón. El señor Trejo ha pedido asistencia letrada y yo soy su abogada. Me gustaría hablar con él antes que nadie.

—¿Es usted oficial naval? —preguntó él con aire sorprendido ante los documentos que le mostraba ella—. ¿La teniente Battles?

—En efecto. Y también soy abogada. —Volvió a sonreír, aunque esta vez de un modo un tanto más intencionado.

—Pues sepa, teniente, que si todavía lo están fichando, tendrá que esperar a que hayan acabado para hablar con él. —Su sonrisa se hizo más amplia—. Y, para su información, la temporada del salmón está este año insuperable. Si no, ¡que se lo digan a los dos salmones reales

que he pescado ya esta semana!

Battles pensó que ojalá no fuese aquella la frase más seductora que fuera capaz de articular aquel fulano.

—¿En serio? Yo no soporto el salmón. Me pone enferma.

—Pues vivir aquí tiene que ser un coñazo para usted.

—Lo es. No he ido a un solo acto social en el que no me pusieran delante un buen trozo de pescado. Al final, acabo por dárselo a mi acompañante.

—Pues seguro que su acompañante agradece la ración extra —repuso el otro sin dejar de sonreír.

—Por supuesto. Hasta que se da cuenta de que es lo único que va a probar en toda la noche. —Jaque mate. Fin de la partida—. Le agradecería mucho que descolgara ese teléfono, llamase a la planta de arriba y averiguase dónde tienen a mi representado.

El agente se reclinó en su asiento. Ya no sonreía mientras señalaba los asientos de la sala de espera y decía:

—Siéntese, teniente. La noche podría ser larga.

Battles se dedicó a responder correos electrónicos con el móvil mientras aguardaba. Tras unos minutos, oyó el timbre de una puerta de ascensor. Por la esquina apareció una mujer que la observó antes de mirar al agente de uniforme de la ventanilla con aire a todas luces confundido. Debía de haber supuesto que encontraría a un hombre vestido de traje y encorbatado más que a una ciclista de reparto. El agente uniformado señaló a Battles con la cabeza, con lo que despejó toda duda al respecto, y la agente salió de detrás de la puerta de seguridad.

La Armada había tenido el detalle de recoger en el expediente de Battles su altura como de uno sesenta y siete. La mujer que tenía delante le sacaba una cabeza, era casi toda ella piernas. Tenía el pelo rubio y los ojos azules de una de esas jugadoras de voleibol playa olímpico que vestían pantalones cortos demasiado ajustados. A Battles no la habría descrito nunca nadie como una mujer de piernas largas ni se habría imaginado que se pudiera pasar el día en la playa. Había heredado el pelo negro y la piel morena de su padre, sobre todo cuando, en verano, se ponía al sol. Había crecido en la Costa Este.

Aquella mujer llevaba la palabra *policía* escrita en la frente. Es verdad que la placa que llevaba al cinturón, al lado de la pistola, también la delataba y también es verdad que el hecho de que Battles estuviese en una comisaría tampoco era una pista desdeñable, pero lo que más le llamó la atención de la recién llegada no fue tanto aquello como su caminar y su actitud, propios de una persona segura de sí misma.

—Doy por hecho que no es usted Laszlo Trejo —dijo la abogada.

—Soy la inspectora Tracy Crosswhite. ¿Puedo ayudarla?

—Sí, si es capaz de hacer aparecer al suboficial Trejo y dejarme una sala en la que pueda hablar con él.

Crosswhite se mostró solo divertida a medias al preguntar:

—¿Y usted es...?

—Leah Battles, auditora de guerra de la base naval de Kitsap, en Bremerton. Lo siento, pero no he tenido ocasión de ponerme el uniforme para venir aquí. Sin duda habría evitado la confusión.

—¿Tiene algún documento que acredite su identidad? —La inspectora parecía escéptica.

Battles miró al agente de la ventanilla, pero el hombre se limitó a sonreír. Irritada, rebuscó en su mochila para volver a identificarse.

—¿Viene mucha gente fingiendo ser auditores de guerra que desean hablar con sus clientes?

—No —dijo Crosswhite mientras tomaba su documentación—, porque por lo general no dejamos que nadie vea a los detenidos. En la cárcel, después del horario de visita, tampoco.

Buena jugada. Le gustaba aquella mujer. Seguro que al ajedrez debía de ser la leche.

—Sin embargo, como abogada, puedo ver a mis clientes cuando lo desee.

Crosswhite no dijo nada. Estudió la identificación.

—Aquí dice *Virginia*. ¿Tiene licencia del estado de Washington?

—Tengo licencia de la Armada estadounidense, que es algo así como un bufete mundial, aunque en este momento estoy destinada en la base naval de Kitsap, en Bremerton, igual que Laszlo Trejo. Por eso me han llamado a mí, por eso estoy aquí y por eso quiero hablar con él.

La inspectora, sin perder la calma, le preguntó:

—¿Piensa hacer valer la Armada su jurisdicción?

—No lo sé. Lo que sé es que el señor Trejo ha llamado al oficial de guardia, que soy yo. Ha informado de su detención y ha pedido un abogado. Y yo soy abogada.

—Ha llegado muy pronto desde Bremerton.

—Es que nado muy rápido.

Crosswhite sonrió y le devolvió la documentación.

—Pues tendría que haberse tomado su tiempo, porque no va a ver al señor Trejo hasta que ingrese en prisión.

—¿Y perderme este rato tan divertido? Tengo curiosidad, inspectora, por saber lo que está haciendo el señor Trejo aquí, en la comisaría de policía. —El detenido había dicho a Battles que había acudido a Seattle y se había presentado en aquel edificio con la intención de recoger su vehículo del depósito de la policía.

—Eso tendrá que preguntárselo a él.

—No lo habrán hecho venir con engaños, ¿verdad? No lo habrán sacado de la base para poder arrestarlo...

—El señor Trejo no vive en la base, de manera que no necesito engaños para arrestarlo. De todos modos, le vuelvo a decir que puede preguntárselo cuando hable con él. —Con esto se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta de seguridad.

—Ha pedido hablar con un abogado —dijo Battles a la espalda de Crosswhite—. Agradecería que pusiera este detalle en conocimiento de sus compañeros.

Tracy no respondió. Tampoco se volvió. La puerta de seguridad emitió un zumbido y la inspectora cruzó el umbral dejando que se cerrara tras ella. El agente de uniforme se reclinó en su asiento con una sonrisa satisfecha.

Battles sonrió también. No le importaba contar con una oponente enérgica. De hecho, lo prefería. La rivalidad sacaba lo mejor de ella y aquella conversación con Crosswhite no había hecho sino aumentar su deseo de hacerse con el caso.

Un deseo que ya antes había sido intenso.

Tracy dejó las llaves en el cuenco de madera de la mesa rústica que habían adquirido en una subasta de liquidación de patrimonio cerca de la frontera de Canadá. Además del recipiente, había colocado allí un marco con una fotografía de su boda. Tras la mesa se abrían dos ventanas amplias que ofrecían una luz generosa, aunque no a esas horas de la madrugada. Estaban orientadas al este, a un pastizal para caballos que se extendía ante una serie de colinas onduladas bordeadas de árboles, lo que eliminaba la necesidad de cortinas, a menos que uno se dedicase a investigar homicidios y pasara buena parte de su tiempo dando caza a dementes y depravados. Tracy había querido ponerlas, pero Dan no. Así que habían llegado a una solución intermedia y él

había colocado focos exteriores con sensores de movimiento. Aquel había dado la impresión de ser un remedio satisfactorio, hasta que las luces empezaron a encenderse de forma repetida por obra de los numerosos animales que se aventuraban a pasar por sus terrenos: ardillas, mapaches, ciervos, Rex y Sherlock y hasta Roger, el gato de la inspectora, que, por primera vez, tenía permiso para salir.

—¿Tracy?

Dan salió del dormitorio con un pantalón de pijama largo y una camiseta de la Universidad de Boston, donde él se había diplomado. Rex y Sherlock también fueron a darle la bienvenida meneando el rabo. Oyó también la voz del televisor que tenían en el cuarto. Aunque era de manual para el buen entendimiento de matrimonio no colocar en dicha pieza aquel aparato, lo cierto es que no tenían otro lugar en la casa en el que ponerlo. Dan llevaba en la mano el cepillo de dientes y hablaba con la boca llena de pasta.

—No te había... —masculló—. Un segundo. —Desapareció en el cuarto de baño y Tracy oyó correr el agua del lavabo. Dan volvió a aparecer sin el cepillo—. No te había oído entrar.

Tracy acarició la cabeza a los dos perros.

—Hemos detenido a un fulano por el caso del atropello con fuga y tenía que encargarme de dejarlo en la cárcel para que asista mañana por la tarde a la vista para determinar si hay que tenerlo en prisión preventiva. —Besó a Dan y entró a la cocina.

—¿El de la Armada?

—Sí. —Tracy abrió uno de los armarios y llenó un vaso de agua en el fregadero.

—Decías que estabas convencida de que era él.

Tracy usó el agua para tragar dos pastillas de ibuprofeno antes de decir:

—La grabación lo deja muy claro.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Dan apoyado contra el marco.

—No, es el hombro. —Se lo había lastimado hacía más de dos años cuando un acosador había conseguido entrar en su casa de West Seattle y la había atacado por la espalda. El traumatólogo le había dicho que tenía una fisura parcial en el manguito rotador. Si no se resolvía con fisioterapia, tendría que someterse a una operación y a seis meses de recuperación. Aunque también podía hacer como Kins y tomar ibuprofeno a diario hasta que el dolor se volviera insoportable.

—¿Qué dijo cuando le enseñasteis el vídeo?

—Pidió llamar por teléfono. —Se retiró al dormitorio y se sentó en la cama para tratar de quitarse las botas.

—A su abogado, imagino. —Dan le sostuvo una pierna y luego la otra para ayudarla.

—Una oficial de la auditoría de guerra de Bremerton —repuso ella sacudiendo las piernas para quitarse el vaquero.

—¿En serio? —la respuesta pareció sorprenderlo.

—Sí, ¿por qué? —Tracy se dirigió al armario y colgó el pantalón.

—No es normal que el servicio jurídico del ejército responda con tanta rapidez, y menos aún si se trata de mandar un abogado defensor. Tienen que pasar primero por toda la cadena de mando para determinar si van siquiera a reclamar la jurisdicción. ¿Lo han pedido?

—Ni idea. Se lo he preguntado a la abogada, pero ella no lo sabe. —Se quitó la camisa y el sujetador y se puso una camiseta de Dan estampada con una fotografía de Rex y Sherlock bajo la que se leía: «No somos cabezotas, es que sabemos lo que te conviene»—. Eso sí, la auditora de guerra fue a hablar con él a la cárcel después de su ingreso.

—Suenan a que vayan a reclamar la jurisdicción de la causa. Eso o que quieran negociar.

Tenéis la grabación. ¿Qué dice él?

—Por el momento, nada. Ni siquiera sobre el vídeo. Pensaba que intentaría explicarlo. Quizá no puede. No lo sé. —Se lavó los dientes en el lavabo del cuarto de baño antes de volver al dormitorio.

—¿Tienes hambre? ¿Me dejas que te prepare algo de comer? —preguntó Dan.

—Gracias, pero ya he pedido una ensalada y me la he tomado en mi escritorio. —Kins también se había convencido de que le convenía cenar lo mismo, hasta que abrió la carta del servicio a domicilio y pidió un bocadillo de *pastrami*—. Solo estoy cansada.

Dan se apoyó en el marco de la puerta del dormitorio.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —preguntó ella mientras retiraba el edredón.

—El doctor Kramer ha llamado a casa para preguntar cómo te encontrabas. Ha dejado un mensaje en el contestador.

Tracy se detuvo.

—¿Estás tomando clomifeno? —quiso saber él.

No le había dicho a Dan nada del medicamento, solo le había dicho que el doctor Kramer le había propuesto que siguieran intentándolo. Tenía la esperanza de quedarse embarazada gracias al tratamiento y no tener que reconocer ante Dan que estaba demasiado mayor, que el problema era ella.

—No me digas que es una de tus técnicas de interrogatorio: hacer hablar al testigo para después atacar con la pregunta que de verdad te interesa.

—No hagas eso —dijo él sin rodeos ni sentimentalismo y con los ojos clavados en ella—. Lo teníamos hablado y habíamos decidido tomar juntos la decisión que fuera.

—Sí, tienes razón.

—Y, aun así, me has dejado fuera.

Tracy soltó un suspiro.

—Tengo muy pocas probabilidades de quedarme embarazada, Dan. Tenía que elegir entre un tratamiento de fertilidad y una donante de óvulos.

—¿Y qué tiene que ver nada de eso con que me excluyas del proceso?

—No tendría que haberlo hecho. ¿De acuerdo? Lo siento. —Empezó a meterse en su lado de la cama.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—¿No podemos hablar de eso otro día?

—No, me lo has ocultado. Creo que tengo derecho a saberlo.

—No te lo he ocultado.

—Pues no me lo has dicho.

—Tengo que entrar temprano a trabajar para preparar la vista —dijo ella mientras lanzaba al suelo las almohadas que no iba a usar.

—Y yo tengo que tomar declaración.

—Entonces, vamos a la cama y lo hablamos otro día.

Dan se apartó del marco de la puerta.

—El clomifeno tiene efectos secundarios. Ya hemos hablado de eso.

—¿Qué vas a decirme? ¿Que he estado de un humor de perros últimamente?

—No, pero ahora me estás dando motivos para decírtelo.

—¡Qué listo! —Se hizo con una almohada y pasó a su lado tras decidir que iba a dormir en el sofá del salón.

—Oye, no te pongas como si fuese culpa mía. Tenías que haber contado conmigo. Al fin y al cabo, también es mi hijo.

Tracy sabía que él tenía razón, pero había heredado la tozudez de su padre.

—Pues yo diría que no vas a tener que preocuparte mucho por eso en un tiempo. —Tomó una manta del sillón de lectura y se dirigió al sofá.

—¿Qué quiere decir eso?

Tracy se dio la vuelta y se detuvo.

—Que no puedo quedarme embarazada —contestó—. ¿Te enteras ya? Que el problema soy yo.

Dan guardó silencio unos instantes y dejó que Tracy se preguntara qué podría estar pensando. ¿Dependería su felicidad del hecho de tener hijos? ¿No estaría planteándose si había hecho bien casándose con ella?

—No me importa el bebé —dijo él al fin en tono suave—. Lo que me importa eres tú. Y tu salud.

Tracy dejó escapar un suspiro.

—El médico dice que los efectos secundarios son insignificantes: cambios de humor y sofocos. Estoy bien. Perdona que no te haya dicho nada. Lo he hecho mal.

Dan se llenó de aire los pulmones. Cuando volvió a hablar, estaba calmado. Siempre lo estaba. A veces Tracy deseaba que se pusiera a gritar y a lanzar cosas para poder estar irritada con él.

—¿Y por qué te lo has callado?

Tracy meneó la cabeza.

—¿Qué?

Sabía que lo que iba a decir era pueril y eso también la fastidiaba, pero su deseo había sido tener un hijo con él.

—Es que tú llegaste tan emocionado aquel día del médico, agitando los brazos y... En fin, que no quería defraudarte. No me gustaba la idea de ser yo la razón por la que no podíamos tener un hijo.

Dan vació los pulmones y se acercó a ella para apartar la almohada que sostenía y posar las manos sobre sus hombros.

—Si estaba entusiasmado era porque creía que tú querías tener un hijo.

—¿Y tú no?

—Claro que sí, pero si para eso va a tener que verse afectada tu salud, mejor no. Lo que más me importa eres tú, Tracy, y no una criatura a la que todavía ni siquiera conozco. Siento haber tenido una reacción exagerada con lo de la vasectomía. Si hice más fiestas de la cuenta fue porque pensaba que te alegraría ver que estaba entusiasmado. —Sonrió, pero ella no pudo—. Vamos, mujer. Desde el punto de vista fisiológico somos diferentes, Tracy. ¡Si Mick Jagger tuvo hace nada su octavo hijo a los setenta y tres!

—¿Y por qué supones que voy a sentirme mejor con esa información?

—¿Qué te dijo exactamente el médico?

—Tengo que tomar clomifeno durante catorce días y, si eso no funciona, habrá que buscar una donante de óvulos... o adoptar.

—Está bien, entonces...

Tracy se apartó de él.

—No quiero criar al hijo de otra, Dan. Quiero que tengamos uno nosotros. Quiero un bebé nuestro. —Era consciente de que estaba alzando la voz, a punto de echarse a gimotear.

Dan asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo en tono dulce—. En ese caso, habrá que seguir intentándolo y, si no funciona, ya hablaremos de eso. —Sonrió y dio un paso hacia ella, que se había puesto a llorar—. Oye, que no pasa nada.

—Ya, ya lo sé —repuso Tracy secándose las lágrimas con gesto abrumado—. Mi vida no tenía que haber sido así, Dan. Las cosas no tenían que salir de este modo. Yo iba a tener tres hijos, iba a ser madre, ir a las reuniones de padres y a los partidos de fútbol, ayudarlos con las tareas, sentarme con ellos a la mesa y celebrar cenas familiares. —Soltó aire mientras movía la cabeza de un lado a otro—. ¿Qué le ha pasado a mi vida? ¿Qué coño le ha pasado a mi vida?

Los dos permanecieron de pie y en silencio unos instantes. Tracy se dio cuenta entonces de lo hirientes que habían resultado sus palabras para su marido.

—Dan, no quería...

Él se encogió de hombros.

—Tenía la esperanza de que dijese que, al final, todo ha resultado ir bastante bien.

Tracy sintió náuseas y sabía que no tenían nada que ver con los efectos secundarios del clomifeno.

—Lo siento, no era eso lo que quería decir.

Dan dio un paso atrás para apartarse de ella.

—¿Crees que yo no sentía lo mismo después de mi divorcio? ¿Que no me preguntaba qué le había pasado a mi vida? Tenía mujer y un buen trabajo en un bufete de renombre que me permitía hacer lo que más me gustaba. Tenía un BMW, un abono de temporada de los Red Sox y hasta un barco. Y de pronto me quedé sin nada. Mi antiguo socio se quedó con mi mujer, mi abono de temporada y mi barco... y yo me encontré de nuevo en Cedar Grove. ¿Qué crees, que no me pregunté en qué momento se había torcido todo?

Tracy se acercó.

—Tú no hiciste nada por provocarlo, Dan.

—O quizá sí.

—Fue ella la que te engañó.

—Sí, pero puede que porque yo apenas estaba ya con ella.

—A veces yo también me pregunto eso.

—¿Qué?

—Si hubiera acompañado a Sarah a casa aquella noche...

Dan negó con la cabeza.

—A Sarah la mató un psicópata, Tracy. La estuvo siguiendo a ella y te estuvo siguiendo a ti. Y, por terrible que fuese todo, me gusta pensar que a lo mejor Dios te mantuvo con vida... para mí.

Tracy rompió a llorar de nuevo. Dan siempre se las componía para decir lo más acertado. Hasta de pequeños, cuando crecieron siendo amigos en Cedar Grove, siempre encontraba en todo momento la forma de decir lo que necesitaba oír ella. Tracy carecía de ese don, de la capacidad para poner las cosas en perspectiva y encontrar algo, si no positivo, al menos optimista. Después de un buen rato, aseveró:

—Es casi imposible discutir contigo. Lo sabes, ¿verdad?

CAPÍTULO 14

Tracy no pudo abrigar duda alguna de la condición de auditora de guerra de Leah Battles la tarde del viernes, cuando entró tras Kins en la abarrotada sala del tribunal del distrito que albergaba la planta baja de la cárcel del condado de King. La abogada se encontraba sentada en el primer banco, deslumbrante con su uniforme azul de media gala adornado con dos galones dorados en los puños y un centón de cuadraditos de colores sobre el bolsillo izquierdo de la pechera. Se había recogido el cabello en un moño y sobre el regazo sostenía una gorra de plato blanca con visera azul, barboquejo dorado y un águila en la galleta. A su lado había sentado otro oficial naval, un hombre mayor que ella vestido también con uniforme azul.

—Parece que alguien ha decidido salir a la palestra —comentó el inspector—. Yo diría que la Armada va a solicitar la jurisdicción.

Su compañera asintió con gesto defraudado.

—Eso parece.

—¿Cómo crees que se lo tomará la familia?

—No lo sé. Ya recelaban del proceso y dudo mucho que esto vaya a ayudar.

Aquella tarde no se presentaría una acusación formal contra Trejo. El único propósito de aquella primera comparecencia era que el juez determinase si existían motivos suficientes como para creer que el detenido había cometido un delito. En tal caso, lo detendrían hasta que se leyesen los cargos y se determinara la fianza, para lo cual habría que esperar probablemente dos semanas. En ese lapso, Tracy y Kins tendrían que reunir todas las pruebas sobre las que habría de basar su acusación el ministerio fiscal. La presencia de aquellos oficiales navales de uniforme de media gala llevó a Tracy a albergar serias dudas de que fuera a resultar necesario, pues la Armada parecía dispuesta a asumir la jurisdicción.

Pese al objetivo relativamente inocuo de aquella primera vista, los dos bancos estaban a reborar y había más público de pie al fondo, casi todos afroamericanos, parientes del difunto y amigos de su familia. Tracy se alegró de ver entre ellos a Shaniqua Miller, de pie entre su madre y un representante de la Unidad de Asistencia a las Víctimas, escuchando lo que les decía Rick Cerrabone. Las dos mujeres parecían agotadas y tenían derecho a estarlo.

Al ver entrar a Tracy y Kins, el fiscal se excusó y les hizo un gesto para que se apartaran con él a un lugar estrecho en el que poder conversar.

—Parece que van a reclamarlo —aseveró Tracy.

—Dunleavy ha hablado esta mañana con el auditor general de la Armada —dijo Cerrabone refiriéndose al fiscal jefe del condado de King.

—¿El que está sentado al lado de Battles en la sala?

—¿Quién es Battles?

—La mujer —respondió Tracy—. Vino anoche a comisaría para hablar con Trejo.

—En ese caso, tengo que suponer que el hombre que hay a su lado es el auditor general.

—¿Y ha dicho que van a solicitar la jurisdicción?

—No he hablado con él, pero tiene toda la pinta, ¿no? —Cerrabone se ajustó el nudo de la corbata—. Dunleavy dice que la Armada enviará a dos investigadores de los NCIS a hablar con vosotros y a revisar las pruebas antes de tomar una decisión.

La inspectora meneó la cabeza.

—Hace unos años compartí un caso con ellos y, la verdad, no me impresionaron.

—Sobre eso no podemos hacer gran cosa. —Cerrabone miró el reloj, al que aquella tarde hacía compañía en su muñeca un Fitbit negro—. Tened en cuenta que, aun en el caso de que pidan la jurisdicción, Dunleavy querrá que participemos igualmente. La familia está tensa y, dados los acontecimientos recientes, quiere dar la impresión de que no hemos eludido nuestra responsabilidad.

—Clarridge piensa lo mismo —aseveró Tracy—, pero ¿cómo lo vamos a hacer si se quedan con el caso?

—Acusaré a Trejo de atropello con fuga y de haberse saltado un semáforo. Por más que pueda tener la jurisdicción la Armada, por lo segundo podemos actuar, la fiscalía y vosotros.

—¿En serio? —dijo Kins—. ¿Por saltarse un semáforo?

Cerrabone se encogió de hombros.

—Se trata de un delito civil, de modo que, si la jurisdicción les corresponde a ellos y no estamos conformes con el resultado, seguimos teniendo derecho a juzgar a Trejo ante un tribunal de instancia superior.

—Nolasco no querrá usar sus recursos por un semáforo en rojo con la cantidad de asesinatos que llevamos ya este año —aseguró Kins—. Además, ¿qué pasa con el derecho a no ser juzgado dos veces por los mismos hechos?

—Aquí no procede. De todos modos, no creo que eso vaya a suponer ningún problema, porque la Armada no está limitada por las mismas directrices para la imposición de condena que nosotros. Si se da el caso, ellos pueden encerrar a Trejo más tiempo que nosotros. Es lo que les estaba diciendo hace un momento a la madre y la abuela.

—¿Cómo se lo están tomando? —preguntó Tracy.

Cerrabone se encogió de hombros.

—No lo sé. De momento están a la expectativa.

—Normal.

—Y creo que desconfían del sistema.

—Esa fue la impresión que tuve yo cuando fui a verlas para decirles que habíamos detenido al autor. Dudo que vaya a ayudar mucho el que se queden con el caso los militares.

—Eso está claro. Sospecho que creerán que la Armada pretende llevarse el caso para proteger a uno de los suyos. Dunleavy expresó la misma preocupación y le dijeron que, si lo conseguían, recurrirían al artículo 32 del Código de Justicia Militar para aplacar dichos temores.

—¿Un consejo de guerra? —preguntó Kins.

Cerrabone negó con la cabeza.

—No. El artículo 32 es el equivalente militar a nuestras vistas preliminares, con la diferencia de que se permite el acceso al público y a la prensa. El auditor general dice que podrían celebrarlo dentro de dos semanas. La madre tendría así ciertas garantías de que tienen intenciones reales de procesar a Trejo. —Cerrabone miró a Tracy—. Dunleavy quiere presionar para que se admita tu testimonio respecto de lo que encontrasteis dentro del vehículo y de cómo os hicisteis con la grabación. Está decidido a dejar claro que la policía de Seattle sigue dando la cara en este caso. Tendremos que hacer ese papel. —Agitó la muñeca y volvió a tirarse de la

manga para mirar el reloj—. Deberíamos volver.

Tracy y Kins lo siguieron al interior de la sala. Cerrabone fue a sentarse al lado de la madre y la abuela de D'Andre Miller, en tanto que los dos inspectores permanecieron de pie al fondo. Aunque fuera hacía frío, el número nutrido de asistentes había caldeado el lugar hasta el punto de hacer sofocante el ambiente. El ventilador oscilante que había en la mesa del juez se afanaba en hacer circular el aire. Tracy tenía la impresión de que hubiesen encendido el suelo radiante y el calor le estuviera subiendo por el cuerpo.

—¿No hace mucho bochorno? —preguntó.

—No se está mal —repuso Kins encogiéndose de hombros.

Uno de los sofocos del clomifeno. ¡Qué oportuno! Deseó que no fuera nada más que eso, un efecto secundario, pues su madre había pasado la menopausia prematura y tal cosa acabaría de inmediato con sus planes de tener un hijo.

A las dos y media de la tarde entró en la sala el juez Milo Yokavich, que tenía setenta y tres años, aunque por su aspecto y sus movimientos habría sido fácil atribuirle ciento tres, entre dos funcionarios de prisiones que lo hacían parecer enano.

—Gringotts —anunció Kins.

Su estatura, los mechones de pelo que le cubrían el cráneo, las orejas pronunciadas y la nariz aguileña habían llevado a algún fiscal desalmado a asignarle aquel apodo por su semejanza con el goblin que dirigía Gringotts, el banco mágico de los libros de Harry Potter.

Yokavich tomó asiento entre la bandera nacional de los Estados Unidos y la del estado de Washington e hizo una señal a la ujier, que anunció el inicio de la causa 17.285 SEA, en la que se enfrentaban el estado de Washington contra Laszlo Gutierrez Trejo. Era evidente que el magistrado había ajustado el calendario para celebrar primero la vista y poder tener despejado el tribunal el resto del día.

El detenido entró por una puerta situada a la derecha vestido con el uniforme rojo de presidiario, en cuya espalda se leía: MÁXIMA SEGURIDAD. Cerrabone se acercó al estrado y se situó al lado de los dos oficiales navales mientras Yokavich pasaba con gesto metódico las páginas de la documentación relativa a aquella causa y dedicaba varios minutos a su lectura, si bien era probable que lo hubiese hecho ya en su despacho. Cuando acabó, volvió a cerrar el legajo y lo dejó en la mesa.

—He leído... —Miró a los dos de la Armada como si lo sorprendiera su presencia—. He leído la documentación. ¿Tiene que añadir algo más el estado?

—No, señoría —repuso Cerrabone.

—Encuentro que hay motivos suficientes para dictar prisión preventiva contra el acusado. —Yokavich miró a los dos militares—. ¿Desea decir algo alguno de ustedes?

El oficial asintió con un gesto.

—La defensa desea que se le escuche.

El juez bajó la barbilla.

—No suponía otra cosa —dijo reclinándose.

—Señoría, soy el capitán Cameron Moore, auditor general de la Armada de los Estados Unidos y me acompaña la teniente Leah Battles, abogada defensora destinada en la base naval de Kitsap, en Bremerton, Washington, en la que también presta servicio el acusado. Como sabrá probablemente usía por los uniformes, el acusado es miembro de la Armada de Estados Unidos.

—No lo había pasado por alto —aseveró Yokavich.

—Ni yo lo dudo. Concretamente, el señor Trejo sirve en dicha base militar en calidad de especialista en intendencia. Esta mañana he hablado con el fiscal del condado de King acerca de

la posibilidad de solicitar para la Armada la jurisdicción en lo tocante a este asunto.

El magistrado miró a Cerrabone.

—¿Qué tiene que decir el ministerio público?

—Soy consciente de que la fiscalía recibió una llamada telefónica del capitán Moore, señoría. Sin embargo, no tengo constancia de que se haya alcanzado ningún acuerdo con respecto a la jurisdicción de esta causa. Se me ha informado de que los agentes de la Armada pensaban llevar a cabo una investigación más detallada y que habían tomado una decisión sobre la compleción de dichas pesquisas.

—Es decir, que la Armada aún no ha reivindicado formalmente la jurisdicción.

—No. Al menos, hasta donde alcanza mi conocimiento.

—Todavía —intervino Moore— no hemos tomado una determinación al respecto. Tal como ha expuesto el señor fiscal, hemos asignado el caso a nuestros investigadores navales. Hasta que recibamos su informe, señoría, solicito que se confine al señor Trejo en el centro penitenciario regional de la Zona Noroeste, situado en Fort Lewis, por su propia seguridad.

—¿Por su seguridad? —susurró Tracy a Kins—. ¿De qué está hablando?

Kins meneó la cabeza.

—Ni idea.

—Señoría —dijo Cerrabone—, estoy convencido de que la cárcel del condado de King puede garantizar un confinamiento seguro al señor Trejo.

—¿Por qué no puede confinarse el acusado en la cárcel de condado de King? —preguntó Yokavich a Moore.

—Señoría, el señor Trejo es un militar en activo que ha servido en varias campañas de ultramar a bordo del portaaviones *Stennis* y en las bases de operaciones de Irak y Afganistán. No puede ser recluido en un centro civil en el que podría haber ciudadanos extranjeros dispuestos a causarle algún daño.

—¿Está de broma? —dijo Tracy—. ¡Si trabajaba en el almacén!

—Pues yo no le veo cara de bromista —repuso Kins.

Cerrabone siguió diciendo:

—Hasta que se tome una decisión en lo que concierne a la jurisdicción de esta causa, el señor Trejo está bajo la custodia de la cárcel del condado de King, que es donde se le ha abierto el expediente penitenciario. Si la Armada se hace con la jurisdicción, entonces podrá trasladarlo.

—Señoría, no olvide que el señor Trejo es inocente hasta que se demuestre lo contrario y, dado que no es posible garantizar su seguridad en una prisión civil, debería poder ejercer su derecho a ser confinado en el centro penitenciario regional de la base conjunta Lewis-McChord, donde cumplirá prisión preventiva hasta que se complete la investigación de la Armada. De tal disposición no se derivará perjuicio alguno para el ministerio fiscal del condado de King.

«Quizá no —pensó Tracy—, pero parecería que se le está dando precisamente el trato preferencial que Shaniqua Miller y el resto de los presentes temen que reciba por pertenecer a las fuerzas armadas.»

Yokavich levantó la mirada al techo mientras reflexionaba. Entonces, bajándola de nuevo a Cerrabone, dijo:

—Yo no veo que haya perjuicio alguno. ¿Lo encuentra usted?

—Se trata de una medida innecesaria, señoría, y se estaría tomando en previsión de algo que aún no ha ocurrido y que tal vez no ocurra nunca —respondió él—. Podrá adoptarse más adelante, en caso de que la Armada solicite y obtenga la jurisdicción, cosa que no se ha dado todavía. Hasta entonces, habría que tratar al señor Trejo como a cualquier otro acusado del

condado de King.

—Dado que estamos aquí nosotros —señaló Moore—, la decisión evitaría tener que trasladar al señor Trejo y garantizaría su seguridad.

El magistrado asintió con la cabeza.

—Voy a conceder la petición hasta que la Armada haya tomado una determinación.

—Mierda —dijo Tracy, tan alto que Kins se volvió a mirarla. La inspectora no advirtió que la mayor parte de la multitud allí congregada agitaba la cabeza con gesto resignado.

—Si la Armada no reclama la jurisdicción, podemos volver a abordar este asunto —sentenció el juez—. Hasta entonces, el acusado cumplirá prisión preventiva en el centro penitenciario regi... En el calabozo de Fort Lewis, ¿no? —añadió mirando a Battles.

—¿Ha servido usía en el Ejército? —preguntó ella.

—Y a mucha honra —repuso Yokavich—, de cabo mayor.

La abogada sonrió y Tracy pudo ver las dagas que lanzaban con los ojos quienes se sentaban en la zona destinada al público.

—El calabozo se llama ahora «centro penitenciario conjunto regional de la Zona Noroeste». —Se encogió de hombros—. Se ve que a los políticos les suena mejor. Si quiere saber mi opinión, a mí me gustaba más como estaba.

El juez le dedicó una leve sonrisa. Tracy jamás lo había visto sonreír. Parecía un colegial charlando con la más guapa de la clase.

—Menudo trabalenguas, ¿no?

—Y que lo diga —repuso Battles.

—Como no acaben pronto, esta gente se nos amotina —dijo Tracy a Kins.

—Y con toda la razón del mundo —respondió su compañero.

—En fin. —Yokavich miró a Cerrabone como si se hubiera olvidado de que estaba allí—.

¿Algo más?

—No, señoría —dijeron al unísono el fiscal y Moore.

—Señora ujier, anuncie la causa siguiente.

Tracy vio a Battles caminar con Trejo y los dos corpulentos agentes de prisiones, acercarse a él para susurrarle algo al oído y darle una palmadita en la espalda antes de que él saliera por la puerta.

El abogado de la víctima, presente en la sala, estaba hablando con Shaniqua Miller y su madre, pero ellas no le estaban prestando demasiada atención. La vista había ido casi tan mal como podía haber imaginado Tracy. Cerrabone se volvió y le puso los ojos en blanco con gesto asqueado, aunque por lo demás supo mantener la compostura.

Battles y Moore tomaron el pasillo en dirección a la salida y, al llegar a la puerta, la primera se volvió miró por encima del hombro y buscó a Tracy con la mirada con cierto aire de desafío.

CAPÍTULO 15

Del se ajustó la chaqueta del traje al salir del ascensor y recorrió el suelo de mármol que llevaba a la sala del tribunal de la ilustrísima señora Deborah Kerr. Abrió la gran puerta de madera y tomó asiento en uno de los últimos bancos, casi vacíos, destinados al público. Varias de las personas que ocupaban la tribuna del jurado se volvieron a mirarlo, aunque solo fugazmente, pues todos estaban pendientes de Celia McDaniel. Como había sospechado, emanaba confianza en sí misma, se movía como pez en el agua y, al menos ese día, hablaba arrastrando las palabras con un encantador acento sureño que resultaba embriagador.

Pasados diez minutos, cuando McDaniel se detuvo para cambiar de tema, la jueza Kerr alzó la mirada hacia el reloj de la sala.

—Señora fiscal, puede que este sea un buen momento para interrumpir la sesión por hoy.

Celia McDaniel miró también el reloj, aunque Del sabía que no iba a dudar en aceptar la ocasión que le acababa de brindar la jueza de mandar al jurado a casa tras otra larga jornada de una semana larga. Había que ser muy tonto para negarse y Celia McDaniel no era tonta.

—Me parece excelente, señorita. Con un poco de suerte, llegaremos todos a casa antes de que se complique demasiado el tráfico.

Mientras el jurado recogía sus pertenencias y salía de la sala, Del se acercó a la mesa del fiscal, donde McDaniel estaba metiendo sus cosas en una caja de cartón de mudanzas. Ella se detuvo al verlo. No habían vuelto a encontrarse desde el día de la cafetería, donde Celia se había dejado su café y dos donuts sobre la mesa. Encogió el labio superior en algo que él interpretó como una sonrisa, quizá de suficiencia.

—¿Qué le trae por aquí un viernes a estas horas, inspector? ¿Ha encontrado al camello?

Del iba a trabajar con McDaniel para preparar la acusación, pero siempre que encontrase los nombres de quienes habían proporcionado a Allie las drogas que la habían matado a ella y, quizá, al resto de quienes habían sufrido sobredosis, pero no había ido a verla por ese motivo.

—No, todavía no. —El recién llegado se aclaró la garganta—. He venido para disculparme por lo del otro día. No tenía ni idea de lo de tu hijo y dije cosas un poco...

—¿Groseras?

Del se encogió de hombros.

—Iba a decir *insensibles*, pero *groseras* también vale.

Celia aceptó la disculpa.

—No te preocupes. He oído cosas mucho peores. ¿Por dónde va la búsqueda de la persona que vendió la droga a tu sobrina?

Aunque la investigación sobre la muerte de Allie no había sido el motivo de su visita, Del no pudo sino alegrarse por aquel cambio de tema.

—Ayer envié su teléfono y su ordenador a la TESU para que los analizaran. Melton va a intentar que me lo tengan cuanto antes.

—Por lo que dice Funk, parece que ha habido más muertes.

—Dos en las mismas circunstancias. Parece que ha sido por el mismo producto. Le he llevado una muestra y con un poco de suerte podrá analizarla. Dice que no es goma y que podría ser china blanca.

—Sería raro en la Costa Oeste.

—Eso dice Funk.

—¿Se lo has notificado a los de narcóticos?

Del asintió.

—Están hablando con los consumidores habituales y he oído que hay agentes en bicicleta haciendo correr la voz. Me han dicho que podrían quitarnos el caso. Quitármelo.

McDaniel meditó sobre el particular.

—En lo que respecta a determinar lo que contiene el producto y de dónde viene, puede que sí, pero, si acusamos a quien lo esté distribuyendo de homicidio con sustancia ilegal, no, porque el caso estaría dentro de la jurisdicción de la Sección de Crímenes Violentos.

—Gracias.

La fiscal hizo ademán de recoger la caja, pero Del tendió una mano para detenerla y poder hablar del motivo de su visita.

—¿Puedo invitarte a tomar algo? Como ofrenda de paz por mi comportamiento grosero.

Celia frunció el sobrecejo.

—¿Por compasión, inspector?

—No —corrió a decir él, que no había esperado una respuesta hostil por su parte—. No, ni mucho menos.

—Entonces, intentas calmar la conciencia porque te sientes mal.

Del se balanceó sobre sus talones, ignorante por completo de lo que debía decir.

—Tampoco era esa mi intención.

McDaniel sonrió. Los ojos le brillaban.

—Te estaba tomando el pelo. Un viernes por la noche, después de una semana tan larga, ¿quién puede decir que no a un trago? —Recogió la caja—. Sin embargo, nunca bebo si no es con un plato delante y ya te he dicho que me encanta comer. ¿Te gusta la comida tailandesa?

—Claro. —En realidad, no le entusiasmaba, pero tampoco quería decir nada que pudiese dar al traste con la conversación—. Me encanta.

Celia le tendió la caja.

—Ayúdame a dejar esto en el despacho. Conozco un sitio buenísimo en el centro.

CAPÍTULO 16

La mañana del lunes, Leah Battles sacó la zapatilla de ciclista del pedal y tiró del cordón que llevaba al cuello. Cuando iba al trabajo o volvía de él en bicicleta llevaba su identificación militar en una funda impermeable de documentos bajo la camiseta. Como hacía cada mañana, se la mostró al soldado de la policía naval que custodiaba la puerta de Charleston y fue a guardársela de nuevo.

—Un momento. —El guarda salió de la garita y echó a andar hacia ella.

Battles llevaba los tres últimos años acudiendo a diario a la base naval de Kitsap en bicicleta, hiciese el tiempo que hiciera, no por obsesión, sino por ahorro. Sabía que en la Armada no iba a hacerse rica y que tener coche en el centro de Seattle sin un lugar en el que aparcarlo suponía pagar un dineral en una plaza de garaje. Prefería guardarse ese dinero para ella. Además, el precio de montar un automóvil dos veces al día en el transbordador tampoco era insignificante. La bicicleta le permitía ahorrar y hacer, al menos, algo de ejercicio los días y las semanas en los que el trabajo se volvía frenético o lo parecía. La terminal del transbordador estaba a unas manzanas de su piso de Pioneer Square y de la de Bremerton a la entrada de Charleston solo había tres kilómetros.

Y todas las mañanas enseñaba su identificación al soldado de la policía naval de guardia.

Por desgracia, no todos los centinelas se comportaban a diario con la misma constancia que ella. Algunos, como ese cabeza hueca que le estaba haciendo sacar la identificación de su funda de plástico, se pasaban de escrupulosos con su trabajo. Lo siguiente sería un registro completo de cavidades corporales. De las de él, no de las de ella.

Se resistió a la tentación de hacer un comentario sarcástico, intentó no sentirse frustrada y se dijo que aquel hombre solo estaba haciendo su trabajo, pero lo cierto era que hacía un frío de tres pares de narices y estaba deseando poder pasar, tomarse un café y entrar en calor.

—¿Tiene un lector de microchips o alguna ranura por la que pueda meter la tarjeta? — preguntó mientras tendía el documento al agente de la policía naval.

Él levantó la mirada con aire perplejo.

—¿Perdone?

—También querría cincuenta dólares en efectivo y un par de billetes de lotería de Powerball.

El centinela no sonrió. Tal vez estuviera practicando para entrar a trabajar en la guardia real del palacio de Buckingham. Su mirada fue de la identificación a Battles y de nuevo al documento. Ella sonrió de oreja a oreja.

El soldado le devolvió la tarjeta, sorprendido al parecer por la graduación de ella.

—Gracias, teniente. —Hasta le hizo un saludo militar.

Leah Battles se lo devolvió sin mucho entusiasmo, volvió a guardar la identificación en la funda y la metió bajo su camiseta. Se apartó de la garita, pero no se molestó en volver a fijar las

zapatillas a los pedales, pues podía rodar sin pedalear hasta llegar a Barclay Street y cruzar el aparcamiento hasta el edificio 433. La última puerta de la derecha era la Oficina Jurídica (o DSO) del Destacamento Oeste en Bremerton, su segundo hogar. Como la base naval de Kitsap, surgida de la reorganización de la de Bremerton y la de submarinos de Bangor, la DSO se había constituido a partir de la Oficina Naval de Servicios Legales (o NLSO), que había prestado a la Armada servicios jurídicos y también asistencia legal en asuntos tan fascinantes como la redacción de testamentos de últimas voluntades o contratos de arrendamiento inmobiliario. El cambio había supuesto la separación de los bufetes civil y penal. Gracias a Dios, porque Battles no se había alistado para lidiar sobre quién recibía tal o cual cosa o quién vivía dónde.

Se quitó el casco, introdujo los cuatro últimos dígitos de su número de la Seguridad Social en el teclado que abría la puerta y dejó así constancia de su presencia antes de entrar en el edificio. El tacto del aire caliente en su rostro congelado le resultó reconfortante. Darcy, la recepcionista, la saludó desde su asiento del mostrador de la entrada como a diario.

—¿Qué hay, señora?

—¿Ahí fuera? Cielo y tierra, Darcy —respondió ella pasando a su lado—. Ya te avisaré cuando falte uno de los dos.

Battles se dirigió a su despacho, situado inmediatamente detrás del vestíbulo, pero antes de que pudiera entrar la llamó una voz del otro lado del pasillo.

—Me han dicho que has tenido un fin de semana entretenido, Lee. —Brian Cho, el fiscal de la auditoría de guerra de Kitsap, se acercó sonriente.

Cho tenía el despacho en la segunda planta, cerca de la sala del tribunal, de modo que su presencia allí abajo quería decir que había estado esperando a Battles o la había visto llegar por la puerta de Charleston desde su ventana. Llevaba uniforme de camuflaje azul y gris, lo que llamaban TDF por las iniciales de «traje de fajina», aunque ella pensaba que correspondían a «tela de feo». Los marineros le habían asignado el nombre despectivo de «arándanos» y, de hecho, se decía que los jefazos estaban pensando retirarlos. Al parecer era poco seguro usarlos durante la extinción de un incendio. ¡Uniformes inflamables! Perfecto. Se decía que hasta el secretario de la Armada de los Estados Unidos los había criticado. «El uniforme ofrece un camuflaje excelente —había dicho al parecer— en caso de que caigas al agua.»

Battles hizo caso omiso de Cho porque..., en fin, por ser Cho, y siguió andando hacia su despacho. Al llegar a su escritorio, encendió la lámpara de estilo Tiffany que había adornado antaño la mesa de su padre e intentó parecer ocupada. Aquel cuarto sin ventanas tenía el encanto de una celda privada de luz natural. Podía resultar claustrofóbica, sobre todo en invierno, cuando solía llegar antes del amanecer y volver a casa cuando ya se había puesto el sol.

Cho, que no pensaba dejarse desalentar por sutiles señales de rechazo, la siguió al despacho.

—He oído lo de Trejo y la vista preliminar.

Con él nunca sabía si tener el trato que cabía esperar entre colegas o aplicarle en el lomo sus conocimientos de *krav magá*. Aquel asiático apuesto de sonrisa cegadora, más blanca que los integrantes del Coro del Tabernáculo mormón, gustaba de presumir del cuerpo de mujeres que tenía a sus órdenes. También era arrogante y sarcástico. Y esas eran sus virtudes. Battles se dijo que, si él estaba al tanto de la noticia, el fiscal jefe tenía que haber preparado ya un informe de situación y ya lo había hecho llegar a los mandamases de la base. Desde luego, no estaban perdiendo el tiempo y eso quería decir que pensaban solicitar la jurisdicción de aquella causa.

—Entonces sabes lo mismo que yo. —Dejó el casco de ciclista sobre la mesa.

—Te has dado una prisa tremenda. Tengo entendido que fuiste a verlo a la cárcel.

Leah Battles no picó el anzuelo.

—Fue él quien llamó. Yo tenía el teléfono y estaba allí al lado. —Se quitó el calzado que usaba para pedalear. Guardaba en el armario un uniforme y botas negras. Cho, sin embargo, no hizo ademán de marcharse.

—¿Dónde está Trejo ahora?

—En Lewis-McChord —respondió ella.

—¿Nos han dado la jurisdicción?

Era ahí adonde quería llegar Cho.

—Como te he dicho, en este momento sabes lo mismo que yo. Lo único que pretendíamos era evitar que lo ingresaran en la cárcel del condado.

—¿Por si coincide con soldados enemigos? —preguntó él en tono sarcástico.

—Ya conoces el protocolo.

—¿Has hablado con él?

—Nada concreto.

—Pues yo he oído que nos lo traemos, que vamos a reclamar la jurisdicción.

Leah Battles no respondió de inmediato. Tomando unos cuantos papeles y haciendo que leía, comentó:

—No me sorprendería.

—Lo quieres para ti, ¿verdad?

Al fin había desvelado el propósito de su visita.

—¿Eso también formaba parte del rumor? —Dejó en la mesa los alegatos que tenía en las manos.

Cho le dedicó una sonrisa sarcástica. Le encantaba encrespar a todo el mundo.

—Una causa como esa quedaría muy bien en el currículo.

—¿Estás hablando del tuyo o del mío? —Se dirigió a la puerta. Una visita al cuarto de baño de mujeres podía ser el único modo de deshacerse de aquel imbécil.

Cho, sin dejar de sonreír, la interrumpió para decirle:

—Mi currículo no necesita ningún empujón, Lee. —Y con esto dejó que el comentario y la sonrisa quedaran en el aire antes de marcharse.

Battles cerró la puerta mientras se resistía a la tentación de llamarlo mierdecilla arrogante y a continuación volvió a sentarse tras su escritorio. En la pared, al lado de un tapiz indio enmarcado que había comprado durante un viaje a Bombay («Alístate en la Armada y verás mundo»), estaban los dos certificados que la acreditaban como defensora del año que había obtenido. Había sudado la gota gorda para conseguir aquellos reconocimientos, aunque Cho tenía razón: la causa de Trejo podría dar un buen empujón a su carrera. Lo cual no quería decir que tuviese que reconocerlo ante él. Cho era el único abogado de la acusación que la había vencido y lo había hecho en dos ocasiones. Ella, en cambio, no había conseguido nunca hacerle morder el polvo y, aunque aquel juicio podía ser duro, había pocas cosas que le gustasen más que un buen reto.

Dejó apagado el fluorescente del techo, volvió a su armario y se cambió enseguida. Con las botas negras y el uniforme puestos, se sentó y revisó la investigación que había llevado a cabo durante el fin de semana. Trejo se enfrentaba a una pena de prisión que podía ser muy larga. Conforme al Código de Justicia Militar, en caso de que se constituyera un consejo de guerra contra él, el juez o el jurado militar podrían imponerle una condena que superara con creces los diez años, la pena máxima que habría de cumplir si lo juzgaban en un tribunal civil. Dado el clima político reinante desde la aparición del movimiento Black Lives Matter y, además, teniendo en

cuenta que el acusado no había detenido su vehículo, parecía abocado a recibir un castigo ejemplar.

Y eso era lo que fastidiaba a Battles. Trejo no le había parecido especialmente estúpido ni tampoco retorcido. Además, tenía una mujer en la que pensar. ¿Por qué diablos se había dado a la fuga? No parecía dispuesto a decir nada. Se aferraba a su historia de que aquella noche él no estaba en Seattle. No dejaba de decir que el tipo de la cinta de vídeo que le había enseñado la policía no era él. Quizá dijera la verdad. Como ella no la había visto, tampoco tenía motivos para dudar de su defendido. Sospechaba que los mandos iban a recurrir, quizá más pronto que tarde, al artículo 32. Si Trejo no estaba en Seattle, la defensa sería pan comido, pero, en caso contrario, tendría que buscar atenuantes, como, por ejemplo, que D'Andre Miller volvía corriendo a casa y no prestó atención; que apenas había luz; que Miller se bajó de la acera sin mirar y Trejo apenas tuvo ocasión de frenar antes de golpearlo. Podría ser que Miller ni siquiera hubiese cruzado por el paso de peatones. Podían haber pasado mil cosas que explicaran el accidente, pero nada explicaría la fuga de Trejo, si es que había huido.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo ella.

—Teniente, ¿tiene un momento?

Al entrar Rebecca Stanley, su oficial jefe, Leah se puso en pie, pero resistió la necesidad de cuadrarse. La Armada era menos formal que otros institutos del ejército y en ella lo normal era hacer el saludo militar solo en la calle. Sin embargo, a Stanley acababan de trasladarla a Kitsap y todavía mantenía más las formas que el superior que había tenido antes. Battles no quería parecer irrespetuosa y por eso se había puesto en pie.

—Por favor —dijo.

Stanley se volvió con cuidado para cerrar la puerta del despacho. En Kitsap era un secreto a voces que se había dañado la espalda estando de servicio en la ciudad afgana de Kabul, donde la habían destinado para que ayudara a procesar el aluvión de reclamaciones presentadas por la población civil de Afganistán que había sufrido menoscabo en su propiedad o había perdido a sus seres queridos durante la misión militar estadounidense. Una noche, su base se había visto sometida a fuego de mortero. Aquello tampoco era nada infrecuente, aunque aquella vez sí que lo había sido la precisión del ataque. Un proyectil había ido a caer en el cuarto de Stanley y la había llevado a salir despedida de la cama contra una de las paredes. El impacto le partió la espalda y tuvieron que unirle varias vértebras.

Stanley alzó la vista a las luces apagadas del techo.

—¿Siempre hay tanta oscuridad aquí?

—Me gusta la luz de ambiente —respondió Battles.

La otra respondió con una sonrisa de cortesía y tomó una de las dos sillas forradas de lona. Battles se sentó tras su escritorio.

—La vista preliminar ha causado bastante revuelo por aquí esta mañana —dijo la superior yendo directamente al grano.

—Lo suponía.

—¿Has hablado con Trejo? —Sus ojos oscuros pasaron de ser anodinos e inexpresivos a clavarse en ella. Se pasó los mechones morenos por detrás de las orejas.

—No mucho —respondió ella, siempre resuelta a hacerse con el caso—. Me llamó el jueves por la noche. La cárcel del condado de King me pillaba de paso desde el gimnasio, así que me acerqué para decirle a todo el mundo que ni intentaran hacerle hablar. —Se encogió de hombros tratando de mostrar que no pareciera gran cosa.

—Me han dicho que los NCIS están estudiando las alegaciones, aunque no hay gran cosa que hacer. No hubo testigos ni tenemos mucho más que un par de cintas de vídeo. Al parecer, los análisis del coche no han arrojado ningún resultado. También me dice el auditor general que la Armada va a reclamar la jurisdicción de la causa.

—Eso dio a entender durante la vista. Dadas las circunstancias, no esperaba otra cosa.

—¿Dijo Trejo si quería un abogado no militar?

—No, pero tampoco sé cómo iba a permitírselo.

—¿Y qué dice de la grabación?

—Que no es él.

—¿La has visto?

—Todavía no.

Stanley unió las dos manos como quien se dispone a bendecir la mesa.

—Entonces, la pelota está en nuestro tejado.

—Sí, capitán.

—Quieres este caso.

No era una pregunta.

—Sí.

—Pero parece evidente que es imposible ganarlo, a no ser que Trejo esté diciendo la verdad y no sea él el tipo de la grabación.

—Puede ser.

—¿Te ves capaz?

—Por supuesto.

—He oído que la acusación la llevará Cho.

Battles sabía que se había presentado por algo en su despacho.

—No me sorprende.

—Nunca ha perdido un juicio por delito grave.

—Siempre tiene que haber una primera vez. —Battles se reclinó en su asiento—. Revisaré las pruebas para ver si son tan incontestables. Si es así, Trejo podría tener que declararse culpable.

Stanley se puso en pie.

—Se diría que lo tiene todo bajo control. Asegúrese de que así sea.

—Capitán... —El comentario había desconcertado a Battles.

Su superior aseguró los brazos en el respaldo de su asiento y se inclinó ligeramente hacia ella:

—Los mandos van a estar muy pendientes de esta causa, Lee. El asunto es muy feo, no nos engañemos. Si Trejo atropelló a ese crío y se dio a la fuga, la Armada no saldrá muy bien parada de esto y, si el vídeo es tan irrefutable como asegura la policía y Trejo no lo quiere admitir... —Dejó la idea en el aire—. Conque asegúrese de que entiende la gravedad del delito y del clima político actual... en caso de que decida rechazar los cargos que se le imputan.

SEGUNDA PARTE

Dos semanas después

CAPÍTULO 17

El hecho de abrigar pocas esperanzas no hizo nada por aliviar su desengaño. Tracy envolvió en papel higiénico la prueba de embarazo y la tiró al cubo de la basura al lado del tarro vacío de clomifeno. Había acabado el período de catorce días y se sentía como un cartón de leche caducado. El doctor Kramer le había asegurado que todavía era posible quedarse embarazada, ya que el medicamento aún permanecería un tiempo en su organismo, aunque lo cierto es que lo había dicho con escaso optimismo.

Ella tampoco albergaba muchas ilusiones.

Al menos, acabado el tratamiento, cabía esperar que remitiesen los sofocos y los cambios de humor. Tracy, siempre tan afortunada, se había contado entre las pocas mujeres que habían experimentado los efectos secundarios, que, de hecho, habían estado a punto de volverla loca las últimas dos semanas. Se había sentido como si sudara del revés. Se había quitado el edredón a patadas por la noche con el corazón acelerado y la camiseta chorreando. El pobre Dan se despertaba helado. Al final, acabó por procurarse una colcha solo para él. Por el día, Tracy buscaba cualquier excusa para salir al aire frío de la calle, pero, al final, hasta el tiempo había dejado de colaborar. Todo apuntaba a que el invierno había acabado por marcharse al fin. Las temperaturas habían subido de los diez grados, lo normal de mediados de marzo, aunque el aumento de las temperaturas había ido acompañado por tres días seguidos de lluvia, tendencia que daba la impresión de ir a prolongarse los días siguientes.

Se lavó las manos en el lavabo empotrado del cuarto de baño y estudió la imagen que le devolvía el espejo. Las patas de gallo parecían más pronunciadas y en su pelo rubio se veía ya alguna cana. Su piel, herencia de su madre, empezaba a revelar imperfecciones y le habían asomado ya algunas manchas de envejecimiento. Sin embargo, sabía que en ese momento no era la edad lo que le irritaba, sino lo que la misma representaba. La sentía en el dolor del hombro y el pinchazo que notaba en la rodilla cuando se volvía hacia el lado malo. Su agudeza visual, que había doblado en otros tiempos la de una persona normal y constituía su mayor ventaja en las competiciones de tiro con revólver de acción simple, se había reducido hasta equipararse con la del común de los mortales. Estaba acercándose a la edad que tenía su padre cuando se había quitado la vida al verse incapaz de soportar la desaparición de su pequeña Sarah, la hermana menor de Tracy.

Y no podía tener hijos.

¿Adónde había ido su juventud?

Miró la fotografía en blanco y negro enmarcada que había colgado Dan en la pared del cuarto de baño a modo de sorpresa cuando se mudaron y en la que aparecían ellos dos y Sarah de niños, sentados en las ramas del sauce llorón del jardín delantero de la casa de sus padres. ¿Por qué no podía recordar ese momento sin necesidad de una fotografía?

Sintió que le pesaba su condición mortal, el lugar que ocupaba en el mundo y la conciencia

de que no quedaba nadie que perpetuase su herencia genética, el legado de su familia... La rama del árbol genealógico de su estirpe estaba condenada a acabar con ella.

«Claro, que a lo mejor sigo teniendo estos dichosos cambios de humor por culpa del puñetero clomifeno.» Si de algo estaba segura era de que el hecho de estar plantada delante del lavabo, dándole vueltas a aquel asunto, no estaba siendo de ninguna ayuda.

—¿Tracy? —la llamó Dan desde el dormitorio.

Ella se recompuso y salió del baño. Lo encontró en la cama, recostado sobre varios almohadones y leyendo un expediente a través de las gafas redondas de montura metálica que, junto con sus rizos castaños y entrecanos, le daban un aire de alumno aplicado.

—Me alegro de tenerte en casa esta noche —dijo él.

Había vuelto antes porque a la mañana siguiente tenía que testificar durante la vista del artículo 32.

—¿Va todo bien? —preguntó Dan.

Tracy se encogió de hombros.

—Negativo.

—Lo siento.

Ella volvió a encoger los hombros.

—Oye, que lo único que tenemos que hacer es seguir intentándolo.

Tracy se metió bajo el edredón de su lado de la cama y fue arrimándose poco a poco a Dan, que le envolvió los hombros con un brazo.

—¿Quieres ver una peli? —le preguntó él.

—Mejor no —contestó ella—. Tengo la vista a las nueve. El fiscal me va a llamar en segundo lugar, después del investigador de tráfico.

Dan hizo una mueca.

—¿Te van a dejar que estés presente antes de testificar?

—Yo pensaba que no, pero el fiscal dice que las normas probatorias son flexibles y, al parecer, la abogada de la defensa no ha planteado ninguna objeción a que esté presente. Además, Clarridge y Dunleavy quieren que acompañe a la familia. Así que...

—Todavía me cuesta creer que la cosa haya llegado tan lejos teniendo en cuenta la grabación y todo lo demás. ¿Qué piensa decir?

—Por lo visto, va a mantener que el tipo que sale en el vídeo no es él, sino otra persona.

—¿Y qué posibilidades tiene de que le funcione una estrategia así?

—Yo diría que las mismas que yo de quedarme embarazada.

—Bueno, siempre tenemos otras opciones...

Tracy prefirió no responder y él le frotó el brazo.

—Todavía es temprano. Puede que haya más cosas que hacer, aparte de la tele...

Tracy sonrió, pero lo cierto es que no le apetecía nada. Todavía tenía demasiado fresca la herida de la prueba de embarazo.

—A estas alturas tienes que estar hasta las narices de mí. Llevo dos semanas atosigándote.

—Ha sido un verdadero calvario. Cualquier hombre corriente se habría derrumbado ante la intensidad de tus torturas.

Ella alzó la mirada y lo besó.

—¡Qué tonto eres!

—Es verdad, pero la ley dice que en este momento soy, jurídicamente, tu tonto.

Dan siempre había sido un poco payaso, hasta de niño, cuando era uno de sus mejores amigos. En aquellos tiempos no lo había considerado atractivo, desde luego, de aquello hacía

mucho tiempo. Entonces también la hacía sonreír sin importarle lo que pudieran pensar otros de él. Daba la impresión de no estar nunca triste. Tracy lo había llamado una vez «señor don Optimista», aunque le había sonado sarcástico. No quería inhibir lo que lo hacía tan especial, lo que más le gustaba de él.

—Mejor nos dormimos y ya está —dijo ella.

Él alargó la mano para apagar la luz de su lado de la cama y, en ese momento, se detuvo mientras bajaba la vista hacia ella con aire esperanzado.

—¿Estás segura de que no prefieres dormir después de un poquito de sexo?

Ella sonrió.

—El sueño es como el sexo.

—¿Y eso?

—Cuanto más tienes, más quieres.

Él se echó a reír.

—¿Y eso de quién es?

—De uno de los instructores que tuve en la academia.

—De acuerdo. Última oportunidad. ¿Por cuál nos decantamos?

Tracy sonrió de nuevo y corrió a acurrucarse bajo la colcha.

—Por el sueño.

Él recolocó sus almohadones antes de apagar la luz y a continuación atrajo a Tracy hacia sí. Después de un instante dijo:

—Ya sé que tu vida no ha salido exactamente como lo habías planeado.

—Eso lo decía bajo los efectos del clomifeno —susurró ella.

—Sabes que yo daría cualquier cosa por hacer que Sarah pudiera estar de nuevo con nosotros —dijo Dan y ella vio que estaba hablando en serio—, pero estoy feliz de tenerte conmigo aquí, tumbada a mi lado. De hecho, no lo cambiaría por nada del mundo, esta noche ni ninguna de las de los próximos cincuenta años, que sé que van a ser los mejores cincuenta años de mi vida.

—¡Oh, Dan! —Girando sobre su propio cuerpo, se puso encima de Dan y selló sus labios con un beso. Entre lágrimas, lo buscó a tientas y, al final, encontró ese amor que nada tenía que ver con la concepción de un hijo y sí con la necesidad de tenerlo cerca, de tener su optimismo y su espíritu, de amarlo y ser amada por él, en ese momento más que nunca.

CAPÍTULO 18

—Cuidado con lo que deseas. —La madre de Leah Battles siempre la había animado a apreciar lo que tenía en lugar de anhelar lo que quería conseguir.

Curiosamente, ella había acabado por dedicarse al derecho, profesión en la que no había nada más cierto. Con el tiempo, Battles había anhelado los grandes procesos, aquellos en los que sus clientes tenían algo importante que perder, como, por ejemplo, su libertad. Cuando se consagraba a causas así, la invadía la adrenalina y se le activaba como nunca el cerebro. Era como colocarse de forma natural y a ella le encantaba. Sin embargo, aquellos eran también los litigios que la tenían despierta hasta altas horas de la noche y hacían que se levantara temprano, incapaz de dormir. La consumían.

Laszlo Trejo la había consumido.

La causa y su cliente podían resultar emocionantes en un instante dado y frustrantes hasta la exasperación al minuto siguiente. Las dos últimas semanas había llegado a trabajar a las siete de la mañana y no había vuelto a casa hasta después de la medianoche. Aprovechaba el transbordador para comer y trabajar o para comer y dormir, a fin de no desperdiciar los preciosos sesenta minutos que tardaba en llegar a la base. Todo su ejercicio físico se había concentrado en el rato que iba o venía en bicicleta de la terminal, a excepción de una tarde que no había tenido más remedio que liberar tensiones para no estallar y había salido temprano del trabajo con la intención de asistir a su clase de *krav magá*.

Aquel horario ininterrumpido se había hecho una realidad cuando el capitán Peter Lopresti, al mando de la base naval de Kitsap, había convocado una vista del artículo 32 y había dejado claro que no sería de las convencionales, que por lo común se fundaban por entero en el papeleo. Quería una audiencia real, abierta al público y con testigos y conclusiones. Aunque no había expresado motivo alguno, saltaba a la vista que, a su entender, si se hacía la mayor publicidad posible de la labor de la acusación, resultaría más fácil disipar el convencimiento imperante entre la ciudadanía de que la Armada había reclamado la jurisdicción de aquella causa para proteger a uno de los suyos. Aquella lógica explicaba también lo desmesurado de los documentos acusatorios presentados por Brian Cho, que incluían la santísima trinidad de los delitos vinculados al atropello con fuga: homicidio imprevisto (artículo 118[3] del Código de Justicia Militar), homicidio involuntario (artículo 119[2]) y homicidio por negligencia (artículo 134, párrafo 85). Además, por el simple hecho de ser un capullo, había añadido a estos cargos el que recogía el artículo 111 del Código de Justicia Militar, que, aunque por lo común se reservaba para ocasiones en las que el integrante de las fuerzas armadas enjuiciado se hallaba ebrio en el momento de los hechos, incluía toda conducción temeraria o imprudente de un vehículo que causara daño alguno a terceros. Por si fuera poco, había sumado a estos un cargo en virtud del artículo 134 por huir de forma arbitraria del lugar en que se había cometido un delito. La fiscalía no tenía que demostrar cada una de las acusaciones durante la vista, sino solo proporcionar las

pruebas necesarias para demostrar la existencia de una causa probable y justificar así la convocatoria de un consejo de guerra contra Laszlo Trejo por los delitos que se le presumían.

Para seguir adelante con el procesamiento del sospechoso por estos delitos, Cho debía demostrar que Trejo había incurrido en un acto peligroso que había tenido como resultado la muerte de D'Andre Miller, manifestando así una indiferencia imprudente para con la vida humana. El simple hecho de saltarse un semáforo a gran velocidad en un cruce constituía un argumento suficiente. Las penas que podían imponerse por cada uno de ellos variaban de un modo considerable, de una condena por homicidio sin premeditación, que podía traducirse en una vida entre rejas, a homicidio negligente, penado con un año de cárcel.

Si Battles buscaba un caso en el que su cliente tuviera algo que perder, lo había encontrado.

—Cuidado con lo que deseas.

«Gracias, mamá.»

El plan de Leah —si es que aquel asunto llegaba a consejo de guerra— consistía en atacar los dos primeros cargos con las locuciones más patéticas imaginables y, a continuación, recurrir a la educación católica que había recibido en la escuela y rezar, rezar y rezar por que se le impusiera una condena en virtud del artículo 134 o del 111. Sin embargo, hasta eso sería un milagro comparable al de Jesús cuando volvió el agua en vino en las bodas de Caná. Battles había estudiado las pruebas. Lo primero que había hecho había sido ver la grabación de vídeo y no había necesitado nada más para convencerse de que no podía ganar. Ni soñarlo. ¿Cómo? Lo presentara como lo presentase, Laszlo Trejo era culpable, lo que convertía la vista del artículo 32 en un simple formalismo destinado a apaciguar al público.

Una vez que había llegado a esa conclusión, Battles había hecho lo que todo buen abogado procesal: tragarse el orgullo y presentar a su cliente todas las pruebas —y sus consecuencias— para hacerle ver que lo más conveniente era que se declarara culpable.

Trejo, en cambio, no tenía intención de hacer esto último. Seguía manteniendo su inocencia, sosteniendo que no había estado en Seattle aquella noche y que le habían robado el coche. Cuando ella lo presionó para que ofreciera una explicación al vídeo del veinticuatro horas, él se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Ese no soy yo. Es alguien que se parece a mí, pero no soy yo.

Perpleja, Battles señaló que el hombre del establecimiento tenía su misma altura y que la inspectora Crosswhite iba a testificar que cuando ella y su compañero de la policía de Seattle hablaron con él, Trejo estaba bebiendo una lata de Red Bull, lo mismo que había ido a comprar el tipo del vídeo en el veinticuatro horas. Le explicó que, si llegaba a convocarse un consejo de guerra contra él, el jurado vería la grabación y sabría que estaba mintiendo. Le dijo, sin rodeo alguno, que los jurados militares odiaban a los mentirosos.

—Yo no fui —insistió Trejo.

Se preguntó si podía ser que no entendiera el principio de confidencialidad entre abogado y cliente. Tal vez su formación naval lo había llevado a creer que ella, en cuanto oficial de la Armada, tenía la obligación de revelar el contenido de sus conversaciones a quienes estaban por encima de ella en la cadena de mando. Por tanto, le explicó que, aun cuando pertenecía a la oficialidad, era, por encima de todo, su abogada y no podía divulgar nada de cuanto le revelase, ni a la otra parte, ni al juez ni al investigador independiente, y tampoco a sus superiores.

—Yo no estuve en Seattle —aseveró Trejo— ni atropellé a nadie.

Frustrada, pero haciendo un esfuerzo por mantener la calma, Battle le dijo:

—No puedo garantizar que vayamos a conseguir nada mejor de lo que le están ofreciendo por una confesión.

—No voy a declararme culpable.

Aquella fue la noche en que asistió a clase de *krav magá* y estuvo a un paso de matar a su compañero.

Alguien llamó a la puerta de su despacho. No necesitó preguntar quién era, pues a esas horas de la noche no podía haber nadie más en la oficina. Brian Cho pretendía regodearse por la negativa de Trejo a aceptar declararse culpable. Sabía igual que ella que los mandos querían una confesión, que no les hacía gracia que se celebrase la vista y que, por supuesto, odiaban la idea de tener que convocar un consejo de guerra público que generase publicidad negativa para la Armada. Cuanto más se resistía Trejo, con más ahínco insistía Cho en que Battles no era capaz de exponerle las pruebas de modo que pudiera entenderlo su defendido y en que, por lo que fuese, quería quedarse con aquel caso pese a que todo apuntaba a que estaba condenado al fracaso, como le había advertido Stanley desde el principio.

Cho abrió la puerta y entró en el despacho. Battles se echó hacia atrás en su asiento. Tenía las luces del techo apagadas y el escritorio iluminado por la lámpara de cristal verde de estilo Tiffany. Entró como quien inspecciona el lugar en el que va a robar. Estudió los cuadros que había en la pared del fondo como si no hubiera reparado nunca en ellos durante los dos años que llevaban colgados allí mismo.

—¿Lo has pintado tú?

Battles miró el óleo al que se refería, una obra abstracta inspirada en un campo de flores que había visitado durante un viaje al Festival de Tulipanes de Skagit Valley.

—Sí.

—Es bueno. ¿Qué es?

—Tulipanes.

—Ah. —Cho se tomó otro segundo para estudiar la obra antes de volverse hacia su compañera.

Aquel tío era tan sutil como una bola de demolición.

—Sí.

—¿Y qué...?

—Que no quiere declararse culpable.

Cho se sentó en la silla que había frente al escritorio como si hacerlo requiriese un gran esfuerzo. El círculo de luz de la lámpara apenas lo iluminaba.

—Sabes que no tiene nada que hacer, Lee —dijo suspirando. Su tono de voz, suave, tenía un matiz paternalista que resultaba repugnante y que daba a entender que Battles no había sido capaz de llegar por sí sola a dicha conclusión.

Sospechaba que Cho se había convencido de que ella deseaba que Trejo renunciase a confesar, que su natural competitivo le impedía renunciar al desafío de derribarlo del pedestal del que no había sido capaz de bajarlo nadie. Claro que también podía ser que temiera que Battles hubiese dado con el modo de excluir la cinta de vídeo de las pruebas y planeara sorprenderlo durante el consejo de guerra.

Ojalá fuese cierto. Jamás se le ocurriría hacer que un cliente rechazase llegar a un acuerdo con el simple objetivo de alimentar su ego, sobre todo si eso suponía enemistarse con sus superiores. Rebecca Stanley había ido varias veces a su despacho para preguntar por la declaración de culpabilidad y por qué no la aceptaba Trejo.

Cho se encogió de hombros y señaló la caja de pruebas que descansaba en el escritorio.

—La grabación confirma que Trejo estaba en Seattle minutos antes del accidente. Tienes que saber que está saltando al vacío y que la caída os va a afectar a los dos.

Claro que lo sabía. De hecho, estaba convencida, pero no pensaba dejar que Cho oliera su miedo.

—Supongo que es eso lo que hace que los caballos corran en las carreras —respondió.

—¿Eh?

—Todo el mundo puede hacer conjeturas sobre cuál será el ganador, pero, hasta que corren, nadie conoce el resultado.

Cho la miró con gesto curioso y, a continuación, sonrió con gesto de nuevo paternalista.

—En este caso, creo que todos lo tenemos claro. —Se puso en pie y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se dio la vuelta para mirarla, tal como suponía ella que iba a hacer—. En esta carrera solo hay un caballo. —Sacó el gorro de camuflaje azul y gris del bolsillo de atrás del pantalón—. Nos vemos a primera hora de la mañana.

Y con esto cerró la puerta. Esta vez Battles no esperó hasta oír que se abría y se cerraba la principal del edificio para responder con un grito:

—Muchas gracias, capullo.

Se reclinó en su asiento, se frotó los ojos para mantener a raya el cansancio y se preguntó en voz alta:

—¿Qué coño hago aquí todavía?

Con todas las pruebas apuntando a su cliente, había llegado a considerar la posibilidad de renunciar a la vista del artículo 32 y encarar directamente el consejo de guerra que se celebraría unos meses después, entrados ya en el otoño. Muchos abogados veteranos habrían empleado esa estrategia para ver si la estancia extra en el calabozo hacía que Trejo se replanteara su decisión y también para enfriar los ánimos del público que exigía con ardor que se hiciera justicia.

Sin embargo, el capitán Lopresti había dejado claro su deseo de que se celebrara dicha vista y no iba a tomarse nada bien que Battles abandonara su barco. De todos modos, aquel no era el motivo por el que había decidido seguir adelante con el procedimiento habitual. Un abogado defensor avezado le había aconsejado no renunciar nunca a ninguna oportunidad que se les brindase a ella y a su cliente de conocer sin coste alguno las pruebas que podía aportar la otra parte. Ya que Lopresti les había pedido que pusieran todas las cartas sobre la mesa, la vista le otorgaba una ocasión inmejorable de conocer los hechos y los testigos que pensaba presentar la acusación. ¿Quién podía decir que no a ver de antemano la jugada del oponente, aunque fuese solo de forma parcial, especialmente cuando todo apuntaba a que se abocaban a un consejo de guerra? Era muy probable que Cho hubiese recibido también órdenes de no guardarse nada durante la vista, en la que se preveía una asistencia nutrida, y aquello era motivo más que sobrado para ir a averiguar cuáles eran sus intenciones y qué iban a decir los testigos.

En otras palabras, asistir a una vista del artículo 32 era un poco como hacer de pistolero en un duelo a larga distancia: aunque uno no tuviera esperanzas reales de acertar al contrario, podía estar muy atento a las balas que pasaran silbando a su lado.

CAPÍTULO 19

A la mañana siguiente, a primera hora, Tracy dejó el café en la mesa de formica y volvió a acomodarse en el asiento de piel situado frente a Shaniqua Miller y su madre.

—¿Seguro que no quiere ninguna de ustedes un café? —preguntó.

Las dos volvieron a declinar la oferta.

Desde que se habían montado en el transbordador ambas habían mantenido una actitud educada, pero cauta. Ninguna había dado muestras excesivas de emoción ni habían dicho gran cosa y a Tracy no le cabía la menor duda de que su reserva se debía a la desconfianza que les profesaban a ella y al sistema judicial. La inspectora no había sabido decir nada que aliviara su preocupación ni las convenciera de que el resultado de todo aquello iba a ser diferente del que temían.

Shaniqua Miller, con traje negro y blusa azul marino, cruzó los dedos de las manos sobre la mesa. Su madre, sentada a su lado y también de negro, miró por las ventanillas de la embarcación, salpicadas de gotas de lluvia. En las mesas con bancos corridos que las rodeaban estaban los tíos y tías de D'Andre Miller y el pastor de su parroquia, ataviados todos asimismo con trajes y vestidos oscuros, todos tan solemnes como la densa capa nubosa, la lluvia y las aguas de color gris pizarra de la bahía de Elliott.

Aquello la llevó a pensar en Dan, en lo que le gustaba sacar a pasear a los perros las mañanas de invierno y volver dando el parte meteorológico en tono afectado:

—La mañana se presentará gris, seguida de más gris y con intervalos grises llegada la tarde.

La experiencia le decía que para Shaniqua Miller, que no hacía ni un mes que había sufrido la muerte de D'Andre, el mundo iba a seguir siendo gris durante mucho tiempo. Después de la desaparición y la presunta muerte de su hermana, Sarah, la vida de Tracy se había convertido en una fotografía en blanco y negro. Había hecho falta casi un año para que asomara siguiera una pincelada de color en aquel paisaje austero. En ese momento, transcurridas más de dos décadas de aquel terrible suceso, había días en los que caía sobre ella la añoranza con tal peso que hasta le resultaba difícil dar con la fuerza de voluntad necesaria para salir de la cama y nada lograba aliviarla.

Tracy, por tanto, sabía que no podía decir nada que mitigase la desconfianza de las dos mujeres, las calmara, aplacase sus nervios y aliviara su preocupación. Lo único que podía hacer era actuar de enlace entre ellas y el proceso judicial, estar disponible para responder sus preguntas y guiarlas. Si lo necesitaban, porque hasta ese momento no habían necesitado nada o no habían querido nada. Habían interpuesto una cortina tan gruesa como la capa nubosa para protegerse frente a más dolor y habían recurrido una a la otra y a su inquebrantable fe en Dios para buscar consuelo. Tracy no formaba parte de sus vidas ni podía fingir que así era. Además, nunca había recibido el don de una aceptación férrea de la voluntad divina. Lo único que podía

ofrecerles era su experiencia y su esperanza de que la Armada hubiese asumido la jurisdicción de aquella causa para imponer justicia.

—Ayer por la tarde estuve hablando con Brian Cho —dijo por romper el incómodo silencio.

—A mí también me llamó —señaló Shaniqua, aunque sin aportar mucho más a su conversación.

—Parece haberse preparado muy bien.

—Pero esto es solo una vista preliminar. Según me dijo, todavía tiene que celebrarse el consejo de guerra de verdad y para eso puede ser que tengamos que esperar varios meses.

—Eso tengo entendido. A no ser que Trejo se declare culpable.

La madre de Shaniqua soltó un suspiro sonoro mientras la miraba por encima de sus gafas redondas de montura metálica, pero no dijo nada.

—¿Qué hará usted en la vista? —quiso saber Miller.

—Testificar sobre lo que dijo el señor Trejo cuando fuimos a hablar con él mi compañero y yo. También diré dónde encontramos su coche y cuáles fueron los resultados del registro de su interior.

—Se refiere al recibo que había dentro, ¿no?

—Sí, y a las pruebas de que alguien intentó borrar las huellas dactilares. También testificaré sobre el corte que tenía el señor Trejo en la frente.

—Pero el fiscal dice que por la gorra que llevaba en el vídeo no podrán demostrar que se lo hizo en el accidente.

—Así es. Sin embargo, la sangre que encontramos dentro del coche del señor Trejo constituye una prueba circunstancial de que conducía él cuando atropellaron a su hijo. —No quería complicar en exceso las cosas—. De todos modos, la grabación del veinticuatro horas debería bastar para que el oficial que preside la vista preliminar considere que hay una causa probable.

Shaniqua Miller dejó que su mirada vagase hasta la ventana. Una gaviota planeó por la corriente de aire creada por el transbordador en movimiento. Un minuto después, volvió a mirar a Tracy.

—El fiscal dice que lo más seguro es que el señor Trejo confiese, pero después de la vista.

—Eso me ha dicho a mí también.

—¿Y cree que es verdad?

—No lo sé —dijo Tracy—. Supongo que es posible que su abogada intente desacreditar la grabación de un modo u otro para que no se cuente como prueba. Es el único motivo que se me ocurre para que el señor Trejo haya decidido no declararse culpable.

—Yo no hago más que pensar que si hubiera querido aceptar un trato, ya lo habría hecho —repuso Miller.

Su madre alzó la vista para clavarla en Tracy. Todo apuntaba a que ella opinaba del mismo modo.

Shaniqua, que ya no hacía nada por disimular su desconfianza, dijo:

—Quiero decir que él ha visto el vídeo, ¿no? Entonces, ¿por qué no reconoce que es culpable y se acabó? ¿Por qué no nos ahorra esta vista preliminar?

—No lo sé —respondió la inspectora con el corazón en la mano. La experiencia le decía que, en una situación así, el abogado de la defensa estaría tratando de conseguir un acuerdo favorable a su cliente. Quizá Leah Battles estuviera esperando hasta después de la vista del artículo 32, aunque quizá sí tuviera argumentos para pedir que se desestimara la grabación y

quisiera intentarlo. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder por esperar y conocer todas las pruebas que había contra su defendido, en particular si era cierto que este seguía en sus trece.

—Cho dice que se trata de un gran juicio para la abogada de la defensa, que puede que quiera probar suerte para ver si lo derrota —añadió Miller—. ¿Se lo ha dicho a usted también?

—Sí.

La abuela meneó la cabeza y Miller contuvo una sonrisa amarga.

—De manera que solo están pensando en quién gana a quién, ¿no?

Tracy volvió a quedarse sin palabras que pudieran consolarlas. Por desgracia, sabía por experiencia propia que el proceso judicial no les daría satisfacción ni consuelo alguno. No les devolvería a D'Andre.

Solo podía albergar la esperanza de que todo aquello ayudara en cierto grado a Shaniqua Miller a concluir su proceso de duelo.

Leah Battles se había resistido a la tentación de dormir en su despacho y sentar así un precedente peligroso para una profesión con la que los abogados podían casarse con tanta facilidad. Una vez había conocido a uno que se enorgullecía en contar a los demás que solía pasar la noche en su bufete, ajeno al parecer al hecho de que, a sus cuarenta años, aún seguía soltero. Teniendo en cuenta que ella misma carecía de anillo en la mano izquierda y que no había nadie que estuviese considerando, ni siquiera de forma remota, adornársela, no necesitaba echar más leña al fuego al rumor que inevitablemente suscitaban las mujeres militares.

Y no, Battles no era lesbiana.

«Que no es que eso sea malo», por citar un célebre proverbio de Seinfeld.

Había tomado el transbordador de las doce menos veinte de la noche y, tras unas cuantas horas de sueño, había vuelto a embarcar en otro para volver al trabajo. Faltaba poco para las nueve de la mañana. Había llegado la hora de que comenzase la función y estaba ya vestida para ello. Lopresti había dejado claro que los quería a todos de uniforme azul de media gala, sin lugar a duda para impresionar a los concurrentes, incluida la prensa. Battles, por tanto, iba hecha un pincel, aunque tenía la esperanza de no ser tan incompetente como la joven Demi Moore en *Algunos hombres buenos*.

Salió del despacho llevando consigo sus notas por si decidía interrogar a alguno de los testigos y otros documentos. Las pruebas que iban a presentarse se hallaban custodiadas por el secretario judicial y era evidente que, ese día, el protagonismo recaería sobre todo en Brian Cho.

No tuvo que andar mucho. La sala del tribunal se encontraba en el piso de arriba. Lo que sí se vio obligada a hacer fue pasar por el detector de metales. Aquella mañana, la multitud que se esperaba había justificado la presencia de varios soldados de la policía naval, así como unos cuantos calaboceros o guardias de la prisión. Iban a estar como sardinas en lata. La sala de vistas no era como alguna de las grandiosas estancias con que contaba el estado, llenas de mármol y caoba e iluminadas por arañas de techo. La de la base naval de Kitsap, más funcional que ceremonial, consistía en una galería que alojaba cuatro bancos, dos a la derecha y dos a la izquierda, a fin de acomodar a todos los espectadores que estuvieran interesados (y que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, dejaban sitios sin ocupar).

Battles abrió la puerta y entró. Ese día, el panorama era muy distinto. La multitud, cuyo número superaba con creces el de asientos, pese a las sillas de más que se habían colocado, hacía que la sala pareciese aún más diminuta. La ausencia de ventanas que dieran al exterior podía inducir con facilidad a la claustrofobia.

Los rostros afroamericanos que llenaban la sala se volvieron para estudiar a Battles

mientras se dirigía a la barandilla que separaba al público. Vio a la madre de D'Andre Miller y supuso que el resto eran familiares y conocidos que habían acudido a brindarle su apoyo. Su llegada no parecía alegrarlos. Con ellos estaba sentada la inspectora, Tracy Crosswhite, y también Joe Jensen. Battles había considerado seriamente la posibilidad de excluirlos a ambos de la vista hasta que les llegase el momento de testificar, solo para fastidiarlos, pero dudaba que eso tuviese ningún sentido, pues contaba con sus informes oficiales como garantes de su sinceridad.

Cruzó el breve pasillo, abrió la puerta de la barandilla y puso sus documentos en la mesa de la derecha, hecha de una madera oscura que, sin embargo, distaba mucho de ser caoba. Cho se hallaba ya en la de la izquierda. La silla contigua la ocupaba Lindsay Clark, su ayudante de fiscal y, según los rumores que corrían por el edificio, su última conquista. Los dos iban también de punta en blanco con sus uniformes azules. El cometido de Clark sería sin duda ir entregando a Cho las pruebas y, por lo demás, aparentar competencia. Cuando Battles rebasó el atril situado entre las mesas para tomar asiento ante su mesa, Cho levantó la mirada como si se sorprendiese de verla y, a continuación, como diciendo: «¡Ella sabrá!», agitó la cabeza y volvió a centrar su atención en la tarea que tenía entre manos.

«¿No es adorable este muchacho?»

Battles echó un vistazo a la tribuna del jurado que tenía a la derecha y que ese día habría de permanecer vacía. Al fondo de la sala, en el centro mismo, se encontraba el lugar reservado para los testigos. Por un motivo u otro, el asiento de madera clara de roble le recordaba siempre a la Vieja Chispitas, la silla eléctrica de la novela de Stephen King *La milla verde*. A la izquierda estaba el estrado del juez, elevado, aunque solo unos centímetros que ni siquiera llegaban a un palmo. Las luces empotradas iluminaban sendas banderas de los Estados Unidos y de la Armada, así como los dos discos azules y dorados, emblema del Departamento de la Armada y del Cuerpo de Auditores de Guerra, que pendían de la pared.

Battles siguió disponiendo sus documentos en la mesa, tampoco eran muchos. No tenía intención de llamar a declarar a ningún testigo ni de presentar prueba alguna. Ese día el protagonista era Cho y ella se contentaría con tomar nota de cuanto ocurriese.

«Nunca renuncies a la oportunidad de conocer gratis las pruebas de la otra parte.»

Unos minutos antes de las nueve —todo estaba organizado a la perfección— entraron dos de los calaboceros escoltando a Laszlo Trejo por la puerta situada a la derecha del estrado. Los murmullos de la galería se trocaron en un rumor sordo. El reo, como le había indicado, hizo ver que no se daba cuenta. Llevaba el uniforme de fajina y daba la impresión de haber dormido poco. Tenía los ojos rojos e hinchados. Sin embargo, no parecía nervioso, aunque eso podía deberse a que Battles le había dicho que la sesión no era más que un trámite previo al consejo de guerra, a no ser que se declarase culpable.

La abogada le ofreció el asiento que tenía a su derecha, que él ocupó antes de mirar al frente y clavar la vista de forma alternativa en la superficie de la mesa y en la pared desnuda que había tras la tribuna del jurado.

No bien se sentó, se abrió la puerta situada a la izquierda del estrado y entró ataviada con una toga negra la oficial encargada de presidir la vista preliminar, Sonya Rivas. El que esta fuese a un tiempo capitana de corbeta y jueza decía mucho de la gravedad de las acusaciones y de la preocupación de la Armada por que se llevara a cabo la instrucción de aquella causa con el mayor decoro posible. Aun así, si estaba presente era en calidad de oficial de la vista preliminar. Battles y ella tenían una buena relación laboral, pero aquella sabía que no podía esperar un trato especial por una cuestión de sexo y, en todo caso, Rivas se mostraba más severa con las oficiales de la auditoría de guerra, pues sabía que tenían que ser mejores que sus compañeros varones. Tampoco

iba a desplegar solidaridad alguna respecto a Trejo por el hecho de ser hispana como él. Los únicos colores que percibía Rivas eran el rojo, el blanco y el azul de su bandera.

Cho le había dicho a Tracy durante una de sus conversaciones telefónicas que Rivas era una buena elección como oficial de la vista preliminar. La había descrito como una mujer organizada, rigurosa y concienzuda, aunque no precisamente compasiva. Desde luego, no parecía pensar en otra cosa que en su trabajo cuando se sentó y miró a la galería antes de entrar en faena sin perder tiempo alguno.

—Sin más preámbulos, damos la sesión por comenzada. —Se volvió a Trejo y Battles y se presentó—. Por orden del oficial Peter Lopresti, se me ha encomendado presidir la vista preliminar que se celebrará en virtud del artículo 32 del Código de Justicia Militar. Estamos aquí reunidos para indagar qué tienen de cierto las acusaciones que figuran en el pliego de cargos, examinarlas y hallar información útil para la resolución de esta causa. La fiscalía ha proporcionado al acusado y su abogada una copia del pliego de cargos y de la citación. ¿Las ha leído?

—Sí —respondió Trejo en voz tan baja que Rivas ni siquiera alcanzó a oírlo.

La jueza levantó la vista de su guion. Cho había advertido a Tracy que el ejército profesaba la misma pasión a estos que a los acrónimos. El reo se aclaró la garganta.

—Sí, señora.

—Suboficial Trejo, si en algún momento no entiende algo de lo que digo, háganoslo saber a mí o a su abogada y se lo explicaré hasta que usted y yo consideremos que lo ha comprendido.

Rivas lo informó de las acusaciones que se le imputaban y anunció que presentaría sus conclusiones al oficial al mando con arreglo a las pruebas que se le presentaran durante la vista.

—No está obligado a hacer declaración alguna en relación con los delitos de los que se lo acusa. Tiene derecho a permanecer en silencio. Aun así, puede prestar declaración y aportar las pruebas que desee en su defensa o descargo siempre que sean relevantes a los objetivos y el alcance limitados de esta vista. En tal caso, todo lo que diga tendrá consideración de prueba en igual grado que los testimonios del resto de los testigos. Además, cualquier declaración suya podrá usarse como prueba contra usted en un consejo de guerra. ¿Ha entendido mis indicaciones?

—Sí, señora —repuso Trejo.

—Ahora —prosiguió ella— leeré los cargos contra usted.

Battles echó hacia atrás su silla para ponerse en pie e interrumpirla.

—Podemos prescindir de la lectura, señorita.

Rivas asintió.

—Está bien. Gracias, abogada. —A continuación miró a Cho—. Tengo entendido que la fiscalía pretende llamar a tres testigos para esta vista preliminar: Joe Jensen, agente de la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico de la policía de Seattle; Tracy Crosswhite, inspectora de la policía de Seattle, y Archibald Issa, propietario de un establecimiento comercial de veinticuatro horas de Renton, en Washington.

Cho se puso en pie y dio la impresión de ir a hacer una reverencia antes de decir:

—Así es, señorita.

—Bien. —Rivas miró a la galería—. Damas y caballeros, puede que les resulte difícil escuchar algunos de los testimonios o todos ellos o que haya algunos con los que no estén de acuerdo. Sin embargo, si bien entiendo, créanme, sus emociones, espero que todas las partes sean conscientes de que están en un tribunal de justicia y lo respeten. En caso contrario, tengo la potestad de poner fin a esta vista. Espero, sinceramente, no tener que hacerlo.

Rivas soltó el guion y se dirigió a los abogados.

—¿Hay alguna otra cuestión preliminar que deseen abordar antes de que entremos en materia?

Battles y Cho se pusieron en pie y, hablando por turnos, respondieron:

—No, señoría.

La magistrada se tomó un instante antes de decir:

—En tal caso, el ministerio público puede llamar a su primer testigo.

CAPÍTULO 20

Battles escuchó con atención mientras Brian Cho despachaba los preliminares con rapidez y eficacia, lo que en cierta medida se debió a la facilidad con que se desenvolvió su primer testigo, Joe Jensen, que, al haber testificado ante un tribunal en otras muchas ocasiones, desplegó una tranquilidad notable. El ambiente relajado en que se desarrolló la presentación de declaraciones llevó también a Battles a objetar en pocas ocasiones, sabedora de que la juez Rivas se mostraría inclinada a aceptar los testimonios prestados y su interrupción sería muy poco fructífera.

Battles había tenido ocasión de entrevistarse con Jensen y sabía lo que cabía esperar de su declaración. Esta se llevó a cabo en un tono deliberado pero práctico que transmitía confianza y sinceridad. Su voz profunda, el pelo rojo y entrecano y el traje de dos piezas le daban cierto aire de autoridad. Daba la sensación de que Cho había subido a un jefe de los *boy scouts* en el estrado.

Cho expuso en pocas palabras el cargo que ocupaba Jensen en la TCI, el hecho de que se encontraba de servicio la noche del atropello con fuga y el momento en que había llegado al lugar de los hechos. El fiscal hizo entonces una señal a Clark, que tecleó en su portátil e hizo aparecer en dos monitores de pantalla plana una fotografía difusa en blanco y negro de la intersección, sin servicios de emergencia y sin cadáver. Después de dejar claro que se trataba del cruce en cuestión y formular otras preguntas destinadas a poner en contexto el testimonio, Cho le pidió a Jensen que señalara la posición que ocupaban los vehículos de emergencia y el personal a su llegada y cualquier otra cosa que hubiera visto.

Se trataba de un modo sutil de hacer que revelase el lugar en que se encontraban la víctima y el resto de cuanto habían encontrado con ella, como las zapatillas y las chanclas de Miller.

—Cerca del cuerpo —respondió Jensen—, al lado del bordillo, había una pelota de baloncesto. En la calle encontramos también un par de chanclas Nike y, más allá, un par de zapatillas rojas de baloncesto de la misma marca, unidas con un nudo por los cordones.

Una mujer del público sollozó como acometida por un dolor repentino. Battles no volvió la cabeza ni reaccionó de ningún otro modo. Había dado por sentado que los testimonios despertarían no poca emoción en la galería y había dado a Trejo instrucciones estrictas de no responder a ningún comentario ni ruido. Aun así, también abrigaba la esperanza de que el patetismo de la situación llevase a su defendido a replantearse la conveniencia de pactar una declaración de culpabilidad. Trejo, sin embargo, no había dado muestra alguna de inquietud desde que había tomado asiento y Battles no pudo menos de preguntarse si no estaría bajo los efectos de algún fármaco.

Jensen testificó que el cadáver se encontraba a diez metros del cruce, distancia que él consideraba nada desdeñable teniendo en cuenta que su equipo trabajaba con la hipótesis de que habían atropellado a Miller en el paso de peatones y de que el vehículo avanzaba del sur al norte por Renton Avenue cuando llegó a la intersección con Henderson Street.

—Parece que la víctima, al recibir el golpe, «envolvió» el parachoques, se estrelló contra el parabrisas y se vio proyectada hacia delante.

—¿Qué hizo usted a continuación? —preguntó Cho.

El testigo respondió que había buscado huellas de neumáticos sin encontrar ninguna.

—Y, según su experiencia, ¿resulta significativa la ausencia de huellas?

Battles quiso protestar, pero en una vista del artículo 32 solo procedían objeciones relativas a la relevancia de una pregunta y a la violación del principio de confidencialidad. Cho estaba pidiendo, por supuesto, a Jensen que hiciera una conjetura. Además, sabía que Rivas iba a conceder una gran libertad a un investigador experto durante aquella sesión.

—Lo normal es que, en un choque, ya sea con otro vehículo o, como en este caso, con un transeúnte, encontremos rodadas que indiquen que el conductor trató de frenar o cambió de dirección. Su ausencia puede apuntar a que se trata de un atropello intencionado. También podría ser indicativa de que quien conducía no vio al peatón, por ser de noche, estar distraído, haberse dormido o estar bajo la influencia de las drogas o el alcohol.

Tampoco entonces reveló Trejo emoción alguna.

Cho dejó claro que los semáforos de aquel cruce funcionaban a la perfección y que ninguno de los comercios cercanos tenía cámaras de seguridad apuntando hacia allí. En respuesta a la pregunta siguiente, Jensen dijo:

—Posteriormente determinamos que a unos cien metros al oeste de la intersección había una cámara de tráfico del Departamento de Transportes del estado de Washington y solicitamos una copia de la grabación.

—Antes de centrarnos en ese vídeo, ¿puede decirme si encontraron algo más de interés en el lugar de los hechos?

Jensen habló de la pieza de automóvil que encontró el agente de policía. Cho hizo una señal a Clark, que le tendió el fragmento metido en una bolsa de pruebas transparente. El fiscal se la dio al testigo y este declaró que la había llevado al laboratorio criminal de la policía estatal de Washington, que le proporcionó un número de serie y determinó que procedía de un Subaru. Asimismo atestiguó haberla llevado a un concesionario de dicha marca y haber sabido así que el vehículo en cuestión era de color negro.

—Es parte del faro y el intermitente delanteros del lado del copiloto.

Jensen declaró que la información sobre el modelo y el color del automóvil facilitó la labor de buscarlo en el lugar adecuado de la grabación y dar con él. Cho lo dispuso todo para que se reprodujera el vídeo en la sala. Battles y Rivas lo habían visto y sabían que no mostraba el impacto y que, por tanto, no resultaría perturbador a la concurrencia. El fiscal pidió al testigo que fuese explicando las imágenes. Mientras lo hacía, la abogada de la defensa pudo oír más sollozos acallados a su espalda. Cho pidió que detuvieran la reproducción en el momento en que aparecía encuadrado el vehículo oscuro. Estaba sacándole todo el partido posible al documento.

—Aunque está en blanco y negro —señaló Jensen—, desde este ángulo se ve que en el semáforo se apaga la luz de arriba, la roja, y se enciende la de abajo, la verde, para dar paso a los vehículos que transitan por South Henderson.

El coche siguió por el cruce sin reducir la marcha, aunque el atropello de D'Andre Miller quedó oculto dada la posición de la cámara. Cho aguardó un instante antes de decir:

—¿Les fue posible determinar la velocidad a la que viajaba el automóvil del vídeo?

—Sí.

—¿Puede explicar cómo?

—Es una cuestión de física. Está grabado a treinta fotogramas por segundo. Medimos la

distancia que hay entre el bloque de apartamentos de la esquina sureste y el restaurante cerrado de la esquina noreste.

—¿Y cuánto había?

—Cincuenta y nueve metros. El coche necesitó setenta y cinco fotogramas para ir de uno a otro de esos puntos, es decir, dos segundos y cincuenta centésimas. Si dividimos los metros por los segundos, determinamos que viajaba a veintitrés metros con seis por segundo. Como hay mil metros en un kilómetro y tres mil seiscientos segundos en una hora, basta dividir la primera cantidad por la segunda para obtener el factor de conversión de cero con veintiocho metros por segundo, equivalente a un kilómetro por hora. Para convertir veintitrés metros con seis por segundo en kilómetros por hora, lo dividimos por el factor de conversión de cero con veintiocho y obtenemos que el vehículo de la grabación viajaba a unos ochenta y cuatro kilómetros por hora.

Cho se tomó su tiempo para formular la siguiente pregunta:

—Inspector, ¿cuál es el límite de velocidad en aquel cruce de la Renton Avenue South?

—De cincuenta kilómetros por hora.

El fiscal dejó que la respuesta flotase en el aire mientras Trejo seguía con la vista clavada en la pared.

Jensen testificó sobre el descubrimiento del coche en un patio trasero por parte de dos agentes y de su identificación, que fue posible gracias al fragmento de faro hallado en la calzada.

—¿Incautaron el vehículo?

—Sí, y pedimos una orden de registro para analizar el interior.

El testigo dedicó un tiempo a dicha inspección y habló de la sangre de Trejo que encontraron en la tapicería, de las huellas dactilares de Trejo y de las muestras de ADN. Cho pidió que se admitiera como prueba el informe de la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico y luego abordó el tema de la limpieza con una toallita antiséptica a la que se había sometido el interior del vehículo.

—De todos estos datos ¿es posible obtener alguna conclusión?

—A mi entender, lo único que puede llevar a alguien a limpiar el *airbag* y la sangre es su intención de eliminar los restos de ADN que puedan demostrar que estaba conduciendo el vehículo cuando saltó el *airbag*.

—¿Encontraron algo más dentro del coche?

—Sí —repuso Jensen—. En el asiento de atrás había un recibo con fecha de la noche del accidente por la compra de dos latas de Red Bull en un veinticuatro horas de Renton.

El fiscal anunció la hora y el día de la transacción y, tras exponer los pasos que se habían dado para determinar la autenticidad del documento, guardado en una bolsa sellada, lo incluyó en las pruebas.

—Comprobamos la matrícula y el número de registro y supimos que el propietario del vehículo había denunciado su robo la mañana posterior al accidente.

—Según su experiencia, ¿es importante ese hecho?

Jensen hizo una mueca y apartó la mirada antes de volver a fijarla en Cho.

—Tanta coincidencia hace que a uno se le erice el vello.

—¿Y quién era el propietario oficial del vehículo?

Jensen miró a la zona de la sala en la que se hallaba Battles para anunciar:

—Laszlo Trejo.

CAPÍTULO 21

Del había recibido en el móvil aquella misma mañana una llamada de Mike Melton, quien le hizo saber que la Unidad de Apoyo Técnico y Electrónico había recuperado con éxito los correos electrónicos y mensajes de texto del ordenador y el teléfono de Allie. Dado que la solicitud de información estaba a nombre de Faz, Del llamó a su casa y se ofreció a acompañarlo al laboratorio criminológico.

A continuación, pasó a buscarlo.

—¿Hablaste con Maggie? —preguntó Faz desde el lado del copiloto del Impala de su compañero.

—Sí.

—¿Sigue mejorando?

—Poco a poco. El otro día preparó hamburguesas y batidos para los críos, lo que los sorprendió a los pequeños tanto como a mí. Sigue sin comer mucho, pero algo es algo.

—¿Ha ido a ver al terapeuta?

—Está yendo dos veces a la semana.

—¿Y le has dicho que tenemos los correos y los mensajes de Allie?

—Lo sabe. Me ha preguntado si puede verlos cuando acabemos con ellos.

—Tiene todo el derecho —repuso Faz con un gesto de asentimiento.

—Eso es verdad, aunque espero que sea capaz de enfrentarse a ellos. Yo no sé si voy a poder.

Pasó un minuto. La emisora deportiva KJR se ocupó de llenar el silencio.

—¿Has vuelto a ver a la fiscal esa? —preguntó Faz.

Del lo miró desde su asiento.

—¿Celia McDaniel?

—Sí, la señorita negra tan guapetona.

Del sonrió.

—Lo único que hice fue invitarla a tomar algo después del trabajo para compensar el comportamiento tan brusco que tuve.

—¿No la llevaste a cenar?

Del se encogió de hombros.

—En fin, a cenar y a tomar algo.

—Yo diría que suena a cita.

—¡A cita! —exclamó él rechazando semejante idea—. Me ofrecí a invitarla a una copa y ella propuso ir a cenar porque no le gusta beber con el estómago vacío.

—Entonces, ¿por qué no la llamas? Queda con ella y, esta vez, proponle una cita. A ver qué dice.

—¡No me digas que ahora vas de casamentero!

—Lo único que digo es que estaría bien que de vez en cuando vinieras a casa con alguien con quien pudiese hablar Vera.

Del se reclinó en el asiento del conductor y, tras unos segundos, preguntó:

—¿Y crees que me dirá que sí?

—¿Por qué no?

—No lo sé. Hace mucho tiempo, ¿sabes?

—¿De tu divorcio?

—De mi última cita.

Faz le restó importancia con un movimiento de la mano.

—No te preocupes. Tú eres como este coche: tienes muchos kilómetros encima, pero te preocupas por el exterior y sigues en buena forma.

—En dos semanas he perdido cuatro kilos y pico.

Su compañero soltó un gemido.

—No me cuentes esas cosas. Y, sobre todo, no le digas nada a Vera. Si se entera de que estás más delgado, me pone a mí a dieta. ¿Y por qué has perdido peso? ¿Estás malo?

—No. Es solo por estar sano. Más sano, quiero decir.

Faz sonrió.

—¡Qué hijo de perra! Te gusta esa mujer, ¿verdad? Por eso estás adelgazando.

—¿Qué pasa? ¿No puede uno ponerse a dieta porque sí?

—¿Siendo italiano? No. Para nosotros, comer es como respirar. Conque, a no ser que tengas un buen motivo, como una mujer...

—Entonces, ¿crees que aceptará?

—La otra vez aceptó, ¿no?

—Pero eso fue distinto.

—¿Por qué? Le preguntaste si quería tomarse una copa y ella subió la apuesta a una cena. Yo no veo en qué pudo ser distinto. Esa mujer, en mi opinión, te está diciendo ya que sí.

—A lo mejor la llamo.

—Llámala ya.

—¡Sí, hombre! Contigo aquí delante.

—Pues llámala cuando acabemos con lo de Melton.

—A lo mejor lo hago.

—«A lo mejor», no: en cuanto vuelvas, la llamas.

—¿Tienes bastantes condones?

Del fingió un revés.

—Lo juro por Dios.

Mike Melton, director del laboratorio criminalístico de la policía estatal de Washington, era perro viejo como Del y Faz. Llevaba más de veinte años trabajando allí. Según le había contado a Del, había aceptado el puesto de director por el mismo motivo que lo había llevado a entrenar a sus seis hijas en diversos deportes:

—Si alguien tiene que fastidiarla, mejor que sea yo.

Pecaba de modesto, pues tres de ellas habían obtenido becas deportivas. El laboratorio también había prosperado bajo su dirección. Aquel hombre, que no tenía mucho que envidiar a Faz y Del en corpulencia, tenía más aspecto de leñador que de científico. Los inspectores lo llamaban *Grizzly Adams* por el notable parecido que guardaba con el actor de televisión que interpretaba a dicho personaje, con su pelo castaño despeinado y la barba igual de espesa, cada

año surcada por más vetas grises.

Melton tenía el despacho en la primera planta del edificio de hormigón de Airport Way. A diferencia de otros compañeros, que gustaban de enmarcar y colgar sus diplomas, él tenía las paredes llenas de recuerdos de casos anteriores, como martillos de bola o bates de béisbol.

Del se detuvo en seco al entrar en la sala y ver que el científico se había recortado la barba y el pelo casi hasta el punto de mostrar un aspecto civilizado.

—¡Vaya! —exclamó—. Sí que te estás tomando en serio tu cargo de director.

—Parece mentira que no me conozcáis. Yo nunca haría algo así por un puesto de trabajo. Este fin de semana casamos a mi cuarta hija y mi mujer se ha empeñado en que tengo que estar presentable para mi nueva familia política.

—Tráelos aquí, verás como los espantas seguro.

—Eso es lo que hago con mis yernos.

Del recorrió el despacho con la mirada.

—Me encanta lo que le has hecho a este sitio desde que te ascendieron.

—Pues no dejan de amenazarme con trasladarme. Yo les he dicho que pongan mis cenizas encima de mi ordenador y cierren la puerta cuando pase a mejor vida. —Melton miró a Del—. Estás más delgado.

—Sí, he perdido unos kilitos.

—Tú estás igual —dijo a Faz.

Este meneó la cabeza con gesto de indignación.

—¿Ves la que has liado? —espetó a su compañero.

—Siento mucho lo de tu sobrina —dijo Melton.

—Gracias. Y muchas gracias por meterle prisa a esto.

Melton le dio un lápiz de memoria.

—Los primeros documentos son de dos semanas antes de la fecha que consignaste en la citación a la compañía de teléfono. Hemos recuperado todos los correos electrónicos y los mensajes de texto.

—¿Y si borró alguno? —quiso saber Del.

—La TESU recuperó primero los actuales y los copió antes de restablecer la copia de seguridad. No había muchos más, pero sí algunos. Los tienes todos ahí.

—Gracias, Mike.

—Es una mierda que tenga que hacer un favor así —aseveró Melton.

CAPÍTULO 22

Leah Battles se moría por interrogar a Joe Jensen. Quería dejar claro no lo que sabía, sino lo que ignoraba. Quería poner de relieve que no podía determinar si D'Andre Miller había cruzado por el paso de cebrá ni si había prestado atención al bajarse de la acera o había estado distraído con la pelota de baloncesto. Según Terry O'Neil, que había estado al cargo del centro recreativo, Miller había triunfado aquella noche, la primera que lo habían dejado jugar, y podía ser que la emoción lo hubiera llevado a cruzar sin mirar. Tal vez hubiera estado escuchando música con los auriculares que se encontraron también en la calle. Estaba oscuro y no llevaba ropa clara. El interrogatorio le podía haber dado no pocos puntos, pero ninguno de ellos habría evitado a la jueza dar con una causa probable. En cambio, todos habrían revelado a Cho por dónde pensaba abordar a sus testigos y le habrían permitido preparar mejor el consejo de guerra. Por duro que resultase guardar silencio, sabía que a veces lo mejor que podía decirse era nada.

—No tengo preguntas —dijo en consecuencia antes de que Rivas le pidiera a Jensen que volviese a su asiento y anunciara un breve descanso.

Tras este, fue Tracy Crosswhite quien se dirigió a la tribuna de los testigos. Esa mañana se había vestido como un abogado, con un traje azul, que, sin embargo, llevaba con los movimientos inconfundibles de una agente de la ley. No parecía intimidada en absoluto. Battles había investigado sobre ella a fin de prepararse para la vista y sabía que tenía alguna que otra cosa en común con ella. Ella también había nacido en un municipio pequeño, aunque situado en la Costa Este. Sus padres no tenían mucho dinero. Desde luego, carecían de las cantidades necesarias para cambiarle la vida a un crío, de modo que Battles había tenido que ganarse por sí misma cuanto había logrado en la vida. El ajedrez le había permitido obtener becas y le había brindado el paso decidido y un tanto arrogante que detectaba en Crosswhite como resultado, suponía, de las competiciones de tiro con revólver de acción simple en los que al parecer descollaba. La abogada sabía que aquella seguridad no se adquiría con el simple hecho de levantarse a diario por la mañana para ir en coche a la oficina, sino que procedía de la competitividad, del exponerse al riesgo de perder... y ganar de todos modos.

—Entonces, su primera impresión fue la misma que la del inspector Jensen, ¿no? —preguntó Cho, que a continuación miró a Battles para pincharla por no haber hecho nada por impedir que Crosswhite estuviera presente en la sala durante la declaración de Jensen y quizá también para incitarla a protestar.

Battles, sin embargo, no le prestó la menor atención.

—Todo apuntaba a un atropello con fuga —respondió Crosswhite.

La testigo habló entonces de la reunión mantenida con el inspector Jensen en la comisaría central de la policía, en la que él les hizo saber que las cámaras del Departamento de Transportes habían recogido imágenes de un Subaru y que había conseguido poner en conocimiento de los agentes el modelo que buscaban durante la sesión informativa de la mañana.

Cho avanzó con rapidez.

—¿Y nos puede decir lo que hizo a continuación?

—Estando en comisaría, recibí una llamada del inspector Jensen, que me habló de una mujer que decía haber visto en el solar de detrás de su casa un vehículo que encajaba con la descripción del que estábamos buscando.

—¿Puede hablarnos de lo que ocurrió al llegar allí?

Crosswhite hizo lo que se le pedía. Cho repasó con ella el momento en que comprobaron que la pieza que habían encontrado coincidía con los daños que presentaba el vehículo y el hecho de que Jensen había vinculado el coche con Trejo, que había denunciado el robo aquella mañana, antes de preguntar:

—¿Tuvo usted alguna reacción inicial ante dicha noticia?

—En fin, dado lo que sabíamos, me pregunté si sería verdad que se lo habían robado. Parecía demasiada coincidencia y me pareció que valía la pena investigarlo más a fondo.

Battles tomó nota de que resultaba conveniente tratar de dejar caer, cuando interrogase a Crosswhite durante el consejo de guerra, que tanto Jensen como ella habían dejado que su investigación se viera influida por el hecho de que ambos habían creído que Trejo mentía antes incluso de hablar con él.

Cho repasó de forma metódica el encuentro del acusado con la inspectora y su compañero Kinsington Rowe.

—¿Qué les dijo que le había ocurrido a su coche?

—Nos vino a confirmar que se lo habían robado y dijo haber informado a la policía de Bremerton.

—¿Ocurrió algo más durante esa conversación que resulte destacable?

—El señor Trejo estaba tomándose una lata de Red Bull. Además, presentaba un corte en la frente cubierto con un apósito.

Crosswhite declaró que les había asegurado que se lo había hecho con la esquina de un armario de la cocina y que, más tarde, cuando supo que se había encontrado sangre suya en el interior del automóvil, había dicho que pensaba haber detenido la hemorragia y que, al descubrir que no era así y que había manchado el asiento, había tratado de limpiarla.

Lo que, según anotó Battles para señalar durante el interrogatorio, habría sido muy lógico. También apuntó que las heridas en la cabeza suelen sangrar mucho. Le estaba costando horrores no protestar.

Saltaba a la vista que Crosswhite era una testigo avezada, cosa que fue a confirmar cuando respondió a las preguntas del fiscal relativas al recibo por la compra de dos latas de bebida energética en un veinticuatro horas de Renton media hora antes del accidente que había encontrado la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico. Todo aquello pretendía allanar el terreno para presentar la prueba más perjudicial para Trejo: el vídeo de seguridad de la tienda de veinticuatro horas.

Mientras hablaba Cho, Battles vio a Lindsay Clark rebuscando en la caja de pruebas que descansaba sobre el suelo de la sala y en la mesa del ministerio público.

—Señoría... —Cho se detuvo al reparar en el gesto que le hacía Clark—. Disculpe, señoría, ¿me permite unos segundos para hablar con mi ayudante de fiscal? —Se dirigió a esta y volvió la cabeza para mantener con ella una conversación susurrada. Entonces, con gesto perplejo, se puso a hurgar en la caja de pruebas y, un momento después, se acercó al secretario judicial, Bob Grassilli, a quien Battles conocía bien.

Cho le dijo algo inaudible que hizo que Grassilli se echara a recorrer con la mirada su

propio escritorio.

—Señoría —dijo el fiscal—, ¿podemos hacer un descanso muy breve mientras damos con una prueba?

Rivas miró el reloj de la pared.

—Se interrumpe la vista durante... ¿Cuánto tiempo necesita?

—Unos minutos solo, señoría.

El murmullo de los asistentes se hizo más perceptible cuando el secretario salió con premura de la sala seguido por Cho y Clark. Battles se puso en pie a fin de estirar las piernas y se volvió hacia su defendido, que, sin embargo, permaneció sentado y con la mirada al frente. Estaba a punto de decirle algo cuando vio que la inspectora Crosswhite, desde su asiento, dirigía la vista hacia la galería, posándola en Joe Jensen al mismo tiempo que se encogía de hombros con gesto curioso.

CAPÍTULO 23

Tras recoger la información obtenida del teléfono y el ordenador de Allie, Del dejó a Faz en comisaría y siguió adelante. Sabía que no sería capaz de trabajar con lo que llevaba en el maletín. Se dirigió a su casa. Después de su divorcio, había alquilado una vivienda en Capitol Hill a una amiga a la que habían trasladado a Portland y tenía intenciones de mudarse de nuevo a Seattle después de jubilarse. Al menos era eso lo que le había dicho. Aunque las casas de los alrededores estaban restauradas, algunas más de una vez, a aquella construcción de estilo American Craftsman de los años treinta no se le había hecho nada, por lo que conservaba todo su encanto y grandes necesidades de mantenimiento. A cambio de una mensualidad modesta, Del se ocupaba de arreglar cuanto se iba estropeando y conservar el resto. Hasta cuidaba el jardín, aunque lo cierto es que no era gran cosa, pues bastaba con menos de media hora para cortar el césped de la parte delantera y la trasera.

De no ser así, el inspector no habría podido permitirse vivir en uno de los barrios más codiciados de la ciudad. La casa, situada en lo alto de una colina empinada que se elevaba al este mismo del centro, ofrecía unas vistas amplias a los rascacielos que se alzaban a poniente, detrás de la autopista I-5, hacia la bahía de Elliott y tras aquella masa de agua, las islas de Seattle y las distantes montañas Olímpicas.

Del aparcó el Impala en el camino de tierra y grava que había hecho él mismo en un lateral de la casa para no dejar en la calle a su pequeñín. No bien había llegado al escalón de arriba, Santino, su shih tzu, se subió de un salto al respaldo del sofá como hacía cada noche cuando lo oía llegar del trabajo.

—Desde luego, eres fiel a tus costumbres —dijo el recién llegado mirando por la ventana—, pero no tienes ni puta idea de la hora.

El cuerpo del animal se agitó con violencia mientras alternaba entre los brincos que daba para encaramarse a lo alto del sofá y alzarse sobre las patas traseras a fin de dar en la ventana con las delanteras, y las carreras con que se acercaba a continuación a la puerta de la casa. Había comprado a Santino, o Sonny, para su mujer pensando que le haría compañía las noches que él estuviera de guardia, pero, al final, había resultado que ella le tenía tanto cariño al perro como a Del. Sonny también se había dado cuenta y por eso había preferido quedarse con el inspector. Al parecer, los shih tzu eran una raza endiabladamente lista.

—Ya está, hombre. Ya está —dijo al abrir la puerta.

Sonny saltó y se puso a dar vueltas como un trompo sobre sus patas traseras. Tenía el pelaje blanco y canela, corto y rizado menos cuando lo bañaba. En esas ocasiones parecía una bola de algodón abierta. Del le había puesto el nombre en honor al hermano impulsivo interpretado por James Caan en la trilogía cinematográfica de *El padrino*, la mejor que se hubiese visto en la gran pantalla.

Del tomó a Sonny del suelo y le rascó bajo la barbilla mientras se dejaba lamer la cara.

—Si no he estado fuera ni una hora. Espero que no hayas dejado ningún regalito por ahí.

Santino no siempre usaba el portillo que le había instalado en la parte trasera de la casa, sobre todo en días de lluvia como aquel. Del echó una ojeada al linóleo de la cocina y llegó a la conclusión de que no había de qué preocuparse.

—Buen chico. —Sacó una golosina de una caja situada en uno de los estantes y dejó al perro en el suelo—. ¿Listo? —Del señaló al animal con un dedo a modo de pistola y exclamó—: ¡Pam!

Sonny se tendió sobre el lomo con las patas en el aire como si lo hubiese abatido.

—Arriba —ordenó su dueño, que repitió después de verlo ponerse en pie y tomar la golosina de su mano—: Buen chico.

Mientras el perro mordisqueaba aquel premio, Del ojeó su teléfono. Había llamado la noche anterior a Celia McDaniel, aunque solo había podido hablar con su buzón de voz y ella no le había contestado.

—¿Qué sentido tiene esperar sentado como una mocita de dieciocho años? —dijo a Sonny.

Se metió en la madriguera que tenía al fondo de la casa, su guarida personal. En ella tenía un televisor viejo, de los de rayos catódicos, que raras veces encendía. Las estanterías llegaban al techo y estaban atestadas de un surtido de novelas y ensayos que incluía su colección nada intrascendente de libros sobre la guerra civil estadounidense. Había leído las biografías de los protagonistas del conflicto: Robert E. Lee, Stonewall Jackson, Ulysses S. Grant y Joshua Chamberlain. También guardaba unas cuantas piezas de museo y varios recuerdos turísticos de Gettysburg, Antietam y otros campos de batalla que había visitado. En la pared situada tras el sofá había un mapa enmarcado del tribunal de justicia de la batalla de Appomattox, donde libró Lee su última batalla el 9 de abril de 1865, antes de la rendición con que se puso fin a la guerra.

Del se sentó en el asiento de cuero, situado ante una ventana en voladizo que brindaba una vista de la ciudad que valía un potosí, encendió su portátil e introdujo el lápiz de memoria que le había dado Melton. Abrió el archivo de los correos electrónicos de Allie, pero la presencia del nombre de su sobrina le atravesó el corazón como un puñal afilado y tuvo que quitar las manos del teclado y reclinarsse mientras luchaba con sus emociones. Hizo varias inspiraciones profundas, se serenó y empezó a estudiar los correos. No había muchos. Los críos escribían con la misma frecuencia con la que se mandaba cartas antes la gente. Usaban mensajes de texto. Usaban Snapchat. Usaban algo que sus sobrinos llamaban «mi historia».

La mayoría de los correos electrónicos de Allie estaban relacionados con el instituto y el trabajo. Los fue ojeando de forma somera, prestando más atención a medida que se acercaban a la fecha de su muerte, y se detuvo en uno de dos semanas antes de aquel día.

Oye, k no m has contestado! M han dicho k has salido d la trena.

T has fugado? Jaja. Pk no has llamado? T escribo x email x si tu madre t ha kitado el movil.

Del miró el encabezamiento del mensaje. El correo electrónico era de alguien llamado J-Man cuya dirección era jman@cdrpm.net y que, al día siguiente, al ver que Allie seguía sin responder, volvió a escribir diciendo.

Estas pasando de mi? No he dejado de pensar en ti desde k t

fuiste!!! T fuiste y punto. WTF? Quiero verte, n serio.

Allie tampoco había dado respuesta a este.

Del siguió repasando correos y encontró varios más procedentes de la misma dirección. Después del quinto mensaje de J-Man, Allie escribió al fin:

Lo siento. Mi madre se ha quedado mi teléfono y no había visto los mensajes. Voy de cabeza todo el día. Mmm... No deberíamos vernos. Sería muy duro. Este semestre no voy a ir al instituto. Estaré trabajando. ¡Pff! Este verano lo pasaré en casa y después me iré a Gonzaga. Cuídate,

Al

J-Man contestó de inmediato sin hacer ningún caso a la contundencia con que le había indicado ella que era mejor no volver a verse. Estaba claro que no las captaba al vuelo.

Ke bien ke sigas viva! Ke putada lo de tu movil! M he encontrado a TC. Me ha dicho ke estabas de tranqui, trabajando. Ni una fiestecilla? Joder, yo no podria. M dedico a kdar con TC xa echar el rato. Estas ahorrando xa la uni o xa un coche? Espero ke xa un coche, ke dura mas! Jaja.

Allie respondió:

De coche, nada. :(¡Ja, ja! Es solo por mantenerme ocupada. Por ordenar las ideas. Sí, TC me ha dicho que estuvo contigo y que os estáis viendo. Me alegro por ti, en serio.

J-Man volvió a contestar a las doce menos seis minutos de la noche.

K no nos estamos viendo! Yo solo pienso en mi musica. No inventes.

Del supuso que por «verse» se referían a una relación. Seguro que el «verse» de J-Man con TC había durado lo mismo que la estancia de Allie en el centro de desintoxicación. El mensaje seguía diciendo:

Era solo por pasar el rato. De verdad!

El tono de disculpa de la respuesta de Allie hizo que a Del se le revolviera el estómago, pues sospechaba que ese tal J-Man tenía otras intenciones.

Lo siento. No quería molestarte. No pensaba que me fueses a esperar.

J-Man había escrito a continuación:

Deberíamos vernos. Cuando estas por aki? T han devuelto el movil? Mañana?

La respuesta de Allie fue inmediata:

Lo veo difícil. Mi familia no me deja ni a sol ni a sombra. Y mi tío es poli y tiene pistola. ¡Jaja!

J-Man insistía. Del tenía la sensación de estar ante un toxicómano que buscaba una dosis más que una relación. Hizo lo posible por mantener a raya su ira, pero una parte de él no pensaba en otra cosa que encontrar a aquel fulano y arrancarle las uñas una a una.

Tranqui. T he echado d -. Xa mi no hay otra, Al. Estoy triste desde k te fuiste. Solo. (:

Esta vez Allie no contestó y Del podía oír casi la batalla que tenía que estar librándose en su interior. J-Man volvió a enviar un correo para preguntar:

No llamas?

«Ni se te ocurra —pensó Del—. No lo llames.»

Una vez más, Allie había tardado unos minutos en responder. El mensaje destrozó el corazón del inspector:

Te llamo mañana.

CAPÍTULO 24

Transcurridos unos minutos eternos, se abrió la puerta situada a la derecha del estrado y Tracy vio regresar a Cho, Clark y Grassilli. A diferencia de aquella mañana, el primero no daba la impresión de estar relajado ni confiado, sino preocupado o, por mejor decir, consternado. Parecía un ciervo deslumbrado por los faros de un vehículo imaginario del que no era capaz de apartar los ojos. El secretario judicial también parecía agitado. Al llegar a su escritorio, volvió a rebuscar en él y en el espacio que lo rodeaba. Cho hizo otro tanto con la caja de pruebas y la mesa de la fiscalía.

—¿Está listo el ministerio público para proseguir? —preguntó Rivas.

—Señoría, hemos tenido un contratiempo preocupante. Estamos teniendo dificultades para dar con una de las pruebas.

—¿A qué prueba se refiere?

—A la cinta de vídeo de la tienda de veinticuatro horas.

—¿Qué quiere decir? ¿Que la han perdido? —quiso saber la jueza, cuyos ojos no dejaban de ir de Cho a Grassilli, encargado de custodiar cuantas pruebas habrían de ser presentadas en la vista preliminar del artículo 32.

Tracy miró a la galería. Shaniqua Miller dejó caer la vista y, a continuación, la cabeza. Su madre, sentada a su lado, cerró los párpados y empezó a respirar profundamente de manera deliberada. Aquello se estaba convirtiendo en su peor pesadilla.

—Lo que quiero decir es que la teníamos, pero... —Cho daba la sensación de haber perdido el aliento— parece que no está.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron?

—Ayer por la tarde revisamos todo el material procedente del almacén de los NCIS para preparar la vista.

—¿Y luego?

—Nos cercioramos de que volviese a quedar todo guardado.

—¿Y esa fue la última vez que la vieron?

El interpelado reflexionó unos instantes.

—No —dijo al fin como si recordase algo—. No fue entonces. —Se dio la vuelta para mirar a Battles—. La última vez que vi la cinta fue anoche, antes de volver a casa. Estaba en el escritorio de la abogada de la defensa.

Los presentes, pasmados o indecisos en un primer momento, empezaron a comprender lo que implicaban aquellas palabras y a expresar verbalmente sus protestas. Para ellos, que estaban predisuestos a creer que la Armada tendería a proteger a uno de los suyos, la pérdida de aquella grabación no era fruto de ningún accidente, sino de un empeño deliberado en subvertir la justicia y Cho había puesto a Battles en la diana de su ira. No faltó quien se pusiera en pie y se echara a gritar mientras la señalaba con el dedo. Los hombres de la policía naval se colocaron entre los

espectadores y la barandilla, en tanto que dos calaboceros se apresuraban a sacar a Trejo de la sala.

—Quiero hablar con los abogados en privado —aseveró Rivas por encima de las voces de descontento, cada vez más elevadas.

Del revisó el resto de los correos de Allie sin encontrar nada más de interés. Sabía que, una vez que le devolvieron el teléfono, Allie, como la mayoría de los adolescentes, tuvo que haberse comunicado sobre todo por mensajes de texto o a través de Instagram. Sonny llegó trotando a la sala, se subió de un salto al sofá y alzó la mirada hacia su dueño como si preguntara:

—¿Qué estás haciendo?

Del apartó el periódico y Sonny se hizo una bola a su lado, en el lugar en que solía descansar.

—Comer y dormir —dijo el inspector—. No es mala vida, no.

Abrió la cuenta de Instagram de su sobrina. Mientras la examinaba, se sintió tratando de descifrar un idioma extranjero mezclado con fotografías, en su mayoría autorretratos de Allie, y símbolos como caritas sonrientes. Pudo ver su transformación de la niña dulce que había conocido a la drogadicta. En algunas de las imágenes estaba tan delgada que resultaba casi imposible reconocerla. Tenía la nariz y los pómulos puntiagudos, las mejillas hundidas y los ojos caídos. Algunos mensajes no tenían sentido o consistían en acrónimos que Del no sabía descifrar: QTPB, NSA, ACD...

Fue pasando con rapidez de uno a otro en busca de una fecha posterior a la de la conversación de correo electrónico que había mantenido Allie con J-Man y encontró uno de la mañana siguiente. El fulano se había puesto en contacto de inmediato con ella.

—Capullo incansable... —dijo Del.

J-Man: KKUT.

Del no tenía ni idea de lo que quería decir, pero el mensaje iba acompañado de una foto del remitente. Tenía el pelo castaño y grasiento por los hombros, ojos azules y una perilla rala. No se parecía en nada al que había imaginado él, que esperaba topar con un gamberro baboso, alguien a quien poder dirigir su rabia. J-Man era poco más que un niño. Del recordó el comentario del terapeuta de Allie, que aseguraba que entre los toxicómanos había muchos que eran «chicos buenos de buena familia».

Allie: Aquí me tienes.

Incluía una foto de sí misma. Su sonrisa, sin embargo, parecía insegura y hasta un poco asustada.

J-Man: Ahi estas. Hombre cuanto tiempo!

Allie: ¿A que sí?

J-Man: Entonces nos vemos hoy?

Allie: Hoy trabajo.

J-Man: Donde? T busco.

Allie: No. No dejan visitas. El jefe es un nazi.

J-Man: A k hora sales?

Allie: A las 7.

J-Man: T llevo a ksa?

—Este tío no se rinde —comentó Del, que hizo con ello que Sonny lo mirase desde su lado del sofá.

Allie: Me lleva mi madre.

Esta vez J-Man mandaba una foto suya con las cejas levantadas con lo que debía de estar enviando algún mensaje secreto, como que quería colocarse o tener sexo. Nada de uñas: Del sintió ganas de arrancarle los dedos uno a uno y de raíz.

Allie: Mala idea. —Al ver que el otro no respondía, preguntó—: ¿Estás bien?

J-Man: No muxo. Tkeria un monton. Todavía tk.

—Estás de cachondeo, ¿no? —dijo Del. A juzgar por el contenido de los mensajes siguientes debió de pasar un tiempo sin que hubiera respuesta de Allie. Del rezó en silencio por que no se le hubiera ocurrido, por que, de un modo u otro, todo aquello hubiese sido un gran error. Levantó la vista a la pared que tenía delante, al crucifijo que había adornado en otros tiempos la pared del dormitorio de la casa materna de Wisconsin, y se santiguó, no por él, sino por su sobrina.

J-Man: Sigues ahí?

Allie: Me tengo que ir.

Aquella misma noche empezaron de nuevo los mensajes de J-Man después de salir Allie del trabajo. Del sintió que le hervía la sangre. Tuvo que dejar de leer varias veces y apartar el

portátil para dirigirse a una de las ventanas y observar los coches que transitaban por la autopista. Sabía adónde llevaba la conversación de J-Man y se preguntaba si no habrían salido de otro modo las cosas en caso de que aquel niño hubiera dejado en paz a Allie, de que Allie no hubiese contestado, de haber tirado Del por la ventana el móvil de su sobrina o de haber dado con J-Man y haberlo tirado a él por la ventana.

Regresó al ordenador.

J-Man: Estas en ksa?

Allie: Sí. ¿Q haces?

J-Man: Relajandome. TA?

Del supuso que sería: «¿Te apetece?», o «¿Te apuntas?». J-Man acompañaba el texto con una foto en la que saltaba a la vista que estaba colocado.

Allie: ¿T has puesto?

J-Man: A lo mejor. LOL

Allie: ¿No lo habías dejado?

J-Man: Han sacado una mierda muy buena

Aquello picó la curiosidad de Del. J-Man incluía otra foto en la que parecía un payaso con la sonrisa bobalicona y los ojos entornados. A su lado había una chica de la edad de Allie y colocada también, que se inclinaba para salir en el cuadro.

Allie: ¿Estás con TC?

J-Man: Xq no vienes

Allie: ¿Estáis liados?

J-Man: Jaja

Allie: Me habías dicho que no.

J-Man: Tranqui. Solo nos estamos relajando. Vente.

De nuevo volvieron a pasar unos minutos antes de que respondiera su sobrina.

Allie: No puedo.

J-Man: Tu sbrs

Del sintió náuseas. Supuso que lo último significaba «Tú sabrás». Tuvo que obligarse a leer con atención el resto del diálogo, que pareció no interrumpirse durante tres días con sus noches. J-Man no había dejado de declarar su amor a Allie ni de pregonar la calidad de la heroína, desgastándola poco a poco. Ella no había dejado de resistirse, aunque quizá solo porque no disponía de un coche. Al final, se derrumbó y J-Man dejó claro cuáles eran sus intenciones.

El inspector llegó a la conversación que más temía, la de la noche antes de que Maggie encontrara el cadáver de Allie.

J-Man: Te recojo del trabajo?

Allie: Ok.

J-Man: K gns tengo d verte!!!

Allie: Podemos ir a mi casa.

J-Man: Y tu familia?

Allie: Llegan tarde.

J-Man: Genial. A lo mejor podemos darle utilidad a todo ese dinero que estás ganando.

De eso se trataba.

No era amor ni amistad, sino lo que había dicho el terapeuta a Del y a Maggie: J-Man no era distinto de todos los yonquis fracasados que había por ahí. Lo único que quería era dinero. Tenía que hacerse con la próxima dosis y no le importaba de dónde viniera la pasta con la que comprarla ni cómo conseguirla. El texto final de Allie era como una daga en el corazón. Su adicción, el magnetismo de la heroína y la insistencia de J-Man la dejaron sin opciones.

Allie: Puede

Del cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Dejó escapar el aire que había retenido en los pulmones y lo sintió temblarle en el pecho. Entonces sonó el móvil. Al principio no logró encontrarlo, porque Sonny se había sentado encima.

—Dime —dijo al descolgar, pensando que era Faz.

—¿«Dime»? ¿Así es como contestas al teléfono? —respondió la voz del otro lado en tono suave.

Del apartó el móvil para ver la identidad de quien lo llamaba, pero solo leyó: «Número desconocido». Se aclaró la garganta.

—¿Celia?

—Está claro que esperabas a otra persona.

—Pensaba que sería mi compañero. —Miró el reloj. Le quedaban un par de horas para tener que volver a comisaría—. Nos han conseguido los correos electrónicos y los mensajes de texto del teléfono y el ordenador de Allie y he pensado que era mejor mirarlos aquí, en casa.

Celia guardó silencio antes de decir:

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—Te llamaba por el mensaje que me dejaste anoche. ¿Te vuelvo a llamar más tarde?

—No, no. Tranquila —repuso Del—. Era solo porque... No sé si te apetece quedar otro día para tomar algo.

—Estoy en un juicio y... Yo creo que tú no tendrás muchas noches libres hasta que acabes el turno de noche este mes.

Del no pasó por alto lo que había callado ella: en ningún momento él le había dicho que quisiera ir a cenar.

—Es verdad —respondió—. En fin, imagino que no va a ser fácil.

—Mañana presento mis alegatos finales por la mañana —dijo ella.

—Suerte. Verás como lo haces bien. Tienes al jurado en el bolsillo.

—¿Seguro que estás bien, Del?

—Sí, sí. De verdad. —Por supuesto, él no lo tenía tan claro—. Te llamo yo. A lo mejor cuando estemos los dos menos atareados...

Cuando salió de la sala tras Cho y Clark, Battles oyó que la multitud que dejaba atrás seguía protestando. Al llegar al final del pasillo entraron en el apretado despacho con que se había hecho Rivas para la vista. En él había una austera mesa de metal y una estantería del mismo material que apenas albergaban unos cuantos libros. La jueza se sentó tras la mesa, en tanto que Battles permaneció de pie a la izquierda, cerca de la estantería, y Clark y Cho se colocaron a su derecha. El secretario, Bob Grassilli, se quedó al lado de la puerta.

—Vamos a volver a repasarlo —dijo Rivas al fiscal mientras trataba de calmar una situación tensa—. ¿Cuándo dice que comprobó que la cinta seguía en el almacén?

—Ayer por la tarde —respondió él todavía agitado como quien tiene hormigas corriéndole por la piel—. Estábamos dejándolo todo a punto para la vista.

—¿Y está convencido de haber firmado su devolución?

—Sí. Devolvimos toda la caja de pruebas, no solo la cinta de vídeo. Lo puede comprobar en la hoja de registro.

Cho miró a Grassilli en busca de confirmación. El secretario revisó la copia que tenía de dicho documento.

—Es cierto, señoría. Firmaron la devolución a las cinco y treinta y dos de la tarde.

—¿Y estaba la grabación en la caja?

—Es de suponer —repuso Cho.

—Pero no lo sabe con certeza.

—Estaba allí cuando repasamos las pruebas, luego yo diría que tenía que seguir en la caja

cuando la devolvimos.

Rivas se volvió entonces hacia Battles.

—¿Tuvo usted la cinta anoche?

—Yo también pedí la caja de pruebas —respondió haciendo lo posible por no parecer culpable—. Firmé para retirarla y pedí que la llevaran a mi despacho poco antes de que Bob se fuera a casa, pero no recuerdo haber visto la cinta.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó la magistrada.

—Que no la usé anoche. No tenía motivo alguno para volver a verla y, además, tampoco tenía con qué reproducirla.

Rivas volvió a mirar a Cho.

—Pero usted ha dicho que la última vez que la vio fue anoche.

—La caja —dijo él mirándola fijamente—. No vi la cinta concretamente, pero sí la caja, encima de su escritorio. ¿En qué otro sitio...?

La jueza lo atajó y volvió a dirigirse a Battles.

—¿Devolvió usted la caja?

La abogada asintió con un gesto.

—La llevé y la dejé en el asiento de Bob, que ya había salido.

—De modo que no se registró su devolución.

Grassilli negó con la cabeza.

—Pero yo la devolví —dijo Battles al secretario—. Esta mañana estaba allí, ¿no?

—Sí que estaba —repuso él.

—La caja, pero no la cinta —subrayó Cho.

—Yo devolví la caja —insistió Battles—. De la cinta no sabemos nada, ni siquiera si estaba en la caja.

—¿Y no está en su despacho? —preguntó Rivas a Grassilli.

—Yo, al menos, no la encuentro.

—¿No estaba en la caja esta mañana?

—No —dijeron Clark y Cho.

—¿Y no estará en otro despacho? ¿No se habrá traspapelado? —preguntó Rivas.

—Que yo sepa, no —contestó Cho.

—Yo no la saqué —dijo Battles.

—Compruébenlo.

Todos asintieron.

—¿Hay copia? —preguntó Rivas a Grassilli, quien repuso con un suspiro:

—Era una cinta de vídeo, señoría. Aquí no tenemos el equipo necesario para copiarla y la estaban usando los letrados mientras preparaba esta vista, que, como sabe usía, se ha acelerado. Tenía intención de encargar la copia cuando acabase.

—¿Y la policía de Seattle? ¿Tienen ellos copia?

—Lo dudo —dijo el fiscal—. Nosotros nos hicimos con la jurisdicción de manera casi inmediata.

—Pues más les vale averiguarlo.

—Les preguntaré —aseveró Cho con gesto poco optimista.

Rivas miró a Grassilli antes de hacer una pirámide con las manos y llevarse los dedos a los labios, pensando quizá, aunque sin expresarlo, lo que estaban pensando todos los demás. La situación planteaba un problema muy peliagudo a la fiscalía, sobre todo con vistas a un posible consejo de guerra, procedimiento en el que se exigía que se probara la culpabilidad del acusado

de un modo mucho más indiscutible.

—Señoría —dijo Cho—, puedo demostrar la existencia de la cinta mediante el testimonio de Archibald Issa, el dueño de la tienda de veinticuatro horas, y tanto él como la inspectora Crosswhite pueden declarar que vieron en ella a Laszlo Trejo.

Rivas meneó la cabeza y bajó las manos.

—Sin la cinta, al señor Trejo y su abogada les será imposible poner en duda de manera eficaz nada de cuanto diga la inspectora Crosswhite respecto de la grabación. No pienso permitir una cosa así. Además, le garantizo que quienquiera que presida un ulterior consejo de guerra considerará que la ausencia del vídeo supone un obstáculo al derecho que otorga la Sexta Enmienda al señor Trejo de refutar e interrogar no solo a la inspectora Crosswhite y al señor Issa, sino a cualquier otra persona que pueda usted llamar a declarar.

—Podríamos llamar al señor Issa para que diga que recuerda haber visto al señor Trejo en su tienda.

—¿Y lo recuerda a él en concreto independientemente de lo que vio en la cinta? ¿No será más bien por la llamada que recibió al respecto y por haber visto a continuación la grabación? ¿Cuándo ocurrieron los hechos? ¿Hace ya casi tres semanas? ¿Se acordará de cualquier otro cliente? —Hizo un movimiento de negación con la cabeza antes de decir con voz más enérgica—: Aunque recordara haber visto al acusado en su establecimiento, falta la mejor prueba. Eso no resuelve su problema y, dado que, por lo que tengo entendido, la cinta de vídeo es lo que relaciona el resto de las pruebas, como la importancia del recibo que se encontró en el coche, aun en caso de que superen esta vista, les será imposible ganar en un consejo de guerra, donde tendrán que demostrar su culpabilidad más allá de toda duda.

Cho señaló a Battles con un dedo.

—No cabe duda de que la fiscalía devolvió las pruebas ayer por la tarde ni de que ella las pidió y las vio en su despacho después de eso. Acaba de reconocer que fue la última en tenerlas. Eso es indiscutible.

Battles negó con un movimiento de cabeza.

—También he dicho que no recuerdo haber visto la cinta y tengo que decir que me ofende la insinuación. Después de eso, devolví la caja al despacho de Bob.

—Cosa que no confirma la hoja de registro —apuntó Cho.

Rivas miró a Grassilli, que hizo un gesto negativo a regañadientes. Battles fue consciente de que lo había puesto en una situación incómoda y se dolió de haberlo hecho.

Cho se enfrentó a Battles y el secretario quedó entre ambos como un empresario situado entre dos púgiles durante una rueda de prensa previa al combate.

—Yo dejé la caja en la silla de Bob —dijo la abogada—, pero puede que la cinta ya no estuviera allí cuando yo la pedí.

Cho apretó los dientes mientras decía:

—Esa es la mayor tontería...

—Ya está bien —atajó Rivas. Cho se volvió y ladeó la cabeza con gesto desafiante. Daba la impresión de que alguien hubiese dejado de pronto sin aire el despacho y nadie pudiera respirar—. Por desgracia, teniente, es deber de la fiscalía conservar las pruebas a todo trance.

—¡Y lo hemos hecho! —espetó el interpelado—. La hoja de registro lo demuestra. Dado que fue la defensa la que las tuvo en su poder por última vez, si se han perdido o destruido, las sospechas deberían recaer sobre ella y cabría hacer toda clase de argumentaciones negativas contra su defendido.

Rivas meneó la cabeza.

—Eso quedará para otra vista. De todos modos, sigue teniendo el mismo problema: nadie va a convocar un consejo de guerra contra nadie basándose en la *supuesta* deshonestidad de su abogado. Dado que el señor Trejo estaba encerrado en el calabozo de la base conjunta Lewis-McChord, es evidente que él no puede estar implicado. Como ya le he dicho, es posible que pueda superar esta vista del artículo 32, pero el consejo de guerra va a ser harina de otro costal.

La magistrada se detuvo, pensando quizá en las ramificaciones políticas que podría tener el que la fiscalía no diese con la grabación, y agitó la cabeza como para espantar semejante idea.

—Voy a dar al fiscal veinticuatro horas para encontrar la cinta o una explicación para su desaparición. La vista quedará suspendida hasta entonces. Si no aparece, no tendré más remedio que emitir mi fallo con el resto de pruebas. Si desea presentar una moción a fin de que la presunción de conducta indebida recaiga sobre la abogada de la defensa, puede hacerlo. Mientras tanto, me ocuparé de hablar por teléfono con la policía de Seattle. Eso sí, yo registraría bien sus despachos.

Cho y Clark salieron de la sala tras Grassilli. Battles los dejó pasar antes de dirigirse a la puerta.

—Teniente Battles —la llamó Rivas.

Ella se detuvo para darse la vuelta, convencida de que sabía de antemano lo que le iba a decir. Ella era la última persona que había tenido la caja de las pruebas y las consecuencias de la pérdida de la cinta la afectaban de forma directa.

—Yo consideraría seriamente la idea de buscar otro abogado para el señor Trejo —dijo la jueza— y quizá también para usted.

Battles corrió a su despacho y cerró la puerta, aunque no permaneció así mucho tiempo. Brian Cho irrumpió en la sala sin llamar siquiera.

—¿Tan importante es derrotarme que quieres poner en juego tu carrera?

Battles lo encaró diciendo:

—¿Quieres dejar de pensar siempre en lo mismo? Esto no va contigo.

Cho dio un paso más hasta quedar a unos centímetros de ella.

—Tienes toda la razón del mundo: no va conmigo, sino contigo. De lleno. Vamos a presentar esa moción y, después, tengo intención de lanzar una bomba E en Washington D. C. Trejo no va a ser el único que se exponga a un consejo de guerra.

Una bomba E era una demanda ética presentada ante el despacho de la auditoría de guerra en el Pentágono y una amenaza así no se lanzaba ni se tomaba a la ligera. A los oficiales encargados de llevar a cabo las investigaciones los apodaban *los Caraconos* porque, como los protagonistas de la película, eran inteligentes, pero tenían poco sentido común y carecían por completo de sentido del humor.

—¡Pues hazlo! —exclamó ella tensándose. Si Cho pretendía intimidar, había buscado a la persona equivocada—. Yo no tengo la puta cinta y, cuando la encuentres encima de tu escritorio o en la cama de Clark, puedes meterte las disculpas por donde te quepan.

Cho dio la impresión de estar a punto de reaccionar y Battles deseó que lo hiciera, dispuesta a destrozarle la nariz y sacarlo de allí a patadas para que no pudiese caminar derecho en una semana antes de que llegara a ponerle una mano encima.

—Señores abogados. —Rebecca Stanley entró en el despacho y Cho corrió a dar un paso atrás—. ¿Pasa algo?

—No, señora —respondió el fiscal.

—En ese caso, deberían dedicar su tiempo a buscar esa cinta de vídeo, ¿no?

Cho asintió sin palabras. Cuando salió del despacho al pasillo, parecía una tetera de agua a punto de romper a hervir.

—Teniente —dijo Stanley.

Él se dio la vuelta con la quijada palpitante.

—Cierre la puerta, por favor —ordenó.

Cho alargó la mano y tiró hacia sí de la puerta de Battles, a quien antes fulminó con la mirada.

Tras unos segundos, Stanley se volvió para dirigirse en tono calmado a la abogada.

—¿Quiere decirme qué ha pasado?

Battles meneó la cabeza mientras respondía:

—No tengo ni idea.

—¿Es verdad que fue la última que tuvo la caja?

—Pedí que me la trajeran anoche. Bob dijo que tenía todas las pruebas importantes y me pareció más fácil sacar toda la caja.

—¿Se la trajo él?

—Sí.

—¿Y la devolvió?

—Sí, a las once más o menos.

—Pero Bob ya no estaba allí.

—No. Le dejé la caja en la silla. No es la primera vez que lo hago así.

—Puede ser, pero eso no es lo que dicta el reglamento, Leah. El secretario judicial se encarga de la custodia física de las pruebas relativas a la vista del artículo 32 y es responsable de ellas.

—Lo sé.

—Ha puesto a Bob en una situación muy comprometida. —Stanley exhaló aire—. ¿Y ni siquiera sabe si estaba en la caja?

—Yo no recuerdo haberla sacado de la caja ni, desde luego, pude ver anoche la grabación.

—¿Y no visionó la cinta?

—Anoche, no.

—Así que no lo sabe.

—No puedo decir con seguridad que la viese, no.

Tras varios segundos, Stanley adoptó un tono solemne para decir:

—Sin embargo, fue usted la última persona que tuvo la caja de pruebas.

Battles se tomó un momento para pensar en la víspera. Cho entró para pincharla y la caja con las pruebas estaba encima de la mesa. Midió sus palabras antes de responder. Sabía que, en adelante, iba a tener que medirlas todas.

—Yo fui la última persona que la tuvo, sí.

Stanley dejó caer las manos.

—Entonces, rece por que Cho encuentre esa cinta, Leah. Más le vale que todo esto sea un malentendido, porque Lopresti quiere ver la cabeza de alguien puesta en la picota de cara al público y, si no puede tener la de Trejo...

Aunque no acabó la frase, ambas sabían bien de quién era la cabeza que iba a exhibir Lopresti y, desde luego, no se trataba de la de Stanley.

Del entró en el ascensor de la comisaría cansado y emocionalmente agotado. Después de estudiar el correo electrónico y los mensajes de Allie, había acudido al trabajo. Necesitaba

pensar en otra cosa y el trabajo siempre se lo había permitido. Aquella noche, sin embargo, había sido muy lenta, lo que le había dejado tiempo para pensar en la conversación de su sobrina y en lo que podría haber ocurrido si le hubiese destruido el teléfono en el momento de ingresar en la clínica de desintoxicación.

Decidió esperar antes de poner a su hermana al corriente del contenido de los correos y los mensajes. Pensó que iría a verla al día siguiente, antes de trabajar, y les preguntaría a los gemelos si sabían algo de ese tal J-Man. Quizá pudieran darle, al menos, su verdadero nombre.

Salió del ascensor y echó a andar por el aparcamiento vigilado en el que dejaban los inspectores sus vehículos particulares y guardaba el cuerpo los coches oficiales. En las vigas de hormigón brincaban y arrullaban las palomas, ajenas por completo a las vallas de púas y al insistente ronroneo de los automóviles de la autopista I-5. Aunque apenas quedaba ninguno de los de los inspectores, Del no la habría pasado por alto si el lugar hubiese estado abarrotado.

Celia McDaniel estaba apoyada en el maletero de su Impala y parecía una modelo de catálogo de ropa. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros con botas negras hasta la rodilla, una camisa de seda blanca bajo la chaqueta vaquera y una bufanda blanca y negra que le envolvía el cuello con elegancia.

Del se detuvo en seco, confundido al verla allí y a esas horas de la noche. Su cerebro extenuado intentó buscar un motivo que justificara su presencia.

—¿Celia? ¿Qué haces aquí?

—He supuesto que este debía de ser tu coche. —Se apartó del Impala para admirarlo—. Desde luego, sí que eres de la vieja escuela.

Él reparó en la cesta de mimbre para meriendas campestres que descansaba sobre el maletero.

—En algunas cosas, supongo que sí.

—Me gusta. Yo también soy de la vieja escuela. —Su sonrisa transmitía una calidez y una sinceridad que Del no había conocido en años.

—Pues no lo pareces.

—¿Ah, no?

—Das la impresión de tener veintiocho años.

Ella sonrió aún más.

—Es una de las ventajas de ser negra. Que no nos salen arrugas.

—¿Perdona? —Del tuvo que contener una carcajada.

—A los negros no nos salen arrugas. ¿No lo habías oído nunca?

Del soltó un suspiro sin saber bien qué decir.

—Tengo cuarenta y uno —dijo ella—, pero por mi piel parece que no haya cumplido los treinta. Ni una arruga. A mi madre y a mí nos tomaban por hermanas. A mí me repateaba hasta que me di cuenta de que algún día llegaría a los cuarenta.

—Ah —dijo él al comprenderlo—. A mi madre y a mí nunca llegaron a tomar por hermanas.

Celia se echó a reír, tomó la cesta y se acercó a él. Los dos se miraron como dos críos de instituto.

—No tengo nada más sobre el camello de Allie. Solo una dirección de correo electrónico, pero ni siquiera sé su nombre.

—Ya lo averiguarás. —Levantó la cesta—. Me he imaginado que no habrías comido.

—Son las doce y media de la noche.

—Lo sé. De hecho, recordaba que me habías dicho que salías a las doce. ¿Qué hacéis para

tener que quedaros media hora más? Suponía que cuando diesen las doce saldrías corriendo de ahí como si hubiera un incendio.

Del cayó entonces en que la presencia de McDaniel no tenía nada que ver con el caso de su sobrina. Celia sabía que había tenido un día de perros debido al examen de los archivos procedentes del ordenador y el teléfono de Allie y se había afanado en hacer que se sintiera mejor y que supiese que se preocupaba por él.

—Es que Faz estaba esperando a su mujer... Pero ¿y tu juicio?

—Se acabó. Poco después de hablar contigo, me llamó el abogado defensor para decirme que aceptaba mi última propuesta de acuerdo. Así que volvimos a la sala de vistas para que constase en acta.

De manera que no tenía que trabajar.

Celia levantó el paño de cocina a cuadros blancos y azules que cubría el contenido de la cesta.

—En realidad, no he traído nada especial: pan francés, jamón, salami, queso y aceitunas de varias clases.

—Pero ¡bueno! A mí, desde luego, no se me ocurre nada más especial —aseveró Del sin mirar siquiera dentro de la cesta.

—Suponía que la comida italiana sería una apuesta segura. La pena es que no tenemos nada que beber, conque espero que tengas un buen vino de Italia para acompañarlo.

—Seguro que encontramos algo —aseguró él.

CAPÍTULO 25

A la mañana siguiente, Leah Battles tuvo la sensación de que el soldado de la policía naval que vigilaba la entrada de Charleston tardó el doble de lo necesario en estudiar su documentación, aunque era muy consciente de que podía ser la paranoia que se había apoderado de ella tras la vista del artículo 32. Los rumores corrían como la pólvora por la base naval y no le cabía duda de que todo el mundo debía de estar hablando ya de la cinta perdida y haciendo conjeturas sobre lo que habría sido de ella. Aquel había sido el motivo que la había llevado a levantarse aquella mañana para ir a trabajar como estaba previsto. Su madre le había asegurado, estando ella en el instituto, que su ausencia decía tanto como su presencia. Y ella tenía la intención de estar presente.

Cuando franqueó la puerta del edificio de la DSO, se volvieron a mirarla Darcy, la recepcionista, y otras dos personas que había de pie ante su mesa. Todos daban la impresión de haberse visto sorprendidos con las manos en la masa. Interrumpieron su conversación y los otros dos se dieron la vuelta lentamente y se alejaron. Battles saludó a Darcy con una inclinación de cabeza y se dirigió a su despacho esperando la respuesta de costumbre de la recepcionista, pero la misma no llegó nunca.

Se metió en el despacho, cerró la puerta y se tomó unos instantes para estudiar cuanto la rodeaba. La decoración de aquel lugar constituía una mezcla estudiada de hogar y trabajo que ella había sentido como su santuario desde siempre, un refugio en el que se sentía fortalecida. Ese día, sin embargo, le pareció extraño, aislado y claustrofóbico. Tenía ganas de dar media vuelta e irse de allí, pero sabía que no podía ponérselo tan fácil a los otros. Por tanto, encendió las luces fluorescentes del techo con la esperanza de que su brillo ahuyentara parte de la melancolía que amenazaba con apoderarse de aquel espacio, y se puso el traje de fajina.

Sentada a su escritorio, pulsó el teclado de su ordenador y, cuando el cuadro de diálogo de costumbre le pidió su nombre y su contraseña, introdujo ambos. Mientras arrancaba el equipo, acabó de ajustarse el uniforme y las botas negras. A continuación, metió la llave en el cajón donde guardaba los expedientes en los que estaba trabajando y lo abrió. Estaba vacío. Miró el monitor de su ordenador y vio que el sistema no reconocía su nombre ni su contraseña.

Renegó entre dientes y volvió a teclear ambos, por más que el cajón vacío dejara evidente que no se trataba de un error. La pantalla le negó de nuevo el acceso. Se reclinó en su asiento tratando de asimilar lo que había ocurrido. Nunca había oído de un abogado al que hubiesen arrebatado los expedientes con tanta rapidez. En virtud del secreto profesional entre el defendido y su representante, se exigía que fuera aquel quien renunciara a este. Sin embargo, solo había una explicación posible: le habían bloqueado el acceso y se habían llevado sus papeles.

¡Y ella, que pretendía estar presente!

Alguien llamó con prudencia a la puerta y la sacó de sus pensamientos.

—Adelante.

Darcy asomó la cabeza con la sonrisa tímida que suele reservarse para los funerales.

—¿Qué hay, señora?

Battles estuvo a punto de responder: «Un ascenso no, desde luego», pero no tenía intención de hacerse la derrotada, de modo que le devolvió la sonrisa y dijo:

—¿Ahí fuera? Cielo y tierra, Darcy. Ya te avisaré cuando falte uno de los dos.

La secretaria entró y cerró la puerta.

—¿Cómo lo lleva, señora? —Los miembros de la clase de tropa usaban siempre el tratamiento de *señora* en señal de respeto a la hora de dirigirse a las oficiales navales.

—Bien. Gracias por preguntar. ¿Cómo van los chismes por ahí?

Darcy se acercó a una de las esquinas del escritorio de su superior.

—Todo el mundo está comentando lo que ha ocurrido.

—¿Y cuál es el veredicto? ¿Soy culpable? —El ordenador díscolo y el cajón vacío parecían responder la pregunta.

La secretaria hizo un mohín compungido y Battles se las compuso para dedicarle otra sonrisa.

—No te preocupes, Darcy.

—Yo no lo creo, señora —corrió a decir la otra—. No me lo creí cuando me lo contaron y ahora tampoco. Quería que lo supiera.

—Te lo agradezco.

—¿Va a seguir en el caso?

—Hasta que me digan lo contrario. —Sabía que podían hacerlo de un momento a otro.

—Avíseme cuando se nos caiga el cielo encima.

—Cuenta con ello.

En ese instante sonó el teléfono de encima del escritorio.

—La dejo que siga entonces —dijo Darcy. Sonrió mientras abría la puerta del despacho para salir, pero el gesto estaba cargado de tristeza, como si contemplara por última vez a un preso del corredor de la muerte antes de su ejecución.

Battles miró el reloj de la pared. Las nueve y un minuto. Darcy bien podía estar en lo cierto.

Con dos chiquillos de nueve años en la casa de su hermana, Del dudaba que fuera posible guardar muchos secretos, sobre todo en lo concerniente a novios. Tenía razón. Mark y Stevie identificaron de inmediato a J-Man como Jack Welch, un muchacho del curso superior del instituto Ballard que, según le contaron, se había pasado seis meses babeando detrás de Allie.

—Es un pringado —aseveró Stevie moviendo una mano con gesto de desdén—. Toca en un grupo.

—Son malísimos —añadió Mark abriendo los ojos de par en par—. Una vez lo vimos actuar en un concurso de talentos del instituto de Allie. Se pasó el rato así. —El crío se bajó de un salto del sofá y se puso a aporrear con furia las cuerdas de una guitarra imaginaria y a agitar la cabeza con tanta fuerza que Del temió que se quedara sin ella.

—Fue horrible —coincidió Stevie—. El cantante era tan malo que ni siquiera se le entendía. —El pequeño se sumergió también en una imitación alocada mientras mascullaba la letra de una canción inventada.

—¿Cuándo fue la última vez que lo visteis por aquí? —preguntó su tío.

—Mamá no lo deja venir. —Stevie recalcó sus palabras—. Lo odia.

—Es un pringado —repitió Mark antes de dejarse caer sobre los cojines del sofá.

Del también sospechaba lo mismo. De todos modos, acababa de poner nombre a J-Man.

Battles se sentó frente a la mesa de Rebecca Stanley, cuyo despacho se encontraba en el mismo pasillo. Stanley parecía la madre de una joven a la que hubiese invitado al baile de fin de curso un joven por el que no sintiera aprecio alguno. La abogada decidió adoptar la misma postura que cuando la llamaban al despacho de la jefa de estudios del colegio católico femenino en el que había cursado la secundaria. No pensaba empezar a defenderse hasta que se hubiesen formulado los cargos que había contra ella y se hubieran presentado las pruebas que los respaldaban.

—¿Ha sido usted quien me ha quitado los expedientes? —preguntó.

—Sí.

—Con el debido respeto, habría que notificarlo a los clientes que estaba defendiendo y...

Stanley levantó una mano.

—Ya lo he hecho y todos se han mostrado de acuerdo en buscar otra abogada. Lo siento, Leah, pero nos encontramos en circunstancias muy poco comunes. Anoche hablé con el oficial al mando.

—¿Y...?

—Le dije que se te acusa de algo que no casa con tu carácter. Sin embargo, quiero que sepas que puede que mi opinión no tenga mucho peso.

Battles sabía que la pérdida de la cinta estaba llamada a provocar no poca tensión entre departamentos y Stanley era la responsable de la gestión del suyo.

—De manera que Brian me ha denunciado.

—Ha dejado caer una bomba E esta misma mañana y creo que más nos vale buscar un refugio antinuclear. Dada la naturaleza del delito, Cho está sometido a una gran presión para llevar a Trejo ante un consejo de guerra. La desaparición de la cinta... El oficial al mando dice que nos preparemos para una investigación. Me han dicho que van a venir los NCIS para interrogarnos a todos.

Battles asintió sin decir palabra.

—En teoría, una vista del artículo 32 debería ser solo un trámite más, pero Lopresti lo ha convertido en algo mucho más importante de cara al público y la prensa. Tenía la esperanza de que propiciara una resolución y aplacase la indignación del público. Ahora le ha estallado todo en la cara y no se lo ha tomado muy bien.

—Trejo no va a declararse culpable. Se lo he explicado todo, los cargos y sus posibles ramificaciones. He estudiado todas las pruebas con él y le enseñé la cinta. Hasta le dije que no podía hacer nada que mejorase el trato que le ofrecían, pero no piensa aceptarlo.

—¿Has hablado con su mujer?

Battles asintió.

—Dice que aquel día Trejo estaba en casa, pero me da la impresión de que lo está encubriendo.

—Que él le dio instrucciones de decir que estaba en casa.

—Eso creo.

—Él no tenía manera de saber que la cinta iba a desaparecer, ¿verdad? —Stanley entornó los ojos y arrugó la frente.

La abogada se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Es imposible que tuviera esa impresión por nada que haya podido decir yo.

—En fin, se nos ha planteado un buen quebradero de cabeza y el público quiere ver rodar cabezas en la Armada.

—Y Lopresti quiere una cabeza que cargue con las culpas del resto. La mía. Me hago cargo. —Battles había tenido causas difíciles, pero siempre con la red de seguridad que le

brindaba el saber que podía desligarse de todo una vez hecho su trabajo. En ese momento, sin embargo, la situación era muy diferente, porque esa vez era ella la que tenía mucho que perder—. De todos modos, si a usted y al oficial al mando no les importa, yo prefiero conservar la cabeza sobre los hombros.

—Eso espero —respondió Stanley—. Lopresti me ha pedido que consiga y revise la grabación de seguridad de la DSO correspondiente a anteanoche y que lo llame de aquí a una hora más o menos para informarlo al respecto.

Battles sabía que la cámara estaba colocada sobre la puerta principal a fin de cubrir el vestíbulo y sospechaba que Stanley no había revelado nada más sobre el contenido de la grabación porque no le resultaba muy favorable.

—¿Puedo verla?

—No sé por qué no.

Stanley necesitó unos minutos para cargar el vídeo en su ordenador. Giró el monitor cuarenta y cinco grados para que pudieran verlo las dos. Aunque la cámara, en blanco y negro, captaba a todo aquel que entrase o saliera del edificio, el ángulo en que estaba situada solo permitía ver la coronilla de quienes quedaban registrados. Si entraban en el edificio con sus «arándanos» anchos y la gorra, resultaba difícil distinguirlos.

—Pedí que me copiasen la grabación desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana siguiente.

Ninguna de las dos tenía intención de visionar las ocho horas. Stanley hizo avanzar el vídeo a cámara rápida. A las diez y treinta y uno se veía a Cho recorrer el pasillo para detenerse delante del despacho de Battles, llamar antes de entrar y cerrar la puerta tras de sí.

—Ese fue el momento en que entró Brian para averiguar si Trejo pensaba confesar —dijo Battles.

—¿Cuando vio por última vez la caja de las pruebas?

—Sí, todavía la tenía yo.

A las diez y treinta y siete volvió a aparecer Cho y se detuvo frente a la puerta de la abogada. Parecía estar sonriendo. Llevaba en las manos su gorra, su «tapadera», como la llamaban en la Armada. Luego meneó la cabeza, se colocó la gorra y salió del edificio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Battles—. ¿Estaba sonriendo?

—No lo sé. —Stanley la miró fijamente antes de volver a centrarse en el ordenador y accionar de nuevo el botón de avance rápido.

A las diez y cuarenta y nueve salió Battles de su despacho con la caja de las pruebas, que tenía la tapa en su lugar. Se alejó con ella de la cámara en dirección a las escaleras que llevaban al despacho de Bob Grassilli, situado en la planta alta, delante de la sala de justicia.

—Ese es el momento en que devolví la caja de pruebas.

—Por desgracia, no sabemos si la cinta seguía dentro.

En la grabación, Battles regresaba a su despacho y, minutos después, salía vestida con ropa de ciclista y una mochila mientras se abrochaba el casco.

—La mochila tampoco nos ayuda —aseveró Stanley.

Nadie más volvió a entrar ni a salir del edificio hasta las once y tres minutos, cuando apareció el conserje civil empujando un carrito con el cubo de la basura. Stanley pulsó un botón y los movimientos del hombre se volvieron semejantes a los de una película de Charlie Chaplin.

—¿Puede ponerlo más lento? —rogó Battles.

Su superior hizo lo que le pedía y vieron al conserje meterse tras la mesa de la recepción y luego entrar y salir de los despachos de la planta baja vaciando las papeleras. Después, salió del

edificio, presumiblemente para tirar la basura, que a continuación iría a la incineradora. Stanley volvió a activar el avance rápido y paró la grabación cuando volvió el mismo hombre con una aspiradora y un cubo de artículos de limpieza. Dejó la primera en la entrada y se dirigió con el segundo pasillo arriba, hacia los aseos. Stanley siguió avanzando hasta que regresó el conserje, dejó sus utensilios sobre la mesa y se puso a pasar la aspiradora. Cuando acabó, salió del edificio, esta vez de forma definitiva.

No volvió a entrar ni a salir nadie hasta que, a la mañana siguiente, llegó el personal que trabajaba en el edificio. Cho fue uno de los primeros. A las siete y cuarto pasó delante de la recepción y se dirigió por el pasillo a las escaleras que llevaban a su despacho. Battles llegó media hora después. Aquí acababa la grabación.

La abogada se reclinó en su asiento.

—El despacho de Cho está en la planta de arriba, cerca del del secretario judicial.

—Sí, pero él salió antes de que tú devolvieses las pruebas.

—Pero si la cinta no estaba ya en la caja...

Stanley meneó la cabeza.

—Eso sería arriesgarse muchísimo a que tú buscaras la cinta y no la encontrases... y no tenemos nada que confirme que fuese así. —La superior volvió a poner el monitor como estaba—. Los NCIS han hablado con el conserje, que no recuerda haber visto ninguna cinta de vídeo en tu escritorio ni en el suelo y asegura que en cualquier caso él no la habría tocado.

Battles asintió.

—¿Y todo esto adónde nos lleva?

La otra se encogió de hombros.

—Trejo ha pedido otro abogado y le he asignado a Kevin Cipoletti. —Dicho abogado ocupaba el despacho situado frente al de Battles—. Dadas las circunstancias, es mejor así, Leah. Si vuelven a convocar la vista del artículo 32, no es conveniente que representes a Trejo, por no decir que la investigación ética te va a tener ocupada.

—¿Tienen intención de volver a convocar la vista?

—No lo sé, pero tengo entendido que Cho va a argumentar que puede usar otras pruebas para tratar, al menos, de demostrar que hay causa probable. Puede que esté en lo cierto, pero esa decisión la tiene que tomar la oficial encargada de la vista preliminar. Yo tengo una reunión telefónica con Lopresti y el fiscal mayor esta misma mañana. No sé en qué va a quedar la cosa, ni siquiera sé si han tenido tiempo de tomar una determinación.

—¿Con respecto a la investigación ética, quiere decir?

—Entre otras cosas. De todos modos, tampoco estoy segura de que vayan a conformarse con eso, Leah. Si llegan hasta ahí y no encuentran una explicación mejor para la desaparición de la cinta, podrían convocar un consejo de guerra contra ti por negligencia y obstrucción.

Y eliminar de un plumazo todos los motivos que la habían llevado a sentar plaza en la Armada: ganarse la vida, participar en juicios, servir a su nación y ganarse una pensión. Soltó aire.

—¿Y hasta entonces qué se supone que debo hacer?

—Hasta que tomen la decisión que sea, puedes hacer trabajo de oficina o tomarte los días de permiso que tengas acumulados. Teniendo en cuenta el ambiente que hay aquí, yo no renunciaría de entrada a esto último. De todos modos, no tienes que decirme ahora qué has decidido.

—No se preocupe por eso —dijo Battles, pensando de nuevo en el consejo de su madre sobre la conveniencia de estar presente y lo que aquello comportaba—. No tengo intención de tomarme ningún permiso. Si tengo que estar mano sobre mano en mi escritorio, que así sea, pero

pienso venir aquí a diario hasta que me lo prohíban.

Cuando llegó al trabajo, Del buscó a Jack Welch en el sistema. El muchacho había cumplido los dieciocho durante el curso escolar, de modo que ya era mayor de edad. No lo habían detenido nunca. Lo había buscado en Google y había dado con una página de Facebook. Tocaba la guitarra en un grupo llamado Chaos. En las fotos que había colgado se parecía mucho al drogadicto que ilustraba los mensajes recibidos por Allie, tan en los huesos que era todo un misterio que siguiera con vida.

—Escucha esta basura —le dijo a Faz antes de hacer que por los altavoces de su ordenador comenzase a salir un ruido semejante al que haría un puñado de gatos caminando sobre cuerdas de guitarra—. Por lo visto a esto lo llaman música. —Lo apagó—. Y yo que pensaba que Stevie y Mark estaban exagerando cuando decían que el grupo era de pena. Me cago en... ¡Si ellos sonaban mejor imitándolos!

También averiguó que no vivía lejos de Allie. Quería sacarlo del instituto y llevarlo al centro para interrogarlo.

—Son ganas de complicarse la vida —dijo su compañero echando hacia atrás su asiento—. Vamos directamente a su casa. A lo mejor quiere hablar. O puede que hablen sus padres.

Del recorrió de un lado a otro el espacio de trabajo situado en el centro de las mesas de los cuatro integrantes del equipo A. Tracy todavía no había llegado y Kins estaba de baja médica, porque al fin le habían operado la cadera.

—Tiene dieciocho años, así que no necesitamos permiso de sus padres.

—Pero si pide un abogado o sus padres le buscan uno, no vamos a sacarle nada —dijo Faz—. Esperemos que esté asustado. ¿Tú no lo habrías estado con dieciocho años? Mira, muchos de los padres se conocen. Tenían que conocer a Allie. Creo que deberíamos usar a sus padres en vez de enfrentarnos a ellos. El que nos interesa no es él, Del, sino su camello y el fulano para el que venda su camello.

—¿Y si los padres no quieren cooperar?

—Entonces hacemos lo que tú has dicho, siempre que podamos demostrar que fue él quien le dio la droga. Por lo menos tenemos bastante para traerlo aquí e interrogarlo.

—Está bien, pero si fue él quien le dio a Allie la heroína que la mató, me voy a encargar de que Celia McDaniel lo acuse de homicidio con sustancias ilegales.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Faz—. Primero, vamos a ver si habla.

—¿Si habla quién? —Tracy dejó la mochila en su asiento.

—¿Habéis encontrado al camello?

—He encontrado al tío que conoce al camello.

Faz puso cara de haber caído en algo.

—Un momento. ¿Qué haces tú aquí? ¿Habéis acabado en un día la vista del artículo 32? —preguntó con todo escéptico.

—Y que lo digas —repuso ella—. ¿Te acuerdas de la cinta de vídeo que conseguimos Kins y yo en el veinticuatro horas?

—¿La cinta en la que aparecía Trejo comprando bebida energética?

—Pues ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —intervino Del.

—Que el fiscal de la Armada no la encuentra, ni tampoco el secretario judicial que tenía que custodiar todas las pruebas.

—¿La han robado? —preguntó Del.

Los dos fueron a hablar al mismo tiempo cuando Tracy los cortó.

—Todavía hay más. La abogada de la defensa fue la última que tuvo las pruebas y nadie tiene copia.

—¿Nosotros tampoco? —quiso saber Faz.

Tracy negó con la cabeza.

—No nos dio tiempo. ¿No ves que la Armada reclamó enseguida la jurisdicción? Les dimos todo lo que teníamos. El fiscal decía que iba a hacer la copia después de que acabase la vista.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Faz.

—Buena pregunta. La oficial encargada de la vista preliminar le ha dado al fiscal lo que queda de día para encontrar la cinta.

—¿Y luego?

—Ni idea.

—¿Crees que Trejo podría salirse de rositas?

—No lo sé, pero esa cinta era una prueba decisiva. Sin ella, no tengo claro que la fiscalía pueda situarlo en Seattle en el momento del siniestro. Si no lo consigue, no sé cómo van a demostrar que era él quien conducía.

—La abogada de la defensa... ¿Cómo se llamaba? —preguntó Faz.

—Battles, Leah Battles.

—Eso. ¿Qué ha dicho?

—No niega haber tenido las pruebas la víspera, aunque tampoco puede asegurar que la cinta estuviera en la caja con el resto. Puede que sí, pero dice que ella no la sacó aquella noche. Dice que dejó la caja en el asiento del secretario judicial ya tarde, mucho después de que él se hubiera ido a casa.

—Eso suena a trola —dijo Faz.

Tracy se encogió de hombros.

—Puede ser, aunque, dadas las posibles consecuencias, no sé qué sentido puede tener extraviar la cinta.

—Con ella era imposible que ganara.

—Es verdad, pero tampoco es estúpida. Es una mujer de armas tomar, desde luego, pero no parece tener un pelo de tonta. Hizo que le llevaran las pruebas a su despacho y el fiscal las vio allí cuando fue a hablar con ella. Si tenía pensado hacer algo así, habría sido más discreta, ¿no?

—La gente se pasa el día haciendo estupideces —dijo Del—. Por eso a nosotros no nos falta trabajo.

—De todos modos, eso no es fruto de un arrebato. Habría tenido tiempo de pensarlo. ¿Qué podía querer ganar con algo así?

Faz preguntó:

—Y si ella no se la ha llevado, ¿quién habrá sido?

—¿Y por qué? —dijo Del—. No sé, Tracy, pero da la impresión de que la única que tiene un móvil es ella.

—Para responder a tu primera pregunta, la de quién ha podido llevarse la cinta, supongo que cualquiera que tenga acceso al despacho del secretario judicial.

—¿Es decir...? —insistió Faz.

—No lo sé todavía, pero todo apunta a que no cierra con llave.

—De manera que cualquiera.

—Cualquiera que tenga un motivo —dijo Del.

Tracy miró el reloj de su muñeca.

—Tengo reunión con Clarridge, Cerrabone y Dunleavy para hablar de la posibilidad de que la policía vuelva a hacerse con la jurisdicción de la causa.

—Sin la cinta dudo mucho que lo permitan —dijo Faz.

—Yo también. —La inspectora se detuvo a pensar—. Voy a hablar con ella, con Battles, a ver qué sabe.

—¿Y por qué va a querer ella hablar con nosotros? —preguntó Del—. Sobre todo si es verdad que se ha llevado la cinta.

—A lo mejor no quiere, pero si no fue ella, las dos tenemos el mismo objetivo.

—La familia de D'Andre Miller va a ponerse hecha una furia —dijo Faz.

—Ya está que trina —aseveró Tracy—. La vista se descontroló y la madre me miró como si hubiese estado imaginando algo así desde el principio. —Volvió a mirar la hora—. No me apetece nada ir a informar a Clarridge y a Dunleavy, tienen que estar hechos un basilisco, pero menos ganas tengo de ir a hablar con la familia.

CAPÍTULO 26

Jack Welch vivía en una calle muy parecida a la de Allie, con casas unifamiliares en un barrio de clase media con jardines modestos y follaje. Los coches que había aparcados al lado de la acera apenas dejaban espacio para que pasase un solo vehículo. De los habitantes de esas casas no se esperaba que tuviesen hijos enganchados a la heroína. Se suponía que los yonquis vivían en el centro, en callejones oscuros y edificios abandonados, y dormían en colchones sucios rodeados de basura y roedores. Del volvió a pensar en lo que le había dicho Celia McDaniel de la epidemia, de los carteles que habían cambiado por heroína sus campos de marihuana y de la facilidad con la que podían obtenerse los opiáceos. La fiscal le había dicho que los adictos habían pasado a ser chicos buenos de buenas familias, un objetivo fácil para dichos carteles. Sintió un escalofrío.

Eran las cinco y media de la tarde y el crepúsculo había empezado a envolver la zona, acompañado de un viento ligero que agitaba las hojas de los árboles de los patios delanteros. Faz estacionó el Prius al sur de un paseo de hormigón y apagó el motor. Del y él se detuvieron a observar una casa amarilla de dos plantas con tejado a dos aguas. Las luces del interior revelaban la presencia de gente.

Del escupió una cáscara de pipa de girasol en un vaso. Aquello hacía que se sintiera de nuevo como un niño de doce años jugando en la liga infantil de béisbol. Un amigo le había dicho que había perdido casi catorce kilos comiendo pipas en vez de patatas fritas u Oreo cuando se sentaba a ver la tele y él había visto un paquete en casa de su hermana y había decidido probar. Le alegró descubrir que no eran como las que comía de niño, que solo tenían un sabor: salado. Esas, sin embargo, sabían a barbacoa y Stevie le había dicho que también las había de pimienta machacada, salsa ranchera, etcétera.

Faz lo miró desde su asiento.

—Todavía estamos a dieta, ¿no?

—Solo estoy mirando más lo que como —respondió él mientras pelaba otra pipa con la mirada puesta en la casa.

—Esto huele a barbacoa.

Del levantó la bolsa.

—Pues tienen otras de salsa ranchera y ahora también de eneldo.

—Impresionante. Espero que a los pájaros del jardín de atrás les gusten. —Dejó pasar unos segundos antes de preguntar—: ¿Llamaste a la fiscal?

Del escupió otra cáscara al vaso sin apartar la vista de la vivienda.

—Sí.

—Y volverás a verla...

—La vi anoche.

—Anoche... Si anoche trabajaste.

—Fue a buscarme después del trabajo.
—¿En serio? ¿Y cómo te fue?
—Muy bien. —Escupió otra cáscara—. Me llevó jamón y salami, pan francés y un poco de queso.
—Te estás quedando conmigo. ¿De verdad?
—De verdad.
—¿Adónde fuisteis?
—A mi casa.
Faz asintió con una sonrisa de oreja a oreja.
—Me alegro mucho, Del.
—Vaya. Ya veremos adónde llega la cosa. —Todo había ido a pedir de boca, de un modo muy sencillo y natural. Del se había mostrado intranquilo, pero ella había dejado claro que no tenía más expectativas que su compañía. Aquello le había permitido relajarse y disfrutar de la velada.
—¿Qué? —preguntó su compañero.
—¿Qué de qué?
—Que hay algo que te preocupa.
—No.
—Pues no te veo muy entusiasmado.
Del dejó escapar un suspiro.
—No lo sé. Es que... —Mantuvo la mirada en la casa—. Es que hace mucho que... No sé...
—¿Que no sales con nadie?
Del lo miró.
—Que no me acuesto con nadie.
—Vaya —dijo Faz. Pasaron unos instantes—. Oye, que es como montar en bici.
—Sí, pero... quiero decir... ¿y si se desinfla una rueda?
Faz le devolvió la mirada.
—¿Te ha pasado?
Del negó con la cabeza.
—No, no. Nada de eso.
—Pero te preocupa.
—No sé. O sea, sí. Supongo que sí. —Vaya si le preocupaba. No había tenido ninguna relación desde su divorcio.
—Escucha. Ahora hacen toda clase de pastillas. Si ves que puedes tener un problema, habla con tu médico.
—¿A ti te ha pasado alguna vez?
—¿A mí? ¡Joder! Llevo casado veintiocho años. ¿Cómo era lo de aquella película? «Se me pone dura con que sople el viento.»
—Eddie Murphy en *Límite: 48 horas*.
—Escucha, no tiene sentido preocuparse por algo que no ha pasado todavía. Porque todavía no ha pasado, ¿verdad?
Del sacudió la cabeza.
—Solo hablo de forma hipotética. —Dejó el vaso en el que había ido echando las cáscaras de pipa—. Venga, vamos a ver si está en casa Jack Welch.
—Espera.

Del siguió mirando el edificio. Estaba convencido de que Faz querría detalles sobre el resto de su noche con Celia McDaniel. Había dormido allí, porque Del no pensaba dejar que se fuese a su casa a las cuatro de la madrugada, pero no habían tenido sexo, aunque había habido contacto físico. De hecho, habían compartido cama.

—Me vas a dejar que lleve yo la voz cantante, ¿verdad? —preguntó su compañero.

Del lo miró.

—¿Qué? Sí, tranquilo.

—Del.

—Que me parece bien. Puedes hacer tú las preguntas. No me importa.

—Pues no lo parece. Yo diría que estás muy tenso.

—No, solo estaba... Estoy bien, ¿vale? ¿Cuánto tiempo llevo haciendo esto? Veamos qué tiene que decir. —Del bajó del coche.

Había una cerca blanca inclinada alrededor de un roble y una pequeña extensión de césped. A lo largo del lado izquierdo de la propiedad había un camino de hierba y gravilla. En la parte de atrás había una cochera con planta alta con ventana sobre la puerta. La escalera que subía por la fachada septentrional de la vivienda hacía pensar que arriba vivía alguien. Faz alcanzó a Del mientras este pasaba por la abertura de la valla en la que en otro tiempo había habido una puerta que en ese momento estaba apoyada contra el tronco del roble. Del tuvo la impresión de que no era efecto del desgaste. Parecía más bien que alguien la hubiese arrancado de sus bisagras de una patada.

Del subió los tres peldaños de madera de la entrada principal. La luz del porche, una bombilla desnuda, alumbraba demasiado para la toma de corriente que había arriba y emitía un zumbido irritante. Oyó la televisión del interior y percibió el olor de lo que estaban guisando antes de llamar.

Les abrió la puerta una chiquilla. Aquella pequeña de pelo liso y rubio que le caía por la espalda parecía tener nueve o diez años, la edad de Mark y Stevie. Del respiró hondo. Por más que quisiera estrujarle el cuello a Jack Welch, aquella era su familia y debía de haber sufrido tanto como Maggie y los gemelos.

—Hola —dijo Faz—. ¿Están tu padre o tu madre?

La niña volvió la cabeza y gritó hacia el interior de la casa:

—¡Mamá! Es para ti.

Del fondo de la vivienda llegó enseguida una mujer. Llevaba un paño de cocina en la mano, pero vestía traje de oficina: pantalones de vestir color crema, zapatos de tacón negros y una blusa. La rapidez con la que había llegado a la puerta hacía sospechar que había regañado antes a la pequeña por abrirle la puerta a desconocidos. «Chicos buenos de buena familia», pensó Del.

La mujer se detuvo en seco cuando vio a los dos inspectores y dio la impresión de ir a desplomarse. Se le hundieron los hombros y se le aflojó el cuerpo. Dejó caer el paño y su rostro adoptó una expresión profundamente dolorida.

—Ve a tu cuarto a leer —dijo a su hija en voz tan baja que a Del le costó oírla.

La cría no protestó ni hizo preguntas. Ya habría vivido antes aquella situación. Desapareció por el pasillo y la mujer esperó a oír cerrarse la puerta de su cuarto para hablar. Se dirigió a ellos con voz vacilante y envolviéndose el cuerpo con los brazos.

—¿Está muerto? —preguntó.

Del y Faz ni siquiera habían tenido ocasión de enseñarle sus placas identificativas.

—¿Es usted la madre de Jack Welch? —dijo Faz.

La mujer soltó un suspiro.

—Sí, soy Jeanine Welch. ¿Han venido a decirme que mi hijo ha muerto?

—No. Solo queremos hablar con él.

La mujer dejó escapar el aire que había retenido. Las rodillas le fallaron y, al dar un paso atrás, tropezó con una mesilla.

—¿Está bien? —preguntó Faz.

Jeanine Welch exhaló otro suspiro profundo y apretó los párpados como si se sintiera mareada o estuviese combatiendo un dolor de cabeza.

—¿No está en casa su hijo?

—No —respondió ella con la cabeza aún gacha y la voz suave—. No está aquí.

—¿Y sabe dónde está?

Ella volvió a respirar y alzó la vista para mirarlos.

—¿Cómo?

—¿Sabe dónde está?

—Hoy me ha llamado al trabajo. Decía que estaría en casa. No sé lo que quiere decir, porque anoche no vino.

—¿Podemos entrar? —preguntó Faz.

—¿De qué se trata?

—De Allie Marcello —dijo Del.

La mujer arrugó el entrecejo.

—¿Del instituto?

—Sí —dijo Del.

Los ojos de la mujer fueron de uno a otro de los inspectores.

—¿Qué le pasa?

—Sufrió una sobredosis —dijo Del—. Ha muerto.

—Lo sé —repuso la mujer—. Estuve en su funeral. Lo vi allí —añadió refiriéndose a Del. Parecía derrotada, pero se las compuso para mantenerse en pie—. ¿Por qué quieren hablar con Jack?

—Queremos preguntarle qué sabe de su muerte —dijo Faz.

—¿Creen que tuvo algo que ver con la muerte de Allie?

—Creemos que podría tener información relativa a su sobredosis —dijo Faz.

La mujer se tomó un instante para digerir aquella idea antes de decir:

—Pasen.

Entraron y cerraron la puerta. En el cuarto de estar, pintoresco pero desgastado, había un sofá raído y un sillón mirando al televisor. Sobre el primero había una manta y un periódico abierto. Del se preguntaba si no habría dormido allí la mujer esperando a que su hijo volviera a casa, porque en el de su hermana había visto la misma manta y periódicos muchas noches. En una mesilla descansaban desperdigadas unas cuantas revistas junto a otro diario aún envuelto en su funda de plástico. La mujer corrió a despejar el sofá y tomó el mando a distancia para apagar la televisión.

Del y Faz tomaron asiento. Ella lanzó la manta y el resto tras el sofá y recogió el paño de cocina.

—Perdón por el desastre —dijo mientras ocupaba el sillón.

—Tendría usted que ver mi casa —repuso Faz con una sonrisa educada—. Cuando estaba mi hijo, daba la impresión de que hubiera pasado un tornado.

Ella se dejó caer sobre el asiento.

—¿Por qué nos ha preguntado si su hijo había muerto, señora Welch? —preguntó Del con

prudencia para incitarla a hablar.

La mujer se encogió de hombros antes de suspirar. Parecía estar luchando por contener las lágrimas.

—Llevo ya tiempo esperando una llamada así.

—¿A qué es adicto?

—A la heroína. Hace ya un año más o menos. —Volvió a encoger los hombros y se enjugó las comisuras de los ojos con el paño—. No puedo hacer carrera de él. Hasta he pensado en echarlo de casa, pero... es mi hijo. Me preocupa la niña, el ejemplo que le está dando.

—¿Dice que no vino a casa anoche? —preguntó Faz.

—No, no vino.

—¿Y sabe dónde ha dormido?

—Ya no sé adónde va. —Parecía agotada—. He dejado de intentar seguirle la pista.

—Pero todavía vive aquí, ¿no?

Ella se encogió de hombros como para decir: «¿Qué le voy a hacer?», y a continuación asintió.

—Sí, encima de la cochera.

Estudiándola mejor, Del reparó en que Jeanine Welch era aún joven, probablemente de la edad de Maggie, poco más de cuarenta. También era atractiva, alta y delgada, y tenía el pelo del mismo color que su hermana, pero a la altura de los hombros. También se movía como ella, como si llevara encima un peso insoportable que le hubiera robado años de vida.

—Toca en un grupo —dijo—. Ensayan ahí...

—¿Cómo supo lo de la heroína? —preguntó Faz.

—Por cosas que encontré en su cuarto. Jeringuillas, cucharas... —Meneó la cabeza—. Empezó a fumar maría estando en octavo y de ahí fue a peor. Creo que debió de meterlo en la heroína alguno del grupo.

—¿Conocía usted a Allie? —quiso saber Del.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Bastante bien. Había venido a veces a escuchar al grupo y se había subido con el resto al cuarto de Jack. Era una chica muy linda. Fue tan triste lo que le pasó...

—¿Y el padre de Jack? —preguntó Faz—. ¿Está por aquí?

Ella sonrió con aire triste.

—Depende de lo quiera usted decir con «por aquí». Se lleva a los niños los miércoles por la noche y fines de semana alternos. Jack dejó de irse con él hace un año más o menos y ahora, como no puede obligarlo, su padre se lleva solo a la niña.

—¿Cuánto tiempo llevan divorciados? —quiso saber Del.

—Siete años —dijo ella.

—¿Conoce usted a la pandilla de amigos de Jack? —preguntó Faz.

—A algunos.

—¿Y sabe quién le vende la heroína?

La mujer negó con un movimiento de cabeza.

—No. Ya le he dicho que puede que sean los chicos del grupo, pero parece que ahora está por todas partes. —La voz se le quebró, pero consiguió recuperarla—. No sé qué más puedo hacer. Si lo echo de casa... ¿qué pasará? —Se tomó unos instantes para recomponerse—. Pero tenía que sacarlo de aquí por lo menos. Por mi hija. —Volvió a secarse los ojos antes de preguntar—: ¿Por qué quieren hablar con él de Allie?

—Creemos que Allie tomó una variedad muy potente de heroína y estamos intentando

indagar de dónde salió —respondió Del.

—¿Y creen que se la dio Jack?

—Solo queremos averiguar lo que sabe —aseveró Faz—. ¿Tiene usted acceso al dormitorio de encima de la cochera?

—Lo tenía, hasta que él puso un candado por fuera. Le he pedido que lo quite, pero... No sé cuál es la combinación.

Del se inclinó hacia delante para preguntar:

—¿Ha sufrido su hijo alguna sobredosis?

—Dos —repuso ella sin vacilar.

—¿Alguna reciente? —preguntó Del.

—La última, hace un mes aproximadamente. Sus amigos... lo llevaron al hospital. Allí lo trataron y lo dejaron salir. Decían que no podían quedárselo.

Faz dijo entonces:

—¿Tiene su hijo teléfono móvil?

—Sí. —La pregunta pareció confundirla en cierto modo.

—¿Es suyo o se lo compró usted? ¿Es usted quien paga las facturas?

—Tenemos una tarifa familiar. —Riendo entre dientes, añadió—: Jack no tiene dinero ni para comer en el instituto.

El comentario fue a confirmar aún más a Del su conclusión de que el muchacho había usado a Allie por el dinero.

—De manera que la factura está a nombre de usted.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Nos gustaría acceder a los mensajes de texto y de Snapchat de Jack —siguió diciendo Faz—, para saber con quién ha estado hablando, quién le proporciona la droga.

—¿Y qué pueden hacer con eso?

—Pararle los pies. Ha habido muchas sobredosis últimamente y estamos intentando evitar que aumente el número.

—Dios mío —dijo ella en voz baja.

—Nos preocupa que muera más gente si no podemos dar con la procedencia de la droga. ¿Podría usted acceder al teléfono de Jack?

—Supongo que sí, aunque no lo he hecho nunca.

Del recitó de un tirón los diez dígitos de un número de teléfono.

—Ese es el número de Jack —dijo ella.

Entonces Del sacó una hoja doblada por la que se autorizaba a la compañía telefónica a revelar los datos del teléfono móvil de Jack y se la tendió. Ella la miró unos instantes y dijo:

—Es que no...

Del le ofreció un bolígrafo.

—Este papel solo nos permite acceder al móvil de Jack para determinar con quién se está comunicando.

La mujer tomó el bolígrafo, estudió brevemente el documento y garabateó en él su firma antes de devolvérselo a Del, quien miró a su compañero para hacerle un leve movimiento afirmativo con la cabeza. Tenían lo que necesitaban. Faz entregó una tarjeta de visita a Jeanine Welch.

—Nos gustaría hablar con su hijo. No queremos ponerlo en una situación embarazosa, ni a usted tampoco, yendo a buscarlo al instituto. Le dejo mi número por si viene por aquí.

La mujer se inclinó hacia delante para tomar la tarjeta y preguntó:

—¿Pueden encerrarlo?

—¿Cómo? —preguntó Faz.

—Que si pueden detenerlo y meterlo en la cárcel. Así quizá lo ayuden. No sé, puede que se asuste lo bastante como para aceptar su ayuda. Yo ya no sé qué más hacer. —Se parecía mucho a Maggie—. Cada vez que suena el teléfono o llaman a la puerta... imagino que es alguien que viene a decirme que mi hijo ha muerto.

CAPÍTULO 27

Tracy paró en el exterior de un bloque de pisos de ladrillo de King Street cercano a la estación de ferrocarril de Pioneer Square. Según la información que había recabado en la base de datos estatal, era allí donde vivía Leah Battles. Las seis plantas del edificio lo convertían en uno de los más altos de la zona, donde la mayoría no pasaba del primero o el segundo, con cierta diversidad de comercios y restaurantes en la planta baja. Los bares, locales con música en directo y tiendas de artesanía local atraían a muchos de los jóvenes de Seattle, además de atraer a vagabundos y chalados. Había caído ya la tarde y la música se filtraba de uno de los establecimientos, en tanto que las calles se veían concurridas por gentes que volvían a casa de trabajar y otras que parecían haberse adelantado al fin de semana.

Aquella misma mañana se había reunido con Rick Cerrabone, Sandy Clarridge y Kevin Dunleavy, que le habían expresado su preocupación por la noticia de la cinta desaparecida. Dunleavy les hizo saber que el fiscal mayor de la Armada había llamado para informarlo de que habían sido incapaces de dar con el vídeo y que iban a emprender una investigación ética contra Battles que podía tener como resultado la convocatoria de un consejo de guerra contra ella por negligencia. También dijo que Battles ya no representaba a Trejo y que estaban esperando el fallo de la oficial que entendía en la vista preliminar respecto de la existencia de una causa probable que justificara la retención del reo. Dunleavy explicó lo que todos los presentes en la sala entendían a la perfección: si la oficial encargada renunciaba y volvía a obtener la jurisdicción el condado de King, tendrían que enfrentarse al mismo problema a la hora de procesar a Trejo. En un tribunal superior de justicia, la condena de un acusado exigía que se demostrase su culpabilidad más allá de toda duda razonable, lo que dejaba un margen muchísimo más estrecho que la declaración de una causa probable. Sin la grabación, apenas tenían elementos a los que aferrarse para hacer avanzar el proceso. El debate dejó a Tracy con la sensación de que resultaba muy poco probable que las autoridades quisieran reclamar la jurisdicción, cosa que, sin embargo, no quiso decir en voz alta ninguno de sus interlocutores. Su razonamiento, sea como fuere, le parecía lógico: ¿qué sentido tenía meter la cabeza en la leonera cuando sabía uno que el león se la iba a arrancar?

Tracy salió del coche y se acercó a la marquesina del bloque. El aire nocturno era fresco, pero no tanto como a principios del mes. Las farolas antiguas iluminaban la acera mojada y en el ambiente flotaba el olor a humedad del tiempo que amenaza lluvia. Encontró el nombre de Leah Battles en el portero automático y pulsó el botón correspondiente. No respondió nadie. Probó una segunda vez con igual resultado.

—¿Estás buscando a alguien que te recomiende un buen restaurante por la zona? —Battles descendió de su bicicleta con un atavío muy similar al que había llevado a la comisaría el día que habían fichado a Trejo. Señalando el arma de la inspectora, añadió—: Muy prudente, lo de la pistola, pero el barrio no es tan peligroso. —Hablaba sin aliento. Se quitó el casco. Tenía el pelo

negro recogido en una coleta apretada y las mejillas encendidas.

—Venía a hablar contigo.

—¿Para qué? —La abogada parecía más curiosa que desafiante.

—Porque creo que las dos queremos lo mismo.

—¿Tú también quieres que te toque la lotería para irte a vivir a un yate en el Mediterráneo?

—Eso estaría bien —dijo Tracy—, pero el césped del vecino no siempre es tan verde como nos parece.

—¿Tú ves aquí mucho césped? —repuso Battles mirando al pavimento—. ¿Qué es lo que queremos las dos?

—¿Me dejas invitarte a un café?

Battles la miró con gesto inquisidor.

—¿La policía, invitándome a un café? Vale, me interesa. Déjame que guarde la bici, que si la amarro aquí fuera puedo darme con un canto en los dientes si me dejan un radio.

Con esto, desapareció en el portal del edificio y volvió a salir minutos después sin la bicicleta, el casco ni los zapatos. Iba sonándose con un Kleenex y llevaba puestas sandalias Birkenstock con calcetines blancos.

—Cuando salgo me gusta ir marcando tendencia —comentó—. A los tíos los vuelve locos. —Miró a su alrededor antes de preguntar—: ¿Adónde quieres ir?

—Estamos en tu barrio. Elige un sitio y yo te sigo.

—Muy bien. —Battles pensó unos instantes y dobló con ella la manzana para ir al Zeitgeist Coffee, sito en Jackson Street.

Battles pidió un café con hielo y Tracy, un descafeinado. Ya tenía bastantes dificultades para dormir sin cafeína en el cuerpo.

—¿Quieres comer algo? —preguntó.

Battles sonrió.

—Esto empieza a parecerse a una cita.

Crosswhite levantó una mano para anunciar:

—Estoy casada.

—¿Ah, sí? No tendrá un amigo, ¿no?

Battles se hizo con su café antes de dirigirse a una de las mesas. A mitad de camino se detuvo a mirar un diccionario que había abierto sobre un atril al lado de la puerta. Recorrió las palabras con el dedo y leyó en voz alta:

—«*Intrigante*. Que inspira curiosidad o interés. Fascinante.» —Y, mirando a Crosswhite, añadió—: ¡Qué profético!

Llevaron las bebidas a una mesa aislada cercana a una pared de ladrillo. Sobre ellas pendía una escultura blanca que representaba una nube de un techo por acabar en el que asomaban vigas, tuberías y cables. Tracy se quitó la chaqueta y las dos se sentaron una frente a otra.

—¿Has salido a hacer ciclismo?

—No, la bici es un medio, no un fin. Tengo entrenamiento en el extremo norte de la ciudad y tener coche sale aquí carísimo.

—¿Para qué te estás entrenando?

—Para nada en particular. Voy a clase de *krav magá*. ¿Has oído hablar de eso?

—No mucho. ¿No es el estilo de lucha de las fuerzas especiales de Israel?

Battles le explicó cómo se había desarrollado la disciplina y Tracy no pasó por alto el tono de orgullo con que se explicaba.

—Parece una cosa práctica —dijo esta.

—En teoría. —Battles dio un sorbo a su café—. Sin embargo, si se ejecuta correctamente, puede dejar inválida a una persona. —Puso el vaso encima de la mesa y se reclinó para decir—: Tú has convocado la reunión, así que el orden del día es tuyo.

—Dudo mucho que fueses tú quien se llevó la cinta de vídeo.

La abogada sonrió con los labios apretados.

—Por desgracia, estás en minoría.

—No tenías nada que ganar.

—Que mi defendido quedara absuelto y yo saliese vencedora.

—Y con una denuncia.

—Posiblemente.

—Posiblemente —convino Tracy—, pero, de todos modos, no me parece un buen negocio.

Por lo menos para ti.

—No lo sé. Solo me arriesgo a perder la licencia que me permite ejercer la abogacía, a que me despidan y a perder mi sueldo. Sí, me arriesgo a perder todo lo que me llevó a alistarme en la Armada.

—Y tú eres demasiado lista para hacer una estupidez así.

Battles se incorporó.

—¿Seguro que esto no es una cita? Porque eres mucho más agradable que algunos de los hombres con los que he salido.

Tracy sonrió. Le alegraba ver que Battles no había perdido su agudeza.

—Entonces, ¿hablamos?

—No puedo hablar de mi cliente, mi antiguo cliente.

—Eso lo entiendo.

—Deja que te pregunte primero algo —dijo irguiéndose la abogada—. No tenéis jurisdicción y tengo para mí que la policía de Seattle tampoco se muere por recuperar una causa imposible de ganar y que puede levantar a las masas.

—Puede ser que tengas razón.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué te importa tanto esto?

Tracy pensó la respuesta. Después de reunirse con Cerrabone, Dunleavy y Clarrie, había ido a ver a Shaniqua Miller. Esta la había tratado con educación, pero saltaba a la vista que no tenía ningún interés en hablar del tema en profundidad con ella, a quien consideraba parte de un sistema de justicia del que en ese momento desconfiaba más que nunca y, por tanto, parte del problema.

—Me importa ese crío —respondió—. Me preocupa que su madre tenga que vivir el resto de su vida sin una respuesta.

Battles dio un sorbo a su café. Dejó que su mirada vagase a través de las ventanas de hoja de vidrio para contemplar la desvaída luz del sol y las farolas que iluminaban los troncos y las hojas de los árboles que poblaban las aceras. Un tranvía anticuado pasó con estruendo metálico ante la cafetería. Estudió a Tracy bajo un prisma diferente.

—Defender al desdichado no suele ser la postura más popular —aseveró antes de adoptar un aire más contenido y decir—: Vamos, pregunta lo que quieras.

Aunque ya tenía claro por dónde tenía que empezar en caso de que Battles diera su consentimiento, Tracy ordenó sus pensamientos. Tenía alguna que otra noción de lo que había ocurrido por lo que se había dicho en la vista y en la reunión de aquella tarde y quería ver cómo reaccionaba Battles ante las acusaciones.

—¿Estabas mirando las pruebas la noche anterior a la vista?

—Estaba revisando algunas, pero la cinta no. Ni la saqué de... En realidad, ni siquiera sé si estaba en la caja en aquel momento. Lo que sí sé es que no la miré entonces. ¿Para qué? Ya la había visto. No voy a decir lo que había en ella ni lo que pienso al respecto, pero tenía clarísimo que mi opinión no iba a cambiar por verla otra vez. Además, tampoco tenía ningún aparato con que reproducirla.

Aquello resultaba plausible.

—Está bien. ¿Qué hiciste con la caja de las pruebas después de acabar con ella?

—Se la llevé al secretario judicial y la dejé en su silla. Normalmente se encarga de dejar constancia en la hoja de registro, pero es un funcionario civil y, a esas alturas, hacía ya mucho que se había ido a casa. Ya lo habíamos hecho así otras veces. Los dos confiamos en nuestra palabra —dijo levantando tres dedos a la manera del saludo de las *girl scouts*.

—¿Su despacho y el tuyo están en el mismo edificio?

—Sí. El suyo está en la planta de arriba, enfrente de la sala de justicia.

—¿Y el de Cho?

Battles sonrió.

—En la misma planta, siguiendo el pasillo.

—¿A qué hora devolviste la caja?

—Después de que Cho saliera de mi despacho, si es por ahí por donde vas. Entre las once menos cuarto y las once.

—¿Cho fue a verte a tu despacho?

—Cuando salía del edificio para irse a casa.

—¿Y tú tenías todavía la caja de las pruebas?

—Sí.

—¿Lo viste salir?

—¿Del edificio? En la grabación de seguridad.

—¿Tenéis cámaras en el edificio?

—En la entrada, enfocando al vestíbulo.

Tracy no había caído en esa posibilidad. Se propuso buscar el vídeo.

—¿Cómo se entra? ¿Es segura la puerta?

—Sí. Tienes que teclear los cuatro últimos dígitos de tu número de la Seguridad Social. Si reconoce los dígitos, entras. Si no, no se abre.

—¿Y dónde se guarda la relación de números de la Seguridad Social válidos?

—Hay un despacho de seguridad en la planta baja, al lado del mío. Supongo que la tendrán ellos. También guardan todas las grabaciones de la cámara.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé. Es la primera vez que se necesitan.

—¿Allí es donde guardan la cinta de aquella noche?

—Sí, pero mi OM tiene una.

—¿Tu OM?

—Mi oficial al mando. Rebecca Stanley.

—¿Has visto la grabación?

—Sí.

Tracy buscaba cualquier señal involuntaria que pudiera delatar a Battles mientras hablaba.

—¿A qué hora saliste aquella noche?

—¿Del edificio? Poco después que Cho. El último transbordador sale a las once y cuarenta y del despacho a la terminal tardo unos diez minutos en la bici. Así que devolví las pruebas al

despacho del secretario judicial y salí del edificio poco después.

—Te habría venido mejor quedarte a dormir en el despacho.

Battles levantó la mano izquierda para mostrar que no llevaba anillo.

—¿He dicho ya que sigo soltera y no tengo ganas de morir sola?

—¿Te vio alguien devolver la caja?

—Ya no quedaba nadie en el edificio. Por lo menos, que yo sepa.

—Está bien. Y, que tú sepas, ¿entró alguien en el edificio después de ti?

—Según lo que vi en la grabación de seguridad, el conserje solamente.

—¿La empresa a la que pertenece es civil o militar?

—Civil.

—¿Han hablado con él?

—Supongo que los NCIS lo habrán interrogado. Están hablando con todos, también conmigo.

Tracy se propuso averiguar si los NCIS habían hecho transcripciones de aquellas entrevistas.

—Por lo que parece —dijo Battles—, alguien tuvo que llevarse la cinta antes de que yo usara la caja o entró temprano por la mañana, la vio en la silla del secretario judicial y la sacó.

—¿Cho?

—No lo sé, pero, si yo tenía poco que ganar llevándomela, él salía perdiendo. La ausencia de la grabación le resulta perjudicial.

—¿Y no resultaba arriesgado llevársela antes de que tú devolvieras la caja?

—Por si me daba cuenta de que faltaba, ¿no? Mi OM me dijo lo mismo. Parece lo más lógico, pero, como te he dicho, el único que entró o salió del edificio después de irme yo fue el conserje.

—¿Quién tiene acceso a los despachos?

—¿Además de los conserjes? —Battles se encogió de hombros—. Cualquiera que tenga un número de la Seguridad Social válido.

—¿Cuántas personas pueden ser?

Battles soltó un bufido burlón.

—Un montón. —Entonces quedó pensativa un instante—. No es mala idea conseguir la lista. De todos modos, ¿no estás obviando la misma pregunta que me has hecho a mí antes?

—¿La de por qué iba a querer robarla nadie?

Battles asintió. Tracy no lo sabía, pero, fuera como fuere, estaba dispuesta a hacerse con una relación de los códigos que se habían introducido aquella noche.

Jeanine Welch acompañó a Del y a Faz mientras bajaban el porche de camino a la verja rota del jardín, con los brazos cruzados con fuerza frente al pecho para espantar el frío. El ocaso había dado paso a la noche. Las farolas, esporádicas, manchaban la acera con su pálida luz amarillenta y, entre los postes de teléfono y las casas de la manzana, se extendía una colección de cables. En algún lugar de la calle se oía gritar a dos chiquillos, que debían de estar acabando a la carrera cualquier juego infantil en el modesto césped de su vivienda antes de que los envolviera la oscuridad.

Welch se detuvo al llegar a la puerta de la valla o, por mejor decir, al vano en el que debería haber estado.

—Hace unas cuantas noches la arrancó de una patada al irse —dijo su madre en tono cansado—. Quería dinero. Decía que era para un amplificador nuevo, pero ya no soy tan tonta

como para darle dinero a Jack. —Se dio la vuelta para regresar a la casa—. Antes tenía más cosas, pero todo lo que hay aquí de valor me lo acaba quitando para venderlo: las joyas que heredé de mi madre, la tostadora, los televisores, la bici de su hermana... Él lo niega, pero sé que fue él.

Del metió la mano en el bolsillo y sacó un taco de tarjetas de visita para darle una a Jeanine Welch.

—Allie era mi sobrina —dijo—. Por eso me vio en el funeral.

La mano de ella se detuvo como si la tarjeta le fuese a morder.

—Lo siento muchísimo —respondió.

—Si puedo hacer algo, cualquier cosa, por usted...

Ella hizo un gesto de asentimiento y aceptó la tarjeta con aire indeciso.

Del oyó entonces los potentes bajos de una música apagada y por la esquina de la calle apareció a gran velocidad un Honda Accord de último modelo que estuvo a punto de golpear a uno de los vehículos que había aparcados antes de detenerse con un frenazo al llegar al otro extremo del camino de entrada.

—Ese es Jack —anunció la madre con voz un tanto vacilante.

El recién llegado vio a los inspectores hablando con su madre y corrió a dar marcha atrás haciendo rascar el embrague.

—¡Que se va! —exclamó Del mientras corría al asiento del copiloto del Prius. Faz rodeó el capó para ocupar el del conductor.

El Honda emitió un traqueteo y se caló en medio de la calle. Jack volvió a encender el motor, se afanó en buscar la marcha adecuada y reemprendió la huida. Faz arrancó el Prius y lo puso en marcha. Desde luego, no iban a batir ningún récord de velocidad, pero daba igual, porque no tenían intención de hacer ninguna persecución frenética si era ese el propósito del muchacho. El reglamento lo prohibía y, además, no querían hacer que nadie saliese herido sin necesidad.

El Accord giró a la derecha en la señal de stop sin hacer parada alguna. Faz pisó el freno, redujo la velocidad en la intersección para asegurarse de que no iban coches hacia ellos y dobló para seguirlo.

—En la siguiente, dobla a la izquierda —dijo Del—. Se acaba de saltar otra señal.

—Mira a ver si pueden enviarnos refuerzos antes de que mate a nadie. Lleva fundida la luz trasera derecha.

El copiloto tomó el micrófono e informó de la marca y el modelo del Honda, su matrícula, su posición y el rumbo que llevaba. Si tomaba la salida de la autopista, llamarían a la policía de carreteras para que se encargaran sus agentes.

Los automóviles que había estacionados silbaban a su paso. Faz miró el indicador de la velocidad y vio que iban a ochenta kilómetros por hora en una calle residencial. No dejaba de escrutar los alrededores en busca de coches que salieran de su aparcamiento o de los caminos de acceso a las casas o de niños que caminasen por la acera.

—¿Nos mandan ayuda? —preguntó a su compañero.

Del siguió dando señas por la radio.

—Hay un coche patrulla cerca —dijo a Faz.

—Voy a reducir la velocidad y quedarme atrás, a ver si él también reduce. Está girando otra vez.

Del insistió por la radio. Delante de ellos ocurrió de pronto lo que había temido Faz. Mientras el Honda aceleraba, de uno de los caminos de acceso a las casas salió dando marcha atrás con decisión una camioneta roja.

—¡Para! —exclamó Faz.

La única luz trasera del Honda se iluminó y los frenos chirriaron. El capó se hundió y embistió la caja de la camioneta con gran estruendo de metal aplastado y cristal hecho añicos.

—Pide una ambulancia —dijo Faz, pero en ese momento se abrió la puerta del conductor del Honda y Welch salió corriendo—. ¡El cabrón es un gato!

—Voy por él. —Del abrió su puerta y se puso a perseguirlo.

El muchacho cruzó los jardines de varias casas antes de girar por uno de los accesos. Del no iba a alcanzarlo —hacía mucho que había dejado atrás sus días de gloria—, pero, después de perder casi siete kilos, no le costaba seguirle el ritmo. Welch escaló una valla que corría a lo largo de la fachada lateral de una vivienda y saltó al interior. Mientras Del buscaba un cerrojo que revelase la situación de la puerta, en una de las esquinas de la casa se encendió un foco y se oyó ladrar y gruñir a un perro corpulento. Sobre la valla aparecieron dos manos a las que no tardaron en seguir la cabeza y los hombros del joven, que tenía el rostro demudado por el pánico. Pasó una pierna por encima de la verja y cayó con un gran golpe al camino de acceso de hierba y cemento. Tenía rasgados los bajos de la pernera. Del le puso una rodilla en la espalda y le unió las muñecas con las esposas. Entonces salió un hombre con un bate de béisbol en la mano.

—Policía —anunció Del sacando la placa de un bolsillo y manteniéndola en alto para que la viese. A continuación se volvió hacia Welch y dijo—: Tienes derecho a guardar silencio...

CAPÍTULO 28

En lugar de llevarlo a prisión, Del y Faz metieron a Jack Welch en una de las salas de interrogatorio. El primero fue a su escritorio y llamó a Celia McDaniel para buscar su consejo.

—La ley deja bien claro que, para condenar a alguien por una infracción estatal, tendríais que ir de uniforme y con un coche equipado con luces y sirena —dijo ella a través del manos libres.

Faz meneó la cabeza.

—Si consigues un abogado penalista medianamente bueno, sabrá que no cumplimos ninguno de esos requisitos o lo averiguará pronto. ¿Se te ocurre algo?

—Podéis ficharlo por conducción negligente o imprudencia temeraria, pero se trata de delitos menores que es raro que se paguen con la cárcel y que conllevan una multa poco cuantiosa. Si no pudiese pagarla, lo máximo que conseguiríais sería que lo pusieran a recoger basura de las autopistas.

—Pero eso Welch no lo sabe —dijo Faz— y dudo mucho que su madre vaya a pagarle la fianza.

—Además, no parece que se lleve demasiado bien con su padre —convino Del, de manera que, al menos por el momento, tenían cierta ventaja—. Parece que le vamos a sacar más partido a la detención interrogándolo antes de ficharlo. A mí, sinceramente, me importan un bledo los cargos de huida de un agente de la ley y de imprudencia temeraria. Lo que quiero es averiguar lo que sabe.

—Si pide un abogado, puede pasar cualquier cosa —dijo Celia.

—Pues habrá que arriesgarse —repuso Del.

Los inspectores le dieron las gracias antes de colgar.

La sala de interrogatorios sin ventanas de la planta séptima de la comisaría central, que no era el mejor lugar del mundo para esperar sin compañía, se hizo mucho más pequeña e incómoda cuando Del y Faz metieron en ella sus descomunales presencias. Los dos se preciaban de reducir mejor que nadie el espacio útil de aquel lugar y lo cierto es que tenían motivos de sobra para presumir de ello.

Dejaron que Welch se angustiara con sus pensamientos mientras ellos seguían debatiendo qué hacer y lo observaban desde detrás del espejo unidireccional. Parecía mentira que hubiera cumplido los dieciocho años.

—Si, como mucho, parece que tenga dieciséis —aseveró Del.

Medía un metro setenta, era de huesos menudos y estaba delgadísimo. Con ropa y todo, no debía de superar los cincuenta kilos.

—Tengo yo percheros que pesan más que él... —comentó Faz.

Welch llevaba una camisa de franela de manga larga desabrochada, con la que debía de pretender ocultar las marcas de agujas de los brazos, y una camiseta negra con una imagen de

Nirvana, la banda de *grunge* de Seattle. El pelo le llegaba a los hombros y daba la impresión de no habérselo lavado en varias semanas. El muchacho tenía la cabeza ladeada y miraba por entre los mechones del flequillo.

—Se cree Kurt Cobain —sentenció Faz.

—¿Quién?

—Mírale la camiseta. Es aquel cantante que tuvo problemas con las drogas. Se pegó un tiro hace ya veinte años. Antonio escuchaba esa basura.

—Se ve que me cuesta estar al día.

—Porque nunca has tenido a un adolescente en casa.

—Si me tiene que tocar de hijo un tío como este, me quedo con Sonny. Por lo menos tiene el pelo corto, se deja bañar y viene cuando lo llamo.

Le dolía pensar que aquel era el fulano con el que había estado saliendo Allie, que su sobrina se hubiera tenido en tan poco. Con todo, no dejaba de sospechar, teniendo en cuenta lo que le había dicho la madre sobre la constante necesidad de dinero que tenía Jack, que su relación con Allie no se había basado en la atracción mutua, sino en la dependencia mutua (en lo que Oprah o el doctor Phil habrían llamado «codependencia»), en una necesidad mutua de heroína.

—¿Dirías que está colocado?

—No sabría decírtelo —repuso Faz—, pero su pierna derecha parece un rabo de lagartija. Por lo que nos ha contado su madre, podría ser que estuviera saliendo de un colocón. —Se detuvo y apartó la mirada del espejo para ponerla en su compañero—. Escucha, ¿por qué no me dejas que me encargue yo solo de este? Por lo menos de entrada. Vamos a ver qué está dispuesto a contarnos.

—Estoy bien.

—Del...

—Que estoy bien —insistió mirándolo a los ojos—. De verdad, puedo con esto. Soy muy consciente de lo que queremos sacarle y no pienso meter la pata.

—Pero me vas a dejar que sea yo quien lleve la voz cantante, ¿verdad?

—Me parece bien.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

—Como siempre —respondió Del. Abrió la puerta y salió al pasillo—. Yo seré el poli malo, que me va a salir con más naturalidad.

Faz dobló con él la esquina. Del abrió la puerta de la sala de interrogatorios y Welch levantó la cabeza para mirarlo por entre el flequillo. Faz tomó una silla del pasillo y exageró las dificultades que le supuso meterla en el cuarto y colocarla al lado de la otra. Su compañero y él se sentaron hombro con hombro y se inclinaron hacia delante sobre la mesa para dejar menos espacio aún entre Welch y ellos. El joven se echó hacia atrás tanto como se lo permitió la cadena que llevaba unida a las esposas por un extremo y, por el otro, a una argolla del suelo. Si antes no sufría claustrofobia, debía de encontrarse un paso más cerca de padecerla. La pierna izquierda no dejaba de temblarle.

—¿Estás seguro de que no necesitas que te vea un médico? —preguntó Faz.

El joven agitó la cabeza.

—Eso es que no? —insistió el inspector.

—Ponte derecho —le ordenó Del con voz severa. Welch volvió la cabeza y lo miró—. He dicho que te pongas derecho si no quieres que acabemos con esta conversación. Si lo prefieres, desde luego, te llevamos a la cárcel y hacemos que te encierren por una lista de delitos nada pequeña: huir de la justicia, conducir drogado, negligencia, imprudencia temeraria y, ya que

estamos, quizá también homicidio con sustancias ilegales. ¿Qué te parece? —Del esperó unos segundos antes de añadir—: No estamos hablando de cargos de tres al cuarto ni de acusaciones de mierda de las que te permiten salir de aquí y correr a casa con tu mamaíta. Eso parece que se te ha quedado pequeño, Jack.

Welch se apartó el pelo de los ojos con un movimiento de la cabeza y miró a Del y luego a Faz antes de erguirse.

—¿Homicidio? —Parecía confundido y tenía la voz ronca—. Yo no he matado a nadie.

—¿Ah, no? ¿Te suena de algo el nombre de Allie Marcello? —Del no le dio tiempo a responder—. Tenemos correos electrónicos, mensajes de texto y conversaciones de Snapchat que demuestran que la presionaste para comprar y usar heroína la noche de su muerte. Estaba limpia, J-Man. —Hizo hincapié en el nombre de usuario del muchacho, que pronunció con sarcasmo—. Llevaba casi dos meses limpia hasta que llegó a su casa y tú empezaste a acosarla.

—Yo no le vendí heroína —aseveró él tartamudeando—. Si ni siquiera estuve allí...

—Mientes —dijo Faz con voz tranquila— y lo sabemos.

—Te acabo de decir, tío listo, que tenemos su teléfono y su ordenador y tu nombre aparece por todas partes en los dos. ¿Qué te crees, que somos imbéciles? —Del dejó que aquella idea flotase en el aire unos momentos.

Faz volvió a tomar la palabra.

—Deja que te lo explique, Jack. La de homicidio con sustancia ilegal no es una de esas detenciones de las que te libras al día siguiente. El fiscal presentará cargos contra ti... de aquí a un par de semanas, más o menos, y si no puedes pagar la fianza, cosa que dudo que puedas hacer, te pasarás entre rejas todo el tiempo que falte para el juicio. Dado que nadie va a tener mucho interés en acelerar los trámites, puede que pase un año hasta el momento en que tengas que dar cuentas al juez. Después de que te condenen, y te van a condenar, vas a estar ausente muuucho tiempo.

Jack Welch estaba a punto de decir algo cuando Faz lo atajó —Del sabía que de manera deliberada, por si se le había pasado por la cabeza pedir un abogado— dirigiéndose a él en tono paciente, como cuando, delante de su compañero, había hablado con sus hijos de pequeños sobre alguna tontería que habían hecho. Vera insistía en que en esos casos debía suavizar el tono.

—Queremos saber qué le ocurrió a Allie Marcello, Jack. Queremos averiguar de dónde sacó la droga. Tú eras su amigo.

—Yo era su amigo —convino enseguida él.

—Y estabas con ella cuando sufrió la sobredosis.

—No, yo ya me había ido.

—Pero sí que estabas con ella cuando se pinchó la heroína —dijo Faz.

—Estaba allí, pero no tomé nada.

Había empezado a desenmarañarse la mentira del joven, pero había que ir haciéndolo hilo a hilo. Del intervino con discreción.

—Llevaba un tiempo sin meterse nada, ¿verdad?

—No lo sé.

El inspector se inclinó más hacia él.

—Sí que lo sabes. Su familia la había mandado a una clínica de desintoxicación de Washington oriental y tú te pusiste en contacto con ella por correo electrónico porque no podías escribirle al móvil. Se lo habían quitado.

Faz le tendió, arrastrándolos sobre la mesa, varios de los correos que Del había imprimido. Welch se apartó el pelo de los ojos y los miró, pero sin recogerlos.

—Cuando le devolvieron el teléfono, seguiste presionándola para que quedase contigo.

—Eso no es verdad.

Faz le acercó del mismo modo los mensajes de texto de Allie.

—Y al final se rindió.

—Su madre la encontró en su dormitorio —dijo Del— y el último mensaje suyo indica que estabas con ella aquella noche. Así que no nos cuentes que no estabas allí, porque ya sabemos que no es verdad.

—La necesitabas —añadió Faz—. Necesitabas su dinero para comprar la heroína. —Recalcó sus palabras dando golpecitos con los dedos en los folios—. Queremos saber dónde la conseguiste.

El joven tomó aire y se separó de la mesa antes de expulsarlo. Entonces se echó a llorar.

—Se metió demasiado. Le dije que se estaba metiendo demasiado, pero cuando me fui estaba bien. Estaba bien, lo juro. La dejé roncando.

Del sabía que los ronquidos no eran un buen síntoma, sino una indicación de que su sistema respiratorio estaba reaccionando a la acumulación de líquido en sus pulmones.

—Queremos creerte —dijo Faz sin perder la calma—, pero no podemos demostrarlo si no sabemos de dónde sacaste la heroína.

A Welch empezó a temblarle el pecho.

—La compró ella. Se la compró a un tipo, pero no sé quién es.

Del miró a Faz meneando la cabeza. Había llegado el momento de aumentar la presión.

—De este no vamos a sacar nada concreto. Voy a llamar al fiscal para que lo fichen en la cárcel. —Se puso en pie y abrió la puerta para sacar la silla al pasillo y salir. La pared tembló cuando cerró la puerta. Del corrió entonces al cuarto del espejo unidireccional justo a tiempo para oír a Faz suspirar como si no estuviera seguro de lo que debía hacer.

Su compañero extendió las manos para dar una palmada a continuación delante de él.

—Tengo un problema, Jack —aseveró antes de señalar con la barbilla los papeles que había encima de la mesa—. Todos estos mensajes de correo y de texto confirman que estabas con Allie la noche que murió.

—Sí es verdad, ya se lo he dicho.

—Y también prueban que eras tú, y no ella, quien conocía al tío que os vendió la heroína a los dos. Si no consigo el nombre de ese fulano, solo puedo hacer una cosa. Su familia quiere que se haga justicia, Jack. Quiere que alguien cargue con la muerte de su hija. —Faz señaló con un dedo al otro lado de la mesa—. Y ese eres tú. Mi compañero tiene razón, Jack: no estamos hablando ya de cargos por posesión. El homicidio con sustancias ilegales es un delito grave y los delitos graves se pagan con la cárcel. Por supuesto, después de un juicio que será noticia en toda la prensa y las redes sociales. ¿Estás dispuesto a tirar a la basura años de tu vida por un camello?

Welch no respondió de inmediato. Faz se reclinó en su asiento y Del supo que al joven le estaban resonando en la cabeza esas últimas palabras. Si tenía un mínimo de cerebro, reconocería que Faz le estaba brindando una salida, una alternativa a una larga condena de cárcel.

—¿Qué le puede pasar a él? —preguntó al fin el detenido.

«Bingo», pensó el inspector del otro lado del cristal. Ya solo había que recoger el sedal.

—¿Es amigo tuyo? —dijo Faz.

—En teoría... Quiero decir, en caso de que lo conozca. ¿Qué puede pasarle?

Faz se encogió de hombros.

—No te lo podría decir con seguridad, Jack, aunque sí puedo asegurarte que, si coopera, el juez será más benigno con él que contigo en caso de que no nos des un nombre.

—¿Puedo llamarlo? ¿Puedo hablar con él?

Faz negó con la cabeza.

—La cosa no funciona así, Jack. Dame su nombre y lo traeré. Ni siquiera tienes que verte involucrado.

—Pero lo sabrá, ¿verdad? Sabrá que he sido yo quien se lo ha contado.

—No tenemos por qué usar tu nombre. Podemos decir que encontramos el suyo en los contactos de Allie. ¿Le había comprado ella droga antes?

Welch asintió.

—Entonces su teléfono tiene que estar en sus contactos. Podríamos decir que lo encontramos ahí.

«Bien jugado», pensó Del. Dejar que el crío pensase que podía ocultar que había sido él el delator.

Jack volvió a reflexionar. Cuando clavó la mirada en el tablero de la mesa, Faz llevó la suya al espejo unidireccional sabiendo que Del los veía y los observaba desde el otro lado.

Entonces se dirigió de nuevo a Welch.

—¿De qué tienes miedo, Jack? ¿Te ha amenazado ese tío de alguna manera?

Jack negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿es amigo tuyo?

—Sí.

—¿Sabes, Jack? Dudo mucho que sea tu amigo. —El muchacho alzó la vista para mirarlo—. Deberías preguntarte si estaría dispuesto a ir a la cárcel por ti si estuvierais en la situación inversa.

Welch agitó la cabeza y se limpió la nariz con el puño de la camisa.

—¿De qué tienes miedo entonces?

—Es el cabecilla del grupo.

—¿Perdona?

—Que es el cabecilla de Chaos, nuestro grupo.

Del no podía creer la lógica de aquel crío, o la falta de lógica, pero lo cierto es que la estupidez de los adolescentes siempre le había resultado pasmosa. Jack Welch se estaba arriesgando a pasar varios años en la cárcel y lo que más le preocupaba era si lo iban a largar de un grupo de tres al cuarto.

—¿Y qué? ¿Te da miedo que te echen del grupo? —preguntó, siempre con voz calmada y comprensiva.

Al verlo asentir sin palabras, el inspector se aclaró la garganta.

—Quiero que te plantees lo siguiente, Jack. ¿De acuerdo? Si proteges a ese tío y te cae una condena de, digamos, cinco años, ¿crees que te guardará el sitio en el grupo hasta que salgas?

Welch levantó la vista al oír «cinco años» y Faz se inclinó hacia delante con las cejas arqueadas para recalcar lo que acababa de decir.

—No —dijo Jack sin mucha voz ni convicción.

Faz sonrió con los labios apretados mientras movía la cabeza de un lado a otro.

—En ese caso, se acabó el grupo. Por lo menos para ti.

CAPÍTULO 29

Dan llamaba a los meses que Tracy hacía el turno de noche «tiempo de vampiros». Si él tenía trabajo en el bufete, como en ese momento, podían pasar días enteros sin verse a la luz del día. Estaban pasando por uno de aquellos meses. El día que libraba ella, a mediados de semana, salió de la cama mucho después de que Dan se hubiera ido. Él había dejado una nota para informarla de que estaría la mayor parte del día en una declaración. Así que, tras hacer unos recados, pasó el puente 520 para ir a Seattle a ver a Kins.

Había recibido notificaciones telefónicas diarias sobre su salud de él o de su mujer, Shannah. El mismo día de su operación había dejado la cama para caminar y al siguiente había abandonado el Swedish Hospital. Aunque vivía en Madison Park, un barrio caro de la ciudad, él lo llamaba «Villa Kinsington». A su casa se accedía por un puente de cemento tan estrecho que solo cabía un coche, aunque el tráfico no constituía precisamente ningún problema. Al otro lado del puente había solo dos casas antes del comienzo del Arboreto de Seattle: la suya, tres plantas de estilo colonial, y un palacete de estilo español con tejado naranja y ventanas de vidriera. Tracy siempre había admirado esta segunda casa, pero los propietarios no estaban dispuestos a venderla. Los dos matrimonios tenían la misma edad y los hijos también, y ambos compartían intereses. Kins decía siempre que la vida no podía sonreírle más.

La vivienda respondía a un estilo arquitectónico colonial clásico, con un comedor de grandes dimensiones, un salón y una cocina de tamaño modesto en la planta baja y, en la de arriba, un amplio dormitorio de matrimonio, un cuarto de baño y dos habitaciones pequeñas, lo que no resultaba precisamente práctico con tres hijos. Kins había dedicado buena parte del tiempo libre que había tenido en los primeros años de matrimonio acondicionando el sótano a medio soterrar, en el que había construido dormitorios, un cuarto de baño grande y un cuarto de juegos con mesa de billar, sofás y un televisor. La puerta trasera daba al Arboreto, noventa hectáreas de prado con plantas exóticas y árboles tan grandes que casi podrían dar cobijo a sus tres chicos.

Tracy aparcó en el espacio que había frente a la casa de Kins y accedió al jardín a través de una verja verde. Llevaba unas cuantas revistas y varios libros que habían reunido en la comisaría para tenerlo entretenido durante su convalecencia. Aquello suponía todo un reto, ya que el inspector compartía con sus hijos la necesidad de estar en continuo movimiento y hacer que guardase reposo durante su recuperación sería un verdadero quebradero de cabeza para Shannah.

Aunque fue ella quien respondió al llamar Tracy a la puerta, Kins, que la estaba esperando, exclamó enseguida:

—¿Crosswhite? Has tardado. Yo, aquí, muriéndome y mis compañeros ni siquiera se molestan en venir a consolarme.

Su mujer puso los ojos en blanco.

—¿A que parece un moribundo? Pues que sepas que soy yo la que está ya en las últimas. — Al ver toda la lectura que llevaba Tracy añadió—: ¡Gracias a Dios! Eso debería durarle por lo

menos un día o dos.

Shannah y sus hijos habían llevado una cama al cuarto de estar para que Kins no tuviera que subir por el momento las estrechas escaleras que llevaban a su dormitorio.

—¡Vaya! Ya veo que eres un paciente de lo mejorcito que podría pedirse —señaló la inspectora al entrar.

—Estoy desquiciado y no hace ni cuarenta y ocho horas que estoy enclaustrado en casa.

Kins no se había afeitado y Tracy no pudo menos de recordar las pintas que tenía cuando se conocieron. Había estado trabajando de infiltrado para una operación de narcóticos y se había dejado el pelo largo y perilla, lo que le había valido el sobrenombre de *Jack Sparrow* por el personaje que interpretaba Johnny Depp en *Piratas del Caribe*.

—Estoy preparando la comida, Tracy. ¿Te quedas? —preguntó Shannah.

—Pues no sé si me apetece. —Apuntó a su compañero con un pulgar—. ¿Tiene que ser con este delante?

—No te preocupes, puedes usar una almohada para asfixiarlo cuando yo salga de aquí.

—Sabes que, para cariñitos así, ya me basta en comisaría con Del y Faz, ¿verdad? —preguntó Kins.

—Puede, pero ellos, desde luego, no compartirían la comida contigo —repuso Tracy.

Cuando Shannah se retiró a la cocina, tomó una silla y se sentó al lado de la cama.

—Los del equipo han reunido esto para ti. —Puso el material de lectura sobre el colchón. De un altavoz negro salía música suave—. Bueno, y ¿cómo te va?

—La medicación me está dejando entre dormido y atontado, pero ya he empezado a dejarla. Es que no me gusta la sensación que me provoca.

—¿Y el dolor?

—Pues me lo esperaba mucho peor. Resulta que tenía razón la gente: me tenía que haber operado hace dos años. ¿Cómo va el trabajo? ¿Han puesto a alguien en mi lugar?

—Ron nos está echando una mano. —Se refería a Ron Mayweather, la quinta rueda del equipo A—. Nos las estamos arreglando bien.

—¿Qué ha pasado con D'Andre Miller y Trejo?

Como la mayoría de los inspectores, a Kins no le gustaba perder el contacto y tenía un deseo subconsciente de sentirse necesitado.

—¿Cuántos analgésicos llevas encima?

—¿Por qué? ¿Estáis teniendo problemas?

—Hay algo raro en todo este asunto. Desde el principio hay algo en Trejo que no me gusta nada.

—Como, de entrada, ¿qué estaba haciendo en Seattle aquella noche?

—Eso por supuesto, pero, además, si atropelló accidentalmente a D'Andre Miller, ¿por qué no lo iba a reconocer?

Kins ordenó en voz alta:

—Alexa, para. —La música del altavoz negro se detuvo—. Es el último juegucito que he comprado por Amazon. Los chicos me lo quitan cuando vienen sus amigos. —Cambió de postura en la cama antes de decir—: La gente hace estupideces por los motivos más estúpidos a todas horas. Te lo digo yo, que tengo tres hijos. Yo imagino que cuando nos damos cuenta de dónde nos hemos metido ya estamos atrapados como en una tela de araña y no podemos salir.

Shannah entró en la sala con una bandeja en la que había dos bocadillos, té frío y tomatitos y lo puso todo en la mesilla.

—Me voy. Los niños tienen entrenamiento de fútbol, de modo que tenéis dos horas de paz.

Digo... de aburrimiento.

—¡Qué graciosa! —repuso su marido—. Eres clavadita a Conan O'Brien.

—¿Necesitas algo? —preguntó Shannah mientras se agachaba para besarlo.

Él sonrió.

—¿Patatas fritas?

—Buen intento. —Ella le dio un beso, se despidió de Tracy y salió a la calle.

—¿Tú también te has puesto a dieta? —preguntó la inspectora.

—Voy a matar a Del. El otro día llamó para preguntar por mí y se pasó media hora hablando con Shannah. Dice que ha perdido siete kilos.

—Yo creo que ya son más. La verdad es que le sienta muy bien.

—Lo que tú digas. La cosa es que Shannah se ha empeñado en que puedo aprovechar para llevar una vida más sana.

—Puede que tenga razón. —Tracy tomó medio bocadillo y empezó a comer. Después de un minuto dijo—: Vamos a suponer que Trejo no es imbécil. Imaginemos que no pudo parar.

—¿Quieres decir que le fallaron los frenos o algo así?

—Quiero decir que podía haber estado haciendo algo ilegal, algo que podría haberle supuesto problemas mayores en caso de que lo hubieran descubierto.

—¿Peor que matar a un crío con el coche? —Kins se echó un tomatito a la boca.

—¿Y si estaba borracho o colocado cuando lo atropelló?

Reflexionó al respecto.

—Eso explicaría que abandonase el coche.

—Pero no necesariamente que conociese la existencia de aquel descampado. Desde fuera parece el camino de entrada a una propiedad cualquiera.

—Desde luego —convino él—, si no lo conoces, te lo saltas seguro.

—Y él dice que es de San Diego y no suele ir por Seattle.

—De manera que o lo conocía, vete tú a saber por qué, o alguien le reveló su existencia.

Tracy dio otro bocado al bocadillo.

—También tenía que saber que averiguaríamos que no le robaron el coche. —La científica no había encontrado marcas en el contacto ni los cables de debajo del salpicadero que hicieran pensar que le hubieran hecho un puente—. Por eso se inventó esa historia de la llave escondida debajo del salpicadero.

—Porque eso no hay manera de desmentirlo.

—En efecto. Pero, insisto, ¿no da la impresión de que todo eso lo haya pensado otro? Me parece demasiado rebuscado para que lo que, en mi opinión, puede dar de sí Trejo.

—Como lo de limpiar el interior del vehículo, incluido el *airbag*. Parece lo que se le habría ocurrido a un abogado, Tracy.

La inspectora dio un sorbo a su vaso de té con hielo.

—Por lo menos, a alguien que sabe de pruebas y de responsabilidad penal —convino.

—¿Battles?

—Podría ser, pero no llego a entender qué podía sacar ella de todo esto. —Acabó la mitad de bocadillo y se limpió las manos con una servilleta—. Puedo pensar motivos que la llevasen a hacer desaparecer la cinta, pero eso no nos lleva a la persona que pudo ayudar a Trejo a esconder el coche y llegar a casa aquella noche.

—Ella sí vive en Seattle.

—Ya, pero no me la imagino poniendo en peligro su carrera profesional por Trejo.

—A lo mejor él tiene algo con que chantajearla.

—Puede ser.

—O puede que haya más de un implicado.

—También podría ser. —Tracy dejó el vaso con aire pensativo—. Hay algo más, algo que me llamó la atención cuando se armó la gorda en la sala de justicia por la desaparición de la cinta. Trejo no se inmutó en ningún momento.

Kins alargó la mano para tomar otro medio bocadillo.

—¿Qué quieres decir?

—Que se quedó allí sentado, mirando fijamente la pared que tenía delante como si no entendiera lo que estaba ocurriendo.

—A lo mejor fue eso.

—¿Cómo va a ser eso? ¡Si el resto de la sala se enteró perfectamente! Cho dijo delante de todos que no encontraban la cinta.

—¿Y no exteriorizó ninguna reacción?

—Ni confusión, ni perplejidad... ¡Nada! ¿No es extraño?

—¿Puede ser que hubiese tomado algo para ir a la vista? Quizá la tensión era excesiva y le dieron algo. —Kins dejó su bocadillo.

—Sí, podría ser, pero también es posible que supiera de antemano lo que iba a ocurrir.

CAPÍTULO 30

Nicholas Evans había acabado el instituto, tocaba el bajo en el grupo de *heavy metal* Chaos... y traficaba con heroína.

—Bonito currículo —le comentó Del a Faz.

Los mensajes de texto del teléfono de Jack Welch les habían brindado las pruebas que necesitaban para dejar claro que Evans les había vendido a él y a Allie la heroína que había matado a la joven. Welch había escrito lo siguiente a Evans aquella misma tarde:

Puedes conseguir mierda? Tengo el dinero.

Evans tardó media hora en responder:

Dame un momento, colega.

Aquella misma tarde, al ver que no volvía a saber de él, Evans volvió a escribir:

Tío, cuando quieras, mi colega y yo estamos listos.

El otro repuso:

Tranqui, tío. Estoy en ello.

Al final, a las cinco, Evans se puso en contacto con él para anunciar:

Burger King de Aurora. 20 min.

Welch escribió entonces a Allie los mensajes que había visto Del en su teléfono. Aquello le daba el contexto necesario para entenderlos.

¡Lo tengo! Tengo que estar en 20 min. Te recojo.

Allie, sin embargo, seguía mostrándose renuente.

No sé si voy a estar en casa a esa hora. Ve s/ mí.

Del se alejó de su ordenador para apoyarse en el respaldo de su asiento con los ojos anegados en lágrimas. Allie había estado tan cerca de volver a casa sin más, de seguir con vida, pero Welch no tenía dinero para comprar y, como la mayoría de los drogadictos, no iba a dejar pasar la ocasión.

Te recojo. No te lo puedes perder. Tiene otros compradores. En serio. No sabes lo bueno que es el material.

Podía ser que la respuesta de Allie, tan sencilla y tan triste, expresara más sobre cómo se había apoderado la heroína de su ser y sobre la lucha diaria a vida o muerte que tenía que librar que cualquier otra cosa que hubiese podido decir.

OK

Faz se puso en contacto con los de narcóticos para preguntar si tenían información sobre Evans y tuvo ocasión de sorprenderse al ver que no sabían nada de él pese a tener varios inspectores infiltrados en Seattle. Tenían el nombre de varias personas de las que sospechaban que traficaban con droga, pero Evans no figuraba entre ellas. Dado que lo que vendía no era goma, sino una variedad de heroína de gran calidad o cortada con alguna sustancia mortífera, presumieron que debía de actuar en solitario y con gran discreción para no ser detectado. Del pidió que los mantuvieran al tanto.

Faz y Del habían localizado a Evans en un piso de Green Lake y lo habían llevado sin incidentes a la cárcel del condado de King. Evans no estaba, como Welch, en el último curso del instituto. Tenía ya veintidós años y se estaba haciendo el duro. No parecía tener más intenciones de hablar con ellos que para dejar claro que quería un abogado. Allá él. Era viernes por la tarde y no saldría de allí hasta que, como pronto, se sustanciara una vista el lunes siguiente para determinar si existía causa probable. Celia McDaniel, que iba a representar al ministerio fiscal, fue realista cuando informó a Del de que se le impondría una fianza de cincuenta mil dólares. Podía intentar aumentar esta cantidad, alegando la gravedad de la situación y la naturaleza mortal de la droga que estaba vendiendo, pero, de momento, solo podían relacionarlo con la muerte de Allie y todavía estaban esperando los resultados del análisis toxicológico de la heroína que había encontrado él en el dormitorio de su sobrina.

—Lo más inteligente —le aseveró por teléfono— es mantener la cuantía de la fianza dentro de unos parámetros con cuya imposición pueda sentirse cómodo un juez.

Eso quería decir que Evans quedaría en libertad con solo pagar cinco mil a un agente de fianzas, pero Del no lo tenía tan claro.

—Haz lo que harías en cualquier otro caso —dijo—. Por lo que he visto del estercolero en el que vive Evans, debe de ser igual que Welch y en su casa no deben de querer saber de él. Dudo mucho que a mamá y a papá les haga demasiada ilusión ponerse a reunir el dinero necesario para sacarlo de la cárcel.

Del, por tanto, tenía el fin de semana para reunir las pruebas necesarias para los documentos inculpatorios. Estaban dando, sin duda, un paso en la dirección adecuada, la de determinar quién suministraba la droga que había matado a Allie y puede que a otros jóvenes más.

Sin embargo, cuanto más cerca estaba, más lejos le parecía encontrarse de cualquier forma de satisfacción o de superación del duelo. No dejaba de pensar en lo que le había dicho Celia sobre los tres o cuatro camellos que estarían al acecho para rellenar cualquier hueco que quedase en la cadena de distribución y sobre el escaso resarcimiento que le había supuesto a ella la condena de los traficantes que habían vendido la droga a su pequeño.

—Poco puede hacer la venganza —le había dicho— por sustituir a un hijo.

Del no dejaba de decirse que tenía una misión que cumplir en cuanto policía, que en la calle podía haber más gente muriendo y que le habían encargado poner fin a aquello. Sin embargo, tampoco podía obviar lo que tenían de cierto las palabras de Celia. Se preguntaba si, cuando acabara todo aquello, una vez que diera con los que le habían vendido la droga a Allie y hubiesen sido juzgados y encarcelados, sentiría lo mismo que Celia y, lo que era más importante, si le ocurriría lo mismo a su hermana; si aquel deseo ardiente de llevar a los responsables ante la justicia tenía que ver de veras con su hermana o solo con su vehemente anhelo de venganza; si, a la postre, la venganza haría tan poco en su caso por sustituir a una sobrina y, sobre todo, en el caso de su hermana por sustituir a una hija.

CAPÍTULO 31

La tarde del viernes, cuando Tracy entró en la sala de reuniones, Cerrabone y Dunleavy la esperaban ya sentados. Su capitán, Johnny Nolasco, y el jefe de policía, Sandy Clarridge, se sumarían a la reunión.

—¿Cómo está Kins? —preguntó el fiscal cuando ella tomó asiento.

—No está mal. Acabo de ir a verlo. Es impresionante lo que son capaces de hacer hoy los médicos. Nos llama varias veces al día solo para volvernos locos a todos.

—¿Duele mucho?

—¿A mí o a él? —Los presentes se echaron a reír—. Tenía que elegir entre operarse o buscarse unos riñones nuevos por todo el ibuprofeno que estaba tomando.

En ese momento entró Clarridge seguido de Nolasco, que cerró la puerta tras sí.

Una vez que estuvieron todos sentados, Dunleavy se encargó de presidir la reunión.

—Hemos recibido hoy una llamada del fiscal mayor de la Armada. Van a poner a Trejo en libertad de aquí a un par de horas.

—¿Recuperamos el caso? —preguntó Clarridge.

Dunleavy se encogió de hombros.

—Todavía no se ha decidido nada de manera oficial, aunque sospecho que, en ausencia de la cinta de vídeo, a la Armada se le han puesto las cosas mucho más difíciles, sobre todo si llegan a un consejo de guerra y hay que despejar toda duda razonable. Trejo y su abogado protestarán por la falta de dicha prueba y su incapacidad para rebatir las declaraciones de los testigos. No tengo claro que la fiscalía vaya a poder hacer frente a algo así, ni tampoco que vayamos a poder hacer nada nosotros.

—Y yo estoy convencido de que la opinión pública no se dará por satisfecha con esa respuesta —dijo Clarridge ruborizándose.

—De momento, la opinión pública está furiosa con la Armada —repuso Dunleavy—. No creo que debamos meternos en ese jaleo y darle la oportunidad de dirigir su ira hacia nosotros, sobre todo si tampoco estamos en posición de condenar al reo. Me han dicho que la Armada va a emprender una investigación ética contra la abogada defensora y que, dependiendo del resultado, podría llevarla ante un consejo de guerra por negligencia entre otras cosas.

—De manera que ya tienen su chivo expiatorio —concluyó Nolasco.

—¿Qué crees tú? —Clarridge miró a Tracy, sentada frente a él—. ¿Es posible que la cinta no se traspapelase, sino que se la llevara ella?

—Desde luego, posible es —respondió la inspectora—, porque tenía acceso a ella. Que lo hiciera ya es otra cuestión mucho más difícil de responder. No lo sé. Lo que sí sabemos es que quienquiera que ayudase a Trejo era consciente, sin duda, de que había que eliminar las pruebas. No son muchas las personas que en una situación así piensan en limpiar el *airbag*.

—Si sale en todos los programas de policías de la tele —dijo Nolasco—. Vamos a no

salirnos de madre.

—¿El *airbag*? Pues será que yo no puse la tele ese día.

—Puede ser que lo limpiaran con el resto del coche —replicó el capitán—. ¿Por qué no va a ser así de listo o de tener tanta suerte Trejo?

—Quizá sí —dijo Tracy—, pero ¿también iba a saber que, sin la cinta, el resto de pruebas no pasan de ser circunstanciales?

—A lo mejor no pensó tanto de entrada —repuso Nolasco— y fue solo, como he dicho, un golpe de suerte. A veces pasa. Piénsalo de otro modo. ¿Por qué lo iba a hacer la abogada? ¿Qué podía esperar sacar con la desaparición de la cinta?

—Según el fiscal es una mujer muy competitiva y no le gusta perder —apuntó Cerrabone.

—Yo estoy de acuerdo con el capitán —dijo la inspectora.

—¿Alguien está tomando nota? Puede que sea la primera vez —comentó Nolasco.

—Estamos hablando de un consejo de guerra en el que se arriesga a perder su paga, su empleo... Sería renunciar a demasiado solo por una victoria, sobre todo en estas circunstancias. Aunque también es posible que Trejo posea información capaz de acabar con ella o con su carrera profesional.

—¿Chantaje? —preguntó Clarridge.

—Intento tener en cuenta todas las posibilidades.

—¿Conocemos su versión de los hechos?

Tracy asintió.

—Anoche estuve hablando con ella. Dice que tenía la caja con las pruebas la noche anterior a la vista, pero no tiene claro que la cinta estuviera dentro. Creo que tenía que estar.

—¿Por qué? —quiso saber Clarridge.

—Porque habría sido demasiado arriesgado para nadie llevársela antes de que ella pidiese la caja.

—De manera que desapareció estando la abogada en posesión de la caja —dijo Nolasco—. Eso demuestra que fue ella.

—Puede ser, pero ella dice que ya había visto el contenido de la cinta y no tenía la necesidad de volver a revisarla aquella noche ni tenía aparato en el que verla.

—Suena a una mentira muy oportuna. Si ya la había visto, sabía que Trejo estaba jodido y tampoco necesitaba ningún televisor para verla otra vez antes de librarse de ella.

—Es cierto, pero, una vez más, hacerla desaparecer cuando todo el mundo sabe que fuiste la última persona que tuvo las pruebas en tu mano es correr un riesgo de los mil demonios. —Pudo ver que los otros coincidían con ella—. Tiene más sentido quitarla de en medio después de devolverla a la sala de pruebas.

—A lo mejor lo hizo —señaló Nolasco.

—A lo mejor.

—O puede que se traspapelara sin más —dijo Dunleavy.

—Los NCIS han interrogado a los conserjes y el hombre que limpió la planta baja y su despacho no recuerda haberla visto. También dice que las normas de su empresa le prohíben tocar nada en los despachos. En realidad, se limitan a vaciar las papeleras y pasar la aspiradora.

Clarridge intervino entonces.

—Entonces, asumiendo que estaba en la caja cuando Battles la devolvió, ¿quién más tuvo acceso a ella?

—Cualquiera que tuviera acceso al despacho del secretario judicial. Está justo enfrente de la sala de justicia. El despacho del fiscal está en la misma planta, pero, por lo que me han

contado, todo aquel que quiera entrar en el edificio tiene que teclear los cuatro últimos dígitos de su número de la Seguridad Social, de manera que tiene que haber un registro de los que entraron esa noche.

—¿Pudo ser Cho? —preguntó Clarridge—. ¿Puede ser que se la llevara antes de irse?

—Puede, pero tampoco se me ocurre ninguna razón por la que pudiese querer hacerla desaparecer la fiscalía. La grabación era su mejor arma.

—¿Alguien más?

Tracy dijo que no con la cabeza.

—De manera que la traspapelaron y se perdió —dijo Nolasco— o se la llevó Battles.

—Aunque aceptásemos esa conclusión, quedarían por responder otras preguntas como quién ayudó a Trejo a ocultar su coche y volver a Bremerton la noche del atropello.

—Es que esas cuestiones no tienen por qué estar relacionadas —aseveró el capitán—. A lo mejor fue su mujer. ¿Qué dice ella de todo esto?

—Lo mismo que Trejo, que su marido estaba en casa esa noche.

—Entonces está mintiendo por él y Battles calculó mal las consecuencias —concluyó Nolasco—. ¿Para qué vamos a darle más vueltas a esto? Ya nos sobra con lo que tenemos. Si nos vuelven a asignar este asunto, que se encargue la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico.

—¿Cuánto puede tardar la Armada en decidir si sigue o no adelante? —preguntó Clarridge a Dunleavy.

—La oficial que entiende en la vista preliminar no ha desaconsejado la convocatoria de un consejo de guerra, pero tampoco ha dudado en advertir que la causa está coja sin la cinta y la defensa explotará sin duda esta debilidad —repuso él.

—Entonces, Trejo solo tiene que esperar el consejo de guerra sabiendo que la fiscalía no puede demostrar su culpabilidad más allá de una duda razonable —aseveró Cerrabone.

—Eso es, al parecer, lo que piensa también la Armada —dijo Dunleavy.

Clarridge se reclinó en su asiento mordiéndose el labio inferior.

—En caso de recuperar la jurisdicción, ¿de qué podemos acusarlo?

—¿Sin la grabación? —Dunleavy meneó la cabeza—. Dudo que podamos hacer nada en firme. Él mantiene que no estuvo allí y todo lo que podamos presentar nosotros no pasa de ser circunstancial. Lo más seguro es que la defensa consiga que se excluya toda mención de la cinta, ya que no puede refutar la declaración de ningún testigo que asegure haberla visto. Si la Armada no quiere seguir adelante, que será lo más seguro, pues normalmente ponen en manos de tribunales civiles las causas con poca base, dudo que vayamos a querer hacer nada, sobre todo con el clima reinante —dijo Dunleavy.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Nolasco—. Más nos vale quedarnos al margen y dejar que carguen con el muerto los militares.

—¿Y qué pasa con el crío y con su madre? —quiso saber Tracy.

—La situación es trágica —reconoció Dunleavy—. Nadie dice que no lo sea, pero no tengo claro que podamos hacer gran cosa al respecto.

—Con permiso —dijo la inspectora. Los demás se volvieron a mirarla—. Yo estaba en la sala cuando se perdió la cinta. Estaba en la tribuna de los testigos, mirando a la galería, y vi a Trejo. Lo estuve observando y puedo asegurar que no mostró reacción alguna ante la noticia.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Clarridge.

—Creo que sabía que no había cinta y que se iba a librar.

—Lo que tú creas no... —empezó a decir Nolasco antes de que lo atajara.

—Está claro que la noche de los hechos estuvo en Seattle. Es un hecho. Yo he visto el recibo de la tienda y la grabación. Vamos a olvidar por el momento que podamos o no demostrarlo. Estuvo allí, atropelló a ese chiquillo y recibió ayuda de alguien después de hacerlo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dunleavy.

—Porque alguien tuvo que ayudarlo a esconder el coche en el solar de detrás de la casa de aquella mujer...

—A lo mejor conocía su existencia —dijo Nolasco.

—Puede ser, pero, en ese caso, ¿cómo volvió a Bremerton sin su coche? No tomó un taxi ni regresó a nado. —Antes de que Nolasco pudiera protestar, añadió—: Mire, si alguien ha robado esa cinta, todos esos factores, el solar y la vuelta de Trejo a la base, se vuelven mucho más relevantes. Significaría que alguien se ha quebrado mucho la cabeza para garantizar la puesta en libertad de Trejo. Y si es así, habría que preguntarse por qué. Puede que Trejo sea muy importante para alguien o que tenga influencia sobre alguien.

—Demasiadas suposiciones —señaló Dunleavy.

—No lo niego, pero creo que por la víctima y por su madre no deberíamos lavarnos las manos.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Clarridge.

—Técnicamente seguimos teniendo la jurisdicción en caso de que renuncie a ella la Armada, ¿no? —dijo ella mirando a Dunleavy—. Si lo encausamos, no se consideraría que se lo está juzgando dos veces por lo mismo, ¿verdad?

—¿Pero no acabamos de coincidir todos en que no íbamos a meternos en ese embrollo? —preguntó Nolasco.

—Yo coincidí con tu capitán, inspectora. No tengo claro que debamos intervenir si no contamos con las pruebas necesarias para llevar adelante la acusación —dijo Clarridge.

—No digo que lo llevemos a juicio, sino que hagamos ver que tenemos esa intención. —Volvió a mirar a Dunleavy.

—Es decir, que finjamos que queremos proceder judicialmente contra él con la esperanza de que, una vez fuera del calabozo, se ponga en contacto con quienquiera que lo ayudó, suponiendo que lo ayudó alguien.

—A Trejo lo ponen en libertad esta misma tarde —dijo Cerrabone—. Podríamos convocar una rueda de prensa a la misma hora y hacer correr la voz de que estamos pensando en serio llevarlo ante un tribunal. Hacer que piense que no se ha librado y ver qué hace, si recurre a alguien.

—¿Seguirle la pista? —preguntó Clarridge.

—Podríamos poner sobre aviso a la policía de Bremerton —dijo Nolasco— para que lo sigan ellos.

—Preferiría hacerlo yo personalmente —propuso Tracy—. Sé dónde vive y dónde trabaja. He estado en su piso y conozco la disposición de la urbanización, el coche que conduce y el lugar en que lo aparca. Así, además, seríamos mucho más discretos.

—Ya tenemos bastante trabajo —insistió Nolasco.

—Si dejamos fuera a los de Bremerton —replicó ella—, nadie sabrá que nunca hemos tenido intención de procesarlo.

Clarridge miró a Dunleavy.

—¿Hay algún problema?

Dunleavy negó con la cabeza.

—No —dijo mirando a Tracy—, aparte de que te va a tocar hacer unas cuantas noches muy

largas.

—Ya tenemos a Kins de baja —recalcó Nolasco—. Estamos muy escasos de personal.

—No necesito a nadie más —dijo Tracy—. Puedo pasar allí la noche y aprovechar la mañana para hablar con los conserjes y pedir una copia de la grabación de seguridad que hicieron aquella noche las cámaras del edificio.

Dunleavy miró al resto de los que había en la mesa.

—Yo no veo inconveniente alguno.

—Vale la pena intentarlo —opinó Cerrabone.

Todos miraron a Clarridge, quien, tras unos instantes de reflexión, concluyó:

—En ese caso, vamos a preparar una declaración pública que haga reaccionar a Trejo.

CAPÍTULO 32

Tracy tomó uno de los vehículos del parque móvil y cruzó la bahía de Elliott en el transbordador. El frío invernal había dado paso a las aguas de primavera, pero no a las lloviznas intermitentes tan propias de Seattle, sino a tormentas más parecidas a las de la Costa Este, que irrumpían con fuerza, remitían y volvían a golpear con un nuevo aguacero violento. Tras desembarcar, se dirigió a Jackson Park y, cuando llegó a la urbanización, había caído ya la tarde. Sabía, por la visita anterior, que el bloque de Trejo hacía esquina. Si aparcaba en la calle perpendicular, podía aprovechar una extensión de césped en pendiente para protegerse de la indiscreción de los vecinos. En este sentido, contaba también con la lluvia recia.

Una vez en posición, pudo comprobar que no había nadie que hubiese salido tarde a correr o a pasear al perro, ni gente jugando en las pistas de tenis y de baloncesto. Desde donde estaba, veía bien el camino de acceso a la vivienda, que descendía un par de escalones hasta llegar a su puerta. El Subaru estaba estacionado en el aparcamiento que le correspondía y tenía aún abollado el guardabarros delantero, si bien habían reparado el parabrisas. Si Trejo salía de su apartamento, Tracy lo vería. Además, solo había dos caminos por los que podía salir en coche de la urbanización y ninguno de los dos era difícil de seguir... si es que Trejo iba a alguna parte.

Dunleavy había hecho pública su declaración poco después de las cinco y media de la tarde para hacerla coincidir con la puesta en libertad de Trejo. Aunque sin prometer nada, había dejado bien claro que la policía de Seattle tenía intención de revisar todas las pruebas con la intención de presentar cargos contra él. A Tracy le pareció lo bastante contundente como para hacerlo reaccionar. Deseó estar en lo cierto al pensar que alguien le había brindado ayuda después del siniestro. En tal caso, sospechaba que quien fuera o quienes fueran no iban a querer tratarlo por teléfono, sino que pedirían reunirse con él en persona. Sea como fuere, no tardaría en averiguarlo.

Esperó sentada, comiendo una barrita proteica mientras escuchaba la lluvia batir el techo del vehículo. Poco después de las nueve de la noche se encendió la luz que iluminaba el porche situado ante la puerta de Trejo. Podía ser que tuviese un temporizador. Tracy se incorporó y observó a través de la cortina de agua. Entonces se abrió la puerta del apartamento, cuya luz se derramó sobre el acceso a la vivienda. De ella salió alguien que recorrió con paso acelerado el camino. Tenía la altura de Trejo, pero llevaba la cabeza cubierta con una capucha para protegerse de la lluvia y se alejaba trotando en dirección al Subaru. No tenía más opción que dar por hecho que era él y seguirlo.

Bajó la visera de la gorra de béisbol de los Mariners que había tomado prestada del rincón de Kins y arrancó el coche. Con las luces apagadas, dio media vuelta y dobló a la izquierda al llegar a la esquina para recorrer la calle paralela a la espalda del bloque de Trejo. En lo alto de la pendiente vio brillar entre la lluvia las luces del Subaru, que salió marcha atrás del aparcamiento y se dirigió a la primera de las dos salidas. Trejo, si es que era él, giró a la

izquierda y ella hizo otro tanto desde la calle en la que se encontraba.

El Subaru fue callejeando en dirección a la salida de la urbanización y puso rumbo al norte para tomar la estatal número 3, una vía de cuatro carriles con mediana de hierba y tierra. Tracy llegó al cruce instantes después y, tras encender las luces, lo siguió. La carretera no estaba muy concurrida, lo que era de esperar con aquella noche tan inclemente. Aunque la lluvia tenaz y la oscuridad la ayudaban a pasar inadvertida, Tracy optó por mantener cierta distancia y tratar de confundirse con los escasos vehículos que los acompañaban.

Llevaban cinco minutos conduciendo cuando Trejo tomó la salida a Newberry Hill, una vía larga y llana que permitió a Tracy mantener la vista en el Subaru sin acercarse demasiado. Él se incorporó a la derecha y ella quiso esperar a poder colocarse detrás de otro automóvil, pero no vio faros acercándose cuando se detuvo al final de la salida. Como tampoco deseaba quedar demasiado atrás y arriesgarse a perderlo en otro semáforo, dobló a la derecha y lo siguió. La carretera de Newberry Hill tenía dos carriles, uno para cada sentido. Tras una de las curvas, pasaba a denominarse Silverdale Way y a recorrer hileras de grandes casas unifamiliares situadas a orillas de la ensenada del Dyes, cuyas aguas se presentaban esa noche del color de la tinta china con cabrillas provocadas por el viento y la lluvia.

Cerca de Bucklin Hill Road, la primera intersección importante, el Subaru redujo la velocidad al acercarse a un semáforo en rojo y Tracy, para no acercarse demasiado, giró hacia un centro comercial dotado de un amplio aparcamiento. Lo recorrió hasta salir de nuevo a Bucklin Hill y situarse, una vez más, tras el otro. En ese momento, las luces de freno se iluminaron de forma inesperada cuando disminuyó la marcha y giró a la derecha, esta vez para tomar una carretera sin señalización. Un letrero indicaba que se trataba de un camino de acceso a Old Mill Park, una calle sin salida.

La inspectora rebasó la entrada al parque por si Trejo sospechaba que lo estaban siguiendo y estaba usando el parque para dar media vuelta o simplemente por tomar precauciones, de manera que dobló a la izquierda para meterse en otra zona comercial situada en la otra acera y estacionó en un punto que le permitía observar la entrada al parque. Si Trejo salía, le sería posible ver su coche. Al ver que no era así, apagó el motor y abrió la puerta del vehículo. Se puso con rapidez el chubasquero y se echó la capucha sobre la gorra de béisbol mientras apretaba el paso hacia la acera de Bucklin Hill Road. Dejó pasar el tráfico y cruzó los dos primeros carriles hasta la isleta central, donde esperó a que volviera a despejarse la circulación para atravesar al trote los dos carriles que corrían en dirección oeste hacia la entrada del parque. La lluvia le caía por la visera y, azotada por el viento, le dificultaba la visión. Fue apretando el paso por la carretera de acceso. El Subaru era el único vehículo que había estacionado en una docena aproximada de plazas de aparcamiento. Dentro no estaba Trejo. Tampoco había nadie más. Nada más rebasar aquella zona, llegó a unos servicios públicos de bloques de hormigón. Tanteó la puerta y la encontró cerrada con llave.

Dejó atrás con sigilo la construcción hasta llegar al punto en el que se bifurcaba la pista de tierra en dos sendas, una que seguía recta y la otra que se abría a su izquierda. No tenía ni idea de cuál habría tomado Trejo ni de adónde llevaba cada una. Con aquella oscuridad y la copiosa lluvia, no creía posible encontrar pisadas, pero aquello no era lo que más le preocupaba. Había abrigado la esperanza de que Trejo se dirigiría a un piso o una casa, lo que le habría permitido conseguir una dirección y buscar al propietario, o, en todo caso, que se reuniría con alguien en un lugar público como un restaurante, en el que le sería posible hacer una identificación visual de su interlocutor. Ni se le había pasado por la cabeza que fuese a quedar al aire libre. Si se trataba de alguna trampa, se estaba metiendo en ella a ciegas.

CAPÍTULO 33

Cuando Faz dobló la esquina, Del vio coches patrulla de la comisaría Norte bloqueando la carretera y agentes con uniforme de lluvia desviando el tráfico y sintió náuseas. Las luces de los vehículos policiales iluminaban la noche con lúgubres destellos estroboscópicos rojos y azules. Los inspectores estaban acabando de cenar en el Shawn O'Donnell's cuando sonó el teléfono de Del. Jeanine Welch había recibido la llamada que tanto tiempo llevaba temiendo.

En un extremo de la calle había un camión de bomberos aparcado detrás de una ambulancia y de la furgoneta del médico forense. La mayor parte de la actividad se centraba en la cochera de la fachada de atrás de la casa, para más exactitud, en el apartamento que había sobre ella.

—Esperemos que la lluvia espante a los vecinos —dijo Faz.

—Lo dudo. Esto es como cuando viene el circo a la ciudad.

Tenía razón. Bastaba fijarse un poco más para ver que ya había gente en la calle, vestida con impermeables y equipada con paraguas o resguardada bajo los porches cubiertos de sus viviendas. Con todo, lo que más inquietaba a Del no era la invasión de la intimidad de Jeanine Welch, sino la advertencia que le había hecho Stuart Funk sobre la variedad potentísima de heroína que podía estar invadiendo la calle.

Del bajó la ventanilla para hablar con el policía que estaba dirigiendo el tráfico y la lluvia le escupió a través de la rendija. El agente, bien preparado para combatir el aguacero, se inclinó hacia él y Del le enseñó la placa mientras decía:

—¿Dónde está el sargento al mando?

El primero señaló a un agente hispano situado cerca de la cochera antes de hacerse a un lado y dejarlos pasar. Los recién llegados pararon el vehículo, salieron de él y se ajustaron los chubasqueros largos mientras abrían sendos paraguas negros.

—¿Sección de Crímenes Violentos? —dijo el sargento cuando se presentaron—. Si ha sido una sobredosis.

—Tenemos una investigación en proceso —se explicó Del—. ¿Dónde está la madre?

Ese agente señaló la fachada trasera de la casa. La lluvia caía por la visera de su gorra, que llevaba envuelta en plástico.

—Está dentro. Le está tomando declaración uno de mis agentes.

Del miró a la vivienda sabiendo que nunca más sería la misma.

—¿Está en casa la hija?

—No, su madre dice que la llevó a casa de una amiga cuando la llamaron al trabajo.

—¿Cuándo fue eso?

El sargento tuvo que alzar la voz para que se le oyera sobre la lluvia y el viento, que se habían avivado.

—Hace una hora u hora y media. Los encontró un amigo.

—¿Cómo que «los encontró»?

—Son dos: un muchacho y una muchacha.

Del miró a Faz antes de volver a dirigirse al sargento:

—¿Dónde está la persona que dio el aviso?

—Ni idea. Al parecer no dio su nombre y, cuando las unidades llegaron aquí, no había nadie. El médico forense está dentro ahora. Dice que con esta van ya doce o trece muertes por sobredosis este mes. A este paso se va a convertir en una epidemia.

Del pensó en la advertencia que le había dado Celia McDaniel en la cafetería.

—Ya es una epidemia —sentenció.

Una luz amarilla iluminaba la escalera que daba al apartamento. En el rellano, Del y Faz sacudieron sus paraguas y los apoyaron en el muro del edificio. Firmaron la hoja de registro que les presentó un agente apostado en la puerta y entraron en una sala de seis por seis metros cargada de humedad por los cuerpos empapados que se apiñaban en el interior. Las ventanas estaban empañadas y en el aire flotaba el olor acre a tabaco. Había ropa amontonada en el suelo y sobre los muebles, platos sin fregar, latas vacías de refresco y de cerveza y otros objetos. Pocos. Para sentarse solo había una silla y no había televisor ni equipo de música. Del recordó que Jeanine Welch les había dicho que Jack vendía cuanto podía en su búsqueda incesante de una dosis que pincharse. Sospechaba que aquella sala había acabado por convertirse en poco más que un lugar en el que pasar la noche.

Los allí congregados, entre los que se incluía Funk, se habían arracimado en torno a un colchón dispuesto bajo un techo abuhardillado con dos tragaluces que dejaban ver el cielo nocturno. Allí yacía boca abajo una joven totalmente vestida y con la cabeza caída de un modo aparatoso por fuera del colchón. Se había formado un charco de baba. Junto a ella estaba, tumbado sobre su espalda, Jack Welch. Su cuerpo, devastado por la droga, parecía tan pequeño y delgado como el de un chiquillo. Tenía los ojos abiertos, como si admirase las estrellas distantes a través de los tragaluces. Los curas habían enseñado a Del a creer que sus seres queridos estarían esperándolo en el cielo a su muerte para darle la bienvenida. Él nunca había acabado de creérselo, hasta que murió Allie. Le resultaba más fácil de digerir si se convencía de que sus padres habían recibido a su nieta y se habían encargado de cuidarla. Al menos, eso esperaba.

La esperanza se convirtió en un asidero al que aferrarse cuando a su alrededor no había más que angustia.

Sobre un cajón de madera dispuesto al lado de la cama de Welch descansaba un despertador y un paquete de cigarrillos entre todos los adminículos propios de un toxicómano: una cuchara quemada, varias jeringuillas, encendedores y una bolsa de plástico que contenía un polvo cuyos color y consistencia se parecían mucho, a simple vista, a la sustancia que había encontrado Del en el cuarto de su sobrina. El hecho de que quien había hecho la llamada, otro yonqui, probablemente, no se la hubiera llevado consigo podía tener una gran importancia. La resulta de su contenido estaba allí mismo: dos cadáveres.

Funk reparó en la presencia de los dos inspectores y se alejó de la cama para hablar con ellos. Sin alzar la voz, les preguntó:

—¿Cómo os habéis enterado?

—Era compañero de instituto de Allie —repuso Del—. Nos llamó su madre. La otra tarde vinimos a hablar con ella. Él estaba con Allie cuando compraron lo que la mató.

Funk hizo una mueca de dolor y se ajustó las gafas.

—Entonces ese es el problema. Esto no es goma. No sé qué es. Vamos a tener que esperar a que lo analicen en el laboratorio de toxicología, pero me atrevería a suponer, por la ausencia de olor, que se trata de china blanca o algo muy parecido, potentísimo o cortado con algo como

fentanilo.

—¿Qué significa la ausencia de olor? —preguntó Faz.

—La mayor parte de la heroína que se vende en la calle huele como a vinagre, porque quienes la producen no se molestan en alcanzar una pureza de más del noventa por ciento. El diez por ciento suele ser de alguna clase de ácido acético puro. La que es pura de verdad no tiene ese olor.

—¿Sabemos quién es la joven? —preguntó Faz.

—Tenía el bolso en la encimera. Se llama Talia Crenshaw.

—TC —dijo Del.

—¿Cómo? —preguntó Faz.

—Aparecía en una foto con Welch. Allie la llamó TC. Welch estaba saliendo con ella cuando Allie ingresó en desintoxicación.

—¿Podemos determinar si es lo mismo que usaron Allie o las demás víctimas de sobredosis? —quiso saber Faz.

—Lo único que os puedo decir por el momento es que estoy seguro de que no es goma —repitió Funk—. De todos modos, yo diría que es muy probable que estemos hablando del mismo producto. Tenemos que usar los canales adecuados para advertir a los consumidores. No tenemos otra opción si está muriendo gente.

Del y Faz le hicieron otras preguntas y le pidieron que los mantuviera al tanto de los resultados de toxicología antes de dejar que siguiera con su trabajo. Una vez fuera, recogieron sus paraguas y bajaron de nuevo los escalones.

—Qué poco me apetece hacer esto —señaló Del mientras se dirigían a la casa para hablar con Jeanine Welch. Aunque, la última vez que habían hablado, ella les había dicho que se había resignado a que antes o después tendría que asumir la muerte de Jack, Del sabía por experiencia que entre la presunción y la realidad había un abismo. Y la de mirar a los ojos de un hijo sabiendo que jamás iba a asomar a ellos el fulgor de la vida era la realidad más dura que pudiera imaginarse. No había fe en el mundo capaz de aliviar ese dolor.

Tracy eligió la pista que avanzaba más o menos en línea, pero la oscuridad y la cortina de agua la obligaban a caminar a ciegas. El camino estaba flanqueado por árboles que se mecían y arbustos espesos y el viento llevaba el olor salobre de los humedales. Pese a encontrarse a un tiro de piedra de la civilización, no oía otra cosa que el ulular del viento y la lluvia, amén del azote de las olas contra la costa. El sendero había empezado a llenarse de charcos cuya agua le calaba las botas de cuero hasta empaparle los calcetines.

Siguió andando hasta llegar al final de la arboleda, a unos seis metros de la playa. Distinguió el fulgor iridiscente de la espuma blanca que se hinchaba hasta reventar en las rocas y la arena, así como algunos troncos erosionados y desperdigados como los huesos de una ballena varada, pero no vio a Trejo ni a nadie más. A su derecha se veía el tejado a dos aguas del porche del hotel Best Western. Descartó enseguida la posibilidad de que hubiera ido allí, pues, en tal caso, no tenía sentido estacionar en un lugar tan expuesto a la lluvia. Era más probable que hubiera tomado la otra senda.

Tracy había elegido la equivocada.

Recorrió la costa en dirección al final de la otra, con cuidado de no tropezar con los troncos de la playa ni con otros trozos de madera. La lluvia se hizo más intensa y la obligó a bajar la visera de su gorra para resguardarse de ella y tratar de ver. Se escurrió, pero logró mantenerse en pie. El agua había empezado a filtrársele por las costuras y sintió que la camisa se le pegaba a

la espalda.

Estaba ya cerca del lugar en que desembocaba en la playa el segundo sendero cuando oyó un estallido apagado y vio un destello azul blanquecino entre los árboles. Un disparo de arma de fuego. Puso una rodilla en tierra y sacó la Glock. Aguzó la vista y el oído durante casi un minuto antes de desechar la idea de que le estaban disparando. De haber querido matarla, no habría resultado difícil salir de entre la maleza y encajarle una bala en la nuca.

Se puso en pie y corrió a alejarse de la playa para alcanzar la arboleda en la que había visto el fogonazo. El suelo empapado tiraba de las suelas de sus botas y provocaba un ruido de succión con cada paso que daba. Los árboles, al menos, le brindaron cierto alivio de la tormenta y le permitieron retirarse la capucha del chubasquero y levantar la visera de la gorra. Mientras avanzaba, volvió a detenerse para estudiar los alrededores. No vio a nadie ni oyó más ruido que el de las rachas de viento y el azote de la lluvia. Siguió la pista otros veinte metros hasta que vio a una persona sentada en una de las dos mesas de merendero dispuestas en un claro y puso de nuevo una rodilla en tierra. La figura, desplomada sobre la mesa, estaba inmóvil. Tracy aguardó un minuto entero antes de seguir adelante pistola en mano. Al acercarse, dio un paso a la derecha para tener un ángulo más favorable en caso de que la figura cobrase vida de repente. No fue así.

Reconoció la chaqueta.

Al siguiente paso le vio la cara. Era Laszlo Trejo. Al otro lado de su cuerpo descansaba sobre la mesa, cerca de su mano izquierda, una pistola.

Del había llamado a la cárcel del condado de King después de salir de casa de Jeanine Welch, a quien había querido acompañar después de haber sufrido un dolor semejante al suyo. Pidió que escoltasen a Nicholas Evans hasta la sala de interrogatorios por el pasaje subterráneo. Le daba igual la hora que pudiera ser cuando llegasen. Evans y él tenían mucho de lo que hablar y, si el joven seguía sin querer articular palabra, al menos sí que iba a escuchar lo que tenía que decirle.

Evans volvió la cabeza para mirarlos cuando entraron en la sala. Esta vez ninguno de ellos llevaba una silla. Sentado detrás del espejo unidireccional había un grupo de la Unidad de Narcóticos que aguardaba ansioso a oír sus declaraciones, si es que llegaba a ofrecer alguna.

El detenido los siguió con la mirada. Parecía inseguro e incómodo, pero se afanaba en ceñirse al personaje del tipo duro. Del conocía muy bien a los tipos duros, porque se había criado en compañía de varios de ellos en Wisconsin y había arrestado a más de uno en sus tiempos, de manera que sabía que Evans no lo era.

Evans se reclinó tanto como se lo permitió la cadena que iba de sus esposas a la argolla del suelo. Del uniforme rojo de la cárcel le asomaban retazos de los tatuajes que llevaba en el pecho y los brazos: una cruz en el antebrazo derecho y varias lápidas, cada una con un nombre, en el izquierdo. Del no pudo sino preguntarse si serían los de sus amigos muertos. En ese caso, necesitaría espacio para dos más por lo menos. En la base del cuello, de una clavícula a otra, como un collar, se veía la mitad superior de la palabra *CHAOS*. Se había recogido el pelo, rubio, rizado y largo, en un moño que parecía hacer más delgados aún sus rasgos femeninos. La cárcel iba a ser muy canalla con ese chaval y a él le iba a tocar ser su puta.

—No pienso hablar con vosotros. —Evans dejó caer la mandíbula y se negó a mirarlos a los ojos.

—Pues límitate a escuchar —repuso Del con la voz tranquila y pausada de quien tiene todo el tiempo del mundo—. Venimos de casa de Jack Welch.

Él le lanzó una mirada fugaz, pero siguió con la cabeza vuelta. El inspector añadió

entonces:

—Chaos va a tener buscarse a otro guitarrista.

Evans se volvió entonces hacia ellos con gesto preocupado.

—Deja que te describa la escena —siguió diciendo Del apoyando las palmas de las manos en la mesa e inclinándose hacia delante para invadir el espacio personal del otro—. Jack estaba tumbado boca arriba en su colchón. Tenía los ojos abiertos y clavados en lo que había al otro lado de los tragaluces del techo. A su lado yacía una joven con la cabeza fuera de la cama y un montón de espuma que le caía de la boca al suelo. Sobre la cómoda había jeringuillas usadas, una cuchara ennegrecida, unos cuantos encendedores Bic y una bolsita de heroína. —Del guardó silencio para dejar que se impusiera lo incómodo de aquel momento. Evans tenía la mirada clavada en la superficie de la mesa, pero desenfocada—. Estás vendiendo muerte. Ya han muerto, que sepamos, más de diez personas por la mierda que estás vendiendo. —En realidad no lo sabía, al menos con certeza, pero Evans tampoco.

Del se apartó de la mesa.

—Conque deja que te diga lo que te espera. El fiscal te va a acusar de homicidio con sustancias tóxicas y logrará que te sometas a un juicio diferente por cada una de las muertes. La pena por cada una es de diez años de cárcel y se van a ir sucediendo una tras otra. Eso supone un total de entre noventa y cien años, Nick. No vas a salir en tu vida. Y a un muchacho como tú... — El inspector se encogió de hombros—. Así que sigue con esa actitud de tío duro y diciendo que no piensas hablar con nosotros. Tú, sigue así, pero luego no cuentes con nosotros, porque no vamos a volver.

Evans se reclinó en su asiento. Su pierna derecha se puso a dar botes y a hacer que la cadena que tenía entre esta y la izquierda tintinease como si tuviera el bolsillo lleno de calderilla. Entonces empezó a mover arriba y abajo la cabeza con un ritmo diferente, descoordinado con la pierna, y dio la impresión de estar teniendo dificultades para respirar. Tomaba inspiraciones largas como si estuviera haciendo lo posible por no hiperventilar.

—Necesito un abogado —dijo al fin con voz quebrada.

—De acuerdo. —Del miró a Faz, que respondió encogiéndose de hombros—. Vámonos.

Evans se apresuró a detenerlos.

—¡No! Quiero decir... que necesito un abogado para ver qué podemos negociar.

—¿Negociar? ¿Por qué íbamos a querer negociar contigo?

—Porque sé cosas. —Evans quería hablar tan deprisa que se le trababa la lengua—. Sé... Sé de dónde está saliendo la droga.

—Pues de ti. ¿De dónde va a salir? —dijo Del—. Tenemos mensajes de texto y correos electrónicos que confirman...

—No —repuso él agitando la cabeza—. Lo que quiero decir es que sé de dónde viene, que podría decirnos dónde la consigo. Querrán saberlo, ¿no?

«¡Bingo!», pensó Del.

—Bueno, pues adelante. Cuéntanos de dónde viene.

Evans negó con la cabeza.

—Por eso necesito negociar y por eso necesito un abogado.

Del hizo una señal a Faz para que interviniese.

—Tenemos familias en las que pensar —dijo el segundo—. Todas ellas querrán ver que alguien paga por la muerte de sus hijos. ¿Qué se supone que tenemos que contarles?

Evans no tenía respuesta a aquella pregunta. Sus piernas no dejaban de moverse. La izquierda se había unido al baile.

—¿Entiendes el problema? —insistió Faz—. Si quieres negociar, tendrás que darnos algo que podamos presentarle al fiscal, porque ya te digo yo que él no va a estar muy dispuesto a hacer ningún trato con alguien que está vendiendo muerte.

—Yo no sabía que ese material estuviese matando a nadie. No tenía ni idea.

—Eso es lo de menos —dijo Del—. Son gajes del oficio de vender heroína.

Todos estuvieron sentados en silencio durante casi un minuto. Evans parecía indeciso y no dejaba de morderse el labio inferior hasta que preguntó:

—¿Y si les digo que sé algo del fulano ese al que detuvisteis hace un par de semanas?

Del frunció el ceño.

—Vas a tener que ser más concreto, Nick.

—El que se dio a la fuga después de atropellar a un chaval negro en Rainier Beach.

CAPÍTULO 34

Nicholas Evans alzó la vista para mirar a Faz, que en ese momento se encontraba sentado al lado de Rick Cerrabone en la sala de interrogatorios. Del estaba en el cuarto contiguo, detrás del espejo, observando y escuchando con Celia McDaniel y los inspectores de narcóticos.

Tras la revelación de Nicholas Evans, Del y Faz habían telefoneado a la casa de Cerrabone y a la de Celia para decirles:

—Tenemos a un camello en la sala de interrogatorios y vais a querer oír lo que nos está diciendo.

Del había intentado también llamar a Tracy, pero su compañera no había respondido al móvil.

Faz hizo las presentaciones. Cerrabone llevaba una camisa de vestir a rayas que probablemente había usado para trabajar ese día y parecía cansado, aunque lo cierto es que siempre daba esa impresión a causa de esas ojeras suyas que parecían dos bolsas de té usadas. Siempre se peinaba hacia atrás el cabello, que había empezado a ralear. Si los sesenta eran, decían, los nuevos cuarenta, en su caso y el de otros muchos abogados penalistas, los cuarenta parecían sesenta.

—Me dicen que puede usted tener información sobre un atropello con fuga ocurrido en Rainier Beach.

El detenido asintió.

—Pero quiero negociar. No pienso testificar ni poner nada por escrito hasta que hagamos un trato.

—Lo entiendo —repuso Cerrabone, con la calma de quien resuelve un asunto trivial, aunque sin prometer nada—, pero antes de poder considerar nada tengo que saber algo más sobre lo que le has contado al inspector Fazzio.

Evans reflexionó unos instantes y luego se inclinó hacia delante como quien va a compartir un secreto.

—¿Verdad que detuvisteis a un tío en Rainier Beach por atropellar a un chaval y darse a la fuga? Uno de la Armada, ¿no?

—Correcto.

—Bueno, pues sé lo que estaba haciendo esa noche en Seattle.

Cerrabone no reaccionó. Faz tampoco. Al ver que Evans no decía nada más, preguntó el fiscal:

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo contó alguien.

—¿Alguien?

Evans se reclinó con aire arrogante.

—Ajá.

—¿Quién?

—Un tío que lo sabía.

Cerrabone arrugó el sobrecejo y miró a Faz. Todo formaba parte de su actuación. Se encogió de hombros.

—Lo de «un tío que lo sabía» no me sirve para nada, inspector. —A continuación se dirigió a Evans—. Si no lo sabes de primera mano, se llama *testimonio referencial* y el testimonio referencial no me sirve de nada, porque ningún juez lo va a aceptar en un tribunal. No se considera fiable. —Y con esto extendió las manos como quien dice: «¿Qué le voy a hacer yo?».

Evans volvió a vacilar mientras pensaba. Hasta que dijo:

—El tío que me proporciona la heroína.

—¿Él es tu fuente?

—Ajá.

—Está bien, pero te vuelvo a pedir, Nick, que lo mires desde mi punto de vista. El juez, o la defensa, dirá que lo único que tengo es el testimonio de un camello que quería negociar con lo que le había dicho otro camello. ¿Entiendes el problema? La noticia del muchacho al que atropellaron antes de darse a la fuga ha salido en todos los periódicos y en la tele. Dirán que a lo mejor leíste algo y te lo has inventado. Y eso no me va a servir de mucho.

Evans señaló a Faz, alarmado a todas luces al ver que su gran bombazo no iba a sacarlo del brete en el que se había metido.

—¿Y si se lo digo a él? Él podrá averiguar si es verdad o no. ¿A que sí?

—Puede ser —dijo Cerrabone—. ¿Qué te dijo tu proveedor?

Evans se mojó los labios.

—Me preguntó si había leído lo del tío de la Armada al que habían arrestado por atropello con fuga. Yo le dije que no y él me lo contó.

No habían dejado de caminar en círculo. El fiscal preguntó tras soltar un suspiro:

—¿Qué te contó exactamente?

Evans entornó los ojos como si lo hubieran deslumbrado.

—¿Vamos a negociar?

—No lo sé. En realidad, no me has contado nada todavía.

—A ver, el colega ese que me vende me preguntó si sabía lo del tío del atropello y yo le dije que no. Entonces me dijo que el de la Armada iba a entregar casi medio kilo de heroína cuando arrolló al chaval.

—¿A entregarla?

—Eso es.

—¿De dónde?

Evans se encogió de hombros.

—No lo sé, pero sí sé que era su proveedor.

CAPÍTULO 35

Tracy estaba sentada en una sala de la comisaría de Burwell Street de la policía de Bremerton poco después de la medianoche. Había estado allí antes, en una ocasión en la que necesitaba ayuda para ejecutar una orden de registro durante la investigación de un homicidio. El edificio rojo de ladrillo y metal ocupaba media manzana e incluía una zona vallada de vehículos policiales. Formaba parte de una mezcla de casas residenciales, bloques de pisos y aparcamientos. Parecía un gato empapado de pies a cabeza y no se sentía mucho mejor. Había informado del hallazgo del cadáver de Laszlo Trejo y, luego, había esperado varias horas mientras el forense y los inspectores completaban su trabajo.

En ese momento se abrió una puerta de seguridad y entró un hombre de un metro setenta y cinco aproximadamente que debía de haber mediado los cincuenta y tenía el pelo repeinado hacia atrás y las sienes canosas. Pese a la hora, parecía que se acabara de arreglar. Llevaba una camisa de vestir con los puños bien recogidos por debajo del codo, lo que hacía visibles un reloj de plata, una pulsera de plata y turquesa y una alianza. No era uno de los inspectores que habían estado en el lugar en que había muerto Trejo y Tracy supuso que debía de ser sargento.

—Tú debes de ser Crosswhite. —El inspector le ofreció la mano y una sonrisa confiada—. Dudo que haya por aquí nadie más a estas horas y con este tiempo. John Owens —se presentó—. Ven conmigo. —Volvió a cruzar la puerta con Tracy tras él—. Para mí es tarde, pero para ti debe de ser demasiado temprano.

—No, estoy haciendo el turno de noche —repuso ella, aunque ya no sabía muy bien qué horario tenía.

—¿En Bremerton? —Él miró hacia atrás mientras avanzaban por un pasillo.

La policía era una especie muy proclive a defender su territorio y Tracy sabía que lo que más preocupaba a Owens era lo que pudiera haber estado haciendo una inspectora de Seattle en el lugar en que había ocurrido una muerte en su jurisdicción y por qué no se le había informado. Entró en un despacho pequeño con el escritorio lleno de papeles y señaló a una mesa redonda.

—Ponte cómoda. —Levantó una taza y una jarra de café—. ¿Café? Está recién hecho.

—Sí, gracias. —Tracy tomó la taza y sintió el calor en sus manos mientras tomaba asiento a la mesa. Sobre su cabeza oyó el zumbido grave del aire acondicionado y sintió el roce del aire frío que salía por un conducto. Reparó en varios certificados que había en la pared, uno de ellos bordeado con un filete de color azul marino y oro que daba fe de un licenciamiento con honores en la Armada de los Estados Unidos—. ¿Sirvió usted en las fuerzas navales?

Owens echó un vistazo por encima del hombro mientras se servía café.

—Sí. De hecho, estuve pensando hacer carrera, pero al final decidí hacerme policía. ¡Y al final he acabado destinado en una ciudad dominada por una base naval!

Tracy movió su silla para evitar el aire que salía del conducto y Owens se unió a ella frente a la mesa.

—Dices entonces que estáis interesados en Trejo por un atropello con fuga ocurrido en Seattle... —Había hablado con sus inspectores.

—Eso es. Un crío de doce años.

—Me acuerdo del caso, pero pensaba que se había encargado la Armada, ¿no? —De nuevo, no daba puntada sin hilo.

—Sí y parecía una causa sencilla hasta que desapareció una prueba durante la vista del artículo 32.

Owens bebió café antes de decir:

—La vista de Trejo también apareció en primera plana en el periódico local. Si la policía de Seattle no tenía jurisdicción, todavía me explico menos lo que estaba haciendo aquí una de sus inspectoras de homicidios. La muerte de Trejo es jurisdicción nuestra.

—Las autoridades querían que no perdiéramos de vista el caso, pues parecía que íbamos a tener que encargarnos de nuevo de él.

—Está bien, pero dígame qué hace aquí a estas horas de la noche... —Miró el reloj—. De la madrugada.

—Nos dijeron que Trejo iba a salir del calabozo esta misma tarde. El fiscal de distrito de Seattle decidió hacer pública una declaración para anunciar que teníamos la intención de procesarlo.

Owens entrecerró los ojos como si estuviera tratando de entenderlo.

—¿Ah, sí?

—Yo no soy quien tiene que decidirlo. —No quería dejar a nadie en mal lugar—. Teníamos la esperanza de que una declaración así podría hacer reaccionar a Trejo.

—Pues se ve que os han concedido el deseo. —Owens dejó la taza encima de la mesa tras dar otro sorbo—. ¿Y qué esperabais que hiciera?

Tracy se encogió de hombros y expuso su hipótesis de que Trejo había tenido que recibir ayuda para esconder el coche y volver a Bremerton.

—¿Y qué pensabas? ¿Qué correría a buscar a esa persona?

—Estando en el calabozo no podía, conque, sí, creía posible que fuese a verla en cuanto estuviera en libertad.

—¿Tienes más pruebas que apoyen tu teoría?

—Está muerto, ¿no?

Owens volvió a entornar la vista.

—Mis inspectores dicen que no crees que haya sido un suicidio.

—Como ya he dicho, teniendo en cuenta todo lo demás que sabemos, me parece muy dudoso.

—La pistola era de él.

—Pero no han encontrado la bala, ¿verdad?

—Eso no es raro por el sitio en que ocurrió. Puede que esté alojada en algún árbol. —Owens se reclinó en su asiento.

—Cierto, pero sin la bala no pueden decir sin temor a equivocarse que murió por su propia arma.

—Mira, Crosswhite, todo esto es muy interesante, pero la experiencia me dice que muchas veces las cosas son exactamente lo que parecen. Atropelló a un niño de doce años y la culpa y la vergüenza lo llevaron a pegarse un tiro. Una cosa así debe de poder con cualquiera.

—Quizá sí, pero la desaparición de la cinta de seguridad es innegable.

Owens hizo una pausa.

—Cuéntame otra vez lo que has visto esta noche.

Tracy volvió a hablar de la vigilancia a la que había sometido a Trejo, de su elección del camino equivocado, del disparo que había oído y del fogonazo blanco azulado que la había llevado hasta el cadáver.

—Pero no viste a nadie que pudiera haberlo matado.

—No, pero yo le preguntaría a su mujer si Trejo era diestro o zurdo. —Lo había visto sostener la lata de Red Bull con la derecha—. La pistola que había encima de la mesa estaba cerca de su mano izquierda.

—Bien. Entonces, suponiendo que no se suicidara, ¿quién sería el principal sospechoso? ¿Su abogada? —Tomó una hoja de papel y leyó—: ¿Leah Battles?

—En este momento tengo la impresión de que no se libra nadie.

—¿Nadie? —Owens meneó la cabeza—. Has dicho algo de las pruebas forenses. ¿Puede ser?

Tracy asintió, pero empezaba sentir la falta de sueño y tuvo la sensación de no estar expresándose con claridad.

—Habían limpiado el interior del coche con toallitas antisépticas. Todo, incluido el *airbag*, el sitio en el que era más probable encontrar el ADN de quien estuviera conduciendo en el momento del atropello.

Owens apoyó la espalda en el respaldo de su asiento y bebió café.

—Battles es abogada —dijo— y sabe bien cómo funcionan las pruebas. Además, según mis inspectores, dices que vive en Seattle.

—En Pioneer Square.

Owens asintió con la cabeza.

—Conque pudo haberlo ayudado aquella noche, si es que recibió ayuda. Además, tuvo acceso a él cuando estaba en el calabozo, ¿verdad? Pudo hablar con él.

—Cierto.

—Y, como auditora de guerra, habría sabido que en Seattle seguís teniendo jurisdicción sobre él. Todo eso si estaba implicada de algún modo, cosa de la que todavía no estoy muy convencido. Me da la impresión de que estás dando palos de ciego sin muchos resultados.

Tracy reflexionó sobre eso último.

—¿Han hablado con la viuda sus inspectores?

Owens hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Dice que su marido salió de casa poco después de las nueve para comprar algunas cosas que faltaban.

—¿Solía salir a esas horas o fue después de que lo llamaran por teléfono?

—No lo sabe.

—Hay que analizar su teléfono.

—Ya lo estamos haciendo.

—¿Dijo la mujer si era zurdo o diestro?

—No sé si se lo han preguntado mis hombres, pero lo averiguaremos.

Después de unos instantes, Tracy preguntó:

—¿Cómo lo está llevando la viuda?

Owens volvió a encogerse de hombros.

—Todo lo bien que puede llevarlo una mujer que acaba de perder a su marido de forma violenta e inesperada. —El sargento frunció el entrecejo y añadió cambiando el tono—. No me hace ninguna gracia que me hayáis dejado al margen. Si teníais intención de investigar aquí el

atropello, habría agradecido un mínimo de información. Quizá hubiéramos podido evitar esto.

Tracy asintió con un movimiento de cabeza, pero no iba a pedir disculpas. Entonces sonó su teléfono móvil, cosa rara teniendo en cuenta la hora. Miró la pantalla y vio que era Del. La había llamado antes, pero en aquel momento no había podido responder. Se excusó, salió al pasillo y lo puso al tanto de dónde estaba y qué había ocurrido.

—En ese caso, tenemos un problema —respondió su compañero.

CAPÍTULO 36

Del volvió a casa después de hablar con Tracy, extenuado física y mentalmente. Dejó el Impala bien cerca de la casa para que cupiese en el camino de acceso el vehículo que lo seguía. Celia McDaniel vivía a treinta y cinco minutos de allí, pero a esas horas, las tres de la madrugada, era demasiado tiempo. Al menos fue eso lo que se había dicho el inspector a la hora de invitarla a pasar la noche. Ella le había guiñado un ojo y le había dicho que llevaba una muda en el coche.

Sí, Celia había estado pensando lo mismo. Lo asaltaron a un tiempo el entusiasmo y la desazón. De vuelta a casa, ocupó la mente en meditar sobre la noticia que acababa de darle Tracy de la muerte de Laszlo Trejo por un disparo en la cabeza. Desde luego, parecía encajar con lo que habían sabido esa misma noche por boca de Evans: que aquel día Trejo estaba haciendo una entrega de heroína. Parecía evidente que alguien consideraba que Trejo suponía un lastre fuera del calabozo, sobre todo después de que la policía y el fiscal de Seattle hubieran anunciado su intención de llevarlo ante los tribunales. El mejor modo de evitarlo, de mantener callado a Trejo, consistía en meterle una bala en la cabeza. Y lo habían conseguido.

Tracy y él habían hecho conjeturas sobre lo que podría significar todo eso para la familia de D'Andre Miller y habían supuesto que los conspiracionistas pondrían el grito en el cielo empeñados en que la Armada debía de estar implicada de un modo u otro y había matado a Trejo por mantener a salvo su secreto. Los dos dudaban que la heroína tuviese nada que ver con las fuerzas navales, al menos, hasta donde alcanzaba su conocimiento. Con todo, tampoco podían negar que aquella muerte había enturbiado mucho las aguas. Más bien las había «ensangrentado».

Del salió del Impala y fue hacia Celia, que estaba abriendo la puerta de atrás de su Honda.

—Deja que te ayude con eso. —Tomó la bolsa que había preparado ella para pasar la noche y acompañó a su invitada hasta los escalones de la entrada.

Los chubascos y el viento habían pasado ya y habían dejado un cielo parcialmente despejado con nubes pasajeras que dejaban ver retazos de la luz de plata de la luna.

—Estás cansado —aseveró ella.

Del se había aflojado el nudo de la corbata y llevaba desabrochado el botón del cuello de la camisa. La americana pendía doblada de uno de sus brazos.

—Sí, estoy reventado. El turno de noche cada día es peor, pero para ti sí que tiene que ser tarde.

—¿Cómo es que Faz y tú seguís llevando corbata, Del?

Él se encogió de hombros mientras pasaba las llaves en busca de la que abría la cerradura de seguridad.

—Yo, por respeto al sistema judicial —respondió—. Y Faz, imagino que es demasiado agarrado para comprarse otra ropa.

Celia sonrió y miró la ventana.

—Sonny tiene que estar desquiciado.

—Lo he sacado esta tarde, pero sí, seguro que sí.

Oyeron correr al perro hacia la puerta cuando Del metió la llave en el cerrojo. Le daba igual la hora que fuese. Se encaramó de un salto al respaldo del sofá y se puso a golpear el cristal con furia.

—Ya está, hombre —dijo su dueño—, que te vas a cargar la ventana.

Del abrió la puerta y Sonny brincó del sofá al zaguán para recibirlos bailando sobre sus patas traseras. A continuación, se echó sobre el lomo, rodó y volvió a incorporarse. Cuando Celia se agachó para saludarlo, el animal echó a correr pasillo arriba hasta llegar a la cocina y, de ahí, al salón, con lo que completó el círculo. Después de hacer tres veces este recorrido, volvió extenuado, con la lengua diminuta fuera de la boca y jadeando.

—Deja que le dé una chuchería para calmarlo —dijo Del. Dejó la bolsa de ella al pie de las escaleras.

Celia lo siguió hasta la cocina haciendo resonar sobre el parqué sus tacones.

—¿Quieres un vaso de vino? —preguntó él.

—Una gota solo —respondió ella.

Del sacó de la despensa una golosina para Sonny, pero no se la dio de inmediato.

—Observa —dijo—. Tengo en casa un verdadero perro policía. Vamos, Sonny, no me defraudes. —Sostuvo en alto el premio mientras colocaba la otra mano en forma de pistola—. ¡Pam!

Sonny, que aguardaba erguido sobre los cuartos traseros, cayó al suelo de inmediato con las patas en el aire.

—¡Qué espanto! —dijo Celia riendo—. Eso sí, más listo no puede ser.

El animal se puso en pie de un salto, tomó la golosina y salió corriendo. Aquello lo tendría entretenido por el momento.

—¿Sabe hacer más cosas? —preguntó ella.

—Podríamos pasarnos horas aburriéndote. —Del abrió un armario de la cocina y sacó dos vasos—. Espero que no te importe que no haya copas. Mis padres bebían el vino en vaso.

—Cuando vivían en Roma —dijo ella.

—En Turín. —Sacó una botella de chianti italiano de otro armario.

—¿Por qué un shih tzu?

Del la miró mientras llenaba los vasos hasta la mitad.

—Lo compré para mi ex, pero nunca llegaron a caerse bien.

—Una buena elección...

Del alzó su vaso y lo hizo chocar con el de ella.

—*Salute*.

—*Salute* —repitió ella.

—¿Cuánto tiempo llevas divorciado?

—Cuatro años y pico.

—¿Cuántos llevabais casados?

—Seis. Me casé tarde y resultó que no tenía que haberlo hecho.

—¿Casarte?

—Casarme con la persona equivocada. Había demasiadas diferencias fundamentales y, aunque los dos quisimos pasarlas por alto, al final fue imposible. —Llevó a Celia a la sala de atrás, su santuario, y estaba a punto de encender la luz cuando ella le sostuvo la mano.

—Esto es precioso. ¿Podemos dejar la luz apagada?

—¿No te lo había dicho? —preguntó él mientras admiraba aquella vista que nunca

envejecía—. Esta es la mejor habitación de toda la casa.

Se sentaron en el sofá de cuero a beber vino mientras contemplaban la ciudad, destellante, aunque aún dormida.

—¿Crees que Evans está diciendo la verdad? —dijo ella.

—¿Sobre Trejo? Después de lo que me ha contado Tracy, sí, creo que sí. En realidad, ya me lo parecía antes de que nadie le encajara una bala en la cabeza. Sinceramente, no tengo a Evans por la clase de persona que lee los periódicos o ve las noticias en televisión, conque me parece muy poco probable que supiera lo de la detención de Trejo por atropello con fuga. Además, su revelación explica por qué no paró la noche que mató al chiquillo.

—Y que su coche acabara en el patio trasero de aquella mujer.

Evans les había hablado de un tal Eric Tseng, que vivía de alquiler en Rainier Beach.

—Puede que sí —coincidió Del—, pero no quién se llevó la cinta. Tseng, desde luego, no.

—Eso si se la llevó alguien —apuntó Celia.

Del dio un sorbo a su vino mientras reflexionaba.

—Si no lo hizo nadie, sería una coincidencia de la leche.

—Vamos a suponer que Evans está diciendo la verdad. En ese caso, Del, estaríamos hablando de algo muy grande.

—Lo sé. ¿De dónde sacaba Trejo la droga? Funk dice que se trata de una forma muy pura de heroína.

Celia bajó su vaso.

—Y, dependiendo de cuánta distribuyera él y cuánta hayan estado distribuyendo otros, habrá que estar preparados para más muertes, Del.

—Los agentes de narcóticos están trabajando con las patrullas que recorren las calles para hacer correr la voz —dijo él con un suspiro.

Celia dejó su vaso en la mesita y se acercó a su anfitrión.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estaba pensando en Jeanine Welch. Me ha recordado a la mañana en que me llamó mi hermana para decirme que había encontrado a Allie.

—Lo siento.

—Es que no se me ocurre nada peor, Celia. Sé que ya te lo he dicho, pero siento mucho lo de tu hijo. Siento haber sido tan insensible contigo la mañana que nos conocimos.

Celia se inclinó para besarle y a continuación se arrimó a él, que le envolvió los hombros con un brazo.

—Ya he dejado de intentar averiguar cómo pudo pasar, Del, y de intentar cambiar lo que sé que no tiene vuelta de hoja. Me limito a aceptar que tuvo que haber un motivo y que con mi trabajo actual puede que salve a uno o dos chiquillos.

Del dijo:

—He leído que es probable que Seattle apruebe esa ley, la de crear sitios en los que puedan ir a colocarse los adictos bajo supervisión médica.

—Cada vez está más cerca, pero sigue habiendo mucha oposición.

—Ojalá la aprueben.

Ella se reclinó y alzó la vista para mirarlo.

—¿Me estás adulando, Delmo Castigliano?

Él se echó a reír.

—Digamos más bien que me he dado cuenta de lo mal encaminado que estaba. Tenías razón: así, deteniendo gente, no consigo gran cosa.

Celia meneó la cabeza.

—Yo también fui muy brusca contigo aquel día, Del.

—No, ya soy mayorcito para reconocer cuándo me equivoco y es verdad que estaba equivocado. Nada de lo que he hecho me ha ayudado para aliviar en lo más mínimo el dolor de la muerte de Allie. Tengo la impresión de estar nadando en lodo: cuanto más intento avanzar, más peso siento en los brazos y las piernas y menos consigo moverme.

—Eso no es verdad, Del. Si tus sospechas son ciertas, podrías ser responsable de retirar de la calle a un traficante de los gordos y una sustancia muy peligrosa.

—Y entonces saldrán otros cuatro para ocupar su lugar y vuelta a empezar. Nos pasaremos el día rueda que rueda sobre lo mismo, como Sonny.

Celia sonrió.

—No hay respuestas sencillas, Del.

—Ya lo sé, pero estoy empezando a estar de acuerdo contigo en que no se trata de un problema que pueda resolver la policía. Y sé que todavía tiene que empeorar muchísimo la situación antes de empezar a mejorar.

Sonny, que había acabado la golosina, entró al trote y se detuvo de pronto para mirar a Celia como si hubiera cometido un agravio horrible contra él.

—Me parece que me he sentado en su sitio. ¿Me equivoco?

Del soltó una carcajada.

—No, no te equivocas.

Celia se echó a un lado y el animal subió de un salto al sofá para arrebujarse entre los dos. Del le frotó la cabeza.

—Casi no has tocado el vino —observó.

Ella se puso en pie y tomó su mano para decir:

—Venga, vamos a la cama.

Del se quedó de piedra ante semejante arrojito. Se había hecho ilusiones de propiciar de un modo más gradual aquel momento.

—Celia, no quiero ser impertinente, pero hace mucho que no estoy con ninguna mujer...

Celia sonrió.

—No me sorprende.

Del soltó una risita.

—¡Ay!

—Eres un buen hombre, Del, un hombre amable y de principios morales y éticos, así que no me sorprende. No tengas miedo, que no voy a hacerte daño —concluyó con un guiño.

Él se puso en pie y comprobó sorprendido que no estaba nada nervioso. Se sentía cómodo con Celia y eso resultaba muy agradable.

Se dirigieron a la escalera en la que había dejado Del la bolsa de ella. Él la recogió y, en ese mismo instante, dobló la esquina Sonny a la carrera y subió los escalones a saltitos. Al llegar al rellano de arriba, se dio la vuelta y los miró. Del sonrió conteniendo una carcajada.

—No me lo digas. También duerme en tu cama, ¿verdad? —preguntó Celia.

—Sí. —El anfitrión unió las manos como si sostuviera una pelota—. Pero es chiquito y no ocupa mucho.

CAPÍTULO 37

Tracy durmió unas horas en un hotel de Bremerton y, al despertarse, telefoneó a Dan. Lo había llamado por la noche, pero cuando aún no había ocurrido nada. Después de asegurarle que se encontraba bien, llamó a Billy Williams, su sargento, para ponerlo también al día. Este había hablado aquella misma mañana con Del y la informó de cuanto sabían de Nick Evans y Eric Tseng.

—Aquí, en la comisaría de Bremerton, tengo un inspector que quiere participar en la investigación —dijo ella.

—¿Quieres que hable con su sargento?

—Es que es el sargento.

—Si quieres lo llamo para hablarle de los pasos que estamos dando y de la posible vinculación entre Trejo y las muertes por heroína que hemos tenido últimamente.

—De momento, creo que puedo arreglármelas con él. Hemos concertado una reunión con Battles esta mañana. Si cambian las cosas y se pone a marcar su territorio, puede que sí necesite que haga usted esa llamada.

—¿Crees que podría ser ella quien mató a Trejo? —quiso saber Williams.

—En una situación normal diría que se trata de una operación estatal de droga que ha salido mal y alguien está eliminando a los distintos componentes, pero eso no explica la desaparición de la cinta de vídeo. ¿Sabe algo de la orden judicial para conseguir la grabación de seguridad de la Oficina Jurídica de la Armada?

—Está en ello Ron —repuso él refiriéndose a Mayweather.

—Ya que estoy aquí, me gustaría tenerla hoy.

—Entendido. Necesitaremos una declaración jurada para apoyar la orden.

—Ahora redacto una y la envío —dijo ella.

—¿Ha visto Battles la grabación?

—Ella dice que sí y que no hay nada, pero en este momento estoy ajustando las piezas.

—De acuerdo, pero ten cuidado —pidió Williams—, que no tienes contigo a Kins. Ha llamado, por cierto.

—Yo también he hablado con él.

—Nos está volviendo locos a todos, de modo que imagino que se está recuperando.

Tracy hizo una declaración jurada en el portátil con objeto de obtener la orden de registro y se la envió a Ron Mayweather antes de hablar con él por teléfono. Luego volvió a la comisaría de Bremerton. Habría preferido hablar con Battles en cualquier otra parte, otro lugar más discreto, pero no iba a ser posible. Optó por ceder y se reunió con Owens, quien, tras una breve discusión, se avino a dejarla hablar con la abogada a solas en una de las salas de reuniones, toda vez que las dos habían entablado ya cierta relación.

Tracy abrió la puerta y entró en la sala. Battles estaba sentada frente a una mesa redonda

con los pies apoyados en una silla de plástico contigua, aunque no parecía encontrarse cómoda ni relajada. Llevaba el traje de fajina como si aquel fuese otro día más de trabajo. Battles no estaba detenida ni tampoco la iban a retener, cuando menos por el momento, pero, siendo abogada, tenía que ser consciente de que no la habían citado en comisaría solo para preguntarle cómo le iba la vida.

Recibió a Tracy con una sonrisa astuta.

—«*Intrigante*. Que inspira curiosidad o interés. Fascinante.»

Tracy la miró con gesto extrañado, sin saber bien qué quería decir. Battles retiró las piernas de la silla y se irguió.

—El diccionario que había en el *Zeitgeist Coffee*. ¿No te dije yo que era profético?

—Ah. —Tracy colocó bien la silla y se sentó—. ¿Tienes memoria fotográfica?

—No, pero tampoco mala. Por eso se me da tan bien el ajedrez. Soy capaz de recordar los movimientos de mi adversario y tenerlos en cuenta en nuestra siguiente partida. Mi talón de Aquiles siempre ha sido más bien tener buen criterio. ¿Cómo se me está dando hasta ahora? La gente cree que robé una cinta de vídeo para librar a mi defendido de un cargo de homicidio y ahora piensan que lo he matado.

—¿Y lo has matado tú? —preguntó Tracy. «¡Qué diablos!», pensó. Al fin y al cabo, había sido ella la que había sacado el tema.

—No, pero ¿a ti te va a bastar con eso?

—¿Quieres café?

—Ya me está costando bastante conciliar el sueño.

—Pues no pareces de las que tengan problemas para dormir.

—Por lo general no me cuesta —dijo Battles inclinándose hacia delante—, pero dime: ¿qué haces tú aquí y qué hago yo aquí?

—Llevo el caso de Trejo —respondió la inspectora sin querer revelar nada más.

—Vi la rueda de prensa. Estuvo muy convincente, pero las dos sabemos que el condado de King no iba a procesar a Trejo.

—¿Ah, no?

—¿Sin la cinta? No. Habrían tenido el mismo problema que la fiscalía de aquí. Trejo sostendría que sin la grabación no puede poner en duda la declaración de los testigos. ¿Para qué iba a querer el fiscal de Seattle meterse en camisas de once varas?

Battles era aguda, quizá demasiado para revelarle nada. Tracy tenía en ese momento la sensación de estar jugando una partida de ajedrez en la que no era la mejor jugadora.

—¿Ha tomado la Armada alguna decisión en cuanto a si sigue adelante? —preguntó.

—¿Contra mí?

—Sí.

—Han emprendido una investigación ética, pero no sé si llegará a un consejo de guerra. Lo mejor que podría hacer es declararme culpable a cambio de un licenciamiento digno en lugar de un consejo de guerra, con lo que conservaría mi honorabilidad y mi paga. La mayoría se contentaría con eso estando en mi situación.

—¿Tú no?

—No.

—¿Por qué no? —preguntó Tracy.

—Porque alguien me ha tendido una trampa, inspectora, y a mí no me gusta que me tiendan trampas. Tampoco me gusta nada perder.

Parecía hablar con sinceridad, pero no era la primera persona a la que interrogaba Tracy

que, pese a ello, no era inocente.

—Habr  quien asegure que es eso lo que te llevó a hacer desaparecer la cinta.

—Ya lo han hecho —dijo Battles.

Tracy sabía que se refería a Cho.

— Y dónde estabas anoche?

Battles dibuj  una leve sonrisa.

— Quieres una coartada?

— La tienes?

—Estaba en casa. Fui a trabajar, me sent  en mi escritorio, cruzada de brazos, y entonces ca  en que lo más seguro era que me hicieran un consejo de guerra y me asignasen un abogado defensor. La verdad es que no se me da muy bien escuchar a otros, lo que fue un verdadero problema para mí en la escuela, conque decidí que lo mejor que podía hacer era empezar a defenderme yo misma. Sal  a las cuatro, tomó el transbordador hasta Seattle, fui a entrenar y volv  a casa para investigar un poco.

— Hasta qué hora estuviste levantada?

—Hasta medianoche.

— Puede confirmarlo alguien?

—Ojalá —dijo meneando la cabeza—. Vivo sola. Sin embargo, mi ordenador no me dejar  mentir.

— Hiciste alguna llamada telefónica?

Battles sonrió.

—Está bien, t  haz de inspectora y yo har  de sospechosa.

—De hecho, estoy *intrigada*.

— Sabes jugar al ajedrez, inspectora?

« De eso se trata?», se preguntó Tracy.

—Me pasa como con el golf. Juego mal, pero cada vez que juego pienso que debería hacerlo mejor.

—Yo fui campeona de joven. Ahora voy de vez en cuando a jugar a los parques de Seattle. Soy buena. Pocas veces pierdo. Creo que eso me hace mejor abogada, porque me obliga a ir mentalmente varias jugadas por delante del contrario.

— Y contra quién est s jugando ahora?

—No lo s , pero estoy segura de que Trejo s  y por eso lo mataron.

—Cuéntame tu teoría.

—T  ya la sabes. Estabas en la sala del tribunal y viste cuál fue la reacción de Trejo, o su falta de reacción, cuando se enter  de que faltaba la cinta. Piensas, como yo, que sabía que eso era lo que iba a pasar. Sabía que se libraría.

—De manera que la cinta no se traspapel .

— Qu  probabilidades hay de que se traspapele una prueba, inspectora?

—T  fuiste la última persona en tener la caja de las pruebas. Todo hace pensar que la cinta de seguridad estaba dentro cuando la devolviste.

—Cierto, pero la verdadera pregunta no es quién se la llevó, sino por qué, y estoy segur sima de que tiene algo que ver con lo que estaba haciendo Trejo aquella noche en Seattle.

— No te lo dijo?

—Nunca llegó a reconocer haber estado all , ni siquiera cuando le enseñe la cinta del veinticuatro horas. —Battles se encog  de hombros—. Y antes de que nadie me acuse de violar el acuerdo de confidencialidad entre abogado y cliente, tengo que decir que el mismo qued  sin

efecto a la muerte de Trejo. Dijo siempre que no había sido él, que el tipo del vídeo era alguien que se le parecía. En ese momento no entendí que no quisiera negociar, pero ahora sí.

—El vídeo no iba a figurar nunca entre las pruebas.

—Y Trejo lo sabía.

—Dices que viste la grabación de la cámara de tu edificio, ¿no?

—Aparecemos Cho, cuando se iba a su casa, y yo devolviendo la caja de las pruebas antes de salir. Hasta las seis de la mañana siguiente no entra nadie más, salvo el conserje.

—¿Y el edificio no tiene más entradas?

—Después del cierre, no. De todos modos, no es fácil acceder.

—Dime una cosa: Trejo era especialista en intendencia, ¿no?

—Eso es.

—¿Cómo puedo averiguar dónde ha estado destinado?

Battles entornó la mirada.

—En su hoja de servicio tienen que recogerse todos los destinos que se le han asignado.

¿Por qué?

—¿Le habría sido muy difícil sacar o meter un paquete de contrabando en un barco?

La abogada meditó su respuesta antes de decir:

—No mucho.

Tracy pudo ver por su gesto que ella también se había puesto a hacer conjeturas.

—¿Cómo?

Battles estuvo un rato sumida en sus pensamientos antes de reclinarsse y decir:

—Vamos a suponer que una embarcación fondea en Tailandia y meten cajas en la bodega.

Trejo, como especialista en intendencia, se encarga de registrarlo todo. Sin embargo, en vez de ocho cajas de plátanos, apunta solo siete. El barco regresa y va al arsenal para que lo reparen. Desembarcan la gente de a bordo y el cargamento, incluidas siete cajas de plátanos, que es lo que figura en la documentación, porque la octava no ha llegado nunca a los papeles. La Armada tuvo un problema hace no mucho con unos hombres que se dedicaron a robar productos de la bodega para venderlos en la calle. Los descubrieron comparando todas las listas de embarque con lo que había registrado. Pero, claro, alguien como Trejo podría manipular las listas para que no haya constancia de algo que se ha embarcado. Así tampoco figuraría que se ha desembarcado.

—De manera que es posible.

—Sí que lo es. —Battles dedicó a Tracy una leve sonrisa inquisitiva—. ¿Droga?

La inspectora no respondió.

—«Intrigante» —dijo la abogada.

CAPÍTULO 38

Después de la conversación con Battles, Tracy puso a Owens al corriente y salió del edificio, aunque no para volver a Seattle, al menos por el momento. La abogada no había podido decirle el nombre del servicio de conserjería, pero sí le había descrito los uniformes y los camiones que había visto en el aparcamiento de la Oficina Jurídica. Unos y otros llevaban el logotipo de un hombre caricaturizado vestido de blanco y con gorra del mismo color cuyas piernas giraban como el cepillo de una aspiradora y en cuyo uniforme llevaba impresas las iniciales IJS. Después de diez minutos buscando en su portátil, Tracy localizó una empresa llamada Industrial Janitorial Services con sede en West G Street, cerca de la base naval. Hizo unas cuantas llamadas hasta lograr hablar con el propietario, con quien quedó para reunirse con el conserje que trabajaba en el edificio de la Oficina Jurídica la noche que precedió a la vista del artículo 32.

La inspectora dejó el coche en el aparcamiento que había frente a un edificio de ladrillo de una planta frente al que había estacionados varios camiones blancos que llevaban las iniciales IJS en la puerta. Aunque no había dejado de hacer frío, aún no hacía humedad. Por el pavimento se contoneaba una gaviota, que graznó a modo de protesta cuando ella se aproximó a la entrada principal del edificio. Tracy accedió a un vestíbulo anticuado de paneles de madera, fotografías en blanco y negro y lámparas y muebles sacados de los años cincuenta. Hasta el aire olía a añejo.

Tenía cita con Gary Buchman, director de la empresa. Avisó de su llegada en recepción y Buchman salió a recibirla. El hombre encajaba con la decoración, en gran medida por el pelo entrecano peinado con copete. Tracy calculó que debía de tener más de sesenta y cinco años. El pelo blanco, ligeramente abultado al llegar a la cintura, llevaba las iniciales IJS en la parte izquierda del pecho. Cuando le dio la mano, la inspectora pudo ver que se adornaba los dedos con varios anillos. En la muñeca llevaba una pulsera médica con cadena de las que avisaban de que el portador padecía diabetes.

Aunque no parecía nervioso por el hecho de saludar a una inspectora, Tracy no pasó por alto que la mano le temblaba ligeramente. Buchman le ofreció café, que ella declinó, y la llevó por un pasillo largo y estrecho atestado de archivadores y rimeros de papeles y carpetas. Su despacho se encontraba en la parte trasera del edificio y presentaba el mismo revestimiento de madera y muebles no menos anticuados. En una de las paredes pendía un retrato en blanco y negro de un hombre pelado al rape con gafas de montura negra y cierto parecido con Buchman. Una ventana dotada de persiana ofrecía la imagen listada de la gasolinera con lavadero de vehículos que había en la acera opuesta.

—Gracias por recibirme pese a haber avisado con tan poco tiempo. —Tracy se sentó en el asiento tapizado de color aguacate que había dispuesto frente al colosal escritorio de Buchman, adornado con tres pantallas de ordenador.

—No hay de qué. —Buchman se acomodó en un sillón de piel.

—¿Es su padre? —preguntó ella señalando el retrato.

—Sí, señora.

—Sí que llevan tiempo en el negocio.

—Desde 1956. La empresa la fundó mi abuelo, pero fue mi padre quien le dio un buen empujón al hacer el contrato con la Armada. —Buchman cambió de tema—. He llamado al conserje que hizo el turno sobre el que me preguntó. Llegará de aquí a unos minutos.

—Se lo agradezco. Espero no haberlo sacado de la cama.

—Seguro que no le importa.

—¿Cuánto tiempo hace que firmaron el contrato con la base naval?

—Casi cuarenta y cinco años. Para nosotros es un gran negocio, como puede imaginarse. Nunca hemos tenido ningún problema.

—Usted es contratista civil, ¿no?

Buchman asintió con un gesto.

—La base naval es la entidad que da más trabajo de todo el estado. ¿Lo sabía?

—No —repuso ella.

Buchman empezó a animarse.

—Tiene a más de diez mil trabajadores externos y el mismo número más o menos de funcionarios civiles del Departamento de Defensa.

—Impresionante.

—Como le he dicho, nosotros no hemos tenido nunca un problema. Somos los que más tiempo llevamos con ellos.

—Yo, desde luego, no tengo la intención de crearles ningún problema —le aseguró Tracy—. Como le he dicho por teléfono, tenía una reunión con los inspectores de Bremerton y me ha parecido buena idea hacerles una visita antes de tomar el transbordador a Seattle. Solo estoy haciéndome una composición de lugar.

—¿Es por la cinta que ha desaparecido?

—Sí, señor —repuso ella. En la breve conversación telefónica que habían mantenido para concertar la cita, no había mencionado de forma explícita el propósito—. Entonces, ya sabía algo, ¿no?

—Sí. Cuando pasó me llamaron los de los NCIS, que mandaron un investigador a tomarnos declaración a mí y a mis conserjes.

Tracy se propuso hacerse con una copia de aquellas declaraciones.

—¿Quién es el conserje en cuestión?

—El de esa noche fue Al Tulowitsky. Al lleva casi quince años conmigo —aseveró, como saltando en defensa del hombre—. En la base lleva trabajando diez y nunca hemos tenido una queja. De hecho, ese es uno de los motivos por los que lo destiné allí. Todos nuestros empleados tienen que contar con la aprobación de la Armada. Al es un bendito.

En ese instante llamaron a la puerta y los dos volvieron la vista hacia el hombre alto y delgado que había de pie en el umbral con aire dubitativo.

—Y muy puntual —dijo Buchman levantándose de su asiento.

Tulowitsky debía de haber cumplido los cuarenta y cinco y tenía el cabello poblado y prematuramente cano. Señaló con gesto vago al espacio que tenía a sus espaldas.

—Debra me ha dicho que entrara sin más...

Buchman se dirigió a la puerta.

—Al, la inspectora Crosswhite, de la policía de Seattle.

Tracy le estrechó la mano. Tulowitsky llevaba varios brazaletes de plata de ley y tenía el moreno rojizo de quien vive en Arizona o pasa largas horas en centros de bronceado.

—La inspectora Crosswhite quiere hacerte unas preguntas sobre la cinta que desapareció de la DSO.

—Ya me tomaron declaración los de los NCIS. —Tulowitsky llevaba tatuado en el antebrazo derecho un corazón con una cinta en la que se leía: «Tienes quien te quiera».

—Yo todavía no he podido ver esas declaraciones —dijo ella—. Le agradezco que haya venido. —Señaló el tatuaje y probó suerte—. ¿Ha sido soldado?

—Sí —respondió él.

—¿En la Armada?

Tulowitsky esbozó una sonrisa mientras contestaba:

—La Armada me llevaba. Yo soy marine.

—Pero supongo que ya no está en activo.

—Uno nunca deja de ser marine.

—Eso había oído. Dice entonces que los NCIS le tomaron declaración.

—Llamaron al día siguiente para decir que faltaba una cinta de vídeo y querían hacerle unas preguntas al conserje que había trabajado esa noche en la DSO —respondió Buchman.

—Yo no vi ninguna cinta —aseguró Tulowitsky— y nunca toco nada de lo que hay en las mesas. Nunca.

—Lo entiendo —dijo Tracy—. Solo estoy intentando hacerme una idea mejor del procedimiento que usan para limpiar ese edificio.

Buchman propuso que se sentaran todos. El empleado ocupó la silla que había al lado de Tracy después de retirarla de la mesa y ladearla. Olía a humo de tabaco y mostraba los signos propios de un fumador empedernido: labios agrietados, dentadura amarillenta y las uñas de la mano derecha del mismo color. Lo más seguro era que hubiese apurado un cigarrillo en el coche, en el aparcamiento o justo antes de entrar.

—¿Quiere que se lo cuente?

—Por favor —pidió ella.

—Está bien. Primero vació las papeleras, luego limpio los baños, paso la aspiradora y recojo, pero sin tocar nada de lo que hay encima de los escritorios. Puede ser que lo que a mí me parece un trozo de papel sea un nombre o un número de teléfono importante para la persona que trabaja allí.

Su jefe asintió con gesto de aprobación y Tracy tuvo la sensación de que Tulowitsky había recitado adecuadamente un mantra de la empresa.

—¿Recuerda haber limpiado el despacho de la teniente Battles aquella noche?

—Sí, pero porque me lo preguntaron. Limpio todos los despachos de la planta baja.

—¿Y no recuerda ver una caja encima de su mesa?

—No, no había ninguna.

—¿Ni nada en el suelo?

—Que yo sepa, no. Como le he dicho, los de los NCIS llamaron al día siguiente, de modo que imagino que lo que les dije a ellos será más fiable. Si hubiese visto una cinta de vídeo, me habría acordado. De todos modos, si la hubiese visto, la habría recogido y la habría puesto en la silla para poder pasar la aspiradora, pero ya le digo que no pasó nada de eso, porque no vi ninguna cinta.

—¿Me puede explicar el plan que sigue a diario en ese edificio?

Él se encogió de hombros.

—¿En la DSO? Claro.

Volvió a mirar a Buchman y Tracy deseó que no estuviera presente. Sin embargo, sabía que

si le pedía que los dejara solos, todos se iban a sentir aún más incómodos.

—Ese es el edificio 433 —dijo Tulowitsky—, el primero que limpiamos, porque es el que está más cerca de la entrada de Charleston.

—¿Se encarga solo usted o hay otros conserjes responsables del edificio?

—En ese estamos dos, Darren y yo, pero yo me encargo de la planta de abajo.

—¿Y Darren limpia la de arriba?

—Sí, allí hay menos despachos.

—Los NCIS también le tomaron declaración a él —dijo Buchman—. He intentado localizarlo esta mañana, pero me ha sido imposible.

—Por lo que tengo entendido, introducen ustedes los cuatro últimos dígitos de su número de la Seguridad Social para entrar en el edificio —dijo Tracy.

—La puerta está cerrada con llave y hace falta el número de la Seguridad Social para entrar —confirmó Tulowitsky—. Y el número, por lo menos los cuatro últimos dígitos, tiene que estar aprobado.

Buchman se incorporó.

—Está informatizado —dijo—. Los números están almacenados en un despacho de seguridad. Como ya le he dicho, nunca hemos tenido ningún problema.

—¿Nadie ha robado nunca el número de otra persona?

—Entre nuestros empleados no se ha dado el caso —repuso el director antes de añadir—: Al menos, que yo sepa.

La inspectora preguntó a Tulowitsky cuáles eran los cuatro dígitos de su número de la Seguridad Social y luego dijo:

—En fin, me iba a contar qué hace cada día una vez que entra al edificio.

Tulowitsky arrugó la frente como si quisiera indicar que ya lo había hecho.

—Como le he dicho, lo primero que hago es vaciar todas las papeleras de los despachos.

—Todo tiene que quedar destruido —intervino Buchman—. En algunos casos, lo hacen los de la Armada. Luego llevamos la basura a unas instalaciones especializadas de la base en las que se elimina.

Tracy volvió a mirar al empleado.

—¿Qué hace después de vaciar las papeleras?

—Saco la basura al camión y recojo los utensilios de limpieza y la aspiradora. Limpio los aseos de la planta baja y ordeno algo los despachos. Paso la aspiradora y voy saliendo del edificio. —Volví a encoger los hombros.

—¿Cuánto tarda?

—¿En total? —Miró al techo—. Pues entre cuarenta y cinco minutos y una hora. A veces, si tengo que quitar alguna mancha de la moqueta, tardo más, pero los despachos suelen estar medianamente limpios, de modo que es rápido.

—¿Y cuándo llegó?

—Normalmente llego alrededor de las once y a medianoche suelo haber acabado con ese edificio.

—¿Y recuerda haber visto a alguien más allí esa noche? —Tracy miró sus notas—. El 18 de marzo.

Tulowitsky negó con un movimiento de cabeza.

—Es lo que les dije a los de los NCIS. Si hubiese habido alguien, me acordaría de haberlo visto.

—Cuando deja el edificio para sacar la basura, ¿cierra las puertas?

—Las puertas se cierran automáticamente. Lo único que tengo que hacer es salir y se cierran automáticamente detrás de mí. Así de sencillo.

Tracy pensó que en aquel caso no había nada que estuviera resultando sencillo.

CAPÍTULO 39

Del y Faz habían abierto sin querer la caja de Pandora y buena parte de las cosas feas que habían salido de ella se encontraban sentadas a media mañana en torno a la mesa de la sala de reuniones que había frente al despacho del jefe de policía, Sandy Clarridge. Los dos inspectores habían tomado asiento al lado de su sargento, Billy Williams, y su capitán, Johnny Nolasco. Kevin Dunleavy, el fiscal jefe del condado de King, se encontraba junto a Rick Cerrabone. También estaban presentes Anthony Rizzo, sargento del equipo operativo de delitos graves de la policía de Seattle, y Scott Disney, inspector de la brigada preventiva de narcóticos, quien, como delataban su pelo largo y su barba rala, llevaba un tiempo trabajando de infiltrado.

Tenía la palabra Del, que estaba refiriendo la detención de Nick Evans y la revelación posterior de este de que su abastecedor había señalado a Laszlo Trejo.

—Pero ¿lo sabe de buena tinta? —preguntó Rizzo, quien por su aspecto pulcro habría podido pasar por contable. Su voz tenía un aire escéptico.

—No, nos decía lo que le había contado el tipo que le vende el material, Eric Tseng. — Evans había dado el nombre de este y había confesado a cambio de una reducción de condena en la cárcel del condado. En la investigación ulterior se había sabido que Tseng tenía veintinueve años, carecía de antecedentes penales y no había servido en el ejército, de modo que pasaba perfectamente inadvertido. Los de narcóticos no tenían noticia alguna de él.

—¿Y no es posible que sea un farol? —insistió Rizzo.

—Imposible no hay nada —repuso Del—, pero lo dudo.

—¿Por qué? —quiso saber el otro en tono desafiante.

Williams se inclinó hacia delante para salir en defensa de su inspector.

—De entrada, anoche encontraron el cadáver de Trejo en un parque desierto de Bremerton. —Aquel detalle atrajo la atención de todos—. La policía de Bremerton lo considera un suicidio, pero nosotros teníamos allí a una inspectora que sospecha que alguien le metió una bala en la cabeza.

—Y yo dudo que Nick Evans sea de los que leen el periódico mientras se toman el café de la mañana —dijo Del—. Así que, a no ser que alguien le hablara de la detención de Trejo, veo difícil que pudiera saber su nombre ni nada más sobre su situación. Además, una de las cosas que hemos estado intentando averiguar desde que empezó todo esto es por qué no paró Trejo después de arrollar a D'Andre Miller y por qué huyó del lugar del atropello. Y eso lo explica. En tercer lugar, sabemos que alguien tuvo que ayudar a Trejo a encontrar un solar en el que dejar el coche y a volver a Bremerton. En cuarto lugar, alguien robó la cinta de seguridad en la que aparecía Trejo en el veinticuatro horas la noche que atropellaron al crío y no pudo usarse contra él en la vista preliminar.

Williams añadió:

—Estamos convencidos de que no fue una coincidencia. Teniendo en cuenta todo lo demás,

es muy poco probable que se traspapelara sin más.

Rizzo frunció el ceño en un gesto que parecía un puchero.

—Trejo podía llevar años traficando y conocer de antes el solar en el que dejó el coche. En segundo lugar, puede que no frenase porque sabía lo que suponía atropellar a un chiquillo estando bajo la influencia de sustancias prohibidas. ¿Tenemos indicios de que se drogara?

—Puedo comprobar su autopsia —dijo Faz mientras lo anotaba en un cuaderno.

Rizzo siguió diciendo:

—En tercer lugar, pudo ser su mujer quien lo ayudase a volver a casa y lo esté encubriendo, a él o a un amigo, que puede ser ese tal Tseng. —Rizzo miró a Williams y a Nolasco—. Creo haber oído que están investigando a la abogada que le había asignado la Armada por el asunto de la cinta de vídeo, ¿no?

Del no estaba dispuesto a ceder.

—Si Trejo estaba vendiendo heroína de forma regular, lo que hay que preguntarse es por qué no sabíais vosotros nada de él ni de Tseng. —Al ver que Rizzo se tensaba aclaró—: Que conste que no quiero tirar piedras a nadie.

—Anoche, después de encontrar el cadáver, hablaron con la mujer de Trejo —dijo Williams, transmitiendo lo que le había revelado Tracy—. Reconoció que su marido había estado ausente la noche del atropello, pero jura no saber adónde fue ni para qué. Dice que le contó que tenía que hacer un par de recados del trabajo y volvería tarde. Cuando llegó a su casa, le dijo que había dejado el coche en el taller para que le cambiaran el aceite y que iría a recogerlo al día siguiente. No hay nada que haga pensar que esté mintiendo y, francamente, tampoco tiene ningún motivo después de muerto su marido.

Clarridge miró a Rizzo.

—Entonces, ¿no tenéis ninguna investigación en marcha con respecto a una banda estatal de heroína de Rainier?

—Claro que sí, pero no sabíamos nada de Tseng. Los médicos forenses nos avisaron de que había un problema después de las dos muertes por sobredosis que hubo en el sector norte. Teníamos a agentes en bicicleta advirtiendo a los consumidores conocidos y pidiéndoles que hicieran correr la voz. Lo que creemos, teniendo en cuenta el momento en que ocurrieron las muertes y la proximidad geográfica de las dos sobredosis y la otra docena de muertes, es que las víctimas tuvieron que comprar al mismo camello o a camellos que se surtían de la misma persona. Sin embargo, en el Pacífico Noroeste hay unas cuantas bandas y cárteles que trafican con meta y heroína.

—¿China blanca? —preguntó Del.

—No sabemos si es china blanca.

—Desde luego no era goma.

Clarridge intervino entonces.

—Pero ¿es verdad que no sabíais nada de Tseng?

—Si Trejo estaba suministrándole heroína, él y quien le estuviera abasteciendo tenían motivos de peso para mantenerlo en secreto —repuso Rizzo—, porque si los cárteles mexicanos se enteran de que hay alguien comerciando en su territorio, el precio es brutal.

—Entonces, vamos a detener a Tseng para ver qué sabe de Trejo —dijo Del.

—Para eso tendremos que encontrar primero el material —advirtió Rizzo—. Sin la mercancía y sin Trejo, ¿por qué iba a querer hablar Tseng? Sobre todo si estaba vendiendo a espaldas de los cárteles mexicanos.

—A lo mejor es esa la palanca de la que hay que tirar para que hable.

—Si lo detenéis y forma parte de una operación más amplia, os arriesgáis a perder a los peces gordos.

—Hay un material muy peligroso en la calle —sentenció Del— que está matando gente.

—Lo más seguro es que, a estas alturas, ya esté todo distribuido. Lo mejor que podemos hacer ahora es hacer que se corra la voz.

—¿Y quedarnos cruzados de brazos? —exclamó Del mirando a Clarridge.

—Eso no lo van a consentir —repuso este frotándose la barbilla— ni el alcalde ni los líderes de la comunidad afroamericana. La gente tenía la sensación de que la Armada intervino para que Trejo se librara de la cárcel y ahora corren por ahí toda clase de teorías que afirman que también lo mataron ellos.

—De manera que parece que nuestra mejor baza depende de este tal Tseng de Rainier Beach —dijo Dunleavy, que había guardado silencio hasta ese instante. Aquel hombre alto de voz profunda y la tez rubicunda de las gentes de Irlanda preguntó a continuación—: Siendo realistas, ¿cuánto tiempo podría costarnos entrar?

—¿Quiere decir infiltrar gente? —Rizzo daba la impresión de estar perplejo—. De entrada no sabemos cuánto hace que están vendiendo, aunque lo que está claro es que lo están haciendo con mucha discreción. Eso es un problema. Si se han enterado de que hemos detenido a Evans y Trejo está muerto, podemos olvidarnos, porque lo más seguro es que lo hayan dejado todo y se estén mudando.

—Entonces, no corremos ningún peligro arrestando a Tseng ahora —dijo Del.

—¿Cuánto tiempo? —insistió Dunleavy.

Rizzo dejó escapar un suspiro.

—Varios meses. Yo diría entre tres y seis como mínimo.

Del meneó la cabeza.

—Eso es demasiado —aseveró Clarridge antes de tomarse un momento para estudiar las opciones que se les presentaban—. Está bien, vamos a detener a Tseng y a presionarlo un poco para ver si confiesa que tenía a Trejo de contacto. A lo mejor le sacamos algo más. Si identifica a Trejo, por lo menos, es posible que resolvamos el problema de la percepción de la opinión pública.

—Y a lo mejor salvamos unas cuantas vidas más —añadió Del.

—Entonces, ¡manos a la obra! —concluyó Clarridge.

Avanzada la tarde, un soldado de la policía naval escoltó a Tracy hasta el despacho de Rebecca Stanley, la oficial ante la que respondía Leah Battles. Situado en la planta baja de la Oficina Jurídica, al lado del de Battles, parecía demasiado pequeño y austero para alguien de su posición. De hecho, daba la impresión de que Stanley hubiera usado un cuarto sobrante para reunirse con ella. Sin embargo, en la pared que tenía a su espalda había una serie de diplomas con su nombre inscrito en negro: títulos de la facultad de derecho y del cuerpo jurídico de la Armada que pendían al lado de una ventana cuadrada no mucho mayor que sus marcos.

Ron Mayweather se había dejado el pellejo para que un juez del condado de King firmase la orden y para que la acatara como era debido el oficial responsable de Kitsap, Peter Lopresti. Al parecer, la habían transferido al oficial al mando de la seguridad, también del edificio de la DSO, quien había informado a Mayweather de que había hecho una copia de la grabación de vídeo de la noche en cuestión y la había puesto en poder de Stanley, cosa que había confirmado también Leah Battles. Solo hizo falta una llamada de teléfono para concertar una cita con Tracy.

Stanley se disculpó por no estrechar la mano de la inspectora.

—Me estoy resfriando —dijo. Su actitud tenía cierto aire oficioso y sus penetrantes ojos castaños no hacían sino subrayarlo. Tenía el cabello corto y recogido detrás de las orejas, con lo que dejaba ver dos pendientes de presión dorados. Dicho peinado enmarcaba unos rasgos angostos, pero Stanley no era una mujer baja. Sin las botas debía de medir casi un metro setenta y, aunque resultaba difícil determinarlo por su uniforme holgado, no parecía una mujer menuda. Estaba sentada tras un escritorio de color gris plomizo que tenía dos sillas frente a él.

La recién llegada ocupó una.

—Tengo entendido que Laszlo Trejo se pegó un tiro anoche en Old Mill Park —dijo Stanley, entre cuyos dones no parecía figurar la sutileza.

—¿Dónde ha oído eso? —preguntó Tracy.

Stanley estaba sentada en posición erguida y con los dedos entrelazados sobre la carpeta de su mesa, sin abandonar en ningún momento su actitud seria y práctica.

—Las noticias vuelan en una base militar, inspectora.

—Sí, Laszlo Trejo ha muerto por un disparo de bala.

Las cejas bien cuidadas de Stanley se unieron un tanto mientras respondía:

—Parece usted dudar que fuese él mismo el autor.

—No sé si fue así o no. El caso pertenece a la jurisdicción de Bremerton y los resultados de la autopsia pueden tardar.

—Entonces, ¿qué es lo que cae dentro de su jurisdicción? —Stanley abrió un cajón y quitó el papel a un caramelo para la tos a fin de metérselo en la boca.

—D'Andre Miller —respondió Tracy. No le gustaba la actitud de Stanley, el modo que tenía de tratarla como a una subordinada. Ella no había servido nunca en el Ejército, pero sabía que los oficiales, en particular, gustaban de dejar muy claro que había una jerarquía.

—De manera que la policía de Seattle tiene intención de llevar ante los tribunales el caso de la muerte de D'Andre Miller.

—Yo no soy más que una mandada. Esa decisión corresponde a otros que están muy por encima de mi puesto. Estoy segura de que se hace usted cargo de eso.

Los labios de Stanley se arrugaron ligeramente mientras chupaba el caramelo, pero no respondió verbalmente. Tomó la orden de registro que tenía encima de la carpeta de escritorio, el único papel visible en la sala, y la estudió como si la viese por primera vez. En algún despacho del mismo pasillo sonó un teléfono que nadie respondió y voces que llamaban. Después de un minuto, Stanley dejó la orden encima de la mesa.

—Está usted interesada en el vídeo de seguridad que se grabó en este edificio la noche anterior a la vista de Trejo.

—Por lo que me ha dicho su oficial al mando de la seguridad, usted le pidió una copia y él se la hizo.

—Eso fue el día después de la vista. Me pareció lo más prudente.

—¿Por qué? —preguntó Tracy.

Stanley se encogió ligeramente de hombros.

—Leah Battles trabaja a mis órdenes y las acusaciones que se le han hecho son muy serias. Se ha insinuado que tuvo algo que ver con la desaparición de la cinta, de modo que quise confirmar quién estuvo en el edificio tras su marcha.

—¿Qué descubrió?

La otra meneó la cabeza.

—Solo vi a los conserjes.

—¿No entró ni salió nadie?

—No. —Stanley abrió otro cajón y sacó lo que parecía un documento de varias páginas—. Su orden de registro pedía también la lista de las personas que entraron aquella noche en el edificio y los cuatro últimos dígitos de sus números de la Seguridad Social. —Le tendió el documento y la vio mirarla y estudiar los nombres—. Entre las once de la noche y las seis de la mañana siguiente no entró nadie, aparte de los conserjes.

Tracy puso el documento en su regazo con la intención de examinarlo más tarde con detenimiento.

—¿Sabe cómo funciona el sistema de grabación?

Stanley sonrió.

—No estoy muy puesta en informática, inspectora. En la universidad me centré en las ciencias políticas. Lo que puedo decirle es lo que me dijo el oficial de seguridad cuando me dio la copia.

—Adelante, por favor.

—Se trata de un sistema de vídeo IP. El ordenador del despacho de seguridad recibe la grabación de cada día, el día con su noche, que permanece en la red hasta que la cinta llega a su fin y vuelve a grabar sobre lo que ha registrado antes.

—¿Cuánto tarda en completar un ciclo?

—No lo sé.

—¿Ha pedido un disco?

—No he tenido otra opción. Por lo que me dijo el oficial de seguridad, las cámaras son de gran calidad, lo que supone que la grabación ocupa mucho espacio. Para subir más de seis horas hacen falta varios gigas y eso, por lo visto, en términos no científicos, es un montón, lo suficiente como para hacer que se cuelgue mi ordenador. Así que me han grabado un disco. Les he pedido que le hagan otra copia a usted. —Volvio a abrir el cajón para sacar un sobre de veinte centímetros por doce y tendérselo.

—¿Lo ha visto?

Stanley asintió.

—Varias veces. También se lo he enseñado a la teniente Battles. Si ve algo que pueda haber pasado por alto yo, le agradeceré que me lo diga. Leah es muy buena persona y mejor abogada. No me haría ninguna gracia perderla. —Con esto, se puso en pie y dio por concluida la reunión.

Al embarcar en el transbordador que había de llevarla de nuevo a Seattle, Tracy se sentó enseguida en un banco corrido dispuesto al lado de los ventanales de cristal, abrió el portátil, insertó el DVD y esperó a que el aparato cargase el vídeo. La lluvia manchaba el cristal mientras la embarcación avanzaba contra el viento y de la cafetería le llegaba olor a palomitas de maíz y perritos calientes. Eso le hizo recordar que no había comido desde la noche anterior, pero por el momento tenía otras cosas en las que pensar.

En la pantalla apareció una imagen. La cámara, instalada en alto, recogía el interior de lo que gracias a su visita reconoció como el interior del vestíbulo de la DSO. En la esquina inferior derecha estaban anotadas la fecha y la hora, que anotó en la libreta que descansaba sobre la mesa: «18 marzo 2016, 22.00».

Pulsó el icono de reproducción y empezaron a avanzar los segundos de la hora. Tracy dejó a mano el bolígrafo y el cuaderno. Entonces se echó a vibrar el teléfono, que descansaba también sobre la mesa. Respondió por costumbre, aunque sin detener la grabación. Pensó que sería Dan, pero al ver el prefijo 360 supo que la llamada procedía de Bremerton.

—Hace mucho que te has ido, ¿no? —dijo John Owens.

—Sí —respondió ella sin más detalles—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No hemos encontrado la bala que mató a Trejo, pero el forense dice que lo más seguro es que sea de diez milímetros.

—El calibre del arma de Trejo, que sabemos que disparó alguien.

—Exacto. También me ha parecido que debías saber que Battles tiene una Glock de diez milímetros y que la hemos incautado para examinarla.

—¿Y?

—No la han disparado recientemente. También hemos hablado con la viuda, que nos ha confirmado que su marido era diestro.

—De manera que es poco probable que se pegara un tiro.

—Eso parece, pero ahora hay que resolver el problema que me planteaba a mí esa teoría: Trejo iba armado por algún motivo, ¿no?

—Parece lógico.

—De manera que podemos suponer que no estaba precisamente tranquilo con la situación, fuera la que fuese, y que lo más seguro es que estuviese en guardia. Si damos por hecho que fue así, me estoy preguntando cómo pudo nadie hacerse con su pistola.

Tenía sentido, pero Tracy percibió en el tono de voz de Owens cierto deje que hacía pensar que tenía algo más, algún dato que estaba callando.

—¿Hay algo que quiera decirme? —preguntó.

Estaba empezando a pensar que se había cortado la comunicación cuando dijo Owens:

—Tengo una grabación que me gustaría enseñarte. La he encontrado hoy en la Red. Te envío el enlace al correo electrónico.

—¿Qué es?

—Prefiero que lo veas antes. No quiero influir en tu opinión. Cuando acabes, llámame. —Y colgó.

Tracy detuvo el vídeo que estaba reproduciendo en su ordenador y entró en su cuenta de correo. Vio lo que le había enviado Owens, lo abrió y pinchó en el enlace. Mientras lo observaba, se inclinó adelante con una sensación muy similar a la de los sofocos que había experimentado con anterioridad.

—¡La madre que...! —exclamó.

Algo más de una hora después, Tracy dejó el maletín en el suelo al lado del armarito de su cubículo. Del y Faz, que ocupaban sus respectivos escritorios, no pasaron por alto su presencia.

—Tenéis que ver esto —les dijo ella.

—Tenemos un montón de cosas que contarte. —Del apartó su asiento para acercarse a ella.

—Pues yo tengo un montón de cosas que enseñaros. —Tracy se sentó en su escritorio sin quitarse la chaqueta, introdujo su contraseña y abrió su correo electrónico.

Sus dos compañeros se colocaron de pie a sus espaldas.

—¿Qué es? —preguntó Faz.

—Vedlo vosotros.

Los dos observaron mientras ella seguía el enlace del correo que le había enviado Owens y saltaba el anuncio. Mientras se reproducía el vídeo, echó atrás su silla para que Del y Faz pudieran ver mejor el monitor de su pantalla. En las imágenes se veía, de pie, a un hombre y una mujer situados a un brazo de distancia uno de la otra. Los dos llevaban camisetas negras y pantalón de deporte, él corto y ella largo. Él apuntaba al pecho de ella con una pistola falsa de

color amarillo mientras hablaba con un acento británico marcado. En cuestión de décimas de segundo se había quedado sin el arma. La mujer se la había arrebatado y lo apuntaba a él a la cabeza.

—¿Qué es? —quiso saber Del.

—YouTube —repuso Tracy—. Me lo ha enviado el inspector de Bremerton. La mujer del vídeo es Leah Battles.

—¿La abogada de la defensa? —preguntó Faz con aire incrédulo.

—La misma.

Todos observaron al instructor repasar la técnica empleada, pero paso a paso. Battles sostenía la pistola y la dirigía al pecho de él, quien, con movimientos lentos y deliberados, pivotó hacia un lado para quedar fuera de la línea de fuego a la vez que agarraba con la mano izquierda la muñeca que empuñaba el arma y apartaba con violencia el cañón en sentido contrario con la mano que tenía libre.

—Si tenía el dedo en el gatillo —dijo el instructor—, ahora lo tendría roto.

Pasó a la técnica siguiente. Esta vez, Battles le apuntaba al abdomen. Igual que en el ejercicio anterior, el instructor se movió tan rápido que a Tracy le fue imposible seguir todo el proceso, que, sin embargo, culminó del mismo modo, con la mujer desarmada y la pistola apuntándole.

—Joder —dijo Faz.

El otro repasó los cuatro pasos de la técnica que le había permitido hacerse con el arma. Cuando empezó la tercera dijo Tracy:

—Esto es lo que quería que vieseis.

El instructor apoyó el cañón de la pistola en la sien de Leah Battles.

—La clave —explicó— está en no dudar una vez que hemos tomado la decisión de actuar.

Battles se agachó y levantó los brazos al mismo tiempo para asir el arma y dirigir el cañón al techo mientras simulaba con la rodilla derecha un golpe a la entrepierna de él. Entonces, dando un paso atrás, dobló el cañón hacia su agresor y, obligándolo a girar con fuerza las muñecas, liberó el arma.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Del.

Tracy se reclinó sin dejar de observar el vídeo mientras respondía:

—*Krav magá*.

—¿Qué? —dijo Faz.

—Lo que pudo usar Leah Battles para arrebatarse el arma a Laszlo Trejo y matarlo de un disparo.

CAPÍTULO 40

Después de una noche larguísima de trabajo destinada a organizar una operación coordinada entre la Unidad de Narcóticos de Seattle, los SWAT y la Sección de Crímenes Violentos, Del y Faz acompañaron a un equipo de los segundos a casa de Eric Tseng poco antes de las cuatro de la madrugada.

El piso que tenía alquilado Tseng en Rainier Beach no estaba lejos del cruce en el que había arrollado Trejo a D'Andre Miller ni del solar en el que habían encontrado el Subaru de Trejo. Su dirección era un posible indicativo de la identidad de quien había ido en su ayuda la noche del atropello con fuga. Si Tseng era un traficante avezado, podía ser que hubiese tenido él también la precaución de limpiar el interior del vehículo, incluido el *air bag*, a fin de eliminar huellas. Lo que no explicaba era la desaparición de la cinta de vídeo del comercio de veinticuatro horas.

En el reconocimiento previo se había identificado la vivienda como una construcción rectangular de clásico estilo achaparrado con tejado a dos aguas de fachadas revestidas de madera de color verde claro. En lugar de la planta única característica de esta clase de edificaciones, la de Tseng tenía dos pisos, una cochera doble tras el camino de acceso y tres tramos de escalera que daban a la puerta de entrada. Esta y las ventanas de la planta baja estaban protegidas por rejas negras de seguridad que, sin embargo, no constituían una dificultad mayor que los dos perros que merodeaban por el jardín frontal, delimitado por una cerca de tela metálica. Parecían de raza cruzada y no eran pequeños. Además, ladraban cada vez que se acercaba alguien. Por tanto, iba a ser imposible acercarse con sigilo a la casa, por más que la orden de detención que había expedido el tribunal del condado de King permitiese a los SWAT asaltarla sin necesidad de anunciar su presencia.

Tal como se había acordado, el equipo táctico empleó dos vehículos blindados y varios agentes para acordonar la calle y el descampado que había tras la vivienda. Estando ya en posición los efectivos, cruzaron la verja dos agentes de la Unidad de Control Animal que se hicieron con los perros y los sacaron del patio. Al mismo tiempo, a fin de distraer a quien pudiera estar dentro y evitar que prestara atención a los ladridos de los perros, una negociadora de los SWAT llamó al teléfono móvil que había dado Tseng a Evans.

—No responde —dijo esta con un leve movimiento de cabeza.

El jefe de los SWAT, un hombre corpulento llamado Glenn Ekey, le pidió que volviera a llamar, cosa que ella hizo con idéntico resultado. Ekey, que no quería dar tiempo a Tseng a armarse o a deshacerse de ninguna prueba, dio orden de entrar.

Poco después de las cuatro de la madrugada, Del observó a aquellos especialistas, ataviados con todo su equipo táctico, dirigirse a la puerta principal pertrechados con un ariete. La puerta de seguridad de metal se abrió con gran estruendo y la de madera cedió con un ruido seco semejante a un taponazo. Los agentes entraron con rapidez y con una precisión muy estudiada. Del

los oyó informar por la radio a medida que buscaban habitación por habitación para despejarlas. En las casas contiguas y las de la otra acera empezaron a encenderse luces y se oyó ladrar a los perros. Algunos vecinos se asomaron a sus porches en pijama o pantalón corto y camiseta.

Del y Faz aguardaron.

Minutos después de entrar, salieron dos de los agentes para hablar con Ekey. Este los escuchó y, acto seguido, se volvió para pedir a los dos inspectores con una señal que se acercaran.

—¿Saben qué aspecto tiene ese tipo? —les preguntó.

—Solo por las fotografías de tráfico —dijo Del. No le gustaba nada el presentimiento que le había asaltado sobre lo que habían encontrado los SWAT en la casa y lo que estaba a punto de ver él.

Ekey los llevó al interior. La planta superior no tenía muchos muebles. Al bajar las escaleras, Del oyó música y percibió un olor acre. Ambas sensaciones se hicieron más marcadas cuando siguieron a su guía a una planta baja medio soterrada equipada con un televisor de setenta y dos pulgadas, sillones reclinables y un bar bien abastecido. Alguien apagó la música, pero eliminar el olor acre no iba a resultar tan sencillo. Eric Tseng estaba retrepado en uno de los asientos, con la cabeza caída hacia un lado, y su sangre salpicaba el cuero de la tapicería y formaba un charco en el suelo. Del calculó que debía de llevar unos dos días así, más o menos desde la noche de la muerte de Laszlo Trejo.

CAPÍTULO 41

Tracy llegó a su casa de Redmond con una necesidad imperiosa de recuperar el sueño. Después de dormir unas horas a duras penas en el hotel de Bremerton, había pasado el día y la noche trabajando mientras esperaba recibir de Del y Faz noticias del asalto a la vivienda de Eric Tseng.

Del la había llamado por fin a las cinco de la madrugada con malas noticias. Al lado del salón en el que habían encontrado el cadáver de Tseng había una sala de cemento cerrada con una puerta de acero. Dentro habían dado con una mesa de metal lustroso y un desagüe en el suelo. El resto lo habían limpiado a conciencia y el lugar olía a limón y lejía. Según Del, la sala se había construido de tal modo que pudiera limpiarse con rapidez y eso era probablemente lo que habían hecho. No habían encontrado restos de heroína, balanzas ni bolsas de plástico. Los inspectores de la División de Investigación Criminal iban a examinar la casa de todos modos, lo que incluía abrir el desagüe para tomar muestras.

Las indagaciones que habían hecho en el vecindario tampoco habían revelado ninguno de los indicios propios de una operación de tráfico de drogas. Ninguno de los habitantes de la zona recordaba haber visto aparecer vehículos de toda clase a cualquier hora del día o de la noche. De hecho, describían a Tseng como una persona amable, aunque reservada, que pasaba sola buena parte de su tiempo. Uno de ellos decía haber visto a varias mujeres en la casa, pero no pudo identificar a ninguna de ellas ni tampoco le dio gran importancia, toda vez que Tseng era soltero. Según había dicho a sus vecinos, tenía un negocio de consultoría informática que atendía desde su casa, aunque eso lo obligaba a menudo a salir a horas poco comunes del día y de la noche a fin de resolver los problemas de sus clientes.

Tracy se quitó las botas y las dejó fuera para entrar en calcetines y no despertar a Dan si seguía durmiendo. Sin embargo, el sonido de la cerradura y el ruido de la puerta de madera, que durante los meses de invierno se atascaba en el marco, despertaron a Rex y a Sherlock. Los dos salieron de un salto del dormitorio dando ladridos y Dan los siguió unos pasos por detrás. El pantalón corto, los calcetines y la sudadera que llevaba puestos hacían pensar que tenía intención de salir a correr.

—Tienes que estar deseando que se acabe el turno de noche —dijo.

Tracy se dirigió a la mesa del comedor para dejar el maletín, el bolso y la chaqueta.

—Ya ni sé qué turno estoy haciendo. —Meneó la cabeza y se arrepintió enseguida de haberlo hecho al sentir en las sienes el dolor pulsátil de una cefalea provocada por la falta de sueño.

Dan se inclinó para besarla y ella se apartó diciendo:

—Mejor no. Me tiene que oler el aliento a queso rancio. Por lo menos me sabe a eso.

—No te pregunto si te vienes a correr, porque creo que sé la respuesta.

—Ahora mismo solo tengo ganas de correr hacia la cama. —Fue a la cocina y se llenó un

vaso de agua antes de ponerse a rebuscar una aspirina en los armarios.

—¿Cómo es que has llegado tan tarde? —Miró el reloj—. O tan temprano, ¿no?

—Hemos asaltado la casa del tío al que se supone que le vendía la droga Trejo y quería esperar a ver qué pasaba.

—¿Y?

Tracy bebió a grandes sorbos.

—Lo hemos encontrado a él —dijo bajando el vaso—, pero nada más: ni droga ni nada relacionado con ella.

—Eso no suena nada bien.

Tracy salió de la cocina y caminó hasta el dormitorio.

—Muerto de un tiro en la sien, como Trejo. Del dice que, además, debió de ser el mismo día.

—Alguien que está haciendo limpieza —dijo Dan.

—Eso parece. Están analizando la casa, pero nadie espera gran cosa. —Movi6 las caderas para bajarse los vaqueros y se sent6 en la cama para quitárselos—. Este caso se está volviendo cada vez más complicado.

Tracy retir6 las mantas y se metió en la cama. Sherlock no dejó pasar la ocasión de encaramarse de un salto a la colcha y dejarse caer en mitad del colch6n. Dan se sent6 en el borde. Rex, a sus pies, alz6 la mirada como si pensase: «Pero ¿no íbamos a salir a correr?».

Dan acarici6 la cabeza del perro diciendo:

—Espera un minuto. —Entonces mir6 a Tracy—. ¿Quieres que charlemos para que puedas poner en orden las ideas?

Por supuesto que no quería, pero también sabía que Dan no se lo decía por cumplir, que ya tenía bastante con sus propias preocupaciones. Sin embargo, dada su experiencia en el ámbito de la defensa criminal, la conversación que le estaba ofreciendo le sería de gran ayuda, teniendo en cuenta que Kins estaba de baja. Dan también era muy consciente de que a ella le iba a resultar muy difícil dormir si se ponía a darle vueltas a sus pensamientos. Hablar con Dan era el equivalente a escribirlos en una hoja de papel para sacárselos de la cabeza.

—Está bien. —Se incorpor6 y ajust6 los almohadones para apoyar la espalda mientras pensaba por d6nde podía empezar—. Laszlo Trejo se salta un semáforo y atropella a un chaval en Seattle. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Iba a entregar la heroína que llevaba en el coche.

—Bien. —Tracy se frot6 la cara para despejarse—. ¿Quién lo ayud6 a esconder el coche y volver a Bremerton?

—Lo más obvio sería pensar que tuvo que ser el tío al que le llevaba la heroína, pero no podéis verificarlo si los dos están muertos.

—Cierto. Es muy dudoso que podamos verificarlo, pero muy probable que Tseng lo ayudase. —Hizo una mueca de dolor. La cabeza le iba a estallar—. No sé cómo hay que entender todo esto. Normalmente diría que se trata de una operación de tráfico de droga que se ha torcido, pero tenemos también el asunto de la cinta de seguridad desaparecida y ya es imposible creerse que pueda ser una coincidencia desafortunada.

Tracy ech6 la cabeza hacia atrás para apoyarla en los almohadones. Sintió que la fatiga se le acumulaba en las articulaciones y el peso que empezaba a intentar cerrarle los párpados.

—¿Quién tenía acceso a esa cinta? —pregunt6 Dan.

—Todo aquel que pudiera entrar a la sala de pruebas del edificio de la Oficina Jurídica.

—O sea...

Tracy respiró hondo.

—Battles, la abogada de la defensa; el fiscal; su ayudante; el secretario judicial, y los conserjes. El problema es que en la copia de la grabación de seguridad del edificio que me dieron en Bremerton no se ve entrar ni salir a nadie la noche que desapareció la cinta aparte del conserje.

—¿La has visto?

—Todavía no.

—Entonces...

—Me lo han dicho Leah Battles y su superior, que pidió la grabación el día que desapareció la prueba.

—¿Y no puede haber sido el conserje?

Tracy pensó en Al Tulowitsky y en su jefe, Gary Buchman.

—Puede, pero me parece improbable.

—¿Y Battles?

Ella le habló entonces del vídeo que había visto a través del enlace que le había mandado Owens, en el que aparecía la abogada desarmando a una persona con una pistola en la mano.

—Sé que no quieres creer que fue ella, Tracy, pero todo parece apuntar en esa dirección. Vive en Seattle; tuvo, sin duda, la ocasión de hacerse con la cinta de seguridad; no tiene coartada para la noche de la muerte de Trejo, y ahora, además, resulta que era capaz de arrebatarse la pistola. ¿Cuánto sabes de ella en realidad?

—No mucho. Quizá no lo suficiente.

—A lo mejor deberías empezar por ahí.

—De acuerdo —dijo Tracy—, pero no pienso hacer nada hasta haber dormido un poco. Me muero de sueño.

—Cuanto más tienes, más quieres —sentenció él.

Ella sonrió.

—¿Has dicho que tenías una copia de la grabación de seguridad que se hizo aquella noche en el edificio? ¿Tracy?

—¿Eh?

—La grabación de seguridad. ¿Quieres que le eche un vistazo?

—El disco está en mi maletín.

Dan se puso en pie y la vio dormir.

—Lo tomaré como un sí.

Dan sostuvo la puerta de entrada de modo que no hiciera ruido y entró en la casa seguido de los perros. Había salido con ellos durante los cincuenta minutos que había estado corriendo unos ocho kilómetros por las pistas que había detrás de la vivienda y luego había pasado diez minutos más caminando y estirando para aplacar los ánimos de los animales, porque no quería que entrasen como dos borrachos y despertaran a Tracy. Aunque había cerrado la puerta del dormitorio antes de salir, semejante medida no resultaba muy eficaz en un lugar tan pequeño y sabía que su mujer estaba agotada. El trabajo de los inspectores era muy semejante al de los abogados: uno podía salir del despacho, pero no del caso que se tenía entre manos. Dan pensaba en sus causas y sus clientes cuando se acostaba y cuando se levantaba, en la ducha, cuando salía a correr y cuando hacía la compra. Sabía que a Tracy le ocurría lo mismo y que siempre estaba buscando esa pista que no había visto o a la que no había concedido la atención que merecía. Cuando llegaban a casa tenían una norma: nada de trabajo, a no ser que uno de ellos necesitara consultar algo para sacárselo de la cabeza.

Rellenó de agua los cuencos de los perros en el grifo de la cocina y volvió a dejarlos en el suelo. Mientras Rex y Sherlock bebían a lengüetazos, se llenó un vaso de agua del mismo grifo y buscó en el armario sus vitaminas, incluida la glucosamina. Los años no perdonaban y sus rodillas se lo recordaban cada vez que salía a correr. Aunque las pistas de tierra constituían una clara mejora respecto de la acera de cemento de Alki Beach, lo cierto es que no eliminaban todos sus dolores.

Se dirigió con el vaso y las pastillas al salón y tomó el maletín de Tracy. Sentado a la mesa, encendió el portátil de ella, metió el disco y esperó a que arrancara. Bebió grandes sorbos de agua para hacer bajar las vitaminas y se secó el sudor que le caía por las mejillas. En su carrera legal había tenido experiencia con aquella clase de vídeos, aunque por lo común había estado en el otro lado, tratando de hacer que no constaran como prueba. En las causas civiles, los abogados de la defensa contrataban a investigadores privados a fin de que siguieran a los damnificados con la esperanza de grabarlos haciendo actividades que demostrasen que no estaban tan impedidos como aseguraban. Las normas que dictaban si era o no admisible una prueba eran estrictas. El mayor escollo al que se enfrentaba un abogado a la hora de lograr la validez de una grabación consistía en demostrar que lo que se veía en ella constituía una representación fiable de lo que había ocurrido en realidad. Para ello había que subir a la tribuna de los testigos a alguien que pudiera declarar que no se había alterado ni falsificado su contenido. Y ahí era donde él solía dirigir su primer ataque.

Cuando se cargó el vídeo, Dan vio un plano en picado del interior de una oficina con una zona de recepción dotada de un mostrador a la derecha. Pinchó el botón de inicio y se reclinó para observar como el espectador de una película de cine, pasando hacia delante la cinta de cuando en cuando a fin de saltar las partes en las que parecía no ocurrir nada. Se enjugó un hilo de sudor que le corría por la sien y vio a un hombre asiático alto bajar las escaleras y dirigirse a un despacho situado al fondo de la imagen. Llamó a la puerta y la abrió. Dan vio que eran las diez y treinta y uno de la noche y dedujo, por lo que le había contado Tracy de la vista preliminar, que debía de ser Brian Cho, el fiscal. Volvió a adelantar la película y vio a Cho salir del despacho y cerrar la puerta a las diez y treinta y siete. Se detuvo de nuevo, esta vez para colocarse la gorra de camuflaje, y, al acercarse a la cámara, meneó la cabeza mientras sonreía como si le divirtiera algo.

Poco después salió del mismo despacho una mujer con una caja y se alejó de la cámara. Supuso que sería Leah Battles, la abogada defensora. Eran las diez y cuarenta y nueve. Dan volvió a pasar rápido la película hasta el regreso de Battles, que ocurrió a las diez y cincuenta y cuatro. Aceleró de nuevo y volvió a parar cuando la abogada salía del edificio. Había cambiado el uniforme de camuflaje por ropa de deporte. Acercándose a la cámara, se puso un casco de ciclista antes de marchar. Él apuntó en su libreta que llevaba una mochila a la espalda y planteó la pregunta: «¿Puede ser que llevase la cinta en la mochila cuando se fue a casa?».

Se recostó en el respaldo de su asiento mientras bebía agua y observaba a los perros, tumbados de costado a los rayos de sol que entraban por la ventana. Volvió a prestar atención a la pantalla en el momento en que entraba al edificio el conserje. Apuntó la hora: las once y tres minutos. El hombre empezó a vaciar las papeleras. Dan aceleró la reproducción y el trabajador se puso a recorrer a gran velocidad la zona de recepción y los despachos. Cuando salió por la puerta, Dan congeló la imagen y anotó que eran las once y diecisiete. Asimismo escribió en el cuaderno: «¿Y el conserje de la planta alta?», antes de volver a dar al *play*.

El trabajador de la planta baja regresó a las once y veintiséis minutos con un cubo lleno de lo que parecían productos de limpieza y una aspiradora que dejó en el vestíbulo. Con el balde en

la mano, se dirigió a la parte de atrás de lo que abarcaba la cámara, presumiblemente a los aseos.

Dan volvió a pasar la cinta hacia delante y la puso a velocidad normal en el momento en que reapareció el conserje para dejar los productos de limpieza en el mostrador de recepción y ponerse a aspirar. Cuando acabó, salió del edificio con la aspiradora y el cubo. La hora que aparecía impresa en pantalla era la de las doce y trece minutos de la noche. Nadie volvió a entrar a la oficina ni a salir de ella hasta la mañana siguiente. Cho regresó a las siete y cuarto en punto y desapareció por el pasillo en dirección a las escaleras. Después de él llegaron otros empleados y Leah Battles entró a las siete y cuarenta y dos de la mañana.

Dan paró la reproducción y escribió en su cuaderno:

¿Tenía un móvil el conserje?

¿El secretario judicial?

¿Leah Battles?

¿Cho? Llegó temprano a la mañana siguiente. ¿Estaba ya en su despacho el secretario judicial? ¿Por qué iba a querer Cho llevarse la cinta?

Dejó el bolígrafo, dio otro sorbo al vaso de agua y pensó de nuevo en la grabación. Tras un instante, echó marcha atrás al contenido del disco para poner en práctica la técnica que había aprendido de un abogado procesal de su bufete de Boston y que consistía en reproducir las imágenes de vídeo a la inversa para evitar que sus ojos y su subconsciente anticipasen lo que iba a ver en lugar de observar lo que había ocurrido en realidad. Según él, también le permitía centrarse no tanto en las personas que aparecían como en el entorno.

Tras unos minutos hubo algo que le llamó la atención. Sin saber bien de qué se trataba, echó la cinta hacia delante y volvió a reproducirla hacia atrás una segunda vez y luego una tercera y una cuarta. Estaba estudiando la puerta que había frente al despacho de Leah Battles, tratando de determinar si había cambiado de posición, porque daba la impresión de haberse cerrado un poco, un palmo aproximadamente, sin que nadie la hubiese tocado. Al menos, sin que hubiera quedado registrado en el vídeo. Rebobinó la cinta y volvió a reproducirla normalmente. El conserje dejó el edificio a las once y diecisiete de la noche con el carrito de la basura. Dan observó la puerta del despacho. Poco antes de que regresara el trabajador a las once y veintiséis, la puerta estaba ligeramente más cerrada que cuando había salido. Volvió a poner las imágenes hacia atrás para cerciorarse y, tras confirmar lo que había visto, dejó que siguieran avanzando. El hombre llevó los productos de limpieza al cuarto de baño y Dan notó que la puerta parecía moverse de nuevo, esta vez para quedar un tanto más abierta y, de nuevo, sin que hubiera nadie presente, al menos en la grabación.

Sacó su libreta y anotó tres detalles: la posición que presentaba a las once y diecisiete, cuando salió del edificio el conserje; la que tenía a las once y veintiséis, cuando volvió a entrar, y la del momento en que se fue definitivamente.

Había un fantasma en la Armada o alguien había amañado la grabación.

CAPÍTULO 42

Tracy se despertó sobresaltada ante el hombre que había de pie al lado de su cama y dio un chillido. Sherlock también se incorporó de un salto y lanzó un ladrido.

Dan hizo un mohín culpable. Estaba pegado al pie mismo del colchón, con el portátil de ella en la mano y mirándola con una sonrisa boba. Las disculpas que expresó por haberla despertado no sonaron nada sinceras. Tracy tardó unos instantes en recobrar el aliento y situarse.

—Serías capaz —dijo al fin— de ponérselos de corbata al mismísimo Stephen King.

Mientras Dan volvía a pedir perdón, miró el reloj que había en la cómoda. Era mediodía. Faltaban tres horas para que empezase de nuevo su turno, pero no le habría importado que fuesen tres días. Se sentía somnolienta y con una gran falta de sueño.

—Tengo que enseñarte algo —anunció él.

—Más te vale, porque todavía queda una hora para que me suene el despertador. Me debes una hora de sueño.

Dan se sentó en el borde de la cama, reprodujo el vídeo y fue directo a las partes que había anotado en el cuaderno para señalar lo que había visto de la puerta del despacho que había frente al de Leah Battles.

—Alguien ha modificado el contenido del disco —dijo ella, en parte aseverando lo que acaba de ver y en parte para recibir una confirmación de Dan.

—Eso parece, desde luego.

Tracy salió de la cama y empezó a vestirse.

—Eso lo cambia todo. ¡Vaya si lo cambia todo! ¿Cómo han podido hacerlo?

—No lo sé exactamente.

Tracy pensó en Mike Melton.

—Pues yo ya sé quién me lo puede decir.

Acababan de dar las tres de la tarde, hora del comienzo de su turno, cuando Tracy entró en el laboratorio criminalístico de la policía estatal de Washington, sito en Airport Way, con el disco metido en un sobre. Aunque el resto de inspectores conociese a Mike Melton como *Grizzly Adams*, ella prefería llamarlo *Oz*, como el mago, aunque Mike no era ningún impostor oculto tras una cortina, sino un profesional sin trampa ni cartón.

Su despacho olía al vinagre de la ensalada sin terminar que se marchitaba en el cuenco que descansaba sobre su escritorio. Cuando entró Tracy, Mike Melton levantó la mirada y la estudió por encima de las gafas de lectura que se sostenían en la punta de su nariz. Dejó el documento que había estado revisando y se reclinó en su asiento.

—Cualquiera que te viese diría que no estás en tu mejor día.

—Gracias —contestó ella con aire herido—. Eso era precisamente lo que necesitaba oír. Mike Melton se inclinó hacia delante.

—Perdón. Solo quería decir que pareces cansada.

Tracy soltó una risita.

—¿Tienes mujer y seis hijas y todavía no eres capaz de ver cuando se está quedando contigo una mujer?

Melton respondió con una risotada sonora:

—Y dudo que vaya a aprender nunca. —Llevaba la camisa de cuadros escoceses recogida sobre sus carnosos antebrazos, como un Paul Bunyan, el gigantesco leñador del folclore estadounidense, a punto de derribar un árbol de un hachazo.

Tracy señaló la ensalada.

—¿Eso es para impresionarme o es que se te casa otra de tus hijas y tienes que caber en el esmoquin?

—En las bodas de las tres primeras fui capaz, pero no tengo claro que pueda embutirme otra vez en él por mucha lechuga que coma. —Recogió el cuenco—. Esta es la forma que tiene mi mujer de decirme: «Más te vale caber en ese traje de señoritingo después de lo que nos ha costado».

—¿Has visto a Del?

—Vino a verme con Faz hace unos días. No tiene mal aspecto. A ver si se lo contagiamos a Fazio.

—Lo dudo.

Melton señaló el sobre que sostenía ella en la mano.

—¿Es eso?

La inspectora lo había llamado desde casa para decirle lo que creía haber detectado Dan y pedirle que le echara un vistazo. Le entregó el sobre con el papel amarillo de la libreta en la que dan había anotado los momentos en los que había percibido cambios en la posición de la puerta del despacho.

Melton sacó el disco para insertarlo en su ordenador y bajó la mirada para ver a través de sus gafas de lectura la pantalla. Tracy se colocó tras él para observar por sobre su hombro mientras él pulsaba las teclas necesarias para cargar el vídeo y reproducirlo. Tras examinarlo unos segundos, señaló:

—A simple vista parece legítimo. La fecha y la hora están en la parte inferior derecha de la pantalla.

—Esa es la puerta de la que te hablaba —dijo Tracy señalando por encima del hombro de él el despacho que había frente al de Leah Battles.

—Y has venido —comentó él sin dejar de mirar la pantalla— para que te diga si estás loca, la base naval está encantada o han manipulado la grabación.

—Exacto.

—¿Es copia?

—¿El disco? Sí —repuso ella recordando la conversación que había mantenido con Rebecca Stanley.

—Mmm...

—¿Qué?

—Sería mejor tener el original.

—Estoy en ello. ¿Por qué?

—¡Vaya! —Melton acababa de llegar al primer movimiento de la puerta. Detuvo la imagen, echó hacia atrás y volvió a reproducirlo—. Ahí la tienes. Está claro que se ha movido. —Se reclinó para seguir observando.

—¿Por qué necesitas el original? —insistió Tracy.

Melton miró los apuntes que había hecho Dan y que descansaban sobre su mesa mientras pulsaba más teclas.

—Con una grabación original es casi imposible trastear. —Se volvió para mirarla por encima de su hombro—. Al menos, eso me han contado, porque a mí no es que se me dé muy bien la informática. Nací demasiado pronto para eso, pero sé que es difícil. Por lo que tengo entendido, siempre resulta más fácil manipular un vídeo si se hace primero una copia. Después pueden usar ciertos programas de edición para eliminar el día y la fecha, cambiar las imágenes que quieran cambiar, y volver a poner el día y la fecha de modo que parezca que no hay cortes. Ahí está otra vez —anunció—. Está claro que tienen un fantasma en el edificio. —Volvió a parar la reproducción y, tras rebobinar, puso de nuevo el fragmento. Esta vez señaló con el dedo—. ¿Has visto eso?

—¿El movimiento de la puerta?

—No estoy hablando de la puerta en sí, sino del espacio que queda entre ella y el marco. ¿Ves esa sombra?

Tracy se inclinó hasta sobrevolar con la barbilla el hombro de Melton y percibir la colonia que usaba. El resquicio del que él hablaba se vio de pronto más oscuro.

—Hay alguien detrás de la puerta.

—Podría ser eso. Desde luego, hay algo que está haciendo sombra. Mira. Ahora ha vuelto a desaparecer.

—¿Y por qué no iban a poder manipular el original?

—Por lo que sé, estos vídeos de seguridad poseen un código de fábrica que impide que nadie los modifique. Algo así como, por ejemplo, cero, cero, cero, uno, uno, uno, cero, cero, cero, uno, uno. Si alguien alterase la grabación, lo sabríamos porque el código aparecería roto.

Tracy se irguió.

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

Melton detuvo la grabación y sacó el disco del ordenador. La inspectora recogió el papel con las anotaciones de Dan y volvió al otro lado de la mesa.

—Tengo en el laboratorio un chaval que hace mucho estas cosas —dijo él—. Para él es pan comido.

—¿Necesita las anotaciones?

—En principio, no. —Melton miró su reloj—. No sé si seguirá aquí, pero, si está, no debería tardar mucho en determinar si han manipulado la grabación. Depende de lo que esté haciendo ahora. Yo me encargo de ponerlo a trabajar en esto. Te llamaré más tarde con lo que tenga.

Al volver a su vehículo, Tracy bajó el volumen de la radio mientras cruzaba la ciudad en dirección a la comisaría central. Pensó en las posibilidades que se presentaban en caso de que hubiesen alterado la grabación para eliminar la salida o la entrada de alguien en el edificio y se le ocurrieron, de entrada, dos dificultades.

En primer lugar, ¿a quién podía revelárselo?

No podía acudir a Stanley. Ella era quien le había dado el disco y, de un modo u otro, podía estar implicada en la falsificación de su contenido. Tampoco podía ir al oficial al cargo de la seguridad del edificio, que la había grabado, pues, de nuevo, podía ser la persona que la había manipulado, quizá por cuenta propia o tal vez por petición de otro. También tenía que descartar a Leah Battles y a Brian Cho, porque cualquiera de los dos podía ser quien, por sí mismo o

siguiendo instrucciones de un tercero, había entrado en la oficina para robar la cinta y esconderse en el despacho hasta la salida del conserje. Los dos sabían dónde encontrarla y eran muy conscientes de la importancia que revestía en la vista. Al trabajar ambos en el edificio, debían de conocer los horarios del secretario judicial, así como que aquella noche ya había vuelto a casa, y los del conserje. Nada de eso explicaba, sin embargo, cómo habían podido cambiar el contenido de la grabación de seguridad si no era porque trabajaban para otros o con otros, lo que significaba que tal vez los rumores de que la Armada estaba tratando de encubrir algún asunto grave tenían, al cabo, cierto fundamento. En realidad, el vídeo apenas hacía otra cosa que eliminar al conserje de la lista de sospechosos.

Con todo, si Tracy tenía razón acerca de cualquiera de los demás, la grabación no explicaba cómo pudo entrar en el edificio de la DSO sin introducir los cuatro últimos dígitos de su número de la Seguridad Social. Antes de salir de casa para ir a ver a Melton había confrontado la lista de los códigos que se habían empleado aquella noche con la de personas que figuraban en el vídeo y había confirmado que Cho, Stanley y Battles no habían usado el suyo para volver a entrar una vez que salieron de la oficina. Al menos, la relación que le había proporcionado Stanley no recogía el código de ninguno de los tres. ¿Podía ser que hubiesen modificado también ese registro? En ese instante la asaltó una idea que la llevó a parar el coche a un lado de la carretera. Tomó su maletín y sacó la lista. En la grabación, Al Tulowitsky había tardado nueve minutos en tirar la basura y volver al edificio, lo que podía parecer más tiempo del necesario. Comprobó el registro y vio que había llegado a las once y tres minutos. Sin embargo, más abajo no vio los mismos cuatro dígitos. El conserje no había vuelto a introducir su código al regresar de tirar la basura a las once y veintiséis.

Se reclinó en su asiento mientras se preguntaba si Tulowitsky podía haberse llevado consigo la grabación al limpiar el despacho de Battles para llevarla a su camión o dársela a alguien al salir. Para él habría sido muy sencillo, aunque, una vez más, no brindaba explicación alguna de por qué no había vuelto a usar su número de la Seguridad Social, ni tampoco de por qué había alguien que se escondía, a todas luces, de él.

Entonces, ¿por qué había tardado tanto en tirar la basura? Se preguntó si habría otro modo de entrar al edificio pese a que Battles lo hubiera negado.

A ese problema tenía que añadir otro. Miró la fecha en su teléfono y se preguntó si existiría todavía el vídeo original o lo habrían regrabado. Según le había dicho Rebecca Stanley, la Armada obligaba a conservarlo durante un tiempo, pero no sabía cuánto era o no había querido revelárselo a Tracy. En el fondo, además, este dato era lo de menos, ya que podía ser que alguien hubiera grabado ya encima del contenido que quería recuperar, bien sin querer, bien de manera deliberada.

Encontró el prefijo 360 del inspector John Owens en la lista de llamadas recientes y lo llamó. Él respondió al segundo tono. Tracy lo puso al corriente de lo que había averiguado y de las ideas que tenía antes de preguntar:

—Me dijo que tenía experiencia tratando con la Armada, ¿verdad?

—Aquí es algo que viene con el cargo —repuso él.

Una ráfaga de viento agitó entonces el vehículo. No había dejado de llover y de la capa nubosa que asfixiaba la ciudad caían guedejas de color gris oscuro.

—Tengo que entrar en el despacho de seguridad y tiene que ser hoy. ¿Puede conseguirlo?

—Puedo intentarlo.

—No quiero que nadie sepa de antemano que vamos a ir.

—Entendido.

—También me gustaría hablar otra vez con el conserje, Al Tulowitsky, pero no en su trabajo, delante de su jefe.

—¿Crees que tiene algo que ver?

—A lo mejor de manera involuntaria. Tengo una teoría. Intente encontrarme su número de teléfono. Voy a tomar el siguiente transbordador si todavía hay plazas.

—A estas horas de la noche, lo más seguro es que no encuentres ya para el coche, porque es hora punta. Embarca de todos modos y te recojo yo aquí.

Leah Battles llevaba sentada ante su escritorio desde su destierro, sin más ocupación que volverse loca. Había tenido que soportar una entrevista telefónica con los encargados de la investigación ética de Washington, D. C., que le había provocado náuseas y en ese momento estaba esperando a que decidieran si presentaban cargos contra ella, lo que sin duda desembocaría en un consejo de guerra. Aquella espada pendía en todo momento sobre ella y no lograba apartarla de su cabeza. Ni siquiera podía salir de su despacho y hablar con el resto del personal para distraerse y matar el tiempo. Seguía siendo una apestada y los demás la evitaban al verla llegar. No se mostraban hostiles. Le sonreían o la saludaban con una inclinación de cabeza. Algunos hasta le decían hola de cuando en cuando. Pero nadie se paraba nunca a preguntarle cómo iba todo. Eso hacía que, a veces, resultara casi insoportable acudir al trabajo. Si los peces gordos tenían intención de formarle un consejo de guerra, ¿por qué no lo hacían ya, sin más preámbulo? Al menos, una vista preliminar le daría algo en lo que centrar su energía, algo mucho mejor que morir lentamente de aburrimiento allí sentada.

Daba la impresión de que todo hubiese quedado en suspenso desde la muerte de Trejo, incluida la suerte que habría de correr ella.

Estaban a punto de dar las cuatro de la tarde cuando alzó la vista al oír llamar suavemente a su puerta. Se sobresaltó solo porque se trataba de la primera visita que tenía en una semana. Supuso que sería Darcy, que era la única persona que hablaba con ella de algo más que frivolidades.

—Adelante.

Fue Rebecca Stanley quien abrió la puerta para entrar en el despacho. Battles salió enseguida de Pandora, plataforma cuya música reproducía en el ordenador a fin de que le hiciera compañía, y se puso en pie.

En ese instante se sintió invadida por los clásicos nervios de la expectación. «Cuidado con lo que deseas», oyó que le decía su madre. Stanley no iba a verla con frecuencia y nunca lo hacía para charlar. Battles sabía también que las malas noticias siempre es mejor darlas en persona.

—¡Con este ambiente te va a entrar una depresión! —dijo la recién llegada al topar con que la única iluminación de la sala era la de la lámpara de estilo Tiffany del escritorio. Encendió los fluorescentes del techo—. Necesitas un despacho con ventana, aunque, visto el tiempo que hemos tenido este último mes, no sé si eso cambiaría mucho este espacio.

Battles se preguntó si aquella referencia a un despacho distinto podía constituir una señal positiva.

—Los habitantes de Seattle se sirven del tiempo para evitar que la gente se traslade aquí — dijo.

—Eso he oído. —Stanley se dirigió a una de las dos sillas y se sentó—. A todos nos vendría bien un poco de vitamina D.

Se hizo una pausa incómoda hasta que, al fin, Battles rompió el silencio.

—Doy por hecho que esto no es una visita de cortesía. —Hasta consiguió dibujar una

sonrisa.

—Me temo que no. Parte de mi trabajo consiste en dar malas noticias.

—Me lo había imaginado.

—Sin embargo, esta vez también tengo una buena. ¿Cuál quieres oír primero?

—Vamos a tirar la casa por la ventana. Deme las dos.

Stanley le dedicó una leve sonrisa antes de fruncir los labios.

—De acuerdo. —Hizo otra pausa, como si estuviera tratando de decidir por dónde empezar y Battles no pudo menos de preguntarse si no serían las dos malas y muy malas—. En primer lugar, me han informado de que, tras mucho debatirlo, la comisión ética no va a recomendar la convocatoria de un consejo de guerra.

Battles dejó escapar un suspiro de alivio, aunque la sensación fue pasajera, porque sabía muy bien lo que quería decir «tras mucho debatirlo».

—De manera que piensan que no tienen pruebas suficientes para condenarme.

—Han sido incapaces de determinar con exactitud qué pasó con la cinta de vídeo — confirmó Stanley— y no pueden tomar una determinación si no tienen nada más sustancial en lo que basarse. Podría ser que se traspapelara, que la tirasen sin querer o que la tomara alguien con malas intenciones. Dadas las circunstancias, no hay pruebas suficientes para respaldar una acusación tan seria como la de negligencia.

—Es decir, que su fallo no tiene nada que ver con mi culpabilidad o mi inocencia.

Stanley negó con la cabeza.

—Se limitará a poner de relieve la falta de pruebas necesarias para tomar una resolución.

Battles se apoyó en el respaldo.

—Así que por falta de pruebas... —dijo sopesando cada una de las palabras. Por un instante pensó en decir a su superior que quería tener una vista preliminar, pues confiaba, cada vez más, en poder rebatir la acusación, pero tuvo que reconocer que no era prudente tomar una decisión a la carrera estando emocionalmente tan alterada.

—Sé que no es exactamente lo que esperabas.

—Claro que no.

—Sin embargo, muerto Trejo, no parece que haya modo alguno de demostrar qué pudo pasar con la cinta. Y la grabación de la cámara de vigilancia de este edificio no resulta concluyente.

—Podría haberla escondido en mi mochila —dijo Battles.

—Todo eso es circunstancial.

La abogada clavó la mirada en una representación abstracta de la estación ferroviaria de Seattle vista desde la ventana de su apartamento. Era uno de sus mejores cuadros, aunque dudaba que jamás fuese a apreciarlo como merecía, puesto que lo había pintado durante su suspensión.

—¿Esa era la buena noticia o la mala?

—Depende de cómo lo mires.

—Espero que sea la mala.

Stanley se recostó en la silla.

—Te van a trasladar —anunció—. Esa no tiene por qué ser una mala noticia, excepto para mí. Te necesitó aquí, Lee. Eres mi mejor abogada defensora.

Aun en una profesión en la que solían darse bastantes traslados, aquello fue toda una sorpresa. Battles no era buena sin más, sino que la habían nombrado dos veces abogada del año. Aquella decisión no tenía nada que ver con el desempeño de sus funciones ni con mérito alguno. Se estaban librando de ella, apartándola de allí para dejar claro a todo el mundo que era culpable

aunque no pudieran demostrarlo.

—Los mandos creen que, a la luz de lo ocurrido, no puedes cumplir aquí con tu deber de oficial de la auditoría de guerra, que lo mejor es trasladarte a otra base.

—¿Y adónde me mandan?

—A la Oficina Jurídica del Destacamento Norte.

—¿A Washington, D. C.? —No podían haber elegido un lugar más alejado de Seattle ni más cercano de la comisión ética. En esencia, la estaban apartando y querían tenerla cerca a fin de poder vigilarla, para lo cual la atarían a un escritorio y le encomendarían tareas sin importancia.

—Sí.

—¿Seguiría litigando?

—En un principio, no.

—Pero, al menos, ¿estaré en un despacho de la DSO?

—No. Por lo menos, al principio, pero supongo que con el tiempo volverán a evaluarte.

—Es decir, que no —concluyó Battles, que tenía claro cuál era el futuro que le esperaba: hacer labores administrativas hasta que le llegara la hora de licenciarse. Quizá fuese mejor así. Podía dejar la Armada y hacerse con un trabajo de verdad y ganar dinero de verdad defendiendo a clientes con mucho que perder. Tal vez montara su propio negocio.

—Siento que te vayas, Lee, y quiero que sepas que he hecho cuanto ha estado en mi mano para conseguir que te quedases. De todos modos, Washington D. C. es la reoca.

—¿Cuándo me trasladan?

—Este mes será el último que sirvas aquí. Luego tendrás dos semanas para presentarte en la DSO del Destacamento Norte.

Battles asintió mientras trataba de asimilarlo todo. No tenía opción. A la postre, al sentar plaza en el ejército había renunciado a la libertad de elección sobre dónde vivir y trabajar.

—Tómate un tiempo para aclararte las ideas. Viaja un poco antes de asentarte.

Iba a tener que buscar una vivienda nueva y otro lugar en el que practicar *krav magá*, porque sospechaba que necesitaría aquella válvula de escape después de pasar las semanas archivando papeles sin sentido.

—Puede ser.

—De todos modos, tampoco ibas a pasarte toda la vida en la Armada —dijo Stanley, que añadió antes de darle tiempo a protestar—. Eres demasiado buena como abogada y, para los abogados de cierto nivel, este trabajo es siempre un medio para alcanzar un fin. Has conseguido mucha experiencia, experiencia frente a un tribunal que los abogados civiles de tu edad conocen solo en contadas ocasiones. Cualquiera de los bufetes de más renombre de cualquier ciudad estaría encantado de contratarte.

—Supongo —repuso ella, pensando quizá que, al final, pese a las consecuencias, podía ser que todo aquello hubiese valido la pena—. ¿Y qué pasa con Trejo?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué han decidido? Ayer vi por aquí a la inspectora de policía.

—No lo sé. Lo que sí me dijo es que no cree que fuera un suicidio.

—¿Piensa que lo mató alguien? ¿Y dijo por qué?

—No. Pidió una copia de la grabación de seguridad del edificio y yo le dije que ya la había visto y no había encontrado nada que pudiera sernos de ayuda.

—¿Y quiso llevársela de todos modos?

—Trajo una orden judicial.

Battles se echó hacia atrás preguntándose qué estaría haciendo Tracy Crosswhite y por qué.

Stanley se puso en pie.

—Vamos, deja que te invite a una copa. Podemos ir al Bulkhead.

La abogada seguía sumida en sus pensamientos. Si Crosswhite había pedido el vídeo era porque la policía de Seattle pensaba seguir investigando. ¿Por qué? Trejo había muerto y, en principio, era lo único que tenía que ver con ellos, porque lo de la cinta de seguridad era asunto de la Armada. Volvió a recordar la conversación que había mantenido con la inspectora en la comisaría de Bremerton, sobre la posibilidad de que Trejo pudiera embarcar y desembarcar algo sin que lo supiera nadie y, a continuación, volvió a pensar en la cinta.

—¿Lee?

—¿Qué pasa?

—Deja que te invite a una copa.

Battles había salido antes con Stanley, pero por lo común había sido a la hora de almorzar y con la intención de hablar de las causas que tenían pendientes, nunca después del trabajo.

—Le agradezco la oferta —dijo.

—Esto será lo que tú quieras que sea, Lee. El traslado a Washington D. C. podría ser una gran ocasión para ti. Es una ciudad militar en la que sobran las oportunidades, sobre todo para alguien joven y con talento.

—Gracias. —Battles, sin embargo, no pasó por alto que Stanley había omitido ofrecerle una carta de recomendación.

Su superior reparó entonces en la bicicleta.

—Podemos echar tu bici a la parte de atrás de mi coche y, cuando acabemos, te dejo en el transbordador. ¿Has visto el exterior últimamente?

—No.

—Hace un tiempo de perros. Está lloviendo con fuerza y hay rachas de viento. No querrás montar en bici en semejantes condiciones y por esta carretera. Desde luego, no se me ocurre un modo más seguro de matarse.

El trayecto del transbordador de la bahía de Elliott no tenía nada que envidiar a la montaña rusa de cualquier parque de atracciones. Al aumentar la intensidad del viento, lo hicieron también las olas, con lo que la embarcación no dejó de cabecear y balancearse. De vez en cuando rompían con tanta fuerza contra la proa que hacían saltar las alarmas de los vehículos. Tracy no estaba en la bodega destinada a los automóviles. Como había predicho John Owens, el transbordador estaba completo y, por tanto, había optado por viajar sin coche. Sin embargo, empezaba a preguntarse si había sido una buena idea, ya que, si la tormenta empeoraba —y tal vez aunque no lo hiciera—, el Departamento de Transportes podía interrumpir el servicio, lo que la dejaría toda la noche en Bremerton sin vehículo.

Se sentó en uno de los bancos corridos observando las cabrillas por la ventana. Por desgracia, el mal tiempo no impedía a los turistas seguir siendo turistas. Algunos estaban de pie en cubierta, protegidos con chubasqueros, comprobando hasta dónde conseguían inclinarse contra el viento, como quien sube una montaña.

Cuando atracaron en Bremerton, Tracy salió con las piernas temblorosas y el estómago revuelto. Levantó una mano para protegerse del viento y la lluvia a fin de buscar el lugar en que estaba aparcado John Owens. Vio un automóvil lanzarle dos ráfagas con los faros y caminó hacia él. Al llegar, vio al inspector sumido en la sombra por entre barridos de los limpiaparabrisas. Abrió la puerta del lado del copiloto y corrió a ocupar el asiento.

—Apuesto a que ha sido mejor que un billete de clase E —dijo él a modo de saludo, con lo

que se delató en cuanto a edad, ya que en Disneyland llevaban varias décadas sin vender esa clase de billete.

Entrar en el coche fue como meterse en una sauna con toda la ropa puesta. Owens había puesto al máximo el antivaho del parabrisas delantero y Tracy no pasó por alto que había intentado limpiar de forma irregular el interior del cristal. Volvió a alargar el brazo para frotarlo un par de veces más con la manga de su chaqueta.

—El antivaho de este coche es una mierda —sentenció.

Tracy se quitó el chubasquero y lo colocó en el suelo del asiento trasero para ayudarlo a limpiar.

—¿Ha tenido suerte buscando al conserje?

—Sí, tengo su dirección. —Owens retiró la manga de su chaqueta para mirar el reloj—. No sé si estará en casa, pero vive cerca de la base, conque podemos pasarnos a verlo antes de ir a reunirnos con mi amigo.

Owens había quedado en la base con un capitán con el que tenía confianza y que iba a recibirlos en la puerta de Charleston para escoltarlos adonde tuvieran que ir. Frustrado ante su incapacidad para limpiar el parabrisas, abrió un tanto su ventanilla, dejando así entrar escupitajos de lluvia, y salió del aparcamiento.

Entonces sonó el teléfono de Tracy, que reconoció el número que aparecía en la pantalla y respondió enseguida:

—¿Mike?

—¿Qué día más bueno! ¿Verdad? Espero que no estés fuera con la que está cayendo.

—Por desgracia, no se me ha ocurrido otra cosa que tomar el transbordador de Bremerton.

—Te lo habrás pasado en grande.

—Digamos que tardaré un poco en poder comer nada. ¿Has averiguado algo de la grabación de seguridad? —Notó que Owens la miraba.

—El código está roto, varias veces. Está claro que la manipularon en los puntos que me señalaste.

Aquello suscitó otra serie de preguntas, pero no de las que pudiese resolver Mike Melton en un laboratorio.

—De acuerdo. Bueno es saberlo, Mike. Espero conseguir una copia del original mientras estoy aquí. Cuando la tenga, te la mandaré.

—Resguárdate —dijo Melton antes de colgar.

—¿Qué pasa con la grabación? —preguntó Owens.

—He hecho que analicen en el laboratorio criminal la cinta que le dieron a la oficial al mando, Rebecca Stanley. Dicen que está manipulada. El código de seguridad que les ponen está roto.

Owens entornó los ojos como si tuviera dificultades para ver. Con la ventanilla entreabierta y el antivaho al máximo había conseguido despejar un hueco con forma de media luna entre la condensación.

—¿Eso es posible? Quiero decir, ¿no tiene la hora marcada abajo?

—Por lo visto no es muy difícil si lo que tienes es una copia. Existen programas para eso.

Owens meneó la cabeza.

—¿Cómo no! ¿Y te ha dicho dónde la han modificado?

—Después de que Tulowitsky saliera del edificio y el momento en que volvió.

—¿Para ocultar la presencia de alguien en el interior?

—Ese sería el motivo más lógico.

—¿Battles?
—No lo sabremos con seguridad hasta que tengamos el original, si existe todavía.
—¿Cómo que «si existe todavía»?
—Por lo que tengo entendido, los de seguridad conservan las grabaciones durante un tiempo determinado antes de grabar sobre el contenido.
—¿Y cuánto tiempo es ese?
—Stanley no lo sabía.
—¿Quieres que llame?
—No, no vayamos a hacer saltar la alarma. Prefiero ir en persona, presentar la orden de registro y conseguir la cinta sin dar motivos a nadie para destruirla. Si no, nos vamos a ver en un atolladero.
—Con este tiempo no va a ser difícil. ¿Quieres que vayamos primero a la base?
Tracy miró el reloj. El conserje no tardaría en salir para el trabajo.
—No, vamos a hablar primero con Tulowitsky. Si mi teoría no es buena, puede que la cinta dé igual.

Al Tulowitsky vivía en una casa modesta de una sola planta no muy alejada de la base naval y de la IJS, la empresa en la que trabajaba. La fachada principal no daba a la calle, sino que estaba situada en perpendicular a la carretera. Había una explanada de unos cien metros que servía de camino de acceso a tres viviendas. Owens aparcó en ella, bajo las ramas de un pino nudoso. Tracy prescindió de su chubasquero y siguió un sendero irregular de adoquines alfombrado de agujas de pino hasta llegar a una puerta protegida por un alero diminuto que ofrecía un escaso alivio del viento y la lluvia. El canalón que caía a la derecha vomitaba un chorro violento de agua que salpicaba en el suelo e iba a dar en el calzado y los tobillos de la inspectora.

Owens, que llevaba pantalones de vestir y zapatos negros a juego, rodeó con cuidado los charcos y se unió a Tracy en la puerta. El agua caía del alero a su chaqueta de Gore-Tex. Tracy usó la aldaba de la puerta para llamar tres veces con contundencia. La puerta se abrió de inmediato, como si Al Tulowitsky hubiese estado esperándolos al otro lado. Con todo, la sorpresa que vieron en su rostro indicaba lo contrario.

—Señor Tulowitsky —dijo ella—. Nos vimos el otro día en la oficina de la IJS.
—Me acuerdo —respondió él, confundido a todas luces por su presencia. Entonces miró a Owens y Tracy hizo las presentaciones.
—Tengo algunas preguntas más que quisiera que me respondiese.
—¿Qué clase de preguntas? —Tulowitsky llevaba puesto el uniforme de trabajo, consistente en un pantalón azul y una camisa blanca de manga corta con el logo del muñequito energético en el bolsillo.
—Solo necesito dejar claros unos detalles para establecer la cronología exacta. —El agua no dejaba de caer por el alero diminuto y el pino arrojaba chorros implacables con cada racha de viento—. No le robaremos mucho tiempo —aseveró.
—Tengo que estar en el trabajo dentro de poco.
—Serán unos minutos.

Cediendo quizá más ante el tiempo que ante la petición de Tracy, Tulowitsky abrió la puerta y se apartó para dejarlos entrar. Los dos accedieron a un par de hileras de baldosas resquebrajadas que llevaban a un salón. Las dos ventanas tenían echada la persiana de tela, de manera que todo parecía teñido de amarillo, y en el aire pendía el olor denso a humo de tabaco. Después del trayecto del transbordador, las náuseas de la inspectora no necesitaban gran cosa

para reavivarse. Se sintió indispuesta. Si pasaba allí el tiempo suficiente, aspiraría la cuota correspondiente a los fumadores pasivos de toda una ciudad. Tulowitsky alcanzó un mando a distancia que descansaba en una mesita atestada de cosas y apagó la televisión. No parecía tener claro qué debía hacer o decir a continuación.

—¿Quieren beber algo? —preguntó antes de hacer un mohín como si se arrepintiera del ofrecimiento—. No tengo gran cosa.

—No hace falta —repuso ella. Señaló con un gesto el salón—. ¿Podemos sentarnos un minuto?

Él se sentó en un sillón reclinable de cuero marrón. El color desvaído de los brazos y el rimero de periódicos que descansaba en el suelo a su lado indicaban que aquel debía de ser su asiento preferido. El cenicero de la mesilla auxiliar adyacente rebosaba de colillas y el olor a tabaco se intensificó. Tracy tomó inspiraciones cortas para mantener a raya las ganas de vomitar.

Los recién llegados se sentaron en un sofá de tela desgastado situado detrás de la primera mesita. El aire caliente que salía de las rejillas del suelo tenía tanta fuerza que agitaba las hojas de una palmera de plástico situada en un rincón.

—¿Decían que querían preguntarme algo? —dijo él.

Tracy hizo como que leía de una hoja en blanco de su libreta a fin de darle la impresión de que se trataba de cuestiones surgidas de su anterior conversación.

—He tenido ocasión de revisar la grabación de seguridad de la noche sobre la que hablamos. Parece ser que llegó usted al edificio poco después de las once, a las once y tres minutos, para ser más exactos, y empezó a vaciar las papeleras como me dijo.

—Eso es lo que hago primero —afirmó Tulowitsky. Tenía las manos sobre los brazos del sillón como quien espera a que lo sujeten con correas para electrocutarlo.

—De acuerdo. —Volvió a su libreta—. Volvió a salir del edificio a las once y diecisiete. —Alzó la mirada para clavarla en él—. Para sacar la basura, ¿no es así?

—Así es.

—Me estaba preguntando si la llevó a algún lugar para que la destruyeran o la incinerasen.

—No. No, eso lo hacemos antes de salir de la base.

—De manera que se limitó a llevarla a su camión para tomar los productos de limpieza y la aspiradora y seguir con su trabajo.

—Eso mismo.

—Entonces, ¿no hace nada más en el momento de sacar la basura?

—¿A qué se refiere? —Tulowitsky la miró con gesto inquisitivo.

—Cuando sale, ¿no tiene que rellenar papeleo ni llamar a su empresa?

—¡Ah! Mmm... No. Qué va.

—¿Y tampoco aprovecha para fumar un cigarrillo, señor Tulowitsky?

Aquella pregunta lo llevó a centrarse más en la conversación. Miró a los dos inspectores y preguntó:

—¿Cómo?

Tracy señaló el paquete de cigarrillos que había en la mesilla auxiliar.

—Cuando salió para tirar la basura, ¿aprovechó para fumar un cigarrillo? ¿Es lo que suele hacer?

—No —respondió—. En la base hay zonas designadas para eso, conque... no.

Tracy tuvo la sensación de que no estaba siendo sincero.

—¿Y hay alguna cerca de ese edificio? —Estaba siguiendo una corazonada, porque dudaba que Tulowitsky pudiese dejar pasar mucho tiempo entre un cigarrillo y otro.

—No. —Empezó a cambiar de postura como si estuvieran aplicando corriente eléctrica al sillón en el que estaba sentado.

—Señor Tulowitsky, no lo estoy juzgando ni he venido a causarle problemas, pero lo cierto es que salió del edificio y no volvió hasta después de nueve minutos. Es demasiado tiempo para tirar la basura y recoger sus utensilios de limpieza.

—A lo mejor me entretuve buscando algo —dijo él en seguida.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Hace ya mucho tiempo de eso.

—Lo entiendo. De todos modos, no recordaba haber hecho nada aparte de tirar la basura y recoger los utensilios. Eso fue también lo que dijo a los NCIS.

—Pero eso no quiere decir que no lo hiciera.

—En ese caso, se lo habría dicho a los NCIS, ¿no?

Tulowitsky guardó silencio un instante.

—No lo sé —dijo al fin.

No había dicho nada. Tracy tenía su declaración.

—¿No vio a nadie cuando salió?

—¿Qué quiere decir?

—¿No había nadie cerca de su camión o del edificio?

Tulowitsky negó con la cabeza.

—No lo creo. No.

Tracy lo abordó desde otro ángulo.

—Cuando sale cierra la puerta, ¿verdad?

—Se cierra sola.

Tracy dejó la libreta y tomó el registro de los números de la Seguridad Social que se habían introducido aquella noche en el teclado de la entrada.

—Esto es una lista de la gente que entró y salió de allí aquella noche. Usted debería aparecer cuando llegó, a las once y tres, y también cuando volvió a entrar a las once y veintiséis. ¿No es así?

—Supongo.

—¿Y cómo es que no es así?

Tulowitsky no respondió de inmediato y, cuando lo hizo, fue para decir:

—¿Cómo? —Estaba dando evasivas.

—¿Cómo es que el registro de aquella noche recoge su entrada de las once y tres, pero no la de las once y veintiséis, nueve minutos después de salir a tirar la basura?

—Acaba de decir usted que sí.

—No. Es la grabación de seguridad la que lo muestra volviendo a las once y veintiséis, pero no la puerta.

Tulowitsky apretó los labios casi hasta hacerlos desaparecer.

—No... No lo sé.

—Señor Tulowitsky, ¿salió a fumar un cigarrillo y dejó la puerta abierta con algún objeto para no tener que volver a registrar su entrada nueve minutos después?

El interpelado entrelazó los dedos de las manos en su regazo y se puso a jugar con los pulgares. Empezó a mover los labios como si anhelara tener en ese instante el cigarrillo que mencionaba ella. Tras un instante, dijo:

—Me podrían despedir.

Tracy sintió una punzada de emoción y tuvo que tranquilizarse.

—¿Por fumar un cigarrillo?

—¿Fuera de la zona designada? Sí.

—¿Y lo hizo aquella noche?

Tulowitsky asintió sin palabras.

—¿En algún lugar apartado de la vista?

—Me voy detrás del edificio. Solo para echar un cigarrillo.

—Y, cuando lo hace, desde donde está, ¿puede ver la puerta?

—No.

—¿Y la deja abierta para poder volver a entrar sin usar su código ni, por tanto, dejar constancia del tiempo que ha estado fuera?

—Sí.

Tracy miró a Owens antes de hacer la siguiente pregunta:

—¿Lo hace todas las noches?

—¿Fumarme un pitillo?

—Y dejar la puerta abierta.

Tulowitsky volvió a hacer una pausa.

—Casi todas. Puede que haya alguna que no.

—¿Cómo consigue dejar la puerta abierta?

—Hay un tarugo de madera, una cuña. Solo tengo que colocarlo entre la puerta y el marco. Entienda que a esas horas no hay nadie más por allí, normalmente no hay nadie. Así que no es gran cosa.

Pero aquella noche sí había alguien más, alguien que, además, conocía aquella costumbre de Tulowitsky.

Alguien que la conocía muy bien.

CAPÍTULO 43

En los tres años que había pasado en Bremerton, Leah Battles había embarcado y desembarcado del transbordador con su bicicleta durante tormentas muy inclementes, pero aquella posiblemente las superase a todas. El viento soplaba en rachas largas con la violencia suficiente como para hacer temblar el Chevrolet TrailBlazer de Rebecca Stanley. Battles ni siquiera quería pensar lo que podía hacer aquel viento a un simple ciclista.

Su bicicleta se encontraba en ese momento en la parte de atrás del coche de Stanley.

—Gracias otra vez por llevarme —dijo—. ¡Vaya tormentita!

—No hay de qué.

Las ruedas del vehículo volvieron a atravesar una balsa de agua y a alzar una pared de agua tras la ventanilla de Battles.

El cielo ennegrecido había propiciado un crepúsculo prematuro que se desleía con gran rapidez en noche. La lluvia había desbordado las alcantarillas y los charcos se extendían hasta internarse en la calzada. Las ruedas de los coches provocaban formas semejantes a colas de gallo cada vez que pisaban uno.

Battles dirigió la mirada al suelo del lado del conductor.

—¿Cómo va ese tobillo?

Stanley había pisado un charco profundo que se había formado frente a su puerta en el aparcamiento.

—Frío y empapado —respondió—. ¿Te importa si nos pasamos primero por mi apartamento para que no tenga que pasarme el resto de la noche con la sensación de tener el pie metido en un cubo de hielo?

—Claro que no —repuso la abogada con una sonrisa. Se palpó un costado y sintió la presencia reconfortante de la Glock que llevaba debajo del uniforme.

—¿Qué tal el Bulkhead? —quiso saber su superior.

Dada su vinculación a la marina de guerra, a Bremerton no le faltaban bares que empleasen terminología naval. El Bulkhead, o «mamparo», tenía mucho éxito por los descuentos que ofrecía con frecuencia al personal militar, como cervezas a dos dólares la noche del jueves o las hamburguesas «Bell» con patatas fritas y bebida por ocho dólares.

—Me parece bien —respondió Battles.

—Está cerca de mi casa, así puedo cambiarme e invitarte a esa copa y hasta puede que nos dé tiempo a comer algo antes de dejarte en el transbordador a una hora razonable. ¿Crees que habrá servicio con este tiempo?

—No sería la primera vez que lo cancelan. Tengo la aplicación y el número de teléfono en mi lista de contactos. Si el tiempo sigue así, llamaré para que me informen. He oído en la radio que puede seguir hasta bien entrada la noche.

—Esperemos que no se vaya la luz.

—Esperemos.

Stanley vivía al este de la base, detrás del puente de Manette, que cruzaba el estrecho de Port Washington. Siguieron la carretera que recorría el litoral hasta un bloque de pisos llamado The Crow's Nest, «el nido del cuervo», posiblemente porque no había nada más alrededor de los edificios de dos plantas en la zona situada frente a la base naval de Kitsap al otro lado del estrecho.

—¿No llega nunca a casa con la sensación de no haberla dejado? —preguntó Battles admirando aquella visión.

—Siempre le he tenido cariño al agua —dijo Stanley—. Desde mi terraza hay unas vistas de muerte. Sube y las ves.

Battles salió del coche. Sintió que el viento le azotaba la espalda y agarró la visera de su gorra para no tener que correr tras ella por el césped. Siguió a Stanley por una puerta de cristal que daba a un portal no muy amplio con buzones y un ascensor. Stanley recogió su correo y tomó el ascensor hasta la planta alta. La puerta de su apartamento era la tercera a la derecha del ascensor. Descorrió el cerrojo y entró para encender la luz. Battles la siguió y cerró la puerta.

Battles siempre había pensado que el piso de alguien era una extensión de su persona. En el suyo, un tanto desordenado, había siempre un caballete con su último cuadro y un tablero de ajedrez encima de la mesa de la cocina con una partida a medias. Jugaba contra sí misma, haciendo un movimiento por la mañana, antes de salir para trabajar, y otro de parte del rival cuando volvía. Hasta la fecha, la partida más larga que había jugado había sido de tres semanas.

Stanley lanzó las llaves a la encimera de formica que separaba la cocina de la sala de estar.

—Estás en tu casa. Tardo un minuto. —Y con esto desapareció por el pasillo.

Battles se dirigió al centro de la sala, pulcra, aunque escasa de mobiliario. Tenía una puerta corredera de cristal que daba a un balcón angosto en el que apenas cabía una mesita de metal y dos sillas a juego, pero que ofrecía unas vistas espectaculares de las luces del astillero del otro lado del agua.

Caminó hasta la repisa de la chimenea, en la que reposaban instantáneas enmarcadas de ella con un hombre de pelo oscuro y una cría de unos dos o tres años. En su despacho no tenía fotografías así, tampoco había dicho que estuviera casada ni tuviese hijos. Tampoco que fuera divorciada, según parecía indicar el aspecto del apartamento. Las cosas estaban empezando a cobrar sentido.

La oyó regresar y echó mano a la Glock para sacarla de su funda y sostenerla pegada a un costado.

—Te dije que las vistas eran espectaculares —aseveró Stanley.

Battles se volvió y levantó la pistola.

—En realidad, me dijo que eran «de muerte».

Tracy sabía ya cómo habían podido entrar al edificio de la DSO sin introducir ningún código y sin ser vistos. Quien lo hubiera hecho solo tenía que esperar a que Al Tulowitsky saliera a hacer la pausa prolongada que hacía a diario para fumar y colocase la cuña de madera a fin de evitar que se cerrara la puerta. Eso venía a confirmar que la grabación de vídeo no se había traspapelado. Su desaparición había sido un acto intencionado, un robo perpetrado por alguien que conocía las costumbres del conserje. Por tanto, lo más probable era que se tratase de alguien que trabajara en el edificio. Aunque sus principales candidatos eran Battles y Cho, lo cierto es que no cabía descartar a Stanley.

Los tres sabían dónde estaba la sala en la que se custodiaban las pruebas y conocían la

importancia de aquella grabación. Esta estaba vinculada de manera directa con lo que estaba haciendo Laszlo Trejo en Seattle la noche que había atropellado a D'Andre Miller, lo que quería decir que probablemente había estado distribuyendo heroína metida y sacada de contrabando del último barco que había estado a su cargo.

—¿Crees que Tulowitsky podía estar también en el ajo? —preguntó Owens cuando volvieron al coche de él para ir a reunirse con el contacto que tenía en la base naval.

Tracy también se había preguntado si no habría dejado la puerta abierta a propósito.

—No —respondió—. Quienquiera que se colase hizo un gran esfuerzo por quedar en todo momento fuera de la vista del conserje. No se habría tomado tantas molestias si hubiera estado implicado de un modo u otro. Apuesto lo que sea a que esa misma persona mató a Trejo para impedir que testificase si llegaba el momento y eso hace que implicar a Tulowitsky fuera un riesgo tremendo.

Owens y Tracy se identificaron ante los soldados de la policía naval que guardaban la puerta de Charleston y esperaron a que se reuniera con ellos el amigo al que había recurrido el inspector para entrar y los escoltase hasta la oficina de seguridad de la planta baja del edificio de la DSO.

El despacho de David Bakhtiari estaba atestado de ordenadores, pantallas de vídeo y lucecitas parpadeantes. Aunque Bakhtiari vestía el mismo uniforme azul y gris que el resto de la base, las similitudes acababan ahí. Se trataba de un hombretón tan alto como Del que sobrepasaba con creces los ciento treinta kilos. Con todo, distaba mucho de ser obeso. Parecía un liniero ofensivo de la Liga Nacional de Fútbol Americano. El amigo de Owens los presentó y se quedó fuera del despacho.

—Quieren el disco de la noche del 18 de marzo —dijo Bakhtiari. No era una pregunta—. Ya lo copié una vez para la oficial Stanley.

—Eso tenemos entendido —repuso Tracy—. Nos gustaría ver el original.

El otro entornó los ojos con gesto de interés. A todas luces debía de estar preguntándose por qué y probablemente estaba barajando las respuestas posibles.

—Supongo que tienen una orden judicial. —Aunque el tono en que lo dijo parecía de desafío, lo más seguro era que estuviese tratando de cubrirse las espaldas por si le exigían una explicación.

Tracy le tendió el documento que pedía y él lo leyó con cierto detenimiento. Tras un minuto o dos asintió y dijo:

—Está bien, les haré una copia. ¿Adónde la envió?

—Nos gustaría ver el original aquí mismo —respondió Owens, que sacó del bolsillo de su abrigo una tarjeta de visita para entregársela diciendo—: Después, puede enviar una copia a esta dirección, pero primero queremos verlo.

El otro expulsó el aire que estaba conteniendo en los pulmones y miró de prisa el reloj. Tracy se preguntó si podía estar encubriendo a alguien.

—¿Llega tarde a algún sitio? —preguntó el inspector dejando que tiñera cierto sarcasmo el tono de sus palabras.

—Hoy es el cumpleaños de mi hija —repuso Bakhtiari encogiéndose de hombros—. Íbamos a celebrarlo en el jardín, aunque supongo que, con este tiempo... Mi mujer está un poco atacada y me ha pedido que llegue a casa cuanto antes.

Tracy contuvo la necesidad de sonreír. No había nada capaz de desmontar a un hombre, por corpulento que fuese, como la ira de su esposa. Podía enfrentarse a otros hombres y hasta llegar a las manos por salvaguardar su ego, pero, si su mujer le pedía algo, temblaba ante la idea de no

cumplir.

—Tenemos apuntado el momento exacto que nos interesa —anunció Tracy antes de buscar en un bolsillo el papel en el que había escrito Dan la hora en que daba la impresión de haberse movido la puerta del despacho—. Solo queremos ver unos fragmentos concretos de la grabación. Después, puede enviarle una copia al inspector Owens por correo electrónico y librarse de nosotros a tiempo para llegar a casa y celebrar el cumpleaños de su hija.

Bakhtiari dejó escapar algo semejante a un suspiro de alivio.

—Se lo agradezco. ¿Cuáles son los fragmentos?

Tracy le tendió el papel. Él lo estudió y dijo en tono más alegre.

—Esto facilita mucho las cosas.

Siguieron a Bakhtiari hasta un terminal informático y se colocaron tras él mientras introducía una serie de comandos. Minutos después apareció ante ellos el vestíbulo que ya conocían bien. El militar señaló los primeros números del papel que había colocado encima de su mesa y confirmó que se trataba del primero de los momentos marcados.

—Pero échelo hacia atrás treinta segundos —pidió Tracy.

—Sí, señora. —Bakhtiari hizo un leve gesto de asentimiento y volvió a teclear. Comparó la hora que aparecía en la grabación con la de la hoja y echó hacia atrás su asiento.

Estaba a punto de pinchar sobre el símbolo de reproducción cuando intervino Owens para rogarle:

—¿Puede ponerse detrás de la pantalla?

Bakhtiari los miró a los dos sin saber qué responder.

—En caso de que haya que usar este vídeo como prueba —explicó el inspector—, es posible que tenga usted que declarar con respecto a la cadena de custodia y creo que es preferible no convertirlo también en testigo del contenido de la cinta.

—No hay problema. —Bakhtiari se levantó de su asiento—. Solo tienen que darle a ese botón para avanzar y a ese para retroceder. —Dicho esto, se colocó donde le habían pedido.

Owens se sentó, estudió el teclado un instante y pinchó sobre la flecha para poner el vídeo en marcha. Cuando lo hizo, Tracy accionó el cronómetro de su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Owens.

—Asegurarme —respondió ella sin alzar la voz— de que no han manipulado también esta grabación.

En la pantalla vieron a Al Tulowitsky salir del segundo despacho con dos cubos de basura de plástico, uno para tirar y el otro para reciclar. Los vació y los llevó al despacho de nuevo antes de llevar el carrito hasta la puerta y salir. Pasaron varios minutos y Tracy sintió la tentación de acelerar la velocidad de la grabación.

—En tirar la basura podría tardar uno o dos minutos —aseveró Owens con los ojos fijos en la pantalla.

Quince segundos después entró alguien en el vestíbulo. Owens y Tracy se acercaron más al monitor. Ella sintió una descarga de adrenalina al ver que no era Tulowitsky, sino alguien vestido con el uniforme holgado de color azul y gris de los de la Armada, con la gorra calada en la cabeza, que llevaba ladeada a la izquierda para evitar la cámara.

—¡Coño! —exclamó Owens entre dientes—. Sí que entró alguien. Yo no veo quién es. ¿Y tú?

—Sabe dónde está la cámara —dijo Tracy en voz baja—. Sea quien sea, la está evitando para que no se le vea la cara.

Owens se inclinó más aún.

—De manera que trabaja en el edificio.

—O simplemente sabe dónde está la cámara.

—¿Ves si es hombre o mujer?

—Con esos uniformes es imposible. Todos parecen iguales. —El ángulo de la cámara dificultaba también la percepción de profundidad.

El desconocido recorrió el pasillo y pasó entre los dos despachos en dirección a la escalera que llevaba a la sala de pruebas.

—Vuelva a ponerlo.

Owens obedeció, pero tampoco esa segunda vez pudieron distinguir gran cosa. La cinta siguió adelante y Tracy comprobó el cronómetro. Habían pasado cuatro minutos y veinticuatro segundos. Cinco minutos. Seis. A los seis minutos y cuarenta y dos segundos, el tipo del uniforme regresó por el pasillo, pero con la cabeza gacha para que la visera impidiese ver ningún detalle de su rostro.

—Creo que es una mujer —dijo Tracy.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sus rasgos faciales son suaves. Mire la barbilla.

En lugar de dirigirse a la salida, el desconocido se metió con rapidez en el segundo despacho y lo dejó a medio cerrar.

—Eso explica el primer movimiento de la puerta —anunció la inspectora.

—¿Distingues algo? —preguntó él.

—Todavía no.

—¿Podría ser Cho?

—No creo. Él camina de un modo más erguido y tiene los rasgos más marcados. Podrían ser Battles o Stanley, que tienen una altura y una constitución semejantes.

A los once minutos y cuatro segundos entró Tulowitsky con los productos de limpieza y la aspiradora.

—Alguien cortó unos dos minutos —dijo Tracy—. En la copia que tengo yo, Tulowitsky pasa nueve minutos fuera.

—Ahora va hacia los aseos.

Unos segundos después, el conserje salió de la zona de recepción. Entonces se abrió la puerta del despacho y salió la persona de uniforme que lo ocupaba.

—Segundo movimiento de la puerta —anunció la inspectora.

El tipo de incógnito se dirigió con rapidez a la salida con la cabeza aún gacha y la cara parcialmente oculta por la visera. A Tracy se le aceleró el corazón un instante en el momento en que desaparecía por la puerta.

—Rebobine.

Owens pulsó las teclas necesarias.

—¿Hasta dónde?

—Ahí está bien. ¿Podemos avanzar fotograma a fotograma? —preguntó Tracy a Bakhtiari.

El otro rodeó el escritorio y el inspector retiró su asiento para dejarle espacio. Bakhtiari tecleó algo y volvió a retirarse. Owens hizo avanzar la imagen y Tracy se acercó al monitor. El tipo de uniforme salió del despacho y caminó hacia la puerta a cámara lenta. Tracy tenía el dedo sobre el teclado y, en el momento preciso, pulsó la tecla de parada para congelar la imagen.

—Ya sé quién es —anunció.

Tracy y Owens salieron del despacho de Bakhtiari y apretaron el paso hacia el de Leah

Battles, situado en la misma planta. La abogada no estaba allí.

La inspectora se dirigió enseguida a la mujer de la recepción.

—Estoy buscando a Leah Battles —dijo con la placa en alto.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Obedezca, suboficial —le ordenó el amigo de Owens.

—Ha salido —respondió ella— con la oficial al mando.

—¿Rebecca Stanley? —preguntó Tracy.

La mujer asintió.

—Sí.

—¿Sabe adónde han ido?

—No, señora. Ni idea.

—¿Dónde está su despacho? —quiso saber Owens.

—¿El de la oficial al mando? En este mismo pasillo, un poco más adelante.

Tracy siguió a Owens y su amigo. Stanley no estaba en su despacho. Volvieron a la recepción.

—¿Inspectora Crosswhite? —Brian Cho miró hacia abajo desde las escaleras arrugando el entrecejo—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Estoy buscando a Leah Battles y a Rebecca Stanley. ¿Ha visto a alguna de las dos?

—Se han ido juntas hace una media hora.

—¿Sabe adónde?

—Yo sí —dijo otra mujer, que salió de detrás de un escritorio situado en el pasillo—. Iban al Bulkhead para tomar una copa de celebración.

—¿De celebración? —repitió Cho con aire escéptico—. Será para ahogar las penas.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Tracy.

—Porque la comisión ética ha anunciado hoy su fallo. Van a recomendar que le hagan un consejo de guerra a la teniente Battles.

CAPÍTULO 44

Leah Battles miró fijamente al arma que tenía en la mano Rebecca Stanley, pero a la primera no le había sorprendido nada. Sin embargo, Stanley no esperaba encontrar a Battles empuñando una. Se encontraban en lo que algunos llamaban «tablas mexicanas». La de prever los movimientos del adversario y estar listo para contraatacar era una de las primeras reglas del ajedrez de competición.

Battles había empezado a hacer encajar las piezas cuando su superior le había dicho que la inspectora Tracy Crosswhite seguía investigando el caso y quería hacerse con la grabación original pese a tener la copia que le había dado ella. Basándose en las preguntas que le había formulado la noche que había salido a tomar un café con ella, supuso que debía de tener sospechas o pruebas de que Trejo había estado traficando con droga la noche del atropello en Seattle. Si estaba buscando el vídeo original, lo más lógico era pensar que tenía motivos para creer que habían manipulado la copia. En ese caso, la principal sospechosa era Stanley, que se la había dado y, además, tenía acceso al edificio y al despacho del secretario judicial. También conocía, por las conversaciones que había mantenido con Battles, la significación de la cinta del veinticuatro horas y lo que ocurriría probablemente en caso de que se perdiera. Por último, la invitación a tomar una copa juntas estaba fuera de lugar.

—Usted robó la cinta aquella noche —dijo desplazándose hacia su izquierda mientras Stanley hacía otro tanto hacia la derecha y se adentraba en la sala.

—No tenía elección. Como dijiste tú, era una prueba condenatoria. Habrían declarado culpable a Trejo.

—Así que manipuló la grabación de la DSO para borrar su presencia. Por eso quería Crosswhite el original. ¿Sale usted en el vídeo? —Dio otro paso a la izquierda.

—Siempre he dicho que eras una abogada excelente, Leah. —Stanley dio uno a la derecha.

—Pues tendría que verme jugar al ajedrez —Battles siguió caminando en círculo—. Entonces, hizo desaparecer la cinta para salvar a Trejo y lo mató por miedo a que no cerrara el pico sobre lo de la heroína.

Fuera del apartamento sonó un trueno. Stanley dio un respingo, pero la abogada se resistió a la tentación de apretar el gatillo.

—Tranquila, capitana —dijo. Pese a las apariencias, era evidente que Stanley estaba muy tensa.

El trueno se trocó en un rumor distante, pero la lluvia cobró fuerza y se oyó repicar en el tejado y en los muebles de la terraza. En realidad era granizo del tamaño de un perdigón que rebotaba en la mesa y las sillas.

—¿Y qué hacemos aquí? —preguntó Battles con la intención de hacer que la otra siguiera hablando mientras ella aguardaba la ocasión propicia para atacar y arrebatarse el arma. Tenía que acercarse—. Trejo ha muerto, tiene usted la cinta y la investigación ética no va a seguir adelante.

¿Qué necesidad hay de traerme aquí?

—Es que... te he mentado.

—¿Van a seguir adelante? Me lo imaginaba. No esperaba menos de esos caraconos.

—Han recomendado convocar un consejo de guerra. Ya te he dicho que los jefes quieren que ruede alguna cabeza.

—Lástima que se vayan a quedar con las ganas.

—No es nada personal, Lee, pero las dos sabemos que lo primero que va a pedir el abogado que te defienda es la grabación de seguridad del edificio.

—Y en ella aparece usted.

—No creo que vayan a poder identificarme sin dejar lugar a dudas. Yo sabía dónde estaba la cámara, pero...

—Tampoco podía correr ese riesgo. Si muero yo, ya no hay motivos para celebrar una vista ni, por tanto, para que nadie busque el vídeo de seguridad.

—Así de sencillo —repuso Stanley.

—¿Y qué tiene usted que ver en todo esto, en una cuestión de tráfico de drogas?

Stanley no respondió.

—Su espalda —dijo Battles, casi sonriendo al darse cuenta de lo evidente que resultaba—. Empezó a consumir después de sufrir la lesión.

—En Afganistán era más fácil conseguir heroína que analgésicos y hay días que no puedo soportarlo si no es así. Como ves, te has convertido en un problema desafortunado.

La abogada volvió a dar un paso a la izquierda.

—Pero esto no va a ser tan fácil como hacer que lo de Trejo pareciera un suicidio.

Stanley sonrió.

—Puede ser, aunque aquí va a ocurrir algo distinto.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y qué va a ocurrir?

—Esta vez, estoy convencida de que el disparo lo va a efectuar un inspector de policía.

Tracy siguió a Owens hacia el exterior y se cubrió la cabeza con la chaqueta para protegerse del granizo. Los granos eran lo bastante voluminosos como para picar al dar contra la piel. La luna delantera estaba cubierta de hielo y por dentro había vuelto a empañarse. Owens arrancó el motor y el antivaho se puso al máximo, aunque apenas se notó nada en el cristal. Los limpiaparabrisas apartaron el granizo mientras Tracy y él frotaban con furia el cristal para abrir un hueco por el que mirar.

El inspector, sin esperar más, dio marcha atrás y se dirigió a la puerta de Charleston.

—¿Cómo has sabido que era Stanley?

—Por los pendientes —dijo ella—. Llevaba los mismos, pegados al lóbulo, cuando hablé con ella en su despacho.

—Pero seguro que hay un montón de mujeres en la base que los llevan igual. Y apuesto a que el reglamento es muy estricto con eso.

—Battles no y Stanley y ella son las dos únicas mujeres que tenían los medios y la ocasión para hacerse con esa cinta. Además, si van a hacerle un consejo de guerra a Battles, ¿qué crees que será lo primero que pedirá su abogado para defenderla?

—El vídeo de seguridad —dijo Owens.

—Y Stanley sabe que aparece.

—¿Y ahora cómo las encontramos?

—En un bar no la va a matar —apuntó Tracy.

—La secretaria ha dicho que el Bulkhead está cerca del apartamento de Stanley, pasando el puente de Manette. Habría que buscar primero allí, supongo.

—Necesitaremos refuerzos.

—Ya he comunicado por radio el modelo del coche y la matrícula. Los agentes van para el apartamento. —Tendió a Tracy un papel en el que llevaba apuntados dichos datos—. Buscamos entre los coches que hay aparcados delante del bar y, si no vemos el suyo, echamos a correr para el apartamento, a no ser que nos llamen para decir que han encontrado el coche en cualquier otro sitio.

Owens cruzó el puente de Manette y tomó la primera salida a Wheaton Way, lo que lo llevó enseguida al aparcamiento del Bulkhead. Con ese tiempo solo había cinco vehículos estacionados y ninguno era el de Stanley. El inspector salió de allí y siguió conduciendo hasta el bloque de apartamentos en que vivía la capitana. Minutos más tarde se detuvo ante The Crow's Nest. Todavía no habían llegado los refuerzos.

—Ahí está su coche —dijo Tracy señalando el Chevrolet TrailBlazer que había aparcado en una de las plazas.

—Entremos. Los demás deben de estar al caer.

Dejó aparcado el vehículo y los dos salieron. Tracy miró en la parte trasera del Chevrolet y vio la bicicleta de Leah Battles.

—Está aquí.

Corrieron hacia la puerta de cristal de la entrada y el vestíbulo.

—¿En qué planta es? —preguntó ella.

—La tercera —respondió él, que buscó en la lista de vecinos antes de entrar. Hizo caso omiso del ascensor y subió de dos en dos los escalones.

Tracy se encontró sin aliento con solo intentar no quedarse atrás.

Al llegar al tercero, Owens salió por la puerta de la escalera mirando a los dos lados. El apartamento de Stanley se encontraba a la izquierda. Recorrió el pasillo con rapidez y se detuvo ante la puerta. Tracy oyó hablar dentro, lo miró y asintió con un gesto.

Él, sin alzar la voz, dijo:

—Voy a abrir de una patada. Entra tú primero y ve hacia la derecha. Yo te cubro.

La inspectora sostenía la Glock en alto.

—Cuando quieras.

Owens asestó una patada a la puerta, que estaba hecha de materiales baratos y cedió con fuerza, y Tracy entró en el apartamento. A la derecha tenía una cocina. Estaba vacía. Dio dos pasos más y vio a Stanley y a Battles apuntándose mutuamente.

—¡Tiren las armas! ¡Abajo! ¡Tiren las armas!

Stanley dejó que la suya cayese a la moqueta, pero Battles vaciló.

—Tírela —dijo Owens.

La abogada también la soltó.

Tracy exhaló un suspiro, se incorporó tras haber estado en posición agachada y estaba a punto de hablar cuando sintió la Glock Veintidós de John Owens apoyada en la sien.

CAPÍTULO 45

Un momento había bastado para poner fin a todo. Un momento y Tracy había llegado a tiempo para evitar que Rebecca Stanley apretase el gatillo y matara a Leah Battles. No había estado allí la noche que habían secuestrado a Sarah ni había sido capaz de salvarla. El fracaso tenía un modo terrible de permanecer merodeando en lo más oculto de la mente, aguardando la siguiente ocasión de atacar con horribles punzadas de culpa. Pero esta vez no iba a ocurrir lo mismo. Habían llegado a tiempo. Había llegado a tiempo. Leah Battles estaba viva y Rebecca Stanley había tirado el arma.

Y, de pronto, se evaporó todo. La habían embaucado como un trilero a un turista. «¿Ve la bolita roja? Siga la bolita roja. Es lo único que hay que hacer. Siga la bolita y dígame debajo de qué vaso está. ¿En el del centro? ¿Seguro? Claro que está seguro. Tiene usted buena vista y no ha dejado de mirar...» Lo que pasa es que el juego no se basa en lo que uno ve, sino en lo que no ve. El tahúr tiene escondida la bolita en la palma de la mano y nunca ha llegado a colocarla bajo ninguno de los vasos. Es imposible ganar. El juego estaba amañado, pero el orgullo del engañado no le permitirá reconocerlo y ahora se encuentra en el apartamento buscando la bolita roja que nunca ha estado allí, mientras el tramposo le apoya una pistola en la sien.

—Vas a bajar el arma y tirarla al suelo, inspectora.

Tracy, aún confundida y asimilando cuanto acababa de ocurrir, era incapaz de moverse.

—He dicho que tires la pistola.

Tracy bajó el brazo, soltó el dedo del gatillo y dejó que el arma le cayera de la mano. Fue a golpear la tela del suelo con un ruido seco. Owens dio un paso atrás, aunque sin dejar de apuntarle. Fue Stanley quien se acercó para recogerla.

Battles miró a Tracy. Tenía miedo en los ojos, pero no en la voz.

—Supongo que ya sabes quién se llevó la cinta de Trejo. —Casi sonrió al decirlo.

—Y tú sabrás ya —contestó ella— que el comité de ética te va a hacer un consejo de guerra.

—¿Y a ti quién te lo ha dicho?

—Brian Cho.

—Nunca me ha gustado —dijo Battles.

—Y lo primero que va a pedir el abogado de la defensa será la cinta de seguridad, cosa que no podemos permitir que vea, porque la inspectora, aquí presente, ha reconocido tus pendientes —aseveró Owens irritándose.

Stanley alzó la mano que tenía libre para tocar los bultitos dorados que adornaban sus orejas como si recordara en ese instante que los llevaba.

—Trejo trabajaba para usted —dijo Tracy al inspector. Se sentía como uno de los alumnos que, hacía muchos años, cuando ejercía la docencia, suspendían química por no haber estudiado y, una vez entregadas las calificaciones de los exámenes, se sentían empujados a conocer las

respuestas correctas a las preguntas, aun cuando aquello no fuese a suponer cambio alguno en su nota ni, en el caso de ella, en sus circunstancias.

—Yo también soy de la Armada —prosiguió Owens—. Lo tenía todo al lado de mi despacho. Si hubieses hecho tus deberes, habrías sabido que serví, como él, de especialista de intendencia.

—Con lo que sabía dónde atracaban los barcos en ultramar.

—Y también lo que podía cargarse en cada destino, cómo conseguirlo y cómo embarcarlo y desembarcarlo. Además, por los años que trabajé en narcóticos sé también algo de dónde venderlo.

Battles miró a Stanley.

—Usted se volvió adicta tras la explosión de Afganistán.

Eso explicaba la participación de la oficial y que hubiese robado la cinta.

—La espalda me va a atormentar toda la vida. El dolor no va a desaparecer nunca. Los médicos decían que iba a tener que aprender a vivir con eso. No pensaban recetarme más pastillas. ¿Tienes la menor idea de lo que es vivir con dolor cada hora de tu existencia? —Vio que Battles estaba estudiando las fotografías que decoraban la repisa de la chimenea y añadió—: Ese es mi exmarido. Me dejó cuando empecé a consumir heroína. —Daba la impresión de estar conteniendo las lágrimas—. Decía que no estaba dispuesto a criar conmigo a nuestra hija. Me dijo que si no me olvidaba de ellos, informaría de mi problema a la Armada. —Se le empañaron los ojos—. ¿Tienes la menor idea de lo que es eso?, ¿de lo que significa tener que tomar una decisión así? Pues claro que no. Si ni siquiera estás casada.

—¿Cómo pasaba los análisis de drogas y las revisiones médicas obligatorias? —quiso saber Battles.

—Encontrar muestras de orina no cuesta tanto, sobre todo pagando, y me pincho en zonas discretas.

—Vamos a ver lo que ha pasado —dijo Owens—. Fuimos al despacho de seguridad porque Crosswhite descubrió que la grabación que le diste estaba manipulada. Yo declararé que en la original se veía a Leah Battles entrando y saliendo esa noche de la DSO. Como vamos a destruir el original, no habrá nada que pueda refutar lo que yo diga. El fallo de la comisión ética nos viene de perlas. Cuando conoció su decisión de seguir adelante con su consejo de guerra, la teniente Battles se enteró de que tenías una copia del vídeo de seguridad y te pidió salir a tomar algo. Tú accediste y ella te obligó a punta de pistola a llevarla a tu apartamento para que le dices la grabación, porque pensaba que la tenías en tu maletín.

Entonces se volvió hacia la abogada.

—La inspectora Crosswhite y yo revisamos la grabación original y supimos después que la capitana Stanley y tú habíais salido juntas en su coche. Usando razonamientos deductivos con los que no voy a aburrirlos, os encontramos aquí. Tenías el arma de la capitana, cosa que no dudará nadie cuando vean el vídeo de *krav magá* que le envié a la inspectora Crosswhite a principios de esta semana. Ella entró primero en el apartamento y la mataste, pero yo te maté después a ti.

Tracy miró a Stanley y sintió la mente en blanco, despejada por completo como si alguien hubiera retirado cuanto la ocupaba para permitirle empezar de cero y ver las cosas como nunca se le habría ocurrido considerarlas. Había leído en alguna parte sobre la existencia de cierto fenómeno al que llamaban «el efecto eureka» y que se producía cuando alguien entendía un problema o un concepto que con anterioridad había resultado incomprensible.

—Va a matarla —anunció a la capitana.

Battles y Stanley la miraron sin saber muy bien a quién se dirigía. Tracy, con la vista

clavada en la segunda, repitió:

—Va a matarla.

La miró perpleja, pero intentó tomarse a broma el comentario.

—No tiene más remedio. Usted tenía la copia de la grabación y me la dio a mí. Esa copia estaba manipulada, pero el original sigue existiendo y usted sale en él.

—El original lo vamos a destruir —aseveró Owens en tono tranquilo.

—Piénselo bien —dijo Tracy—. ¿Cómo va a explicar él el vídeo que hay en mi despacho y que me dio usted? ¿Cómo va a explicar quién lo manipuló?

—Diré que fue Battles —insistió Owens.

—Pero yo nunca pedí esa cinta —señaló la abogada siguiendo el razonamiento de Tracy.

—Como mínimo la van a interrogar —dijo Tracy a Stanley—. No puede asumir ese riesgo, como tampoco quiso arriesgarse a que pudieran delatarlo Trejo o el que les distribuía la droga en Seattle. Ahora tendrá que hacer que me dispare y a continuación la va a matar.

—Calla —ordenó Owens.

Tracy se volvió hacia él. Sabía que no podía dispararle, al menos con su pistola, que tenía un calibre diferente de la de Stanley, un treinta y ocho. Para que todo encajara, necesitaba que la capitana usase su propia pistola.

—Piénselo bien —siguió diciendo a Stanley la inspectora—. Esa arma, la suya, tiene sus huellas dactilares. Dirá que me dispararon y que tuvo que abatirlas a las dos.

Stanley miró a Owens, empezando quizá a hacerse cargo de su situación.

—Está intentando confundirla —dijo él.

—Si aprieta el gatillo, él la matará después. Es de pura lógica. El inspector no tiene otra manera de salir de esta.

—Los dos vamos a salir juntos de esta —insistió Owens.

—Miente —dijo Tracy—. ¿O es que dejó que Trejo saliera?

—Vamos a salir de esta los dos y, cuando todo se haya calmado, cada uno tomará su camino como acordamos.

—Miente —repitió la inspectora—. Nunca ha tenido esa intención. La tiene por una toxicómana, nada más, y está engañándola como me ha engañado a mí. Es un timador y la está estafando.

—¡Calla! —ordenó Owens con más energía antes de volverse hacia Stanley y ordenarle—: Mátala.

Stanley apuntó a Tracy.

—Si aprieta ese gatillo, está muerta —volvió a decir la inspectora—. Piénselo.

—¡Mátala, maldita sea!

Tracy se hizo oír por encima de su voz.

—Si la deja a usted con vida, le será imposible dejarlo todo atado.

—¡Mátala!

—Tiene que culpar a alguien de la manipulación del vídeo. ¿Cómo va a hacerlo si sigue usted con vida?

—Está mintiendo. Voy a decir que fue Battles. Mátala.

—Pero fue usted quien me la dio. Usted la pidió y no van a destruir el original. Les dije que lo guardasen como prueba policial. Usted sale en esa grabación y él lo sabe.

Owens apuntó a Stanley.

—Mátala, joder, o te mato yo.

—Esa es la prueba que necesita. Irrefutable. Usted aparece en ese vídeo y es una yonqui.

Colaboraba con Battles y Trejo para conseguir heroína porque está enganchada. Eso es lo que va a contar. Es lo único que puede tener sentido.

A Stanley le tembló la mano. Sus ojos se transformaron en dos esferas negras de duda. Empezaba a entender que Tracy estaba diciendo la verdad.

Tracy se encogió a propósito, como si fuera a recoger su arma y Owens volvió a apuntar hacia ella, pero sin apretar el gatillo.

—¿Lo ve? No puede dispararme. Su arma tiene otro calibre y necesita que lo haga usted.

—Mátala —la instó él.

La inspectora alzó la voz para imponerse a la de Owens y al ruido cada vez más intenso de la tormenta que arremolinaba fuera.

—No lo haga. Es el único modo que tiene de salir de aquí con vida.

—¡Imbécil! —exclamó Owens, que dirigió de nuevo su pistola hacia Stanley.

Ella también mudó su puntería. Las dos armas detonaron en aquel pequeño apartamento. Sonaron tres disparos atronadores, dos de la pistola de Owens y uno de la de Stanley. Los impactos lanzaron a Stanley hacia atrás como si fuese una marioneta atada a una cuerda a la que han dado un tirón. Fue a golpear con fuerza la pared antes de desmoronarse sobre el suelo.

Owens había girado el tronco para reducir el tamaño del blanco y la bala de Stanley fue a dar en el tabique de cartón yeso que tenía a sus espaldas, donde dejó un gran agujero irregular. Tracy no lo vivió tal como ocurrió. Nada de esto pasó para ella en tiempo real. Se había agachado en el primer instante, como dictaba el adiestramiento recibido. Sabía que era imposible escapar, sabía que su arma seguía en el suelo y que era su única esperanza. Llegó al suelo, agarró el arma y giró sobre sí misma para apuntar a Owens.

Estaba a punto de apretar el gatillo cuando quedó petrificada. Leah Battles atacó con una serie de movimientos velocísimos. Levantó los brazos y el arma del inspector por encima de su cabeza y le asestó un rodillazo en la entrepierna para hacerlo retroceder mientras le arrebatava la pistola de un tirón y daba un paso atrás hasta quedar fuera de su alcance. Entonces se dirigió a Tracy por encima del hombro, aunque sin apartar la mirada ni la puntería de Owens.

—¿Juegas al ajedrez, inspectora?

—Como te dije, no mucho ni muy bien.

—Una lástima, porque tengo la corazonada de que, con un poco de práctica, tú también serías la leche.

CAPÍTULO 46

Un vecino que había oído los disparos llamó a la policía de Bremerton, cuyos agentes acudieron a The Crow's Nest. Al llegar toparon con Tracy, que había salido del edificio con la placa en alto. Les habló con calma, explicando con entereza lo que había ocurrido, y les dijo que habían incautado todas las armas. En el apartamento encontraron al inspector John Owens sentado sobre la moqueta con las manos esposadas a la espalda. Después de media hora más de aclaraciones, se lo llevaron del piso y dejaron que Tracy y Battles salieran también mientras hacían su labor los médicos forenses. Con todo, les pidieron que no se alejaran.

Aunque el cielo seguía siendo una espumosa mezcla de nubes, por el momento había cesado la lluvia. El aparcamiento se había llenado de vehículos de la policía de Bremerton y del condado de Kitsap y de un número de agentes que bien podría haber derrotado al Ejército de un país poco poblado. También habían llegado camiones de bomberos, ambulancias y la furgoneta del médico forense del condado. No había prisa alguna. Rebecca Stanley había muerto de los dos disparos que había recibido en el pecho. A lo largo de la calle, tras una cinta policial, aguardaban sin perder detalle varios vehículos de periodistas y residentes de la zona.

Battles estaba hablando por teléfono. Tracy le había pedido que llamase a David Bakhtiari, el oficial de seguridad, para evitar que nadie pudiese destruir la grabación de la DSO correspondiente al 18 de marzo. Después de colgar, se dirigió a la inspectora.

—Ya la había puesto a buen recaudo antes de acabar su turno. Por esa parte no tenemos de qué preocuparnos. También he hablado con nuestro oficial al mando, que va a enviar a los NCIS.

—Pues, cuando lleguen, díles que se pongan a la cola.

Las dos guardaron silencio mientras observaban a los agentes. Ambas iban a tener que prestar declaración a su debido tiempo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tracy.

—¿A qué te refieres?

—Al futuro. ¿Qué vas a hacer cuando se resuelva todo esto?

Battles meneó la cabeza.

—No lo sé, inspectora. Tengo la impresión de que para eso queda todavía una eternidad. Además, las cosas van a estar muy jodidas en la base durante un tiempo. Supongo que emprenderán una investigación en toda regla sobre lo de Trejo para determinar si recibía ayuda y desde cuándo. La cosa no se va a resolver de hoy para mañana. Dudo que de Owens consigan mucho más que una petición de abogado.

Tracy asintió pensando que lo más seguro era que tuviese razón. Tras unos instantes preguntó:

—¿Vas a estar mucho tiempo en la Armada?

—¿Cuánto dura mi periodo de servicio? Cuatro años en activo y otros cuatro más en estado inactivo. En menos de un año acabo los primeros.

—¿Y luego?

La abogada se encogió de hombros.

—No lo sé. De momento tengo suficiente con tratar de asumir todo lo que ha pasado aquí y cómo demonios me he encontrado en medio de todo.

—Cuando te encargaste de la defensa de Trejo. Llegaste en bici a las dependencias donde estaba detenido y pediste verlo.

—«Cuidado con lo que deseas.»

—¿Qué es eso?

—Nada, solo un consejo sabio de mi madre.

—¿Seguirás aquí?

—¿En Bremerton? No. —Acompañó la respuesta con un movimiento de cabeza.

—¿Y en Seattle?

Battles volvió a encoger los hombros.

—No lo sé. Supongo que depende de las oportunidades laborales... y de los hombros.

—Mi marido es abogado.

Le caía bien Battles. Tenía mucha personalidad, pero a Tracy tampoco le faltaba. Quizá Dan ya tuviera suficiente con ella, pero daba la impresión de que Battles tenía experiencia y sabía bien lo que hacía.

La otra levantó una ceja.

—Doy por hecho que estáis felizmente casados, de modo que... ¿qué clase de abogado?

—Sobre todo maneja casos de demandas por lesiones, pero también le entran causas penales.

—¿Y le va bien?

—Ha tenido que rechazar algunos trabajos por falta de tiempo y está pensando tomárselo con más calma y buscar ayuda.

—¿Tomárselo con más calma? ¿Qué edad tenéis, cuarenta años?

La inspectora sonrió.

—No le ha ido mal.

—Ya lo creo. —Battles reflexionó unos instantes—. Me gusta la idea.

—¿La de trabajar en demandas por lesiones?

—No, la de jubilarme a los cuarenta.

Tracy le dedicó otra sonrisa.

—Tomárselo con más calma no es jubilarse. Yo lo quiero, pero tampoco me hace gracia tenerlo en casa todo el día.

—Teniente —dijo un inspector—, nos gustaría tomarle declaración.

Battles asintió y se acercó a él. A mitad de camino se detuvo y se volvió hacia Tracy para anunciar:

—Dile a tu marido que me interesa, pero dile también que mis servicios no son baratos.

CAPÍTULO 47

A la mañana siguiente, Tracy llamó a la puerta de la casa de Rainier Beach. Tenía órdenes de Clarridge de hablar con la familia en persona, aunque lo habría hecho de todos modos. Quería tener aquella conversación. Inspiró con fuerza en el momento en que se abría la puerta. La madre de Shaniqua Miller la miró con gesto inquisitivo.

—Buenos días —dijo ella—. ¿Está Shaniqua en casa?

La madre hizo un mohín y Tracy pensó que le iba a cerrar la puerta.

—Espere un segundo, por favor.

Oyó voces dentro de la casa. También llegó a ella el olor a café y a algo que debía de estar haciéndose en el horno.

Instantes después apareció en el umbral Shaniqua Miller y dedicó a Tracy la misma mirada inquisitiva que su madre. A su espalda, en el pasillo, estaban observándola los dos pequeños con el pijama puesto.

—Buenos días —dijo Tracy.

—¿No es muy temprano para una visita oficial, inspectora?

—Lo siento, pero ayer acabé demasiado tarde para darle la noticia y no quería decírselo por teléfono ni dejar que se enterase por la prensa.

Shaniqua frunció el ceño y se volvió al interior.

—Mamá, ¿puedes llevar a los niños a la cocina, por favor? —Cuando vio que la abuela los apartó del pasillo, preguntó—: ¿De qué noticia habla?

—Ya sabemos lo que le ocurrió a su hijo y por qué y se va a juzgar a los responsables. Sé que esto ya lo ha oído antes, pero confiamos en que esta vez irán a la cárcel.

Shaniqua Miller apretó los labios, pero no lloró. Su madre, que había vuelto a salir a la puerta, alargó la mano para tomar la de su hija.

—¿Están seguros? —dijo con la voz tomada por la emoción.

—Sí, estamos seguros.

Las dos mujeres se volvieron para abrazarse y llorar sin reserva. Los chiquillos, haciendo caso omiso de lo que le había dicho su abuela, corrieron pasillo arriba y hundieron la cabeza en la ropa de su madre. Tracy no hizo nada por interrumpirlos ni dijo nada. Los dejó llorar sin más.

Tras unos minutos, Shaniqua recobró la compostura y se secó las lágrimas respirando hondo varias veces.

—Gracias —dijo.

Tracy asintió.

—Ya le contaré más detalles en un momento más apropiado. Solo quería que supiese que no nos hemos olvidado en ningún momento de su hijo. —Le entregó una tarjeta de visita—. Llámeme cuando tenga la ocasión y podamos charlar. —Empezó a bajar los peldaños que llevaban al camino de cemento.

—Inspectora.

Tracy se detuvo para darse la vuelta desde el pie de la escalera.

—Lo siento, pero era mi niño y...

—No tiene que disculparse, señora Miller. Sé perfectamente lo que quiere decir y yo me habría sentido tan frustrada y desilusionada como usted, pero sepa que no pienso dejarlo correr. Voy a seguir pendiente de este caso hasta ver entre rejas a los culpables. Algunos están muertos, pero el principal responsable tendrá pronto su vista preliminar y se le va a acusar de numerosos cargos.

Shaniqua fue a encontrarse con ella y le hizo señas para que volviese a entrar.

—Por favor —dijo—, mi madre acaba de hacer café y hay bollitos en el horno. Tenemos mermelada casera.

Tracy aceptó con una inclinación de cabeza.

—Con mucho gusto —aseveró.

EPÍLOGO

Leah Battles volvió a guardar su identificación bajo su ropa de ciclista y rodó sin pedalear pendiente abajo en dirección al edificio de la Oficina Judicial. Habían pasado dos semanas desde los sucesos del apartamento de Rebecca Stanley y, aunque la situación seguía siendo rara, las cosas iban volviendo poco a poco a la normalidad. Había tenido una entrevista con Dan O’Leary, quien la había llamado dos días después para ofrecerle un puesto de socia en su bufete. Le había dicho que lo pensaría y le respondería algo, aunque ya había decidido que se quedaría en Seattle cuando acabara su periodo de servicio. Hasta había presentado la solicitud para fiscal mayor a fin de servir en dicho puesto el tiempo que le quedaba en Kitsap y lo cierto es que tenía probabilidades de que se lo concedieran.

Aseguró su bicicleta a una de las barras situadas ante el edificio y se quitó el casco en el momento de entrar.

—¿Qué hay, señora? —preguntó sonriente Darcy desde la recepción.

Battles le devolvió el gesto.

—¿Ahí fuera? Cielo y tierra, Darcy —respondió ella pasando a su lado—. Ya te avisaré cuando falte uno de los dos.

Entró en su despacho y cerró la puerta antes de dirigirse al armario situado tras la mesa, donde dejó el casco y se cambió la ropa de calle por el uniforme. Después de atarse los cordones de las botas, encendió su ordenador y abrió el cajón archivador y se puso a pasar con dos dedos las carpetas de la docena de causas que llevaba en ese momento, hasta que llamaron a la puerta y alzó la mirada.

La abrió Brian Cho.

—¿Interrumpo algo? —preguntó al entrar.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza. Cho cerró la puerta tras él. Miró el cuadro más reciente de cuantos adornaban la pared de la abogada, una vista del centro de Seattle y del estrecho de Puget desde la ventana de su apartamento.

—Este es nuevo —observó.

—Lo pinté cuando tuve tanto tiempo libre.

El recién llegado se volvió hacia ella.

—Sí, sobre eso quería decirte...

—No te preocupes —dijo ella—. Yo también te habría acusado a ti si la situación hubiese sido la contraria.

Cho sonrió.

—Te lo agradezco. O eso creo.

—Y que sepas que voy a derrotarte. Es solo cuestión de tiempo.

—En fin, supongo que es eso lo que hace que los caballos corran en las carreras —apuntó con otra sonrisa. Abrió la puerta, pero no salió de inmediato—. De todos modos, si tiene que

derrotarme alguien, no me importaría que fueses tú.

Del aparcó el Impala en la calle y apagó el motor. No hizo ademán alguno de salir del coche. El tiempo no tenía nada que ver. Marzo había pasado al fin y se alegraba de que así fuese. Le encantaban las cuatro estaciones de Seattle. Ni siquiera le molestaba la lluvia, pero ese año ya había tenido bastante. Abril, al menos, tenía visos de ir a ser mucho más seco y, en todos los sentidos, mucho mejor. El velo persistente de oscuridad que había caído en invierno se había alzado al fin, aunque quizá solo por el momento, y los días empezaban a alargarse y a recibir más sol. Necesitaba luz. Su hermana necesitaba luz.

—Está un poco atacada —dijo a Celia McDaniel, que ocupaba el asiento del copiloto del Impala.

Él también estaba nervioso, y eso que Del nunca lo estaba, ni siquiera en el trabajo, ni cuando había patrullado las calles ni en todos los años que llevaba de inspector. Le encantaba todo cuanto tenía que ver con su profesión. No es que disfrutase viendo cadáveres, claro. ¿A quién le podía gustar una cosa así? Simplemente no se ponía nervioso nunca. Daba por hecho que lo que era era y lo que tenía que ser sería.

Celia sonrió.

—Deja de preocuparte, Del. Tiene todo el derecho del mundo de estar atacada.

En las dos semanas anteriores, en las que Del había vuelto al turno de día, más amable, Celia y él se habían estado viendo casi todas las noches. Ella había supervisado la causa judicial contra Nicholas Evans y estaba preparando la demanda contra el inspector John Owens, que incluiría, entre otros cargos, el asesinato de Rebecca Stanley, Eric Tseng y Laszlo Trejo, así como un delito de tráfico de drogas que se había traducido en la muerte de más de una decena de ciudadanos de Seattle. De entrada, no daba la impresión de que se fueran a sumar más víctimas. Se había echo correr la voz de la presencia de una heroína peligrosa, lo que no dejaba de ser un pleonasma. Con todo, en las últimas dos semanas no había muerto nadie. Funk había llamado para informar de que los análisis del laboratorio habían confirmado que la droga que habían encontrado en la cómoda de Allie y en el cuarto de Jack Welch estaba cortada con fentanilo.

Pese a las palabras tranquilizadoras de Celia, Del se sintió tentado de arrancar el vehículo y llevarla a un restaurante en el que poder cenar sin tener que estar inquieto por quién podía decir qué a quién.

—¿Seguro que no te importa?

—¿Conocer a tu familia? ¿Por qué me iba a importar?

—Los críos se pueden poner... un poco curiosos. No sé si me entiendes...

—¿Por el hecho de que soy negra?

Los nervios de él se hicieron más pronunciados.

—Pues... podría ser —reconoció él.

—¿Les has dicho en algún momento que soy negra?

—Sí. No es que eso tenga importancia, pero creí que así sería más fácil para todos.

Celia se echó a reír.

—Pareces una cría de diecisiete años en el baile de graduación. El color de la piel es una circunstancia de la vida, Del. Los que dicen no ver el color, o la raza, son los que sí lo ven. Si distinguimos a la gente que es guapa, divertida u odiosa, ¿por qué no íbamos a ver algo tan obvio como el color?

—Dudo que nadie vaya a ver si eres blanca o negra con lo que llevas puesto esta noche. — Se refería a la falda granate de tablas que apenas le llegaba a la rodilla y la chaqueta a juego que

vestía sobre una camisa blanca.

—¿Me he pasado?

—De guapa.

Ella se inclinó hacia el asiento de él y lo besó.

—Relájate y no te preocupes por tus sobrinos ni por lo que puedan decir, porque me he criado con tres hermanos varones y críe a mi propio hijo. Dudo que me intimiden.

—Está bien —repuso él con un suspiro que no hizo nada por relajarlo.

Celia fue a abrir la puerta cuando Del tendió la mano para tocarle el hombro.

—Sabes que va a haber un vínculo natural entre las dos, ¿no?

—¿Tu hermana es negra?

—Ya sabes a qué me refiero. Lo que no quiero es que te sientas obligada.

Celia sonrió.

—El único modo de superar una cosa así, Del, es con una familia fuerte, una fe fuerte y unos amigos fuertes. —Arqueó las cejas—. Con los dos primeros no puedo ayudar, pero con el último sí. Y no se trata de ninguna obligación, sino de lo que sé que habría querido mi hijo que hiciera.

Del se inclinó para besarla.

—Por cierto, ¿he mencionado a mis sobrinos?

Celia le dio una palmada en las manos.

Tomados de las manos se dirigieron a la puerta de entrada. Del tendió la mano hacia la aldaba, pero la puerta se abrió antes de que tuviera tiempo de llamar. Stevie estaba de pie en la entrada metiéndose los faldones de la camisa bajo el cinturón de los pantalones. Llevaba puestos los zapatos, aunque sin abrochar. Sin duda había subido las escaleras desde su cuarto del sótano en el momento de oír el coche de su tío. A este le dedicó una mirada fugaz, quien le interesaba de veras era Celia.

—¿Qué pasa, Stevie?

—¿Qué pasa, tío Del? —dijo el niño, como si acabase de reparar en su presencia.

—¡Qué elegante!

—Mi madre nos ha obligado a vestirnos así —repuso el niño sin dejar de mirar a Celia.

Mark dobló corriendo la esquina que daba a la sala de estar. Llevaba la camisa por fuera y los zapatos en la mano. Miró a Stevie arrugando el sobrecejo y también él clavó la vista en Celia al acercarse a la puerta.

—¿Qué pasa, Mark?

—¿Qué pasa, tío Del?

—Stevie, Mark, os presento a Celia.

Ella les tendió la mano y los gemelos hicieron otro tanto.

—Encantados —dijeron.

—Yo sí que estoy encantada. He oído contar un montón de cosas sobre vosotros. Por lo que me han dicho, sois excepcionales jugando al béisbol. Del ha prometido llevarme a un partido un día de estos.

Los dos sonrieron de oreja a oreja.

—Jugamos el domingo —dijo Stevie.

—Nos entrena el tío Del —dijo Mark.

—Eso me ha dicho. A ver si él me invita.

En la liga infantil necesitaban entrenadores y Del había aceptado con la condición de que no lo obligaran a llevar aquellos pantalones.

Stevie miró al inspector.

—¿Que todavía no la has invitado, tío Del?

—Sí, ¿dónde están tus modales? —dijo Mark.

—Sí, ¿dónde están tus modales? —dijo Stevie.

—Parecéis un estereo —aseveró Del—. ¿Cómo que dónde están mis modales? ¿Y me lo dice el par de idiotas que nos ha dejado aquí de pie con el frío que hace? En fin, ¿nos dejáis pasar?

El interior de la casa estaba impecable; la mesita del salón, limpia; los sofás, despejados de periódicos y de sobras de comida. En los altavoces se oía *jazz* suave.

—¿Esto lo habéis limpiado vosotros? ¡Qué maravilla!

—Nos ha obligado mamá.

—Sí, nos ha obligado mamá.

—Huele que alimenta —comentó Celia.

—Mamá está haciendo *manicotti* —dijo Stevie.

—Solo los hace cuando tenemos invitados —apuntó Mark.

Maggie salió entonces de la cocina. Llevaba un pantalón vaquero, una blusa de color rosa pálido y zapatos planos. Al ver a Celia, sonrió.

—Perdón —dijo a Del con un beso en la mejilla—. Estaba ultimando la cena.

—Huele que alimenta —dijo Celia.

—Espero que te guste la comida italiana.

—¿A quién no le gusta la comida italiana? —preguntó Celia—. Vas a tener que enseñarme a hacerla.

La anfitriona sonrió y señaló los sofás.

—Venid. Sentaos.

Celia y Del ocuparon el más amplio de los dos.

—Stevie, saca los entremeses —ordenó Maggie.

—¿Los qué?

—Los entremeses —repitió su madre.

—¿El plato con las aceitunas y el jamón?

Maggie puso los ojos en blanco.

—Sí. Mark, trae el vino y las copas.

—¿Para nosotros también?

—No.

—Es malísimo para el crecimiento.

Los dos se quedaron de piedra.

—¿De verdad?

—Un conocido mío medía uno noventa y su hijo, que bebía vino en la cena, se quedó así. —Colocó la mano a un metro del suelo.

Los críos abrieron los ojos como platos. Miraron a Del para que confirmase o refutase lo que había dicho ella, pero él se limitó a encogerse de hombros como quien dice: «Y yo ¿qué sé?». Sus sobrinos se dieron la vuelta y echaron a correr hacia la cocina.

—Espero que Del te haya advertido sobre ese par de dos —dijo Maggie.

—Me recuerdan a dos de mis hermanos. Se llevaban once meses y ninguno de los dos hacía nunca nada sin el otro.

Stevie apareció con una fuente cargada de embutidos italianos, aceitunas, galletitas saladas, crema de berenjena para untar y quesos variados. Lo dejó todo en la mesita. Mark lo siguió con

una botella de *chianti* y tres copas.

—Espero que todo esto no te haya dado mucho trabajo —dijo Celia—. Tiene una pinta excelente.

—Lo ha comprado el tío Del —reveló Stevie.

El aludido lo fulminó con la mirada. Aquella, en teoría, era la cena de Maggie.

—Sí. El tío vive casi en el Salumi —dijo Mark.

—Es su restaurante favorito —aclaró su hermano.

—Por lo menos antes, cuando estaba gordo.

—Muchas gracias —dijo Del, que había perdido casi nueve kilos.

Los dos críos se echaron a reír.

—Mucho le tienes que gustar para que adelgace tanto —comentó Stevie.

El tío se aclaró la garganta. Celia se llevó una mano a la boca.

—Esta crema es italiana —anunció Del, que sirvió las tres copas de vino.

—¿Tú eres de Italia? —preguntó Stevie a la invitada.

—¿Puedo ser italiana honoraria?

Stevie se encogió de hombros.

—Supongo.

—Es afroamericana —dijo Mark antes de meterse una aceituna en la boca y hacerse con un trozo de queso.

—¡No me digas! —exclamó Celia.

—Nos lo han enseñado en el cole. —Mark levantó los hombros como para indicar que no era gran cosa. Enrolló dos aceitunas con un pedazo de jamón y se lo metió todo en la boca—. Pero puedes ser italiana.

—A ver, par de dos —dijo Maggie—, que parecéis una plaga de langostas. Haced el favor de dejar algo para los invitados y poned la mesa.

Los niños, que estaban de rodillas, se pusieron en pie, agarraron un puñado de aceitunas y lonchas de embutido y fueron a la cocina.

—Lo siento —dijo Maggie—. Pueden ser un poco indiscretos.

Celia sonrió.

—Mi hijo era igual que ellos cuando tenía su edad.

A la anfitriona se le borró la sonrisa.

—Del me ha dicho que perdiste a tu hijo. Lo siento mucho.

—Gracias. Yo siento mucho lo de Allie.

Maggie asintió con un gesto. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero logró contenerlas.

—Tranquila —dijo Celia—, es normal que llores.

Maggie se secó las comisuras de los ojos con una servilleta.

—¿Se supera en algún momento?

Celia dejó su copa encima de la mesa y tendió una mano para tomar la de Maggie.

—Mentiría si dijese que sí. Lo sabes, ¿verdad?

Maggie asintió.

—Sí.

—Sin embargo, con el tiempo aprendes a vivir con el dolor. Aprendes a vivir con todos los recuerdos y a no tenerles miedo. A aceptarlos y apreciarlos.

Maggie se echó a llorar y Celia se puso en pie para sentarse a su lado.

—No va a mejorar, Maggie. Simplemente va a ser distinto y te vas a tener que conformar con eso. Tendrás que aprender a aceptarlo. Como todo, lleva su tiempo. Tienes que darte cuenta de

que el llanto es el modo que tiene Dios de ayudarnos a limpiar el dolor. Así que no te disculpes por llorar. Nos recuerda a todos que somos humanos y que amamos a los nuestros con todo nuestro ser. Y eso es algo muy hermoso.

Maggie sonrió y se enjugó las lágrimas. Tomó aire y dijo:

—Ese acento no es de aquí. ¿De dónde eres?

—De Georgia. A veces no hay quien nos entienda. —Sonrió mirando a Del, que tenía los ojos anegados en lágrimas—. Otras, casi no se nota.

—Yo sí —dijo Del alzando su copa.

—Es muy bonito —aseveró Maggie.

—Igual que ella —dijo Del, que oyó reír con disimulo a los dos chiquillos, que habían vuelto a la sala de estar y se encontraban a sus espaldas.

Tracy tomó a Dan de la mano mientras sacaban a los perros por los senderos que había tras la casa. Ese no era quizá el mejor modo de expresarlo, ya que, en realidad, una vez sueltos eran los perros quienes los paseaban a ellos. Las lluvias de marzo habían pasado y abril había llevado consigo la primavera y, una vez superado el turno de noche, más tiempo para dormir y estar con Dan.

Estaba ocupada reuniendo las pruebas que usaría Celia McDaniel para acusar al inspector John Owens y suponía que iba a estar atareada un tiempo.

En algún lugar cercano, envueltos en la luz mortecina, Rex y Sherlock se revolvían entre la maleza mientras se empapaban de los distintos olores y sonidos del bosque renacido. Los pájaros trinaban y gorjeaban y, sobre sus cabezas, los árboles crujían mecidos por la lluvia.

Aunque aquel solía ser el paraíso de Tracy después de un día de trabajo en el centro, esa noche se sentía indispuesta. Podía ser la falta de sueño que había ido acumulando. Siempre había tenido dificultades para habituarse a trabajar de día después de un mes de turno de noche.

Se detuvo e inspiró profundamente el aire fresco, pero llevaba todo el día sintiendo un sabor metálico en la boca.

—¿Estás bien? —preguntó Dan.

—Mareada —dijo ella—. Además, vuelvo a sentir sofocos. —Hizo abanico de su chaqueta antes de bajarse la cremallera. El aire la refrescó.

—¿Quieres que volvamos?

—Si volvemos, lo pagaremos caro cuando estos dos se pasen la noche corriendo por la casa. Estoy bien. El aire frío, de hecho, está haciendo que me sienta un poco mejor.

Reanudaron el paseo.

—A ver si vas a tener un virus. Se están dando muchos casos de gripe.

Ella se encogió de hombros.

—Podría ser la menopausia. Mi madre la tuvo muy pronto.

Dan dejó de andar.

—Sabes que no pasa nada, ¿verdad? Quiero decir que, aunque no tengamos hijos, yo me encuentro bien así, solos tú y yo, siempre que tú no me faltes.

Tracy sonrió.

—Nunca vamos a estar solos. ¿O te has olvidado de Rex y Sherlock y de Roger?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—En realidad, no tengo elección. —Le apretó la mano mientras seguían caminando—. Con

el tiempo, estoy segura de que se me pasará. Estoy un poco decepcionada por lo de no poder concebir, pero las cosas pasan por algún motivo. —Pensó en Leah Battles. «Cuidado con lo que desees.»

Aunque no podía disimular la frustración que le provocaba ese hecho, tampoco tenía derecho a quejarse de la vida de la que estaba disfrutando. Tenía un hogar, una profesión que daba sentido a su existencia y la sensación de estar haciendo algo por los demás.

Dan la besó y siguieron caminando hacia la casa.

—¿Hablaste con Leah Battles? —preguntó Tracy.

—Sí.

—¿Y?

—Parece competente. Va a necesitar un tiempo para hacerse con el funcionamiento de la justicia civil y penal fuera del Ejército, pero, desde luego, tiene muchísima experiencia. La verdad es que me ha gustado.

—¿Vas a contratarla?

—Ya se lo he ofrecido.

—¿Y qué ha dicho ella?

Dan sonrió.

—Que se lo pensará y me contestará de aquí a una semana.

Ella se echó a reír.

—Te dije que era todo un personaje.

—Todavía le quedan unos meses de servicio. No tiene prisa. De todos modos, creo que va a aceptar. No la veo trabajando en uno de los grandes bufetes.

Acabaron el paseo y volvieron a casa. Para cenar, Dan había preparado sus famosas enchiladas, que salieron del horno con el queso y la salsa roja haciendo pompas y cargadas de sabor. Tracy, sin embargo, dejó el tenedor tras poco más que unos bocados.

—¿Sigues sin sentirte bien?

—Creo que voy a echarme. Lo siento. Prefiero comérmelas cuando pueda disfrutarlas. — Se puso en pie y recogió su plato y sus cubiertos.

—Yo me encargo de quitarlo. Déjalo así.

—Gracias. Y perdona.

—No te preocupes.

Tracy se detuvo y sintió que iba a vomitar. Dan hizo ademán de levantarse.

—Espera, que te ayudo.

Ella le indicó con un gesto que no se molestara.

—No, estoy bien. —Riendo, añadió—: Si estoy a dos palmos de la cama.

Entró en el dormitorio, se puso una camiseta y se metió bajo las colchas. Sherlock y Rex habían encontrado ya un sitio en el que echarse en el lado de Dan, hechos una bola y tratando de abultar lo menos posible para que no los echaran. Aunque no los dejaban quedarse allí cuando sus dueños se acostaban, a veces, se colaban a primera hora de la mañana. Tracy no se molestó en moverlos. De hecho, le resultó agradable su compañía.

Se despertó después de que oscureciera. El reloj de la mesilla indicaba que acababan de dar las dos. Dan roncaba suavemente a su lado y los perros gruñían en los cojines que tenían en el suelo. Ni siquiera había oído a su marido entrar en el cuarto ni a Rex y Sherlock bajarse de la cama, lo que quería decir que había caído en un sueño profundo. Ahora, sin embargo, temía no poder pegar ojo en toda la noche.

Salió de la cama y se dirigió arrastrando los pies al cuarto de baño, iluminado por una lamparilla. Se sentía mejor que antes, todavía un poco mareada, pero sin náuseas. Entornó la puerta y se sentó, aunque no hizo nada en un principio. Miró al armarito que había bajo el lavabo y se preguntó si... Entonces pensó que podía probar de nuevo.

Se puso en pie, encendió la luz y rebuscó hasta encontrar la caja. Dentro había aún una prueba de embarazo. La sacó, pero no la abrió de inmediato. En el fondo, sabía que las probabilidades eran ínfimas. No habían tenido éxito con el clomifeno y el doctor Kramer había dejado claro que era muy difícil que se quedara embarazada sin ayuda.

Estaba harta de alimentar esperanzas para verse defraudada. Apartó de la cabeza esa idea, que su padre no habría dudado en calificar de actitud derrotista. Si expresaba alguna duda antes de una competición de tiro, él le decía que no participara.

—Si piensas que vas a perder, ya has perdido. Si entras convencida de que vas a ganar, te decepcionarás en caso de que pierdas, de manera que tienes que afrontar la competición pensando que vas a competir, que, de todos modos, es lo único que puedes controlar.

Lo que tenía delante era muy distinto, pero, en el fondo, no tenía ninguna esperanza. Pensó en Dan, en la noche en la que ella se había contentado con dormirse. La noche en la que él la había abrazado para decirle que ella era todo lo que esperaba de la vida. Habían hecho el amor, pero no para tener un hijo, sino para estar cerca.

Desenvolvió la prueba de embarazo, orinó sobre ella y la colocó sobre la cisterna mientras iba a lavarse las manos. Mientras se las secaba con la toalla miró en el espejo la prueba. No iba a crearse esperanzas. No iba a preguntarse si habría dado positivo o negativo.

Volvió al inodoro, pero, se dijera lo que se dijese, no podía evitar que el corazón le latiese con fuerza. «Puede que sea la gripe.» Tendió la mano para tomar la prueba y la miró.

Dos líneas paralelas.

Cerró los ojos. Por las mejillas le cayeron dos lágrimas. Contuvo la necesidad de llorar y reír a un tiempo, de ponerse a gritar. Sabía que todavía quedaba mucho por andar. Aquellos aparatos eran poco fiables y podían dar falsos positivos. Tenía que concertar una cita con el médico. Además, corría el riesgo de sufrir un aborto, más aún a su edad.

Tenía que... Tenía que...

Tenía que olvidar todo eso. Tenía que olvidarlo todo y disfrutar de ese momento.

Sonrió y miró por la puerta entrecerrada a su dormitorio, donde estaba durmiendo Dan, aunque no por mucho tiempo.

AGRADECIMIENTOS

El tema de este libro es inquietante, sobre todo para quienes son padres. Nunca entiendo por completo el tema sobre el que escribo hasta después de redactar el primer borrador de la novela. Estas empiezan a menudo con una idea suscitada por un artículo de periódico o de revista. En este caso, sin embargo, la inspiración vino de la vida real.

El año que precedió a la escritura de *Uno de los nuestros* leí sobre la muerte por sobredosis de un número elevado de alumnos de un instituto local. La pérdida de una persona tan joven siempre es algo trágico, pero la que se produce tras los años de tormento que suele causar la heroína a familias enteras resulta estremecedora. Mientras investigaba al respecto, tuve ocasión de sorprenderme y consternarme ante las amplias consecuencias que había tenido a largo plazo la legalización de la marihuana. No tenía la menor idea de que la pérdida de los ingresos procedentes de este producto había llevado a los cárteles mexicanos, sudamericanos y chinos a abandonar su cultivo para plantar amapolas e inundar el mercado estadounidense con heroína barata y fácil de conseguir. Tal cosa ocurrió en el peor momento, pues en los Estados Unidos eran muchos los que se habían hecho adictos a los opiáceos de uso medicinal.

Aunque no puedo decir que conozca todos los detalles de este embrollo, la cantidad ingente de información que he leído en libros y artículos, así como las conversaciones que he mantenido con muchos de cuantos participan con entrega en el tratamiento de estas adicciones, ha resultado tan aleccionadora como aterradora. Siempre he creído que los adictos a la heroína eran gente que vivía en apartamentos infestados de ratas. Las palabras que más me impactaron mientras hacía mis pesquisas eran las que describían a muchos de ellos como «chicos buenos de buena familia».

Pese a todos mis empeños, estoy convencido de que habré cometido errores, de los que asumo toda la responsabilidad. En el curso de mi trayectoria como escritor, he acabado por convertirme en algo semejante a la Blanche DuBois de *Un tranvía llamado Deseo* en el sentido de que dependo de la amabilidad de extraños con los que, en muchos casos, he entablado amistad.

Gracias sobre todo al inspector Ron Sanders, de la unidad de Investigación de Accidentes de Tráfico de la policía de Seattle. Ron me enseñó los pormenores del trabajo de la TCI y me fue de gran ayuda en particular con los casos de atropello con fuga y los pasos que podrían tomarse para descubrir al conductor del vehículo. Los avances tecnológicos resultan espectaculares y no dejan de mejorar.

Hace dos años, durante un curso de escritura novelística que impartía en Whidbey Island, tuve por alumna a Alexandra Nicca, que poseía un modo inimitable y cargado de humor de considerar la vida en general y determinados incidentes en particular. Cuando le pregunté a qué se dedicaba me dijo que era teniente de la Armada de los Estados Unidos y servía de auditora de guerra o, lo que es igual, abogada militar. Estaba destinada en la base naval de Kitsap y, además de pedir permiso para enseñarme el edificio de la Oficina Jurídica y la sala de justicia, soportó varias horas de preguntas banales de mi parte que debieron de amenazar con sumirla en un sueño

profundo. En aquel momento no me movía más interés que el de aprender más sobre aquel trabajo, que me parecía chulísimo. Ni siquiera tenía una novela en mente. Sin embargo, cuando empecé a elaborar la que tiene el lector en las manos, supe que podía resultar interesante a otros y que sin duda querrían saber más sobre él. Como hice saber a Nicca —así la llamábamos todos—, profeso un gran respeto a todo aquel que se coloca un uniforme para defender y servir a esta nación, entre los que se incluye ella. Agradezco mucho el tiempo y la experiencia que puso a mi disposición.

Igual que en el resto de novelas de la serie de Tracy Crosswhite, me habría sido imposible escribir la presente sin la ayuda de Jennifer Southworth, inspectora de la Sección de Crímenes Violentos de la policía de Seattle, ni de Scott Tompkins, inspector de la Unidad de Delitos Graves de la comisaría del *sheriff* de condado de King. Durante la redacción de estas páginas, Jennifer estaba haciendo el turno de noche. Me reuní con Scott y con ella para cenar en el Shawn O'Donnell's American Grill and Irish Pub, situado en la primera planta de la célebre Smith Tower. Así, además de instruirme, me brindaron un escenario en el que ambientar parte de mi novela y un ambiente general en el que situar la acción. Aquella noche llovía y hacía frío y apenas cabía imaginar lo que supondría para los inspectores el tener que salir a investigar un asesinato.

Gracias también a Kathy Taylor, antropóloga del despacho del médico forense del condado de King. Pese a que, como dice ella misma, está siempre más atareada que un falsificador manco, siempre consigue encontrar tiempo para responder a mis preguntas. Además, le pedí que leyese una escena de mi novela y valorase su precisión. Lo hizo y me informó de que el pasaje en el que había aseverado que el forense había recibido cuatro sobredosis de heroína en una semana era, por desgracia, muy poco realista. Al parecer, el número de casos suele llegar a menudo a los cuatro diarios y la epidemia era, por tanto, mucho peor de lo que yo había dado a entender. Como bien sabemos los novelistas, escribir es reescribir, de modo que tuve que hacer los cambios pertinentes.

Debo expresar mi agradecimiento a Eric Yurkanin, de la empresa Max Technologies, de Seattle. Mis conocimientos de informática y de sistemas informáticos apenas se extienden lo suficiente para alcanzar el teclado. Eric me respondió un buen número de preguntas sobre cámaras de seguridad, su funcionamiento, cómo graban, cuánto tiempo se guardan los vídeos y si pueden copiarse. Agradezco sus pacientes explicaciones. Con los años, he aprendido que los ordenadores, como las armas, poseen una comunidad fanática a la espera de que cometa un error para poder corregirlo. Algunos de sus integrantes tienen el detalle de hacérmelo saber por correo electrónico. Yo agradezco su información y conservo sus comunicaciones para futuros libros. Otros me ponen como un ropón por toda la Red y esos no los guardo. Puedo decir que, si incurro en una equivocación, ha sido de forma involuntaria y no por falta de esfuerzo, de modo que agradezco que se me informe para que, con suerte, pueda evitarlo en adelante.

Gracias también al doctor Scott Kramer, ginecólogo, que me ayudó con los detalles de los empeños de Tracy y Dan en concebir un hijo, así como de las posibles opciones con que contaban y las consecuencias de cada una de ellas. Scott es también mi cuñado y tengo que reconocer que nos ha obsequiado con cenas de Navidad excelentes a lo largo de los años. Conque he de decir que me siento doblemente agradecido por tenerlo en mi familia.

Gracias a la señora Meg Ruley, a Rebecca Scherer y al equipo de la Jane Rotrosen Agency, que me han guiado durante toda mi carrera de escritor y que en ocasiones han tenido que sentirse como un padre que aconseja a un hijo adolescente. Aunque he tenido mis altibajos, han estado a mi lado en todo momento para mantenerme en marcha con un entusiasmo y un optimismo incansables. Nunca podré agradecerles como merecen.

Gracias a Thomas & Mercer. Esta es la quinta novela de la serie de Tracy Crosswhite y la

sexta que publico con ellos, pero da la impresión de ser la primera. Siempre están buscando modos nuevos de promover mi obra y hacer que caiga en manos del mayor número posible de lectores. Como escritor es lo único que he pedido siempre, la ocasión de ser leído.

Gracias a Sarah Shaw, responsable de relaciones con el autor, que siempre consigue hacer que me sienta especial. La oficina postal ha amenazado con cerrar mi apartado de correos si no voy a recoger todos los paquetes que envía. Todos contienen sorpresas magníficas que hacen las delicias de toda mi familia.

Gracias a Sean Baker, jefe de producción, y a Laura Barrett, directora de producción. Aunque ya lo he dicho antes, me encantan las cubiertas y los títulos de cada una de mis novelas y todo se debe a ellos. Gracias también a Justin O'Kelly, director de relaciones públicas, y a Dennelle Catlett, relaciones públicas de Amazon Publishing, por la labor que llevan a cabo en la promoción de mis novelas y de mí mismo. Gracias a la editora Mikyla Bruder, al editor auxiliar Galen Maynard y a Jeff Belle, vicedirector de Amazon Publishing.

Muchas gracias a Gracie Doyle, directora editorial de Thomas & Mercer. Mis novelas suelen empezar con un almuerzo con Gracie en el que anuncio que tengo distintas ideas. A continuación empiezo a exponer las tramas. Ella las analiza y me ayuda a encontrar la que puede tener un gancho emocional mayor. A partir de ahí, todo va rodado. Cuando acabo, Gracie es la primera en leer la novela y me ayuda a dar vida a la idea. Por tanto, Gracie, tengo que agradecerle una vez más la forma como diriges la historia, tus sugerencias editoriales y tu amistad. No sabes lo feliz que soy de tenerte a la cabeza de mi equipo.

Muchas gracias a Charlotte Herscher, editora de desarrollo. Este es el sexto libro que hacemos juntos y he de decir que he mejorado infinitamente gracias a ella. A veces la oigo en mi cabeza pidiendo una mayor complejidad para los personajes y hago lo posible por contentarla, porque sus consejos siempre dan en el blanco. Gracias también a Sara Addicott, editora de producción, y a Scott Calamar, corrector. Reconocer una debilidad es algo maravilloso porque nos permite pedir ayuda. La gramática y la puntuación no fueron nunca mi punto fuerte y es alentador saber que tengo al mejor supervisándolas por mí.

Gracias a Tami Taylor, que dirige mi página web y crea mis listas de correo y algunas de las cubiertas de las traducciones de mis libros. Cuando le pido ayuda, lo hace todo con gran rapidez y eficacia. Gracias a Pam Binder y la Pacific Northwest Writers Association por el apoyo que brindan a mi obra. Gracias a Seattle 7 Writers, colectivo sin ánimo de lucro de escritores del Pacífico Noroeste que promueven y defienden la palabra escrita.

Gracias a vosotros, lectores, por encontrar mis novelas y por el increíble apoyo que dais a mi obra, por escribir reseñas y por enviarme correos para decirme que habéis disfrutado con ellas, lo que es siempre un gran aliento para el autor.

Muchas gracias a Bob Grassilli, de la promoción de 1966 de la Serra High School, y a David Bakhtiari, de la promoción de 2009, por vuestras generosas donaciones al programa «Financia un Sueño» del instituto. Una de las cosas más molonas que hago es la de subastar el nombre de un personaje de mis novelas a fin de recaudar dinero para valiosas obras benéficas. Serra High School, el instituto en el que estudié, ha dado antiguos alumnos de renombre como Lynn Swann y Tom Brady, considerados jugadores más valiosos (MVP) de la Super Bowl de la NFL; Barry Bonds y Jim Fregosi, de las Ligas Mayores de Béisbol; estudiosos como John Lescroart, cuya obra ha encabezado la lista de *The New York Times*, y Michael Collopy, fotógrafo retratista de fama mundial. Bob Grassilli fue alcalde de San Carlos y David Bakhtiari juega de *tackle* izquierdo en los Green Bay Packers. Gracias a los dos por vuestra generosidad.

He conocido un año excelente en lo profesional, aunque en el ámbito personal no lo haya

sido tanto. Cristina, mi mujer, y yo estamos aprendiendo a dejar volar a nuestros hijos universitarios. Cuando uno recibe la bendición de tener dos de los mejores críos que podría desear un padre, algo así resulta muy duro. Así que gracias a Joe y a Catherine por haber dado a este colega más alegrías de las que merecía conocer. Nunca olvidaré el viaje a Londres con mi hijo, de quien estoy convencido que nació con un radar incorporado que le permite encontrar un restaurante o un *pub* con echar solo un vistazo a un mapa. Impresionante. Y Catherine sigue haciéndonos reír a todos. Ha prometido cuidar de su padre cuando esté viejo y senil. ¿Qué más puede pedir nadie?

La persona que mantiene todo esto en orden es Cristina. Puedo considerarme afortunado de tener que darle las gracias públicamente cada vez que completo una novela. Ha estado a mi lado a las duras y a las maduras y su apoyo no ha decaído jamás. Por eso estas últimas Navidades de 2016 le di el regalo que ha estado esperando con paciencia durante los veintidós años de nuestro matrimonio. Ella sabe lo que es y lo cierto es que es tan hermoso como ella.